

BLACK
WIDOW
SERIES
BOOK
THREE

A
WEB
OF LIES

A DARK MAFIA ANASTASIA ROMANCE

BEENA KHAN

Tabla de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo ampliado: Ghislaine](#)

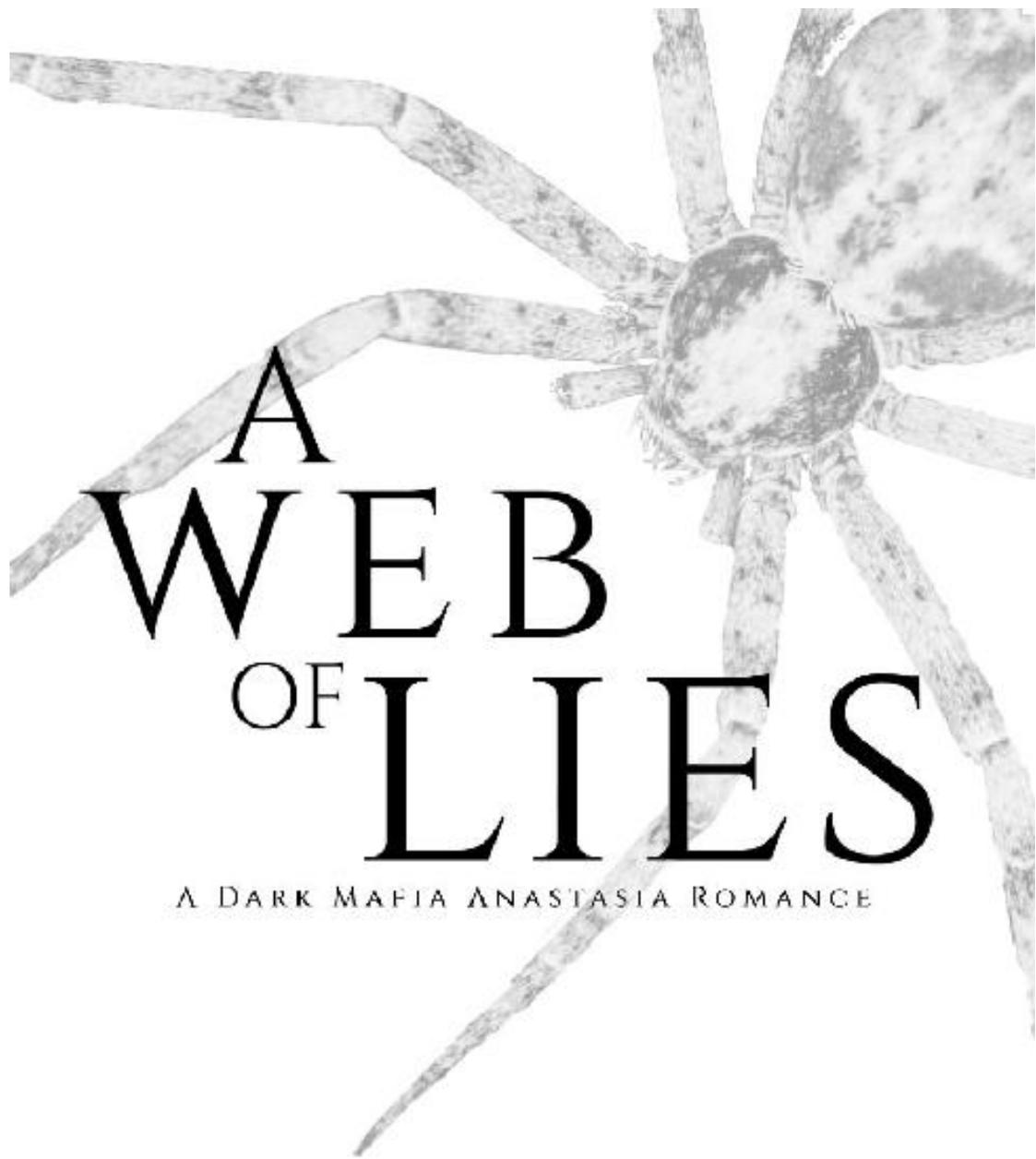
[Epílogo ampliado: nueve](#)

[Epílogo](#)

[Libros anteriores sobre la mafia:](#)

[Serie La Bella y La Bestia](#)

[Conozca al autor](#)



A
WEB
OF
LIES

A DARK MAFIA ANASTASIA ROMANCE

BEENA KHAN

Un libro de Beena Khan

Libro 3 de la serie Black Widow

Género: Mafia oscura

julio 2022

Este libro es un trabajo de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas reales o lugares reales se utiliza de forma ficticia. Todos los derechos reservados, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo en cualquier forma.

Copyright © 2022 Beena Khan.

Diseño de portada: Sra. Betty

Fotografías de portada: DepositPhotos

Editor: LL Lily

Correctores: Evelyn en Pinpoint Editing, Zainab M

¡Ven a saludar [a Beena's Beastlys](#) !



Orden de lectura SERIE ROJA

[Libro #1: El nombre del rojo](#)

(Kabir y Rojo)

Una mujer misteriosa con ese vestido rojo que buscaba refugio entró al restaurante en el que estaba ocupado trabajando, principalmente al bar. Entonces, decidió dejar sus libros de forma anónima con notas. Simplemente no esperaba que lo atraparan tan pronto.

[Libro #2: El peso en la piel](#)

El playboy rico se ha vuelto pícaro por culpa de una mujer. Han pasado ocho meses y Kabir todavía no ha dejado a la mujer que aún ama.

[Libro #3: Coloréame de rojo](#)

(Independiente de Red: Precuela)

Sus padres siempre le enseñaron a Red que conocería a "el indicado". Dividida entre dos hombres, debe elegir entre el bien y el mal antes de que cada hombre tome una parte de ella y nunca se la devuelva.

[Libro #4: Los susurros de las fisuras](#)

(Independiente de ario)

Para el mundo, él es el guardián del secreto, pero nadie conoce sus secretos. Aryan Singh es camarero en el restaurante y bar de su mejor amigo Kabir. Mientras estaba sin hogar, Aryan conoció a una chica, una estudiante universitaria llamada Aanaah.

SERIE PROHIBIDA: SPIN OFF DE SERIE ROJA

[Libro #1: La Llama Debe Arder](#)

(Cyrah y Ryder)

De una familia tradicional del Medio Oriente, Cyrah es una joven estudiante de intercambio que estudia en el extranjero en un programa de verano cuyo camino se cruza con el motociclista local de una pequeña ciudad de una cultura diferente.

[Libro #2: El corte más profundo](#)

(Ismat y Dara)

La oscura y peligrosa Dara es el hermano del enemigo jurado de su padre. Es el villano vicioso y guapo como el pecado.

Su hermano está en la cárcel. Se propone encontrar a la hermana de la mujer responsable, convertirla en su esposa y pagar el precio.

SERIE LA BELLA Y LA BESTIA

[Libro #1: Una belleza tan cruel](#)

Yo era una belleza, una huérfana descarriada hasta que la bestia me tomó como rehén. Dahlia era la persona equivocada en el momento equivocado. Para salvar su vida, hizo un trato con la bestia de la mafia. Él no lo supo al tomarla, selló su propio destino.

[Libro #2: Una bestia tan fría](#)

(Continuación)

Vlad convirtió a Dahlia en su reina. El motivo de su sonrisa. Luego, ella prendió fuego a su mundo. Nadie le quita lo que quiere. Una bestia no es un hombre, y él lo va a demostrar arrastrándola del infierno.

Libro#3: Un rey de las bestias

(Interconectado independiente)

Una mafia italiana rival prendió fuego a mi mundo al destruir todo lo que amo. La gente a mi alrededor mira hacia otro lado mientras el Rey Loco se deshace de mi inocencia hasta que una mirada se queda fija. Los guardaespaldas están destinados a ser protectores, no amantes.

Libro #4: Una belleza tan maldita

(Interconectado independiente)

Se suponía que Lada Sokolova, una noble princesa de Bratva, estaba comprometida con mi familia. Soy doce años mayor que ella, así que la rechazo. Ahora se va a casar con un brutal *Vor* que tiene más del *doble* de su edad. Hago lo único que no debería haber hecho, poniendo mi vida en juego. Yo la llevo. Secuestro a una novia con su vestido de novia.

SERIE VIUDA NEGRA

Libro #1: Un beso de veneno

(Completamente independiente)

He estado en coma durante los últimos tres años después de que un accidente me dejara inconsciente y viuda. Estoy en un sueño tan profundo que no puedo romperlo hasta que siento un roce de suaves labios contra los míos. En mi estado de aturdimiento, me despierto con un par de ojos oscuros y una sonrisa siniestra. Como agente, vuelvo a visitar uno de los casos más traicioneros del hombre más peligroso de la ciudad de Nueva York, Alexander Nikolaev, el *Pakhan* de la Bratva rusa.

Libro #2: Un candado de muerte

(Completamente independiente)

Me encerraron en un rascacielos de Nueva York con otras ocho chicas. No puedo pertenecer a un solo hombre porque he pertenecido a *todos*. Sin identidad, sin amigos y sin vida fuera de la puerta dorada de esta torre. Un día, la Hermandad Bratva viene a buscarme. Imagínense mi sorpresa cuando Dimitri Nikolaev dice: "Estás siendo liberado".

SERIE LA GUARIDA DEL DIABLO

Libro #1: El diablo de ojos azules

(Salvi y Ehva)

Soy una chica católica rica y privilegiada que regresó de estudiar derecho en el extranjero. Era una noche de fiesta

con mi novio, Adamo, cuando todo se convirtió en un caos en el casino. Él perdió y me apostó. Hace años hice voto de celibato, pero ahora un hombre sádico me tienta con el lado oscuro.

Libro#2: El ángel caído

(La secuela)

Consideré a Salvi Moretti mi Dios, pero resultó ser el diablo disfrazado. Puede romperme las alas, pero puede que haya olvidado que mis garras siempre saldrán.

Libro #3: El ladrón nocturno

(Completamente independiente)

Soy una mujer corriendo. Un estafador, estafando para llegar a los ricos. Puse mis ojos en uno de los casinos más populares de Nueva York haciéndome pasar por una princesa real. Todo iba bien hasta que un par de duros ojos azules me pillan con las manos en la masa.

DUO HADES Y PERSEFONA

Libro #1: Una hermosa mentirosa

Como estudiante geek becado en la antigua y prestigiosa Academia Saint Eudora, anhelaba la libertad, así que me escapé a la vida nocturna. Fue una sola noche. Dijo: Tengo seis meses antes de que regrese. En mi estado de ebriedad, acepté y él nos declaró *prometidos*. A la mañana siguiente, lo engañé. Imagínense mi sorpresa cuando lo veo en mi academia seis meses después. Ha regresado como un infierno furioso para reclamarme.

**A aquellos que encontraron la luz en la oscuridad
después de vivir dudando de sí mismos.**

Tabla de contenido

Capítulo [1](#)

Capitulo [2](#)

Capítulo [3](#)

Capítulo [4](#)

Capítulo [5](#)

Capítulo [6](#)

Capítulo [7](#)

Capítulo [8](#)

Capítulo [9](#)

Capítulo [10](#)

Capítulo [11](#)

Capítulo [12](#)

Capítulo [13](#)

Capítulo [14](#)

Capítulo [15](#)

Capítulo [16](#)

Capítulo [17](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo ampliado: Ghislaine](#)

[Epílogo ampliado: nueve](#)

[Epílogo](#)

[Libros anteriores sobre la mafia:](#)
[Serie La Bella y La Bestia](#)
[Conozca al autor](#)



LISTA DE REPRODUCCIÓN

[En Spotify](#)

Credo del asesino
Por la noche - Conor Maynard
Todo eso - SoMo
Esta es la caza - Ruelle
Miedo en llamas - Ruelle
Malo en el amor - Halsey
Susurros - Halsey
Mi Amor - SoMo
Enfréntate al mundo - Tú, yo a los seis
Encuentra mi camino de regreso - Eric Arjes
Amor terrible - Birdy
Mi sangre - Eric Goulding
Complicado - Nivea
Nunca me dejes ir - Florencia + La máquina



NOTA DEL AUTOR

Este es un libro oscuro que gira en torno a la mafia y se recomienda discreción para los lectores sensibles. Los libros del autor no son ligeros ni seguros y están destinados a una lectura ficticia para alimentar las almas oscuras. Si bien tiene elementos de romance oscuro, *no* es el foco principal de la historia. Esto es completamente independiente.

El libro se centra en Anastasia, su vida, su familia, los asesinos y los sindicatos. Esta es una historia sobre una mujer que se encuentra en la mafia y termina con nuevos comienzos. Esta historia se basa *libremente* en la leyenda combinada con la imaginación del autor.

Para obtener una lista de TW, haga clic [AQUÍ](#).

Estructura y familia de Solntsevskaya Bratva

Nota: Tradicionalmente, la organización no recluta mujeres, pero este es el mundo del autor, y en este mundo, las mujeres también gobiernan y sirven.

Alexander Nikolaev: *Pakhan*, también llamado jefe del sindicato y lo controla todo. Nacido en la Bratva por linaje.

Ghislaine Khalil Nikolaeva: Igual al mando que el *Pakhan*. Iniciado.

Dimitri Nikolaev: hermano de *Pakhan* - Segundo al mando después de *Pakhan*, uno de los dos espías internos, vigila la acción de los *brigadistas* para garantizar la lealtad, los controles y equilibrios, y es *Obshchak* (Grupo de Seguridad). Nacido en la Bratva por linaje.

Zara Nikolaeva: esposa de Dimitri. Iniciado. *Vor*.

Raoul Zakharov: hijo de Galina Ivanova y primo paterno de *Pakhan* —*Sovietnik* (Grupo de Apoyo), tercero en rango, y de los dos espías internos, vela por la acción de los *brigadistas* para asegurar la lealtad, los controles y equilibrios. Nacido en la Bratva por linaje.

Kirill Volkov: primo materno de *Pakhan*, *brigadier* principal y *Derzhatel obshchaka*, capitán a cargo de grupos más pequeños, entrena a los asesinos, es contable y se encarga de los sobornos. Miembro de la Bratva por matrimonio de su madre.

Anastasia Volkova: *Brodyaga* con especialización en asesinato. Trabaja directamente bajo el mando del *Brigadier*. La primera mujer en ser iniciada. Miembro de la Bratva por habilidades.

Kaya D: *Vor y byki*. Soldado y guardaespaldas. Jubilado.

Kazimir Zakharov: *Vor y byki*. Soldado y guardaespaldas. Jubilado.

Alexei Nikolaev: abuelo de *Pakhan*. *Pakhan* anterior. Jubilado.

Daniel Nikolaev: padre de *Pakhan*, Anterior *Pakhan*. Jubilado.

Natasha Nikolaeva: la madre de *Pakhan*. No iniciado.

Propaganda...

Soy un asesino que surgió del infierno y el rival Don es mi objetivo.

Érase una vez un mes de diciembre...

yo era una vagabunda, hambrienta, sin hogar, y luego... comprada, condicionada y entrenada como una asesina letal.

No recuerdo quién soy. Sólo recuerdo mi nombre.

Anastasia. Para reclamar mi vida como máquina de matar, tuve que destruir a otros, y ese se convirtió en mi destino violento.

Durante siete largos años, como elegido del sindicato Bratva, he servido a mis líderes y ahora me han dado un nuevo objetivo, una nueva misión.

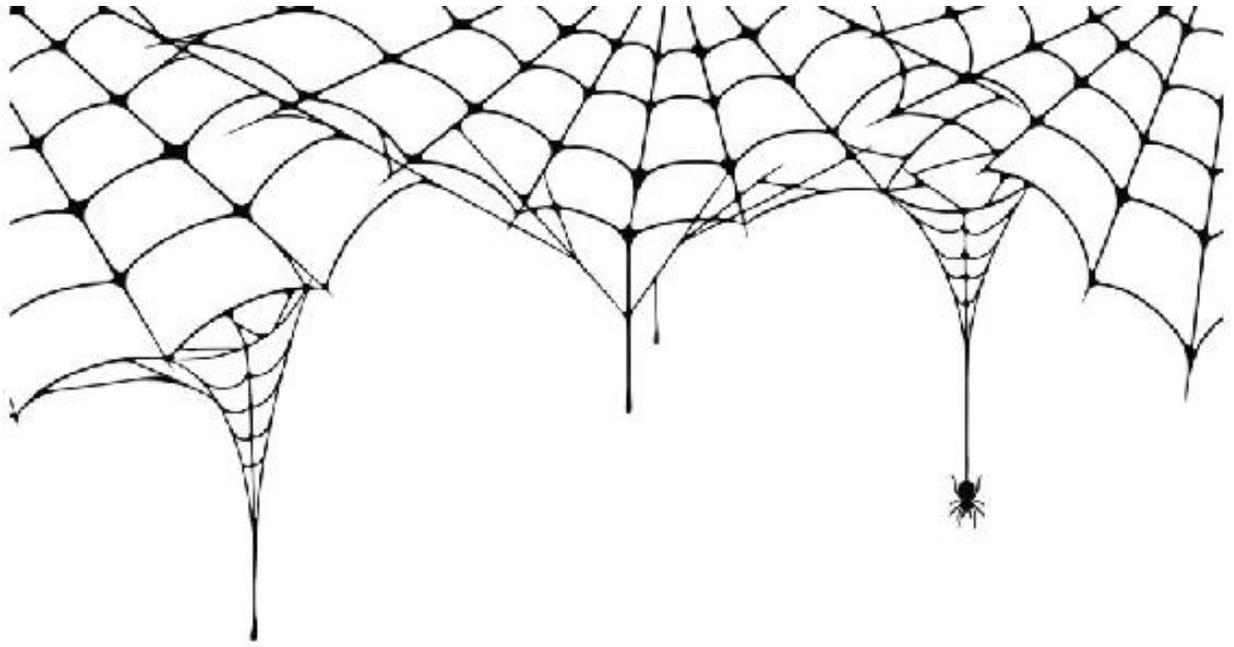
Soy un depredador silencioso debajo de mi capó. Nadie se da cuenta de que soy una mujer hasta que me *lo cruzo* :

Surge Romano, el Don italiano de ojos esmeralda de la familia gobernante de Nueva York. Tiene el doble de mi edad y es el único miembro sin sangre de la mafia rival.

Mi deber choca por primera vez con el deseo. Estoy aquí para robarle la vida, pero se me ha olvidado que tengo un corazón que late. No soy capaz de tener piedad. Si lo muestro, será un grave error. Demasiado tarde, lo veo y... *dudo*.

Bienvenido al inframundo de Nueva York.

Basado libremente en la leyenda de Anastasia.



Ana

1

UNA VEZ EN DICIEMBRE...

Bajo las estrellas negras, el invierno había traído una serenata helada. Trajo consigo una página en blanco, lo que me permitió pintarla de nuevo. No era nada comparado con el infierno que ardía dentro de mí con su llama constante. Mi respiración se elevó hacia el frío gélido cuando el viento del norte me mordió la frente. El recuerdo del sol y sus rayos había disminuido permanentemente. El suelo estaba congelado una vez más. Miré la enorme piscina que alguna vez estuvo llena de agua, ahora sólida como una pista de patinaje sobre hielo. El agua que alguna vez permaneció profunda y en movimiento estaba fría al tacto.

Los días invernales estaban nuevamente sobre nosotros y me acurruqué bajo mi capucha mientras miraba hacia la tierra. Los copos de nieve de hielo se volvieron blancos, relucientes y crujientes al tacto. Se derritieron de inmediato cuando aterrizaron sobre mi ropa negra. Pequeños copos se arremolinaban en perfecta blancura mientras depositaban besos cristalinos en mi piel. El viento azotaba ráfagas de cristales cuidadosamente esculpidos en mis ojos vacíos. El aire era delicado y frío, un encaje helado sobre mi piel mientras la nieve iluminaba la mansión dorada de tres pisos.

Era extraño cómo el invierno podía traer belleza; que incluso las cosas más frías del mundo *tuvieran* belleza. Mis respiraciones salían en pequeñas bocanadas blancas que se unían al cielo nocturno oscurecido con nubes negras. Me di cuenta de que mis mejillas estaban sonrosadas y sonrojadas. Probablemente yo también tenía labios azules. Mis dientes castañetearon mientras bajaba el borde de mi capucha negra y me cubría la cara con una máscara de satén, colocándola alrededor de mis frías orejas.

Incluso completamente vestida, el frío se filtraba a través de mis guantes de cuero, entumeciendo mis dedos hasta que intenté doblarlos unas cuantas veces. Ahora estaban rígidos y frígidos.

Mientras caminaba, el crujido de mis botas, adornadas con escarcha, llamó mi atención y exigió mi concentración. Mis ojos entrecerrados recorrieron mi entorno y esperaba que nadie más hubiera escuchado el sonido. La seguridad estaba más lejos de donde me había escabullido. En este clima frío, yo era la llama de la leña, lista para prender

fuego a este lugar para calentar el mundo. Apretando las espadas escondidas debajo de mis mangas, me alejé del balcón oscuro y abrí la ventana.

Levantando mis ojos azules, parpadeé mientras la sangre pasaba por mis oídos. Satisfecho de que no había nadie más alrededor excepto yo, abrí la ventana completamente y pasé una pierna por encima del alféizar antes de aterrizar de pie dentro del edificio. Mientras miraba por encima del hombro, mi capa aterrizó detrás de mí. Mis silenciosas botas de combate me llegaban hasta las rodillas. Mis exhalaciones fueron constantes y los latidos de mi corazón disminuyeron. Me descubrí las mangas y mis finas dagas plateadas se deslizaron fuera de ellas. Sus puntas brillaban bajo la luz artificial.

Mis ojos agudos evaluaron cada uno de los escribas grabados en las paredes doradas. Suaves sábanas de seda blanca cubrían la cama tamaño king. Un persistente aroma a cuero afilado todavía estaba presente en la habitación, como si alguien la hubiera abandonado recientemente.

Mi pulso se aceleró.

Eso significaba que acababa de estar aquí.

Tal vez si hubiera llegado cinco minutos antes, lo habría atrapado a tiempo.

Entonces se habría evitado el derramamiento de sangre.

Normalmente, sólo apunto a mi objetivo, pero si otras personas caen, entonces... descansa en paz.

Simplemente lo extrañé.

¿Cómo se suponía que iba a saber que saldría de su habitación en este mismo momento?

Era más de medianoche y se suponía que ya estaría dormido.

Tal vez había bajado las escaleras para tomar un vaso de agua.

Mi mirada cazadora se posó en su mesita de noche, donde el vaso aún estaba lleno.

Había estudiado su agenda durante las últimas tres semanas antes de hacer cualquier movimiento.

Siempre dormía a medianoche. Noqueado como un muerto.

¿Dónde estaba ahora? ¿Dónde había desaparecido en medio de la noche?

Suspirando en silencio, miré hacia la puerta abierta del baño, pero las luces del interior estaban apagadas. Él no estaba allí.

La puerta del dormitorio principal también estaba abierta cuando me acerqué a ella.

Una charla estalló desde el lado opuesto de la puerta y me escondí detrás de su marco. No hay necesidad de atraer ningún testigo hacia mí. Las voces más allá de la puerta se calmaron y conté en silencio en mi cabeza antes de escabullirme por ella. El vacío me recibió sin nadie a la vista mientras deambulaba por el interminable pasillo con paredes beige. Pasé junto a las pinturas doradas de leones. Estaba en la guarida de uno, pero no dejaría que eso me detuviera. Incluso si había alguien presente, mi cara estaba cubierta.

Nadie me reconocería.

Nadie sabía que yo existía excepto la Hermandad para la que trabajaba.

Y nadie lo haría jamás.

Mi ojo izquierdo tembló incómodo y parpadeé.

Hice una pausa mientras mi ojo palpitaba y el pulso detrás de él me dolía.

La inquietud recorrió mi columna vertebral mientras el miedo llenaba mi cuerpo sin alma.

Ahora en alerta máxima, seguí caminando. No había hombres armados alrededor de esta ala oeste, y los anteriores se habían ido. Invadir la casa privada de alguien ya era peligroso. Sin embargo, invadir la casa privada de un hombre hecho era *extremadamente* peligroso. Algunos incluso podrían considerarlo una estupidez. En cualquier momento llegaría la seguridad y me encontraría.

Un hombre hecho tenía la mayor seguridad en casa.

Aunque eso nunca me detuvo.

Ataqué mientras dormían o cuando estaban afuera con menos seguridad.

Mi alma brillaba al matar a alguien en su casa cuando no estaba preparado para cualquier intruso. Podía imaginar la sangre color burdeos saliendo de sus cuerpos mientras mi espada los cortaba. Las casas se consideraban los lugares más seguros en los que podía vivir la gente. Qué equivocados estaban.

La gente a menudo olvidaba que los depredadores también podían visitar sus hogares.

A menudo olvidaban que había un depredador en su casa en ese mismo momento.

Mis oídos se animaron cuando escuché voces y pasos al pie de la escalera de abajo. Tres soldados italianos vestidos completamente de negro caminaban con revólveres en sus

fundas. Uno de ellos le sonrió demasiado al otro, y sentí la necesidad de quitar mi espada y apuntarla a su boca, solo para borrar esa expresión de su rostro.

Odiaba las sonrisas. Odiaba *sonreír*.

Dijeron que se necesitaban unos diecisiete músculos para que tu cara se iluminara.

Demasiado esfuerzo.

El hombre hecho continuó sonriendo, y traté de reprimir el impulso dentro de mi cuerpo, pero subió a la superficie hasta que levanté mi espada y me deslicé escaleras abajo. Apuntando con mi arma, tiré mi muñeca hacia atrás y lancé la gran hoja plateada directamente a su boca. Lo atravesó hasta que la punta puntiaguda de mi espada salió disparada de la parte posterior de su cabeza.

Ahora su rostro estaba cubierto de rojo. El líquido escarlata salpicó las baldosas de mármol blanco debajo de él. Fue una pena, ya que eran caros. Casi sentí una punzada de culpa por las criadas que tendrían que limpiar el desorden. No sentí ninguna presunción, aunque me llenó el alma de satisfacción que su sonrisa desapareciera.

Los soldados que lo rodeaban dieron un paso atrás, sorprendidos, y el moribundo sintió arcadas cuando la sangre se deslizó por su boca. Sus pies cedieron bajo él y sus ojos muy abiertos se pusieron en blanco. Se desplomó ante sus compañeros soldados.

Habría tenido que matarlo de una manera u otra, al igual que...

Los ojos de sus compañeros soldados se posaron en mí.

No dejé muchos cuerpos atrás. Normalmente lo evitaba y me concentraba en mi objetivo.

Hablando de mi objetivo, no lo encontraba por ningún lado.

¿Dónde estaba esa notoria criatura?

Concentrándome de nuevo, corrí escaleras abajo mientras el hombre hecho agarraba su revólver. Levantando mi espada, la apunté a su cara y la lancé.

Al mismo tiempo disparó.

Lo esquivé y la bala pasó a mi lado.

Mi respiración se aceleró cuando mi espada aterrizó en medio de su garganta y, al igual que su pequeño amigo, él también cayó. Se agregaron dos cuerpos más a mi lista de objetivos.

Doscientas treinta muertes.

Dos cuerpos más que se suponía que no debían estar allí. No me importó. Como ahora era visible, era yo o ellos,

y siempre me elegía.

Charcos de color rojo pegajoso cubrían los pisos que alguna vez fueron bonitos, y evité pisar el líquido. Un amargo olor metálico envolvió mi nariz. Agarré mis espadas y las enterré profundamente en sus caras antes de ponerme de pie y pasar junto a los cadáveres. Vendrían más. Estaba seguro de que las cámaras de arriba ya habían anunciado mi presencia no deseada. Sosteniendo mis espadas, miré alrededor del piso vacío hasta que mis ojos se posaron a unos metros de distancia, a mi derecha, en un hombre que se servía una bebida en la barra y miraba directamente en mi dirección.

Mi corazón se aceleró y mis dedos sobre mis espadas se tensaron.

Me miró y bajó la mirada hacia los hombres muertos detrás de mí, antes de volver a mirarme. Sus ojos entrecerrados me estudiaban mientras inclinaba la cabeza y tomaba un sorbo de su brandy. La botella todavía estaba más de la mitad llena junto a él. El hombre estaba debajo de una alfombra azul mientras que yo estaba cerca de las baldosas ensangrentadas. No hizo ningún movimiento para sacar sus armas y simplemente se quedó mirando. Si estaba tratando de intimidarme, seguro que no estaba funcionando.

Aunque no hablé.

Mi voz lo delataría todo.

El hombre se llevó la bebida a los labios y bebió en silencio.

Odiaba su silencio, su quietud y su distanciamiento.

No me tenía miedo, aunque todavía llevaba mis armas.

Di un paso hacia él para levantar mi espada nuevamente, pero entonces unos pasos inundaron la sala de estar. La puerta principal se abrió de golpe, trayendo consigo ráfagas no deseadas de viento invernal. Mi piel se heló bajo el frío glacial.

Me quedé quieto mientras sus hombres, todos vestidos de negro, me rodeaban.

Más de quince de ellos me superaban en número. Cambié una de mis espadas por mi revólver mientras lo levantaba para apuntar a una de sus caras.

Mi mirada se dirigió al hombre que todavía bebía sin ninguna preocupación en el mundo.

Se apoyó contra la barra, de pie con tanta indiferencia, como si mi intento de asesinato no lo hubiera inmutado. Un pijama de seda negro se pegaba a su cuerpo como si el

traje hubiera sido hecho para él, y los primeros tres botones de su camisa estaban abiertos.

Llevaba un colgante de plata alrededor del cuello. Cogí un par de rizos rojizos en su pecho. Era más marrón claro que rojo. Probablemente había bajado las escaleras para tomar una copa en medio de la noche. Quizás no pudo dormir.

Su yo alto, de seis pies y cinco pulgadas, parpadeó ante mi figura de cinco pies y nueve pulgadas. Era un gigante delgado y musculoso con largos mechones de color marrón rojizo que enmarcaban su rostro como un dios griego. Su cabello era más castaño claro que rojo. Era liso y recto, pero las puntas se curvaban ligeramente en la nuca.

El hombre me estudió cuidadosamente como alguien que evalúa a su presa. Una línea sombría se extendía por su rostro pecoso mientras sacudía la cabeza hacia mí como si yo fuera un idiota por invadir su casa. Pequeñas pecas salpicaban su piel. Lo sabía porque había memorizado su rostro en el fondo de mi mente. Pómulos tallados, barba recortada y ojos esmeralda. Esperé a que su piel se pusiera roja y estallara en cualquier momento. Pero no fue así.

Sus ojos continuaron escudriñando los míos, pero no encontró nada más que vacío.

Un alma vacía.

"Desenmascara su rostro", murmuró el hombre de ojos somnolientos.

Su voz baja era rica y sonaba mayor que yo, *mucho* mayor que yo.

Uno de los hombres creados extendió la mano para desenmascarar mi rostro, pero levanté mi espada y le corté la mano. La parte del cuerpo desmembrada cayó al suelo y se alejó rodando. Dejó manchas de gotas rojas. Si fuera normal, mi estómago se habría revuelto y revuelto en este mismo segundo, pero no fue así. En lugar de vomitar, miré al frente.

El hombre sin manos gritó y los demás corrieron hacia mí, apuntándome con un arma a la cara.

"No. No dispaes. Lo quiero vivo... por ahora".

Sus hombres hicieron una pausa.

Mi mirada se dirigió hacia él, todavía sorbiendo su brandy.

Bueno, él no planea matarme todavía, así que no te importa si yo...

Levanté mi revólver a la altura de la cadera y disparé la bala justo en la ingle del hombre hecho que me apuntaba

con una pistola a la cara. Ahora no tenía polla y no podía volver a follar nunca más. Fue una maldita lástima. Casi me sentí culpable por su chica... o chico.

El o ella encontraría a alguien más de todos modos.

La sangre borboteó de sus labios y su región inferior, oscureciendo sus pantalones con su sangre. Su mano cayó de mi cara, pero no antes de que otra mano se extendiera y me golpeará en la nuca. Me mordí el labio para evitar silbar mientras las estrellas llenaban mi mente.

A través de mi visión estrellada, miré por encima del hombro, levanté el codo y golpeé al hombre justo en la nariz. La satisfacción de un crujido y la sangre saliendo a borbotones de su nariz me agradaron. Sin arriesgar más oportunidades, hice mi siguiente movimiento y lancé mi larga espada en el aire, cortándola y atrapando sus manos.

Al igual que los demás antes que ellos, ahora también estaban desmembrados. Debí haber parecido un espectáculo con sangre salpicada a mi alrededor y manos cortadas a mis pies. La sangre aún no me había tocado. Odiaba mancharme de sangre. Al menos la sangre de otras personas. Nunca se lavó.

Los gritos cacarearon y llenaron la atmósfera.

Respirando por la nariz, tomé de nuevo una postura defensiva y apreté el gatillo.

Disparé.

Una y otra vez.

Los hombres armados estaban listos para dispararme de nuevo, pero luego se detuvieron.

Mantuve una sonrisa.

Según la orden de su jefe, no podían matarme todavía.

Uno de ellos detrás de mí me pateó la pierna.

Bueno, al menos no les había impedido intentar convertirme en pulpa a golpes.

Antes de que pudiera caer, me sostuve a medio camino. Me pregunté si era aquel a quien le había roto la nariz el que acababa de patearme. Estaba a punto de darme la vuelta y dispararle para hacerle sangrar otra nariz, pero una espada vino desde mi derecha y me quitó el revólver de la mano. Siseando en voz baja, mis ojos atónitos se posaron en la hoja que sobresalía de mi guante de cuero.

Mierda. Eso no se veía bien.

Él. Era. *Aún*. Atascado. En. Mi. Piel.

Mierda.

No esperaba eso, ni estaba preparado para que me sorprendiera.

Vino de la nada.

Un dolor llenó la piel perforada y contuve un gemido.

Tomado por sorpresa, me quedé quieto y miré a mi derecha.

Mi mirada se deslizó hacia el culpable.

El bebedor de brandy había dejado de beber.

Debió haber sacado la espada cuando no lo estaba mirando.

Sus cejas claras y pobladas se fruncieron mientras su mirada se centraba en mí.

"¿Te gusta cortarte las manos?" Continuó en voz baja.

No levantó el tono. No era necesario.

Las espaldas de sus soldados se pusieron rígidas mientras se enderezaban. Esa voz magnética suya tenía tal autoridad dominante que estaba obligado a escuchar como lo hacía yo ahora. Miró mi mano herida antes de lanzarme su mirada desolada.

"Tienes tres segundos para decirme quién eres y quién te envió aquí".

Me quedé en silencio.

Uno.

"Si no lo haces, será otra espada para ti, pero esta vez, te cortaré la garganta".

Dos.

Esa amenaza se negó a calar en mí.

Acababa de perturbar a este hombre en un sueño inquieto.

Las probabilidades de que eso ocurriera no parecían buenas para mí.

Me quedé mudo.

Quizás porque no tenía nada que perder.

Tres.

Sosteniendo con cuidado mi otra espada, extendí la mano y arranqué el cuchillo que me había perforado la mano. Apreté los dientes mientras una agonía asombrosa llenaba mi pobre mano. Eso dejaría cicatrices y una herida profunda.

Fue la peor decisión que pude tomar, sacar una espada de una mano sangrante tan rápidamente. Aunque era una hoja más pequeña. Tal vez no me desangraría.

Me arriesgaría. Lo sostuve en el aire, girándolo con mi mano herida mientras mis ojos celestiales desafiaban sus musgos verdes. Inclino la cabeza mientras me estudiaba, probablemente preguntándose por qué era un maldito psicópata.

Usando la misma espada con la que me había atacado, la lancé con todas mis fuerzas en su dirección. Sin apartar sus ojos de mí, como si lo esperara, se hizo a un lado y mi espada se estrelló contra la pared de la barra detrás de él.

Chocó con una botella y el cristal se rompió. El líquido brotó detrás de él como una cascada, y se alejó antes de que pudiera golpear sus pies descalzos. Miró la botella rota que se había estrellado en un millón de pedazos en el suelo antes de levantar la mirada con disgusto.

"Esa era una botella especial de doscientos años", dijo lentamente, como si tuviera en mente el asesinato y se confirmara que la muerte era mi destino.

Pobre botella. Ahora podía respirar libremente.

Por supuesto, nunca dije esto en voz alta.

No porque tuviera miedo, sino porque no quería que escuchara mi voz.

Me palpitaba la mano y le lancé una mirada asesina.

Nunca antes me habían apuñalado en la mano.

Me dolió muchísimo.

Con una mueca de desprecio debajo de mi capucha, levanté mi espada y me moví hacia él. No llegué muy lejos porque uno de sus hombres me hizo retroceder. Sus manos furtivas se agarraron a la parte posterior de mi capucha y la retiraron. Mis ojos se abrieron y me quedé quieto. Debe haber sido uno de los hombres a quienes no les había cortado las manos.

Sin embargo, fue rápido y ya era demasiado tarde para detenerlo cuando la capucha cayó hacia atrás de mi cara, dejando al descubierto mi cabello de medianoche con mechones dorados. Esas vetas doradas no estaban teñidas. No sabía por qué, pero algunas partes de mi cabello eran más doradas que negras.

Pero mis raíces eran negras. Intenté preguntarles a mis líderes, pero solo murmuraron: "Condición médica". Sin embargo, nunca me dijeron qué condición médica era y no estaba segura de tener alguna.

Todos a mi alrededor guardaron silencio.

Mi cabello quedó expuesto.

La textura de mi cabello era demasiado suave y larga.

Su longitud todavía estaba oculta debajo de mi capa, pero parte se había amontonado alrededor de mi nuca. No fue difícil sumar dos y dos.

Levantando la cabeza, miré al hombre de ojos verdes a quien había venido a matar.

Podía imaginar la sorpresa en su rostro antes de que pudiera ocultarla cuidadosamente.

Su mandíbula se movió como si no quisiera creerlo.

“Quítense la máscara negra”, ordenó a sus hombres, todavía mirándome con sus ojos peligrosos. Su voz profunda retumbó, enviando dagas invisibles a través de mi alma.

Una cosa más queda por exponer.

Me habían visto el pelo, pero me negué a que me vieran la cara.

Uno de ellos intentó alcanzarme de nuevo, pero comencé a cortarle la cara. Pero esta vez no me detuve. Mi mano errante cortó a cualquiera que intentara acercarse a mí. Ahora, dándole la espalda al hombre que quería asesinar, apuñalé a otro hombre hecho en el globo ocular antes de sacarlo de la cuenca del ojo y arrojárselo a uno de sus amigos como si estuviera jugando al póquer con globos oculares.

Se oyeron pasos detrás de mí y me giré con mi espada, pero una mano se extendió y agarró mi mano ensangrentada.

Ya sabía quién era.

Me encontré con los ojos esmeralda del hombre de la casa mientras gemía. Su gran pulgar presionó contra la herida que había dejado, sacando sangre fresca de ella. Siseé por lo bajo y sus ojos se entrecerraron ante el sonido como si lo hubiera escuchado.

Mi otra mano bajó un poco antes de recordar que estaba tratando de apuñalarlo. Rápidamente bajé mi mano armada y hundí la espada profundamente en su hombro. Debería haber apuntado a su garganta, pero el hombro sería suficiente por ahora.

Los bordes alrededor de sus ojos se tensaron mientras exhalaba con un gruñido. Su cálido aliento, mezclado con brandy, aterrizó en mi cara. Incluso con la hoja clavada en su hombro, no se detuvo mientras continuaba presionando su pulgar contra mi mano herida, rompiendo las capas de la suave piel y hundiéndose más profundamente. No me rendiría ante él fácilmente.

Con todas mis fuerzas, presioné la hoja mientras la hundía aún más profundamente hasta que la punta desapareció por completo en su hombro y me quedé sosteniendo el mango.

Sus soldados no interfirieron ahora.

Eramos un desastre de sangre y caos, y ambos nos negábamos a rendirnos.

Nuestras respiraciones se aceleraron cuando nuestros ojos chocaron.

¿Podrá ganar el último hombre en pie?

Que se joda esa mierda.

Éste era mi mundo ahora.

Con una de mis manos capturada por él y la otra todavía tratando de apuñalarlo , con la esperanza de dislocarle el hombro , mis entrañas hormiguearon mientras miraba el líquido rojo que salía de él. Su rostro se acercó con sus rasgos distorsionados y su labio se curvó en una mueca. Aunque no vi venir su próximo movimiento.

Nadie me había hecho eso antes.

Nadie me había enseñado que alguien lo intentaría.

Su rostro amenazador se inclinó y sus dientes mordientes se acercaron a mi rostro.

Mierda, ¿me iba a comer la cara?

No esperaba un caníbal.

Quizás esto era lo que realmente era.

Violento, impredecible e increíblemente poderoso.

Nunca antes había matado a uno de su especie.

Ya es demasiado tarde para arrepentirse.

En lugar de comerme la cara, sus dientes aterrizaron en el borde de mi mandíbula mientras su boca me arrebatava la máscara.

Mis dedos se detuvieron.

Me quedé quieto.

Paralizada por su repentino gesto, lo miré fijamente.

Me miró fijamente.

Tenía una mirada de complicidad mientras sus ojos perdían el filo.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

Mierda... Mierda... Mierda.

Rayos explotaron en mi alma y chisporrotearon por mis venas.

Mi aliento se quedó atrapado en mi pecho mientras el miedo se apoderaba de mí.

Bien podría haberme matado antes.

Cada centímetro de la lucha en mí se disolvió.

Joder mi vida.

Mi máscara colgaba de mi cara, todavía enrollada alrededor de una oreja, pero la otra estaba despeinada. Pequeñas bocanadas de aire salieron de mis labios, golpeándolo justo en la boca.

El movimiento lo había acercado mucho más a mí ahora, su musculoso pecho presionado contra el mío. Mis pechos se empujaron contra él, mi feminidad chocó con su masculinidad, a pesar de que la había ocultado.

Escalofríos eléctricos recorrieron mi columna, provocando chisporroteos entre mis piernas. Los erráticos latidos de mi corazón golpearon y sus ojos se entrecerraron como si pudiera oírlo.

Nuestros ojos se mantuvieron cautivos.

Mis ojos salvajes y tormentosos nunca apartaron la mirada de él.

Con la mandíbula tensa, me miró con sus ojos ardientes.

La llama se extendió a través de mí como un incendio forestal.

Si miraba de cerca, motas de puestas de sol marrones y doradas llenaban sus vastos ojos parecidos a los de un bosque. Tenía el tipo de ojos verdes que trae cada primavera después de una fuerte lluvia. El tipo de trébol verde que florecía del suelo una vez al año. Tan raro.

Sus mejillas ahora tenían un toque rosado, probablemente por estar frustrado conmigo, y eso realzaba las pecas en su piel de porcelana. Quería rastrearlos con mi dedo para ver si eran reales. Nunca antes había visto a un hombre pelirrojo y pecoso tan de cerca. Todavía olía al fuerte olor a cuero que había dejado en su habitación, pero ahora el sudor limpio y el brandy también lo envolvían: el aroma a fruta. Su olor ahora estaba profundamente incrustado en mi mente. No lo olvidaría.

Un suave zarcillo de color marrón claro cayó sobre su rostro y quise ponérselo detrás de la oreja. Junté los dedos, empujando hacia abajo esta necesidad urgente que no había sentido en mucho tiempo.

Su belleza era aterradora pero atractiva.

Los latidos de su corazón golpearon contra los míos.

Sólo entonces me di cuenta...

Estábamos pecho con pecho.

Corazon a corazon.

La única barrera entre nosotros era nuestra ropa.

No debería estar tan cerca de él. Especialmente no así, como si nuestros cuerpos estuvieran moldeados juntos.

Su respiración agitada me hizo cosquillas en la cara desenmascarada. Mi boca se abrió e inhalé sus exhalaciones y su fascinante aroma.

Dentro y fuera.

Inhala exhala.

Compartimos el aliento del otro ahora.

Había demasiada tensión en el aire en nuestro enfrentamiento, como si un infierno quisiera consumirnos a ambos. Demasiado fuego. Me asfixió con sus estragos y no podía ver a través de la espesa niebla.

Ahora sabía la verdad sobre mí.

El mundo se volvió borroso ante mí.

Su mano se detuvo.

Se me cayó de la mano herida.

Mi mano cayó de su hombro.

Él todavía sangraba y yo también.

Sus ojos evaluadores recorrieron mis rasgos, desde el hueco de mi sien hasta mis ojos azules, donde un iris era más negro y más grande que el otro, pómulos altos, nariz respingona, piel pálida antes de descansar sobre mi boca llena y rosada.

Lo miré con mi ojo izquierdo borroso. Había sido dañado hace mucho tiempo. Me recorrieron escalofríos cuando un recuerdo me golpeó antes de que pudiera ignorarlo.

Me concentré en el Don que tenía delante. Su mirada recorrió mi conjunto de cuero negro, deteniéndose en lugares que no había notado y curvas que no se molestó en comprobar antes.

Su mirada acalorada me atravesó como brasas, y un escalofrío me recorrió cuando sentí su mirada en lo profundo de mi vientre. Estaba acostumbrada a que me miraran fijamente, pero mi piel todavía se sonrojaba bajo su mirada escrutadora. No podría ser más obvio acerca de quién era.

Desconcertada, abrí la boca, pero la cerré.

Por fin hablé.

"Pensé que eras un..."

Su voz se apagó cuando se quedó en silencio.

Podía escuchar sus palabras no dichas.

Hombre.

Yo era una mujer.

Una asesina escondida debajo de la capucha, la máscara y la ropa negra.

Él todavía no se había alejado de mí.

Todavía me tocó.

¿O lo estaba tocando?

Una mano se extendió y se posó sobre mi suave cadera.

Sus dedos se movieron contra mí durante unos segundos y su labio se torció en una sonrisa.

El *sonrió*.

“Eres una mujer, está bien. Dios mío... Esto es interesante”, continuó.

Su voz era baja, como el rugido de las olas en la orilla.

Sus verdes se centraron en mí mientras sus ardientes y malvados ojos se suavizaban ligeramente.

Se volvieron más vidriosos cuando él me miró de manera diferente ahora.

Levantó su pulgar, el mismo pulgar ensangrentado que estaba cubierto de mi sangre, antes de llevárselo a la boca y frotarlo sobre su labio inferior. Ese pequeño movimiento llamó mi atención y me quedé mirando sus labios. El de arriba era más delgado que el de abajo. Mientras lo estudiaba, también capté un tatuaje de un león entre sus dedos. El símbolo de su familia escondido del mundo.

Tal vez había olvidado que su pulgar estaba ensangrentado, pero entonces, sus ojos vidriosos se iluminaron mientras miraba su sangre de color escarlata. Mis ojos frenéticos permanecieron pegados a su rostro mientras su lengua salía y lentamente lamía el líquido rojo en sus labios.

El acababa *de lamer* mi sangre.

La fachada fría desapareció por completo de su rostro mientras sus intensos ojos seguían mirándome con el ceño fruncido, todavía saboreándome en sus labios. Todavía estaba tan cerca de mí mientras miraba sus pupilas dilatadas.

Oscuros abismos me saludaron ahora.

Se me secó la garganta.

Mi cuerpo tembló ante el peso de su mirada, ante la oscuridad de la noche sobre nosotros.

El viento del exterior todavía invadía esta casa como lo había hecho yo.

La puerta de entrada vibró como si alguien se hubiera olvidado de cerrarla.

Corrientes de aire rozaron mi piel cálida y rosada.

El pulso en mi garganta tronó y respire con dificultad por la nariz.

Rayos de electricidad recorrieron mi piel.

Las corrientes se estaban marchitando entre nosotros.

Me negué a hablar en absoluto.

Ya estaba expuesto y no quería añadir nada más.

Quería arrancarle el pelo como si fuera mi última misión.

Quizás ahora estaba jodido.

El se echó hacia atrás y mi cuerpo protestó ante él, retirando su calor.

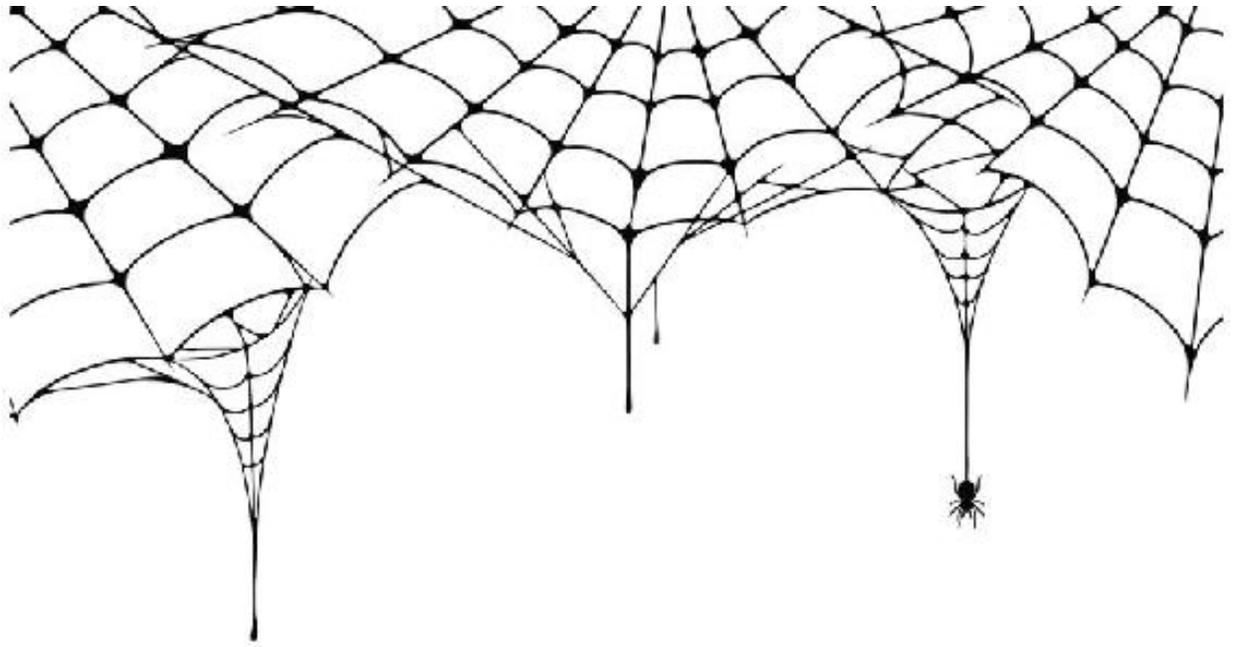
"Soy Surge".

Su labio se arqueó y sus ojos se llenaron de un brillo malvado.

Aumento.

El mismo Surge que parecía Cristo pero mataba como el Anticristo.

"Don Surge Romano y tú, Pequeño Asesino, estáis en mi casa".



Ana

2

Don Surge Romano.

El Don de una de las Cinco Familias de Nueva York me miró fijamente.

Sus hombres ya no me rodeaban, pero todavía estaban a unos metros de distancia, como si no estuvieran dispuestos a dejarme ir. Incluso con su ropa de dormir y la costosa seda pegada a sus caderas, seguía siendo el hombre más peligroso, violento y entrenado de esta habitación.

Mi espada también sobresalía de su hombro y no se había molestado en quitársela. Tal vez porque la herida era más profunda que la herida de mi mano, y si la sacaba ahora, se desangraría. Mis ojos se dirigieron a la herida nuevamente antes de dirigir mi mirada hacia él. Manteniendo mi rostro neutral, extendí la mano como un rayo para sacar la espada de su hombro, esperando que muriera, pero él agarró mi mano herida y enguantada.

Hice una mueca ante el golpe bajo. Bueno, me lo merecía, ya que de todos modos le iba a hacer lo mismo. Lastimándolo en el mismo lugar que él también dolía.

Me mordí el labio inferior mientras extendía la mano para agarrar el mango de la espada. Su mano todavía presionaba mi cadera, apretando contra la carne antes de deslizarse debajo de mi camisa negra y descansar contra mi piel desnuda. Su mano estaba fría contra mí. Mis ojos se abrieron cuando miré la mano grande debajo de mi camisa.

Levantando la mirada, le lancé una mirada mortal.

"Eres una estúpida mierda", murmuré con mi voz femenina.

Jadeos de sorpresa llenaron la habitación desde atrás mientras maldecía.

Puse los ojos en blanco, porque literalmente había apuñalado a su precioso Don, pero eso no pareció perturbarlos. Con mi alma reluciente, miré el mango y lo giré más profundamente en su hombro. Su rostro se contrajo. Más sangre fresca brotó de la herida.

Su camisa ya estaba manchada. El rojo era invisible contra la tela negra, pero la tela se había oscurecido y parecía empapada. Don Surge agarró la piel de mi cadera con el pulgar y el índice y la retorció como yo le había hecho a él. Siseé en voz baja antes de agarrar el mango con más fuerza.

Sus verdes brillaron mientras continuaba pellizcando y torciendo mi cadera. Ya no empujó contra mi mano herida. No entendí por qué no lo hizo. Desconcertado ante mi pensamiento, agarré el mango y me preparé para sacarlo. Una retorcida astucia cayó sobre mi alma y me estiré un centímetro. El Don hizo una mueca y no sentí ni una pizca de lástima por él. Estaba listo para completar la tarea hasta que su mano abandonó mi pobre y hormigueante carne y ahora agarró mi garganta.

Me quedé quieto.

Mi mano se detuvo cuando encontré sus terribles ojos.

La vidriosidad en ellos había desaparecido, y la frialdad estrechada en ellos regresó. Su pulgar encontró el centro de mi cuello y presionó contra él, cortándome el aire.

Se me cortó la respiración pensando que podría acabar conmigo.

"Si me estoy muriendo", lo llamé con mi voz ronca, "tú te estás muriendo conmigo".

Levantó una ceja refinada ante mis enormes bolas.

La mano de Don Surge me acercó más a él hasta que solo hubo cinco centímetros entre nuestras caras. Nuestros labios casi se rozaron. Yo era alto, pero no lo suficiente comparado con él.

Incliné la cabeza hacia atrás.

Inclinó la cabeza hacia abajo.

Nuestras narices se rozaron y respiré. Debemos ser un espectáculo para los soldados detrás de nosotros. No me importaban. Su líder, su alfa, su león, tenía ahora toda mi atención.

Mi corazón latió con fuerza ante su cercanía. Ya debería haber estado muerto. A estas alturas, debería haberlo matado. Las habilidades y técnicas que tenía estaban ahí. Cuando maté antes, no lo dudé. ¿Por qué estaba dudando ahora?

No debería haber dudado.

Sus alarmanamente oscuras esmeraldas aterrizaron en las mías nuevamente.

Sólo hizo falta una mirada de él para dejarme sin palabras.

"Ahora dime, ¿quién carajo eres y qué estás haciendo en mi casa?"

Su áspero aliento aterrizó en mis labios mientras su voz retumbante exigía respuestas.

"Un fantasma", murmuré contra su boca.

Sus cejas se fruncieron, tratando de descifrar el significado.

El no lo entendería.

Era un apodo común entre mi gente.

Y él no era parte de mi gente.

Era un rival.

Don Surge Romano era mi objetivo.

“¿No le vas a ofrecer al menos una taza de café a tu invitado?”

Mi alma se iluminó ante mi sarcasmo.

Lástima, no pareció gustarle.

“Prefiero el café negro, Surge. Pareces una pelirroja de dos azúcares”, continúe, a pesar de que su agarre mortal aún no había caído de mi garganta.

Sabía que no se me permitía hablar con él por su primer nombre. Ciertamente tampoco podía burlarme de él. Sólo quería cabrearlo. Mis entrañas se alegraron cuando su mandíbula se tensó y se tensó. Funcionó. Sus dedos se apretaron contra mi garganta como si ya quisiera asfixiarme, pero no podía porque aún no tenía las respuestas a sus preguntas, y estoy seguro que no se las daría. Podría intentar sacarlos de mi cadáver.

"Don", corrigió en voz baja.

Envió un hormigueo por mi columna.

Mis pies se curvaron involuntariamente ante su voz profunda.

“Don Romano”, finalizó, su aliento golpeándome como dagas invisibles.

Don Romano.

Sonaba bien y mi voz ansiaba reconocerlo como Don en voz alta, pero la criatura orgullosa que había en mí se negó. Él no era mi Don. Él no era mi líder. Por supuesto, no podía decirle esto, así que decidí provocarlo. “Por lo que he oído, eres el hijastro. No eres un Don hecho y derecho. Tú no eres la sangre biológica ...

Sus dedos asesinos presionaron los lados de mi garganta, apretándola hasta que jadeé en busca de aire. Las estrellas giraban alrededor de mi mente, corriendo en círculos hasta que la conciencia goteaba en el fondo de mi mente. Jadeé y sus ojos se dilataron de nuevo.

Si sigo provocando al león, es posible que se desate sobre mí. Los ojos de Surge se entrecerraron mientras me miraba.

Parecía que no podía decidir si quería devorarme como su próxima comida o matarme.

Su mano libre agitó dos dedos en el aire; tal vez a sus hombres para que se larguen.

"Pero, jefe ..." protestó uno de ellos.

"Afuera. Ahora", sólo ordenó Surge.

Los pasos detrás de nosotros se alejaron mientras nos dejaban solos.

El silencio nos recibió.

Estaba sola con él ahora.

Aflojó su agarre sobre mi garganta y respiré libremente.

"¿Por qué les dijiste que se fueran?" Cuestioné, negándome a callarme. "¿Tienes miedo de que les vuelva a cortar las manos?"

Abrí mucho los ojos, pero él no pareció morder el anzuelo.

El parpadeó. "No eres policía", dijo al fin. "¿Es usted un cazarrecompensas privado?"

Casi quería reírme.

Debió haber visto brillar mis ojos vacíos, porque continuó: "¿Quién te entrenó?"

Fruncí el ceño y miré de nuevo la espada en su hombro.

"Ni se te ocurra pensar en eso". Él chasqueó en voz baja.

Volví mis ojos a su rostro.

"Preferiría disfrutar apuñalándote", respondí dulcemente.

Suspiró en voz baja como si yo fuera una molestia.

"Has invadido mi casa, perturbando mi sueño y mi noche". Solo asentí con la cabeza mientras él continuaba enumerando mis actos. Entrecerró los ojos y tensó la mandíbula. "¿Mataste a muchos de mi gente, me apuñalaste también y crees que está bien fingir ser un maldito idiota delante de mí?"

La molestia me atravesó.

"Tú eres el maldito idiota. Tal vez deberías contratar mejor seguridad en lugar de quejarte conmigo".

Parecía que ya quería estrangularme.

Pensé que ya había tenido suficiente de mí, ya que agarró mi mano herida, se la quitó y la presionó en su mano. Su agarre no fue fuerte, pero el contacto piel con piel ardió. Un dolor llenó mi garganta mientras contenía un silbido. Mis ojos se dirigieron a mi mano y quise arrebatársela de las manos. "¿Por qué me apuntaste?" él disparó. "¿Para qué organización trabajas? Los italianos no tienen mujeres soldado".

Me sorprendió que no me hubiera matado ya por maldecirlo. Parecía racional. Maduro. Tenía cuarenta años.

Ya debería haberlo matado. Necesitaba matarlo ahora.

Nunca antes había dejado una misión sin cumplir. Una creciente necesidad de completar la tarea me invadió, pero sus ojos vidriosos se centraron en mí nuevamente. Tenía la mandíbula apretada mientras me estudiaba de pies a cabeza otra vez. Aunque estaba completamente cubierta, bien podría estar desnuda mientras él se regodeaba ante mí con esos ojos secos e invasivos suyos.

"Quizás muchos de ustedes deberían intentar avanzar pronto". Abrió la boca de nuevo, pero le adelanté. Mirándolo fijamente a los ojos, continué: "No conseguirás sacarme ninguna verdad, *Surge*". Quizás sobre mi cadáver".

Mientras hablaba, junté mis manos y me subí la manga para buscar otra espada. Lo miré con atención y noté cómo sus ojos se sentían atraídos por cada movimiento mío como un halcón. Aunque tenía una cara bonita. Una cara que estaba deseando esculpir a partir de la piel que comenzaba en la línea del cabello hasta donde terminaba en la barbilla. Nunca antes había intentado desollar. Me pregunté si su piel estaba roja por debajo, como su cabellera llena.

Antes de lanzarme hacia su cuello, mantuve mis ojos fijos en él. La punta de mi espada presionó contra el centro de su cuello. Un segundo después, su espada presionó contra mí.

La pequeña espada estaba unida a su cadena. Era un colgante, pero no sabía que también era un arma. Desde que lo estudié, nunca antes lo había sacado. Mi espada era más grande, pero su espada más pequeña también podría causar daños graves.

Don Surge estudió mi rostro antes de levantar una ceja de color marrón claro. El frío metal se mantuvo como una amenaza contra mi piel. Tragando saliva, me encontré con sus ojos mientras él clavaba el borde afilado un poco más profundamente en mi piel pálida, cortándola. Un hilo de sangre cálida bajó de mi cuello. Ambos teníamos nuestras espadas presionadas contra el cuello del otro y nos negábamos a apartar la mirada. Nuestras miradas lucharon por el control y su otra mano furtiva capturó la mía herida. Descansaba justo encima de la herida infligida, como una amenaza de que volvería a clavarse en mi piel si lo atacaba.

Su cuerpo mucho más grande y áspero se presionó contra el mío. El pecho del hombre estaba caliente. El olor

a cuero se hizo más prominente. Nuestras respiraciones jadeantes se hicieron más ásperas y se mezclaron, hasta que no pude distinguir cuál era la mía y cuál era la suya. Enderecé mi columna cuando encontré su mirada de frente. Estaba preparado para morir en cada misión.

Tal como él.

Fue lo que nos enseñaron desde niños.

Respira como si fuera el último.

Si tuviera que morir, no moriría como un cobarde y enfrentaría mi muerte de frente. Quizás ambos terminaríamos con cuerpos decapitados. Ahora, eso sería un espectáculo para la gente. Los ojos de Surge Romano se volvieron más fríos y se oscurecieron cuando se inclinó más cerca. La hoja se deslizó hacia el lado de mi piel donde descansaba una de mis arterias carótidas. Parecía como si estuviera jugando con su comida. Jugando conmigo.

Su voz era brutal mientras hablaba.

"Mencioné antes que te cortaría la garganta". Su mano descansaba tranquilamente sobre la arteria. Mi pulso se aceleró cuando presionó la fría hoja sobre él. Me estremecí e incliné el cuello. "Sólo haría falta un corte y te desangrarías justo delante de mí".

Su voz era baja y seductora mientras se burlaba de mí.

Mi estómago se revolvió mientras apretaba los dientes.

"¿Quizás estás olvidando que mi espada está presionada contra ti?" Comenté mientras calmaba mi respiración. "Puede que no te desangres", mencioné tímidamente, "pero la matanza será sucia, sucia y sufrirás *dolorosamente*".

Don Surge sólo parpadeó y su labio se torció. Esa sonrisa irónica suya envió escalofríos por mi espalda. "¿Quieres saber una cosa?" Murmuró mientras su aliento volvía a caer sobre mí. Sus pecas eran más grandes de cerca, como estrellas decorando el cielo nocturno. La espada que sostenía todavía estaba firme contra mi piel. Nuestras miradas se fijaron el uno en el otro. "Tal vez no te mate hoy. Me gusta el color de tus ojos. Hacen juego con mi alfombra".

Y con eso, se echó hacia atrás y puso unos metros entre nosotros, no sin antes arrebatarme la espada de las manos.

Atónita ante su ambiguo cumplido, lo miré repulsivamente.

Su mandíbula se aflojó y se volvió menos tensa cuando me miró.

"Estás en mi casa, Pequeño Asesino, y mi gente está rodeando esta mansión. *Corre*", advirtió. La advertencia

letal me puso los pelos de punta. "Puedes correr, pero es posible que no llegues tan lejos". Su labio se curvó, como si disfrutara jugando conmigo. Estaba bastante seguro de que si fuera un hombre, ya me habrían destripado. "Si logras escapar sin matar o dañar a más de mis hombres, eres libre de irte, por ahora. Si vuelves a hacer daño a mi gente, te traeré de vuelta yo mismo, te encadenaré en el calabozo y te cortaré tu bonito cuello.

Se me cortó el aliento ante el ultimátum.

Era imposible escapar y no matar.

Pensó que mi cuello era bonito.

Mi mente no prestó atención al hecho de que él también había prometido tallarlo.

El hombre tenía una espada sobresaliendo de su hombro y la mitad de su camisa estaba húmeda de sangre, pero en este momento todavía estaba jugando con *mi* espada. Pasó su dedo por el afilado borde plateado como si probablemente se lo estuviera imaginando contra mi cuello.

Continuó desafiándome sin miedo en sus ojos.

Incliné la cabeza mientras nuestras miradas chocaban y se fijaban una vez más.

"Correr." La voz de Don Surge retumbó en la sala vacía.

Resonó en las paredes.

Le eché un vistazo a él todavía parado allí antes de salir corriendo de la habitación.

Mientras escapaba, terminé matando a dos más de su gente.

Su desafío fue imposible de resistir.

Si vuelves a hacer daño a mi pueblo, te traeré de vuelta yo mismo.

Esa burla me persiguió.

No sería la última vez que vería a Don Surge Romano.



Más tarde esa noche, cuando regresé a casa, Kirill ya estaba sentado en nuestra sala.

Era el *brigadier* de la Hermandad del sindicato Bratva.

El capitán a cargo que entrenó a los asesinos como yo.

Y también era mi marido.

Kirill Volkov.

"¿Está hecho?" Llegó su voz profunda y masculina.

Nunca llegó ningún saludo ni saludo de su parte, y lo esperaba. No era del tipo que le gustaba charlar, ni siquiera con su esposa de dos años. Me encontró cuando

tenía trece años antes de reclutarme para trabajar para él en el mercado negro.

Todo en mi memoria estaba en blanco antes de esa edad. Tenía un chichón en la nuca y no sabía de dónde venía y mucho menos quién era mi familia.

Kirill era mi familia ahora.

Lo consideraba mío, aunque era uno de sus soldados.

Durante el día, desempeñaba el papel perfecto de esposa sumisa.

Durante la noche me transformé en su asesino.

Todo el mundo me conocía como Anastasia Volkova, la esposa de Kirill Volkov, y sólo unos pocos en nuestro círculo íntimo conocían la doble vida que llevaba. La mayoría de los soldados de Bratva tampoco lo sabían.

Recordando su pregunta, suspiré en silencio y sacudí la cabeza.

Frunció el ceño y me miró con desaprobación escrita en todo su rostro. Las leves arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas mientras esperaba que continuara.

"Romano no estaba en su habitación cuando entré", hablé en voz baja. Mi voz siempre bajaba cuando se trataba de uno de mis líderes. "Aunque todavía puedo hacerlo".

Se burló por lo bajo y mi corazón se hundió más en mi pecho.

No me gustaba decepcionarlo.

No había mentido exactamente, pero tampoco había sido del todo sincero.

Surge Romano fue el último encargo que me asignaron.

No sabía por qué la Bratva lo quería muerto. Habían ordenado su muerte y yo obedecí, sin interrogarlos en absoluto. No era mi lugar.

Esta era la primera vez que regresaba sin completar mi misión.

Debería haber sabido mejor. En el momento en que me di cuenta de que Don Surge Romano no estaba en su habitación, debí haberme ido y regresar otra noche, o debí haber esperado a que regresara. Actué un poco irracionalmente.

Bien, *mucho* más irracionalmente cuando pensé que podía enfrentarme a todos. No sólo había puesto en peligro la misión, sino que el Don también sabía qué aspecto tenía.

Se me cortó el aliento mientras miraba los fríos ojos negros de Kirill. Nunca podría decirle eso. Siempre me recordaba que yo era el elegido de la Bratva, su arma secreta, porque nadie conocía mi identidad, pero el Don de

la familia Romano *ahora me conocía*. Bueno, él sabía que yo era una asesina y qué aspecto tenía. Todavía no sabía a qué organización pertenecía ni cuál era mi nombre, pero esperaba que ahora hiciera otro intento de asesinato.

Todavía no sabía por qué me dejó con vida.

Sacándome de mis pensamientos, mis ojos chocaron con los oscuros de Kirill, y supe que él no sentía absolutamente nada por mí.

Sin amor, sin intimidación y definitivamente sin consuelo.

Con él siempre fueron negocios. Me sorprendió que se hubiera casado conmigo cuando cumplí dieciocho años. Kirill continuó mirándome con el ceño fruncido. Los latidos de mi corazón se aceleraron al recordar los ojos verde esmeralda del Don. Me atravesó el pecho y temí que Kirill pudiera oírlo.

Me senté frente a él mientras comencé a quitarme las espadas y la capucha. Por suerte, los cuchillos estaban limpios. De lo contrario, me habría preguntado de quién era la sangre. No necesitaba saber que había matado a unos cuantos soldados italianos y dejado atrás a algunos sin manos. La mirada seca e invasiva de Kirill permaneció pegada a mí y no pude evitarla por mucho más tiempo.

Con mi corazón atronador, me encontré con sus desolados ojos oscuros.

Él tenía unos treinta y tantos años en comparación con mis veinte. Su cabello negro estaba recogido detrás de él, engominado y cuidadosamente recogido detrás de sus orejas. Destacaban sus rasgos fuertes y bien definidos, especialmente su cincelada y pálida mandíbula. Kirill siempre tuvo el rostro bien afeitado, pero ahora lucía una sombra en el rostro.

Se sentó allí casualmente con su traje de satén negro con una pierna cruzada sobre la otra mientras sus ojos continuaban escrutándome.

Sin embargo, nos habíamos tocado una vez en nuestros dos años de matrimonio, y fue en nuestra noche de bodas. Recordé ese vértigo que había sentido, pero luego él me había evitado como a la peste después de quitarme la virginidad. Me mordí la lengua por lo que se me escapó de la boca sobre mi líder. A veces me preguntaba si me quedaría si él no se hubiera casado conmigo. Recordé esa noche incluso después de estos últimos años, y una parte de mí todavía la anhelaba. A él.

No podía decir si era porque no tenía ningún otro hombre a mi alrededor excepto él. No ayudó que mi alma

solitaria lo mirara fijamente, queriendo ver al hombre con el que me había casado en lugar del líder que esperaba que yo cumpliera con mis deberes.

El amor no existía en mi vida.

El matrimonio y el deber sí lo hicieron.

"¿Todo bien, Anastasia?" Kirill preguntó por fin.

Se mordió el labio inferior mientras esperaba mi respuesta, y mis ojos se dirigieron a sus labios. Los labios del Don eran más rosados que los suyos. Los de Kirill eran de color más oscuro.

Me enfoqué de golpe, preguntándome por qué diablos estaba comparando sus bocas.

No es como si hubiera sentido los labios del Don antes.

Mis mejillas se calentaron y mi piel se sonrojó.

Kirill lo notó y levantó una ceja.

"Te estás poniendo rosada, *malyshka*".

Bebita. Siempre me había llamado así desde que era joven.

Casi me reí por el hecho de que me había atrapado.

"Hace calor aquí", dije, agitando una mano dramáticamente.

Kirill se limitó a mirarme y casi me encogí de miedo ante su mirada. Era como si pudiera ver a través de mí.

"*Ty vseгда v moikh meeslyah*", comenzó. *A veces me preocupo por ti*. "Siempre estás en mi mente. Me avisarías si algo anda mal, ¿correcto?"

Algo se agitó en mi alma: él se preocupaba por mí.

Fui la única mujer que luchó en una mafia de Nueva York. A nadie más se le concedió este permiso. Por otra parte, no fue el mayor logro del mundo. Estaba seguro de que nadie lo consideraría muy bien si incluyera *a Assassin* en mi currículum.

Sin embargo, Kirill había luchado para que yo alcanzara esta posición.

Me pidió que saltara y salté.

Haría cualquier cosa por él y él lo sabía.

Le di una sonrisa con los labios apretados. "Por supuesto, Kirill. Estoy bien."

Mentí.

Otra mentira se escapó de mi boca desobediente.

Nunca supo lo que había en mi alma.

Tampoco había intentado averiguarlo.

Busqué en sus ojos y esperé que descubriera la cantidad de amor que quería darle. Él era mi esposo y sentí que, como esposa, debería hacerlo. ¿Bien? No amaba a

Kirill. No sabía lo que era el amor, ni él me permitió demostrárselo. Siempre fue distante y reservado. A veces estábamos en la misma habitación, pero era como si él estuviera a kilómetros de mí. Que estaba físicamente presente, pero su mente estaba en otro universo.

Kirill asintió brevemente mientras se levantaba de su asiento.

“Debo darle una actualización a *Pakhan*. Asegúrate de que la tarea se complete en dos semanas, Anastasia”, ordenó con dureza.

Me mordí el interior del labio y respondí suavemente: “Por supuesto. No te volveré a decepcionar. *Ya vsyo sdeayu kak nado.*”

Haré todo perfectamente.

Lo miré fijamente mientras alcanzaba su altura de seis pies y se acercaba para pararse a mi lado. Me pregunté por un segundo si me dejaría abrazarlo por una vez. Nunca lo había abrazado ni a él ni a nadie. No tenía amigas. No era exactamente la persona más amigable del mundo. La gente pensaba que yo era demasiado frío, demasiado callado y extremadamente aburrido. Quizás tuve amigos en mi infancia, pero mi mente siempre estaba en blanco.

Pero ¿cómo se hacen amigos?

No recordaba cómo.

¿Comenzaron con presentaciones?

¿Qué hicieron los amigos?

En lugar de abrazarme, Kirill pasó junto a mí para salir de la habitación.

La pequeña esperanza en mi alma disminuyó, pero no me sentí tan decepcionado como cuando era más joven. Se esperaba ahora. Con el alma aturdida, me quedé mirando su figura que se desvanecía, esperando que por una vez me viera como su esposa y no como su soldado.

Quería decirle: *Vot moe serce. Ono polno lubvi.*

Aquí está mi corazón. Está lleno de amor.

Capté un olor a su persistente olor a humo de leña y su fuerte colonia cuando se fue. Cerré los ojos de golpe y apreté los puños con las manos. Mis nudillos se pusieron blancos mientras clavaba mis afiladas uñas pintadas de color burdeos en mi piel. Rompió la suavidad, sacándole sangre. Todavía llevaba uno de los buenos guantes y le oculté la herida a Kirill.

Estaba vendado y él nunca sabría que había estado en batalla. Quemé el guante roto de camino a casa. También

me limpié el cuello antes de regresar. Nunca podría descubrir que le había fallado a él y a esta misión.

Yo lo compensaría.

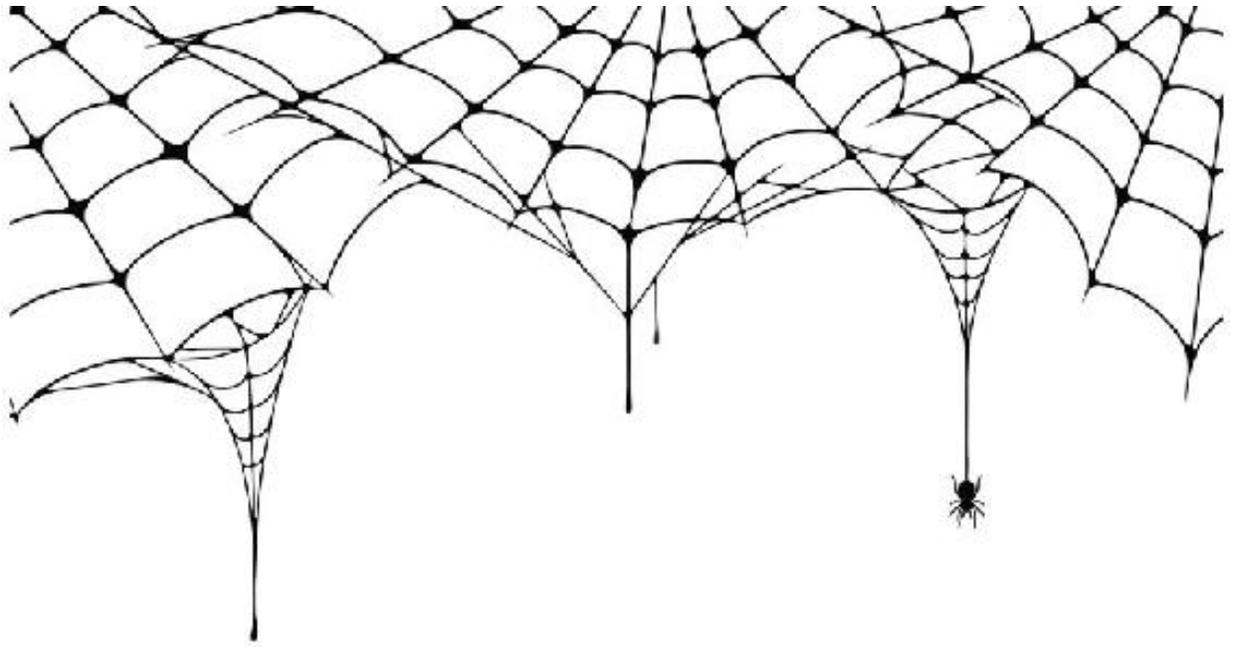
Mientras me concentraba en su olor, también capté algo más.

Un olor no deseado que no había estado allí la mañana cuando lo vi por última vez. Un aroma floral y abrumador como el del jazmín también se adhirió a él. Contuve un profundo suspiro mientras suspiré y me desplomé contra el asiento detrás de mí.

Me sentí como un mal perdedor.

Una mal perdedora que nunca tuvo nada que reclamar como propio.

Mi marido nunca me tocó después de quitarme la virginidad, pero eso no le impidió tocar a otra mujer.



Ana

3

PASADO TRECE AÑOS

Mi cuerpo se despertó sobresaltado cuando el primer cubo de agua helada salpicó mi piel. Mis ojos se abrieron de golpe mientras yacía en medio del suelo marrón y polvoriento. Gemí, mis dientes castañetearon incontrolablemente mientras me despertaba.

Levantando una mano, me froté el lado izquierdo de mi cuero cabelludo. Siseando en voz baja, a través de mi visión borrosa, volví a colocar mi mano frente a mí. Estaba cubierto de sangre. Toqué el bulto de nuevo. Mientras mi cuerpo arrugado se recuperaba, traté de levantarme. Pequeñas bocanadas de aire cálido salieron de mi garganta mientras sacudía la cabeza lentamente.

Imágenes vívidas de mí en el metro aparecieron en mi mente.

Recordé haberme caído.

Aunque no recuerdo cómo caí.

¿Quizás alguien me había empujado accidentalmente? Pero el metro estaba abarrotado. Me preguntaba por qué estaba allí.

Mi mente se quedó en blanco. No podía recordar nada en absoluto.

Pasando mis manos frías por mi cara, me limpié el agua restante de la cara. La sangre goteaba desde un lado de mi frente mientras se mezclaba con el agua, creando una mezcla metálica desagradable. Me dolían las extremidades como si hubieran corrido un maratón. Me senté lentamente, usando mis brazos para ponerme de pie. La brillante luz del sol golpeó mis ojos como papel de lija.

El agua invadió mis ojos y un mínimo líquido los pinchó. El sudor corría por mi nuca y pasé una mano por mi cabello dorado y enmarañado. Parpadeando, miré al frente a los innumerables pies que me rodeaban. La conciencia goteó en la parte posterior de mi cabeza. Mi pulso se aceleró. Todavía me dolía el cuero cabelludo y me di cuenta de que la herida podría dejar una cicatriz oculta. No sabía dónde estaba ni qué estaba pasando.

Sólo quería volver a casa.

Mis pensamientos se detuvieron.

¿Hogar? ¿Dónde estaba mi casa?

Cerré los ojos con fuerza mientras intentaba recordar algo familiar, pero no surgió nada en mi mente vacía.

Fue un sentimiento inquietante. Algo que nunca antes había sentido.

No podía recordar nada en absoluto, como si me hubieran borrado la mente.

"¡Quinientos dólares!" gritó una voz de fondo.

Mis hombros se tensaron y mis ojos fugaces se alzaron bruscamente.

"Setecientos dólares".

Todos los comerciantes hablaron unos sobre otros.

"Novecientos dólares. Y quiero el collar que lleva en el cuello".

Aturdida, junté mis manos alrededor del collar azul.

No sabía de dónde vino. Sólo sabía que era mío.

Lo único que sabía era que me pertenecía y no se lo daría a esos buitres.

"¡Mil!" Otra voz compitió.

¿Donde estaba?

Me temblaron las manos y me encogí de miedo.

Llevé mis rodillas a mi pecho mientras miraba a las personas que me rodeaban. Algunos eran comerciantes mientras que otros eran hombres con trajes caros.

No reconocí a nadie a mi alrededor.

Me miraron de tal manera que unos escalofríos incómodos recorrieron mi espalda. No reconocí esa mirada... no tenía nada con qué compararla.

Miré mi vestido blanco, que tenía una mancha roja. Una gran mancha escarlata me marcaba como la chica escarlata y no sabía cuál era mi crimen. ¿Conocía a alguien entre este mar de hombres? Mordí el interior de mi mejilla. Ignorando el dolor en mi cuero cabelludo, miré a los extraños. Uno de los hombres mayores, de unos cincuenta años, tenía un brillo malvado en los ojos mientras me miraba. Se acercó a mí y su olor almizclado y desagradable llenó mis fosas nasales.

¿Por qué se acercaba a mí?

Me alejé de él, pero otro par de pies justo detrás de mí me impidieron escapar. Mis ojos desconcertados buscaron a mi alrededor, esperando poder encontrar un amigo entre los enemigos, pero todos eran extraños.

"Hice la oferta más alta", dijo el hombre mayor mientras se detenía justo delante de mí.

¿Licitación? ¿Qué era este lugar?

Su voz era áspera y no me gustó cómo miraba mi cuerpo de niña.

Quería cubrirme de su mirada repugnante.

“Quince mil”, resonó una voz más profunda y desconocida desde atrás.

El comerciante que se alzaba frente a mí se detuvo y se giró para mirar detrás de mí.

Levantando mis ojos de párpados pesados, miré directamente al hombre que había hablado. Era más joven que el hombre, como si tuviera veintitantos años.

Tragué saliva al verlo.

Se me secó la garganta cuando mis ojos sombríos se encontraron con los suyos negros.

La gente de los alrededores se separó mientras él avanzaba por el círculo como si fuera el líder de todos ellos. Los desconcertados comerciantes se rascaron la nuca mientras se miraban unos a otros.

El extraño estaba entre un grupo de hombres vestidos con trajes negros. El era el hombre que no había hablado, como si no fuera parte de esta farsa. Como si hubiera pasado junto a nosotros y el alboroto le llamara la atención. Se paró justo frente a mí.

Levantando la cabeza hacia atrás y todavía recostada contra mis codos, me encontré con sus ojos vidriosos. Sus ojos eran más fríos que los demás, pero faltaba el hambre en ellos.

Parecía un poco más agradable que los demás. Más acogedor, aunque su traje resultaba intimidante a la vista. Inclino la cabeza mientras me miraba y vi una marca negra en su cuello. Mis ojos se desviaron de su traje negro ajustado antes de descansar en su mano que colgaba sin fuerzas a su lado.

En él estaba impresa una telaraña.

Desconcertado, miré a los hombres detrás de él y sus manos.

Tenían una marca similar.

“Ella me resulta familiar... ¿Es que ...?”

Jadeé y miré a un hombre que había hablado.

Una voz más profunda y antigua.

Mientras miraba la desesperación en mis ojos, se quedó en silencio.

Tenía ojos de un azul profundo y cabello negro y espeso. Parecía tener cuarenta y tantos años. Miré su mano para ver si tenía una marca similar. No tenía tatuada una telaraña en la piel, sino la propia araña. Me sorprendió comprender que este hombre mayor era el líder entre ellos. “¿Me conoces?” Me atraganté. “¿Conoces a mi familia? No

lo recuerdo”, admití mientras pequeños gemidos escapaban de mi boca.

Los ojos negros y azules intercambiaron una mirada.

No entendí lo que pasó entre ellos.

¿Por qué no me dijeron nada?

“¿Estás pensando en venderla?”

Las palabras de ojos azules cambiaron.

¿Por qué no terminó la frase anterior?

¿Vender? Mi corazón tartamudeó.

Tiré en seco en el suelo junto a mí mientras los frenéticos latidos de mi corazón latían incontrolablemente. Las lágrimas llenaron mis ojos. ¿Qué estaban planeando hacer? Esto parecía una pesadilla hecha realidad. Esto no puede estar pasandome a mí.

“No vendemos niños. Ya eres consciente de eso”, continuó el hombre mayor. “Si fuera mayor, entonces claro, pero es una niña”.

No sabía de qué estaban hablando.

El hombre de ojos fríos y negros continuó mirándome antes de asentir.

“Sí, *Pakhan*, pero ella puede ser valiosa para nosotros en otros departamentos”.

¿*Pakhan*? ¿Que significaba eso?

No entendía el idioma que hablaban.

“Necesitamos ponernos en movimiento. Tengo que regresar a casa para el partido de fútbol de mi hijo Zander”.

El hombre de ojos negros solo respondió: “Sí, jefe”.

El líder se dio la vuelta y, con los otros hombres, caminaron hacia la puerta.

Ahora, sólo quedaban un par de ojos negros y yo quedaba.

Se acercó a mí y se agachó a la altura de mis ojos para mirarme. Mi alma se ablandó ante el gesto. No parecía tan aterrador de cerca. Sus ojos parecían estudiarme como yo lo estudiaba a él. Hipé mientras sus ojos permanecían pegados a los míos azules.

“¿Cómo te llamas, *Malyshka*?”

Nuevamente no entendí el lenguaje poético que salía de su boca.

Entendía inglés, pero no estaba seguro de hablar otro idioma como él.

“¿Qué significa eso m-significa?” Tartamudeé, haciendo mi propia pregunta.

Sus labios se levantaron un poco mientras su mano frotaba la corta y puntiaguda barba que crecía en su barbilla.

Sus ojos se oscurecieron a cada segundo. Eran negros como el cielo nocturno. Podría perderme en ellos. Los demás comerciantes a su alrededor guardaron silencio. Nadie más se atrevió a interferir o desafiarlo ahora. Su presencia exigía atención y autoridad. Todos lo escuchaban como si estuvieran atrapados bajo un hechizo y una telaraña.

"Bueno, pareces un bebé. Así es como te llamé. Significa niña".

Su voz era profunda y suave mientras hablaba.

Fruncí el ceño. "No soy un bebé. Tengo trece años", murmuré en voz baja mientras me sentaba erguido. Hice una mueca cuando el dolor en mi cuero cabelludo regresó. Extendí la mano para tocarlo de nuevo.

Los ojos negros volvieron a llamar mi atención.

"¿Cómo te caíste, *malyshka*?" Ignoró el hecho de que lo había corregido diciendo que no estaba un bebé.

Hice una mueca y presioné una mano contra mi cuero cabelludo ensangrentado.

"Estaba en el tren y me caí", respondí lentamente. Mis ojos se miraron de nuevo. "No puedo recordar nada antes de eso. ¿Sabes quién soy y de dónde vengo?"

El extraño meneó lentamente la cabeza.

Mi ceño se hizo más profundo.

"¿Recuerdas tu nombre?"

Busqué en mi mente vacía hasta que apareció algo familiar.

"AA..." tartamudeé. "Ana... Ana..." Mi voz se apagó antes de que pudiera terminar.

No podía recordar el resto de mi nombre cuando aparté la mirada de él y me sequé los ojos con la mano ensangrentada. Gemí por el desastre que estaba haciendo.

-¿Anastasia? preguntó el extraño.

Anastasia. Mis ojos húmedos se encontraron con los suyos negros nuevamente.

Eso parecía correcto, ¿verdad? Asentí lentamente. "Creo."

Los labios del extraño se alzaron de nuevo.

Mi alma se volvió suave.

Nadie me había sonreído así.

"Entonces, ¿debes ser ruso?"

Extendió su mano hacia mí.

Sólo parpadeé. No recordaba lo que significaba esa palabra.

"Esa caída debió afectar tu memoria", concluyó. "No hay problema. Hablo el idioma. Puedo enseñártelo de nuevo. Pequeños pasos."

Lentamente, me mordí el labio mientras miraba su mano como si fuera venenosa. Todavía me recordaba que para él yo era un bebé, a pesar de que había mencionado claramente que era un adolescente.

"¿Vas a hacerme daño?" Pregunté suavemente.

"No", respondió después de un momento. "No hago daño a los bebés".

Su voz me provocó.

Y de nuevo, me estaba llamando bebé.

Mi corazón palpitante se suavizó y mis hombros tensos se relajaron.

No debería confiar en él, pero no sabía en quién más confiar.

No sabía dónde estaba ni quién era.

"¿Q-qué planeas hacer entonces?"

Él se encogió de hombros. "Darte un hogar".

Quería decir que ya tenía una casa, pero dije algo completamente distinto. "El hombre con la marca de la araña dijo que si yo fuera mayor, me vendería". Vomité en seco una vez más. "¿Es por eso que me estás dando un hogar?" Necesitaba saberlo. No fui estúpido.

Una mano con un pañuelo presionó mi cuero cabelludo herido.

Un grito ahogado salió de mis labios cuando encontré sus fríos ojos nuevamente.

Mi mano temblorosa se alzó y presionó contra la suya. Su mano era más grande y más áspera contra la mía. "No", repitió lentamente. Sus ojos parecían reírse de mí como si yo fuera una broma para él. "Soy Kirill."

Kirill. Mi respiración se entrecortó cuando mis ojos se posaron en él nuevamente.

"Kirill Volkov".

Todavía lo miré fijamente mientras me ponía de pie lentamente.

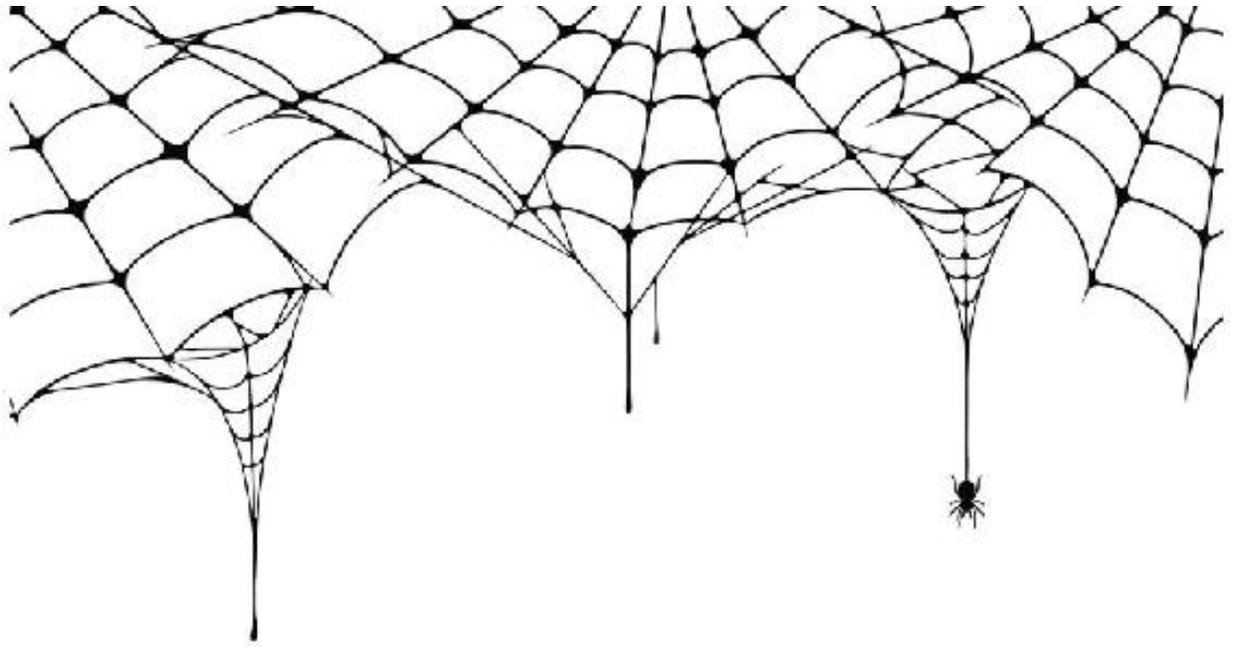
"Es hora de volver a casa, *malyshka.* "

Bebita. Ya no sonaba tan mal.

Me dio la espalda y yo lo seguí en silencio detrás de su cuerpo mucho más grande.

Una comprensión golpeó mi mente.

Si Kirill no sabía quién era yo, ¿cómo sabía que mi nombre era Anastasia?



Ana

4

PASADO

Mientras estaba sentado en el asiento trasero del auto de Kirill, él me ofreció un vaso de agua. Murmuré un gracias antes de quitarle la taza y tragarla en tres grandes bocados. Había un sabor extraño en el agua, pero tenía demasiada sed para preocuparme. Mi estómago gruñó y mis mejillas se calentaron.

Miré a Kirill, quien solo me levantó una ceja.

"¿Hambriento?"

Asenti.

"Estaremos en casa pronto", respondió mientras miraba por la ventana.

Crucé los brazos sobre mi vestido blanco arrugado antes de mirarme los pies descalzos. Manchas marrones de barro se pegaban a las plantas de mis pies, y bajé el dobladillo del vestido para cubrir mi suciedad. Un rubor recorrió todo mi cuerpo. Esperaba que no viera lo sucia que era en comparación con él.

Unos segundos más tarde, mi visión se volvió borrosa y traté de mantener los ojos abiertos, pero seguían cerrándose. Mi mente se alejó mientras me hundía en un sueño sin sueños.

La siguiente vez que desperté, estaba en una habitación desconocida. Mientras me cubría con el edredón, parpadeé. Miré hacia abajo, agradecida de que todavía llevaba el vestido blanco que tenía puesto antes. Mientras mi mente intentaba despertarme, suspiré felizmente. Parecía una misión imposible mientras mis ojos seguían cerrándose. Mi estómago gruñó y deseé que se callara ya. Suspirando por lo bajo, me puse de pie y me tambaleé como un pingüino somnoliento.

Debo estar en casa de Kirill. Mirando a mi alrededor, mi mirada se posó en el candelabro dorado sobre mí. Moviendo mis ojos hacia abajo, noté una alfombra suave y lujosa de color carbón extendida debajo de mí. Saqué mis pies embarrados para tocarlo y suspiré sin aliento. Fue agradable tocarlo.

Estudí la habitación como un intruso no deseado. Era pequeño y acogedor, con paredes de color beige. Me sentí como en casa. Kirill no parecía tan malo. Girando la cabeza, busqué el baño, pero entonces vi mi reflejo en el espejo.

No fue mi piel pálida que parecía traslúcida como un fantasma, ni los círculos oscuros que colgaban debajo de

mis ojos lo que llamó mi atención. Mi cabeza estaba vendada.

Alguien debe haberlo vendado.

¿Fue Kirill?

Mi mirada se posó en mi cabello.

Mi cabello ahora negro azabache.

La inquietud viajó por mi columna.

Me veía diferente.

Juraba que tenía el pelo rubio hace unas horas.

Algunos mechones de mi cabello todavía eran rubios, pero estaban en mechones. *Oh*. Eso tenía sentido. Cuando me toqué el cabello antes, solo miré las partes rubias y no las partes negras. Extraño. No podría tener mechones en el pelo. Yo era un poco joven. Intenté recordar si siempre había tenido mechones o no, pero no recordaba nada en absoluto.

¿Mi cabello era negro, dorado o ambos?

Una sensación de tamborileo comenzó a golpear mi frente mientras mi mente buscaba respuestas. No tenía respuesta a mis preguntas, así que dejé de pensar. El dolor de cabeza tampoco ayudó. Ni siquiera sabía cómo me veía antes de verme en el espejo. Levantando la mano, pasé una mano por mis largos mechones.

Estaban limpios y ya no estaban cubiertos de sangre, como si alguien los hubiera enjuagado con champú y agua y los hubiera cepillado.

Frunciendo el ceño, miré mi ropa. Todavía llevaba la misma ropa que llevaba antes. ¿Tal vez Kirill vivía solo y había esperado a que yo despertara?

Muchas preguntas pasaron por mi mente y el hombre que podía responderlas no estaba a la vista .



Ana

5

PRESENTE

Tenía una misión que completar y no me iría hoy sin la cabeza de Surge Romano. Lo había estado siguiendo durante una semana. Tuvo que ser inesperado. Aunque no pude atacarlo pronto. Tuve que esperar. Esa fue la estrategia que me había enseñado la Hermandad Bratva. Nosotros esperamos. Todavía trabajaba dentro del almacén, el mismo gran almacén que había heredado del Mayor Romano que había fallecido años atrás.

El Mayor Romano no tuvo otros hijos biológicos varones de su primera esposa. Tenía una hija, pero nadie la dejaría gobernar. Por lo que había oído, Annalisa Romano estudió en algún lugar de París.

Al parecer, se rumoreaba que la señora Romano no podía darle un heredero, por lo que la mató y se volvió a casar con otra mujer. Sin embargo, esa mujer ya tenía un hijo, y ese niño era Surge. En aquella época ya era uno de los jóvenes soldados de los romanos.

El mayor Angelo Romano todavía no tenía herederos biológicos varones cuando adoptó a Surge, por lo que supuse que era él quien siempre producía bebés hembras y no su esposa.

Sacudí la cabeza lentamente.

El idiota podría haber hecho una prueba para descubrirlo.

Al menos tenía a Surge para encargarse de su negocio.

Surge Romano. Nadie sabía su verdadero nombre.

No era un nombre italiano.

Eran más de las nueve cuando lo seguí al interior del almacén. No podía volver a colarme en su mansión. Ahora estaba fuertemente custodiado. Lo sabía porque lo había comprobado. Esta parecía una mejor opción. La seguridad estaba pegada a su trasero y nunca conducía solo. Tenía chóferes, lo cual tenía sentido ya que él era su líder.

Si muriera, sería el fin del imperio Romano. Me preguntaba si esa era la razón por la que la Bratva quería aniquilarlo...

Surge aún no estaba casado. No tuvo herederos.

Hice una pausa. Bueno, tal vez tuvo hijos ilegítimos.

¿Quién sabe? Pero no tuvo hijos gracias al matrimonio.

Apoyé mi brazo contra la pared mientras me inclinaba y asomaba la cabeza. Mis ojos buscaron al culpable que me había apuñalado la mano sin piedad. Mi mirada

entrecerrada se posó en él mientras examinaba la sustancia blanca frente a él.

Paquetes y paquetes de ello.

La Bratva también vendía drogas. Aunque no participé en ello. No se me permitió participar en los negocios de drogas ya que puse una fachada ante el mundo. Pocas personas conocían mi verdadero yo. Además, prefiero matar que vender drogas, por muy jodido que parezca. Ya me había acostumbrado a matar. Hice mi primera matanza cuando me iniciaron a los quince años. Ahora era parte de mí y no sabía cómo separarlo de mi identidad.

Me imaginé a Surge Romano muriendo frente a mí, suplicando clemencia mientras se desangraba. La sangre manaba de cada trozo de carne que cortaba. Los latidos de mi corazón se aceleraron y casi podía saborear su sangre en mis labios. Sin embargo, me preguntaba cómo sabía... A veces, probaba su sangre. Decidí que cuanto más amarga sabía su sangre, más malvada era la persona y merecía la muerte. Quizás solo era yo tratando de sentirme mejor con la vida que vivía.

Me concentré nuevamente en Surge Romano.

Ya no llevaba un pijama de seda sino una chaqueta de cuero negra con una camiseta blanca y pantalones negros ajustados. No vestía traje como otros líderes *de la familia*. Sin embargo, el cuero estaba apretado alrededor de sus bíceps y sus músculos se flexionaban mientras se movía. No llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Estaba suelto, pero estaba cuidadosamente peinado detrás de su cabeza, y ni un solo cabello estaba fuera de lugar. El gel había oscurecido sus mechones y parecían de un color marrón oscuro bajo la luz artificial sobre su cabeza. Me pregunté si su hombro se habría curado. Sin embargo, no hizo una mueca mientras movía los brazos.

Miré mi propia mano vendada, cómodamente cubierta con mi guante de cuero. Tardaría un par de meses en sanar por completo, pero dejaría una cicatriz. El cabrón me había robado, pero yo le había hecho lo mismo.

Miré en silencio desde el lado vacío del almacén en el que me encontraba. Uno por uno, cada uno de sus hombres creados se fue hasta que solo quedaron dos. Quería tenerlo a solas, ya que no había planeado atacarlo mientras sus hombres todavía estuvieran cerca.

Todos sabíamos cómo fue la última vez...

Me escondí contra la pared mientras Surge se daba vuelta y se dirigía en mi dirección. La salida estaba detrás

de mí. Escondí una sonrisa tímida mientras apoyaba mi espalda contra la pared. Saqué una cuchilla y comencé a afilarla. Una vez que estuviera cerca de mí, lo apuñalaría justo en la arteria con la que me había estado amenazando esa noche.

Dobló la esquina, sin vigilancia, mientras pasaba junto a mí. No podía verme porque estaba presionado contra la pared. Miré detrás de mí hacia donde había estado. Sólo uno de sus hombres seguía allí mientras recogía los paquetes blancos.

Con mis botas silenciosas, me deslicé justo detrás de él y seguí sus pasos. Cuando se acercó a la puerta, levanté la mano, levanté mi espada afilada y la presioné contra su cuello.

Sus pies se detuvieron y su cuerpo se puso rígido.

Mantuve una sonrisa de satisfacción.

"Un movimiento en falso y una arteria podría estallar. ¿No es así, Surge? Me burlé en voz baja. Claramente, también me gustaba jugar con mi comida antes de sacrificarla. Un nuevo hábito que había adquirido recientemente. Me pregunté de quién lo había aprendido.

Miré al Don frente a mí.

"Entonces, finalmente has regresado". Su voz profunda tronó.

Su voz magnética resonó profundamente dentro de mí.

Su olor era bastante agradable y traté de no olerlo. Olía a ducha limpia, a aftershave y a ese aroma suyo a cuero. Mis pechos presionaron contra su espalda y pude sentir los latidos de su corazón. Mis retorcidas entrañas estaban contentas.

"Surge", repetí deliberadamente su nombre lentamente.

"Te gusta hacer que la gente sienta emociones repentinas y abrumadoras, ¿no?" No le di la oportunidad de responder mientras continuaba. "Tú eres el veneno que no pueden eliminar de su sistema. Su corazón está acelerado, señor Romano". Lamentablemente, la única vez que el corazón de un hombre se aceleró a mi alrededor fue porque estaba a punto de matarlos y nunca por mí. "¿Cómo se siente estar hoy del otro lado?"

Ladeé la cabeza hacia la derecha mientras observaba su mandíbula tallada.

Una barba de varios días de color marrón claro se pegó a su piel, a pesar de que podía oler la loción para después del afeitado en él.

Apretó la mandíbula mientras me lanzaba una mirada asesina.

“¿Terminaste con tus amenazas, mujer?”

Parpadeé. ¿Femenino? Él no solo...

Mis cejas se fruncieron y sólo para fastidiarlo, le corté el costado del cuello con mi espada. Un hilo de sangre color burdeos oscuro fluyó desde la punta, tal como él había hecho lo mismo conmigo.

Surge solo levantó las cejas mientras murmuraba: "Realmente tienes un deseo de morir, ¿no?" Asentí ferozmente sólo para burlarme de él un poco más. Sus fríos ojos se iluminaron por un segundo y mi corazón dio un vuelco. "¿Quién eres?" preguntó por fin.

Cerré la boca y me negué a darle una respuesta.

"Qué jodidamente testarudo", lo reprendió en voz baja. "¿Nadie te enseñó a no darle a tu víctima un momento de vacilación? Veo que necesitas más entrenamiento".

Casi me reí.

“¿El famoso Don se considera una víctima?”

Él nunca respondió, porque agarró la espada que sostenía contra su cuello y se dio la vuelta. Ahora, su cuerpo estaba frente a mí. Mis ojos se abrieron, no porque me hubiera arrebatado la espada, sino porque se había cortado la piel de los dedos cuando la había arrancado.

Un líquido rojo chisporroteó de sus dedos y mi mano agitada casi se estiró para tocar su herida, pero me detuve. Extendiendo su mano libre, me quitó la capucha de la cabeza, dejando al descubierto mi rostro.

"Deja de esconderme tu cara. Quiero verte."

Jadeé y extendí la mano para darle un puñetazo en la cara, pero en un movimiento relámpago, presionó la hoja justo contra mi boca.

No mi cuello, sino mi maldita boca.

Mi corazón tronó y mi pulso se aceleró.

Podría simplemente cortarme los labios.

La inquietud viajó por mi columna.

Ni siquiera tuve mi primer beso con él.

Pero ese fue un pensamiento estúpido.

Quizás me estaba traumatizando.

La punta de mi espada plateada estaba cubierta de su sangre cuando la presionó contra mis labios. Sus ojos verde musgo se burlaban de mí mientras untaba mis labios con él.

Su sangre.

Dejé de respirar por un segundo.

No esperaba eso.

Se acercó más y presionó más la punta contra mi labio inferior. La amenaza de cortárselo flotaba en el aire, pero él no se movió más. El oro de sus ojos brillaba mientras me miraban fijamente.

"Tú hiciste este desastre. Ahora lámelo hasta dejarlo limpio".

Su voz bajó aún más, tan seductoramente que mis oídos se animaron.

Mis labios se abrieron con sorpresa y me pregunté si lo había escuchado mal.

Aprovechó mis labios entreabiertos como una oportunidad para untarlos aún más con su sangre. Su sangre cálida y pegajosa. Mi lengua traicionera se escabulló y lamió mi labio inferior. Su sangre no sabía tan amarga como me había imaginado.

Los ojos de Surge se dilataron y tarareó en señal de aprobación.

"Mira, tú también puedes ser una chica dulce".

Tragué ante sus elogios y mi pecho tembló.

¿Por qué Kirill no me elogió así?

No estaba segura de si "niña" siquiera contaba. Me había estado llamando así desde que era un niño.

Fruncí el ceño incluso con la hoja presionada contra mis labios.

"Una chica bonita..." Surge murmuró en voz baja como si no quisiera que lo escuchara.

Demasiado tarde. Lo escuché.

Mi mirada se posó en la suya, todavía fija en mí.

Mi corazón entraba y salía como un yo-yo que rebota rápidamente.

Tragué fuerte y sus ojos siguieron el movimiento de balanceo.

Buscando una distracción de su mirada intensa e intimidante, mis ojos se posaron en sus dedos sangrantes que sostenían el mango. Las capas superiores de piel se pelaron cuando la sangre cubrió su mano. Debe haberse cortado profundamente. Quería resoplarle y respiré lentamente por la nariz mientras lo miraba.

"¿Quién te dijo que fueras una especie de héroe y te dañarás los dedos?"

Algo desconocido se agitó en mi alma. Yo no había causado esa herida. Lo había hecho... y en cierto modo no me gustaba el hecho de que se hubiera hecho daño.

Los ojos de Surge se posaron en mis labios. Su sangre todavía los cubría.

"El rojo te queda bien", respondió en cambio, ignorando mi pregunta por completo.

Puse los ojos en blanco, a pesar de que mi corazón dio un vuelco ante el retorcido cumplido.

"Dame mi espada", exigí, mirándolo.

Levantó una ceja refinada. "No."

Fruncí el ceño. "Te apuñalaré de nuevo".

Surge ladeó la cabeza. "¿Desde cuándo un asesino amenaza a su objetivo? ¿O es algo que empezaste a hacer hace poco?"

Perplejo, parpadeé rápidamente antes de desviar la mirada de su intensa mirada.

No quería que me descubriera. Averigua cualquier cosa.

Tenía otra espada escondida debajo de mi manga. Pude sacarlo fácilmente ya que mis brazos aún estaban libres, pero luego mi mirada se posó en sus dedos sangrantes. Todavía sangró. Era extraño cómo no me había afectado esa noche cuando le apuñalé el hombro, pero algo desconocido en mí se agitó en él sangrando esta noche.

"¿Cómo es que todavía no me has matado?" Murmuré mientras cambiaba de tema.

"Puedo matarte fácilmente", afirmó simplemente asintiendo.

Él estaba en lo correcto. Estaba en el foso de un león.

Éste era su territorio una vez más y yo era el invitado no deseado.

"¿Vas a?" Susurré.

Sus largas pestañas marrones tocaron la piel debajo de sus ojos mientras parpadeaba. Me pregunté cuál era el objetivo de sus largas pestañas. Nunca usaría rímel en su vida.

Me pregunté por un segundo cómo se vería maquillado, pero luego hice una mueca, traumatizándome esta vez.

"¿Quieres que yo?" —lo desafió, su voz era como la seda.

En lugar de eso, fruncí el ceño y su labio se torció.

Abrí la boca para maldecirlo, pero se oyeron pasos detrás de nosotros.

"Jefe", dijo una voz masculina. "Berlusconi está al teléfono para usted".

Se oyeron más pasos junto a esa voz.

Apellido.

Pertenecía a otra familia gobernante de Nueva York.

La quinta familia.

Uno de los rivales de la Bratva.

Debe tratarse del negocio de drogas que habían planeado.

Miré hacia atrás para maldecir a sus hombres, pero Surge giró la cara y me golpeó la boca con la mano. Amortiguó las maldiciones que quería escupir de mi boca. Haciendo caso omiso de mis protestas ahogadas, su gran cuerpo empujó contra el mío con una fuerza asombrosa, y mis pies fueron arrastrados hacia atrás cuando golpearon la pared blanca detrás de mí. Ahora estábamos escondidos de sus hombres.

Su duro pecho presionó contra mi suavidad mientras mi espalda se hundía más en la pared. Su mano era áspera y grande cuando cubría mi boca. De cerca parecía aún más alto. Odiaba que siempre me obligaran a estar tan cerca de él. Mis ojos desconcertados encontraron los suyos, y él sólo respondió casualmente: "Estaré ahí en un minuto".

Ahora que su espada ya no estaba contra mi boca, mordí su palma. Cogí un poco de piel y la masticé como un loco. Sin embargo, la piel plana era más difícil de agarrar. Su labio se torció ante mi débil intento. No estaría sonriendo si le atravesara la boca con mi espada. Se oyeron pasos que se alejaron de nosotros y, un momento después, Surge quitó la mano de mi boca.

Me lancé dagas invisibles y afiladas a los ojos mientras siseaba: "¿Para qué fue eso? También podrías haberme dejado masacrar a tus soldados sobrantes".

Él sólo parpadeó mientras se alejaba de mí.

"Salir. Tu presencia me está perturbando ahora".

Desconcertada, lo miré fijamente. Eso fue de mala educación.

"¿Por qué sigues dejándome ir?"

Los ojos verdes del Don se iluminaron mientras estudiaba sus dedos sangrantes. Cuando terminó de estudiar sus dedos con fascinación, su aguda mirada se posó en mí.

Esa mirada astuta en sus ojos debería haberme asustado y corriendo a casa, pero enderecé mi columna mientras me ponía de pie, mi propio fuego desafiando el suyo.

No entendía lo que había entre nosotros. Este tirón de ida y vuelta. Este juego lo jugamos, queriendo acabar el uno con el otro pero no pudimos hacerlo al mismo tiempo.

Sus labios se estiraron en una sonrisa encantadora pero lobuna. Mi estómago dio un vuelco ante la expresión desconocida en su rostro. No sabía que podía sonreír. Las

finas líneas llenaron las comisuras de su boca, recordándome que era mucho mayor que yo.

Veinte años.

El tenía cuarenta y yo veinte.

No me miró como si fuera una niña, aunque me había llamado niña. No pude determinar exactamente qué era exactamente cuando me miró.

Las arrugas llenaron las comisuras de sus ojos mientras me mostraba sus dientes blancos y rectos. Cuando sonrió, todo su rostro se iluminó. Era algo que no le había visto hacer antes. Ni siquiera en las fotografías que había pasado horas estudiando.

Mi boca casi se cae ante su sonrisa.

Por un segundo me pregunté si simplemente había alucinado.

“Pequeño Asesino”, comenzó mientras continuaba sonriendo con altivez.

Mi columna se estremeció ante el apodo.

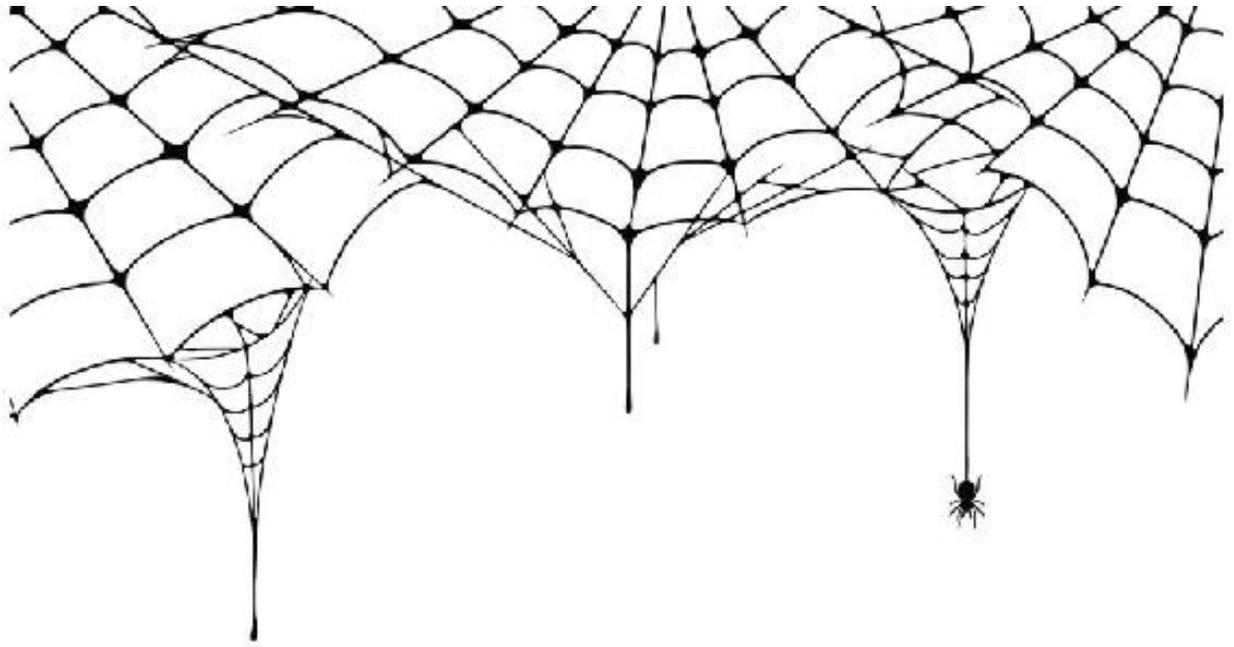
“¿Por qué sigues dejándome *ir*?”

Desvié la mirada y miré al suelo.

Ya no quería ver su cara sonriente.

No respondió a mi pregunta, ni yo tuve respuesta a la suya.

Y con eso, Don Surge se dio vuelta para irse, no sin antes decir: “Espero volver a ver tu trasero acosador. De hecho, cuento con ello”.



Ana

6

Me había convertido en el acosador de Romano de Surge.

Había tenido toda la razón en eso. La culpa es de mi deber. Aunque no es que me gustara acosarlo.

No lo hice. No lo hice. No hice...

Mis pensamientos se detuvieron cuando él apareció a la vista.

No sabía si él sabía que todavía lo seguía. Quizás lo hizo y esperó a que yo lo confrontara. Tenía un millón de oportunidades de completar mi misión, e incluso con todas mis armas encima cada vez, todavía no la había completado.

Volvió a llevar esa familiar chaqueta de cuero, esta vez con la cremallera hasta el escote. Mientras lo estudiaba más de cerca, noté pequeños copos de nieve cayendo sobre sus sedosos mechones. Me pregunté cómo se sentiría su cabello bajo mis dedos. ¿Será suave? Nunca había pensado en una tarea de esa manera. Yo tampoco había mirado a un hombre de esa manera... No era la misma forma en que miraba a mi marido. Si ese matrimonio siquiera contara.

Miré mi mano.

Mi dedo anular desnudo. No tenía anillo.

Nunca me dio uno.

La soledad se agitó en mi alma. Suspiré por lo bajo mientras me concentraba y miraba al Don en privado. Quizás le gustaba tener un admirador secreto. Me burlé por lo bajo y puse los ojos en blanco. Se apoyó casualmente en su Porsche mientras charlaba con algunos hombres afuera del edificio del que había salido. Su oficina corporativa. Un encubrimiento para la policía y el mundo de que era un hombre decente que tenía un medio de vida digno.

Es extraño cómo ambos llevábamos una doble vida.

Saliendo de mis pensamientos, metí mis manos enguantadas en mis bolsillos mientras lo miraba. Pasó una mano por sus cabellos mojados mientras se quitaba los copos de color blanco cristal de su cabeza. Su piel pálida se había vuelto rosada y me pregunté por qué no llevaba sombrero ni paraguas consigo.

Su labio se curvó en esa sonrisa familiar mientras hablaba con los hombres. Fue tan fácil perderme mientras lo miraba fijamente. Quería que esa sonrisa estuviera en mi dirección. Una sensación oscura creció en la boca de mi estómago. Necesitaba *su* sonrisa en mí. Me pertenecía. No

era justo que otros pudieran verlo. ¿Cuándo pasé de odiar a las personas sonrientes a gustarme? Sus sonrisas, quiero decir...

Esperé hasta que sus hombres desaparecieron en sus autos y Don Surge se deslizó en el asiento del conductor de su Porsche negro. Hoy no habrá chófer para él.

Mis entrañas se retorcieron y hormiguearon ante el hecho de que hoy estaría solo. Su motor arrancó y fue entonces cuando me lancé en su dirección. Por suerte, la tormenta de nieve cayó con fuerza y pude esconderme detrás de centímetros de nieve, pero sabía que mi traje negro sobresalía como un pulgar dolorido. No se había ido todavía. Quizás estaba calentando su auto. Mis respiraciones salían en bocanadas blancas en medio de aire cristalizado. Mi nariz se volvió rosada lentamente y mis ojos llenos de kohl se habían vuelto llorosos. Hoy me maquillé por primera vez. Ya no necesitaba ocultar quién era. También podría hacer uso de la vanidad.

Los dos coches de los hombres ganaron velocidad lentamente y se alejaron de sus plazas de aparcamiento. Ahora, me agaché justo debajo del auto de Don Surge. Mi mano enguantada alcanzó el asa antes de abrirla para deslizarme dentro. Cerré la puerta detrás de mí, sin importarme que anunciara mi llegada. Los asientos olían a él. Afilado, limpio y fuerte.

El auto irradiaba calor y mi cuerpo parecido a una paleta se derritió al instante. Suspiré aliviado cuando los inquietantes ojos de Surge Romano se encontraron con los míos en el retrovisor.

El levantó una ceja sutilmente. "Te estás volviendo más descuidado, Asesino. Se supone que debes ser invisible cuando intentas atacarme".

Fruncí el ceño. ¿Por qué no me había llamado Pequeño Asesino?

Saqué mi revólver de mi funda y hoy no me molesté con mi espada. Apuntando a la parte posterior de su cabeza, lo miré en el espejo. "¿Lo soy ahora, señor Romano? Lo dice el Don que dejó su coche abierto y sin asegurar.

Su labio se torció. "Aprieta el gatillo", desafió.

Mi dedo se apretó contra él.

Surge Romano inclinó la cabeza mientras sus intensos ojos se posaban en mí nuevamente. Mis mejillas se calentaron bajo su mirada. No quería que me mirara así.

"Tal vez dejé mi auto abierto intencionalmente".

Levanté una ceja antes de burlarme.

"Tal vez había visto tu trasero vestido de ninja desde kilómetros de distancia".

¿Millas? Sólo había estado a unos metros de él.

Sus ojos se iluminaron como si yo fuera su amigo ahora, y no un asesino que planeaba asesinarlo... algún día. Pronto. Muy pronto, lo prometí. Ese día llegaría.

Tenía mi hocico presionado contra la parte posterior de su cabeza, ¿y él todavía quería jugar tímidamente conmigo? "¿A quién llamas idiota ninja? Seguro que te encanta hablar cuando soy yo quien tiene el arma y te agarra las pelotas.

Sacudió la cabeza lentamente. "Si tuvieras agallas, ya dispararías".

Mis labios se separaron y quise dejar una abolladura en la parte posterior de su cabeza. Quería apretar el gatillo y gritar ¡ *muérete ya!*

Me dio otra mirada de complicidad en el espejo antes de fijar su mirada en mi boca. Se me cortó el aliento y él volvió a centrar su atención en mi cara. Sus ojos buscaron los míos.

No estaba seguro de qué exactamente.

"Quítate la capucha", ordenó en voz baja.

No tuvo que levantar la voz para que yo escuchara.

Apreté con fuerza la parte inferior de mis piernas, esperando detener el temblor allí. Con vacilación, alcé una mano libre y temblorosa y me puse la capucha sobre la cara. Evité mirarlo a los ojos mientras me concentraba en el arma presionada contra él.

"Estás vestido de rojo hoy. Labios rojos."

Su voz era muy baja mientras hablaba.

Me tragué el nudo en la garganta.

Ya no podía ver nada afuera. Los copos de nieve cubrieron el parabrisas y las ventanas desde todos los ángulos. Intenté concentrarme, pero sus palabras me distrajeron.

El rojo te sienta muy bien.

Cerré los ojos con fuerza antes de volver a abrirlos lentamente. Me negué a mirarlo. Cuando estaba en una misión, nunca usaba lápiz labial rojo. No quería que llamaran más la atención sobre mí hasta... ahora.

"Si hubiera sabido que me habrías escuchado sin saberlo, te habría pedido que usaras un vestido en lugar de esa morbosa ropa negra", continuó.

Insultada, levanté la vista y sus ojos se clavaron en los míos. Deseé que mis dedos me escucharan una vez más mientras apretaba el gatillo y terminaba esto de una vez

por todas. Pero se habían enredado alrededor de mi mano como si tuvieran el control. Me quitaron el control.

¿Me estaban castigando mis dedos desobedientes porque él se había cortado los suyos? Curiosa, miré sus dedos blancos y vendados. Mis cejas se fruncieron y una arruga llenó mi frente. Levanté la cabeza cuando llamé su atención.

"Haces eso mucho, ¿sabes?"

Su mirada me observó.

Le respondí con una sonrisa con los labios apretados.

"Mira mi lesión", remató. "¿No está tu alma muerta emocionada porque estoy herido?"

Está herido.

Hice una mueca en silencio.

Chica estúpida, estúpida, estúpida. Concéntrate en matarlo, me reprendió mi voz interior.

¡Lo matas! Rugí en mi mente.

Entonces pásame la maldita pistola, hermana, respondió.

Yo no hice tal cosa.

"¿Ya no quieres hablar más?" Se burló en voz baja.

Mis ojos brillaron y estaba a punto de maldecirlo.

"¿Por qué no nos haces un favor a todos y te caes muerto ya?"

Se encogió de hombros juvenilmente. "Para caer muerto, tendrías que apretar el gatillo".

Estaba listo para gritarle a gritos. "Eres una persona tan molesta y frustrante. ¿Quién en su sano juicio te hizo su Don?"

Sólo me miró a través del espejo antes de disparar: "¿Quién te convirtió en un asesino que ni siquiera puede presionar un gatillo?"

Mis ojos brillaron.

"Si realmente quieres que te mate, lo haré con mucho gusto".

Me miró fijamente, aparentemente aburrido y poco impresionado.

"He estado esperando desde el primer día".

Rechazado, presioné el cañón más profundamente en su cabello y su cabeza se sacudió hacia adelante. Su labio se curvó en una mueca cruel antes de darse la vuelta y arrebatarme el arma de la mano.

"Si no sabes jugar con algunos juguetes, entonces no los recojas", lo reprendió bajo su lengua mientras arrojaba el arma al asiento junto a él.

Sorprendido, me lancé hacia el arma, pero su mano atrapó la parte posterior de mi capucha, alejando mi rostro a pocos centímetros del suyo. Contuve la respiración cuando mi mirada chocó con la suya. Su mano vendada se dirigió hacia el otro lado de mi cara mientras sus dedos sacaban mi cabello de mi capucha hasta que cayó en ondas sueltas alrededor de mis pechos. Grité, sobresaltada, mientras levantaba la vista con la boca abierta. "¿Qué estás haciendo, cabeza de zanahoria?"

El Don ladeó la cabeza mientras me miraba. Sus ojos se entrecerraron antes de recuperar su compostura habitual.

Tragué espesamente.

"Ahí, ahora pareces más una mujer".

Resoplé por lo bajo. "Cómo te atreves -"

"Deja de ocultar quién debes ser".

Hice una pausa.

Sus esmeraldas eran más brillantes y acuosas, incluso ahora. Debe haber sido el efecto de la nieve. Su piel ya no era rosada ni sonrojada, pero sus pecas aún eran prominentes. Mis dedos ansiaban deslizarse por su piel. Nunca había visto pecas como esas de cerca. Le echaron polvo en la nariz y lo decoraron como adornos en un árbol de Navidad. Me pregunté si todo su cuerpo también estaría cubierto de pecas.

Un rubor recorrió mi piel. Mi futura víctima no debería parecerse a él, y no debería mirarme como si fuera un fascinante experimento científico.

Sus manos todavía se clavaron en mis mechones negros y dorados hasta que su mano ilesa se deslizó alrededor de mi nuca y acercó mi rostro a él. Jadeé y mi aliento golpeó sus labios. Contuve la respiración mientras lo miraba fijamente.

"Aún no me has dicho quién eres realmente", dijo Surge. "Siento que te conozco de algún lugar, pero parece que no recuerdo dónde".

Mi cuerpo se puso rígido y se puso rígido. Desvié la mirada y me retiré, pero sus dedos nunca abandonaron mi cabello y solo me devolvieron a mi posición original.

"¿Y por qué intentas matarme?" Continuó en voz baja.

No respondí ninguna de sus preguntas.

Se encontró con mi mirada de frente.

"¿Y por qué uno de tus iris es más grande y más negro que el otro?"

Mi respiración se entrecortó y mis ojos bajaron.

No quería hablar de eso en absoluto.

No tenía nada más que decir.

"¿Lo que le pasó?"

Su voz bajó peligrosamente mientras ronroneaba violentamente contra mi cara.

Su aliento golpeó mi cara.

Cafe mañanero.

Menta.

A él.

Intenté apartar la cara, pero sus dedos apretaron mi cuero cabelludo. Me provocó un dulce escozor y gemí en voz baja.

"Dime, mi pequeño asesino. ¿Quién te hirió?"

Mi. Odiaba cómo mi alma cobraba vida cada vez que él estaba cerca.

¿Moriría de nuevo cuando finalmente lo matara?

"Además de mí, ¿quién te ha estado lastimando?"

Casi esbocé una sonrisa. *Casi.*

Suspirando por lo bajo, le lancé una mirada maliciosa.

"Quita las patas, Surge", dije, tocando deliberadamente el símbolo de su familia.

Parpadeó, sin reaccionar como yo quería que lo hiciera antes de retirarse y su mirada cayó ahora a mis *patas enguantadas*. Su agarre sobre mi cabello se aflojó.

"¿Cómo está sanando tu mano?" habló lentamente. Sus ojos se encontraron con los míos y sentí la curiosidad y la conciencia llenando su mente. "Déjame verlo."

Esta vez no reaccioné.

Entrené mi cara para que fuera lo más neutral posible.

Mi mano estaba sanando bien, pero sabía que eso no era lo que él realmente quería ver.

Odiaba que mis palabras hubieran llenado ese pensamiento en su mente.

"¿Primero me lastimaste la mano y ahora quieres mimarme?"

Intenté distraerlo.

Sólo haría falta quitarme el guante de la mano para revelar mi identidad.

Cada familia de Nueva York tenía un símbolo en la mano que mostraba sus rangos.

No pertenecía a las familias italianas.

Yo pertenecía a la Hermandad Bratva, pero tenían una tradición similar.

Los seguidores tenían una telaraña y el líder tenía un tatuaje de araña.

Los ojos del Don se entrecerraron a su manera astuta, como si me estuviera evaluando de nuevo. Su mano cayó hasta mi mano enguantada de cuero y mi mirada lo siguió. No quería ocultarle mi mano. Sólo obtendría la confirmación de sus sospechas.

"Sería imposible. Debe *ser* imposible", murmuró en voz baja.

Hablaba en voz baja, como si hablara consigo mismo y no conmigo, como si debatiera consigo mismo una confusión interior. Su cabeza se giró para mirarme mientras me miraba con curiosidad.

Cuanto más se inclinaba hacia mí, más se sacudía mi espalda hacia el asiento detrás de mí. Su figura amenazante se levantó deliberadamente de su asiento lentamente, como si quisiera asustarme. Sostuve su mirada, enfrentando su desafío. Me negué a ceder.

Sin previo aviso, su mano agarró la mía.

El ileso.

Protesté: "¡Oye!" antes de extender la mano para golpearlo en la mandíbula con mi mano herida. El Don gruñó, pero no se detuvo. Murmuré malas palabras en voz baja mientras un nuevo dolor atravesaba la herida. Esperaba no haberme roto los puntos. "¿Nadie te enseñó a mantener las manos tranquilas?" Llamé.

Surge me miró como si fuera un idiota.

"¿Olvidaste a qué te dedicas?"

Le di otro golpe a la cara, pero esta vez lo bloqueó con su grueso antebrazo.

Luego, me quitó el guante de mi mano delgada y miró fijamente el tatuaje que tenía.

La misma telaraña que tenían los *Vors*, la marca de los soldados rusos.

"Imposible..." su voz atónita salió cuando sus ojos confusos se encontraron con los míos.

Tragué espesamente. Se me formó un nudo en la garganta que se negaba a bajar.

La bilis chamuscó el fondo de mi garganta.

Oh, no... había dejado que las cosas llegaran demasiado lejos ahora.

¿Cómo volví a la normalidad después de esto?

"Mis rivales no tienen ninguna hembra *en* ellos".

Una moll se asoció con el término *gángster femenino*.

Su voz aún salía desconcertada, negándose a creer la verdad.

Recé para que no lo hiciera.

Tomó mi mano flácida y la secó furiosamente como si lo estuviera engañando.

Se burló por lo bajo, como si todo fuera una ilusión. Deseé haberme cubierto la mano con maquillaje. Se suponía que nunca sucedería así.

"No sé quién eres, pero definitivamente no eres Bratva. Solían vender mujeres y utilizarlas como mulas de droga. No hay manera de que una mujer sea parte de su mafia además de ser esposas trofeo. Ni siquiera los italianos los tienen como parte de sus organizaciones". Sacudió la cabeza como si todavía estuviera incrédulo.

Intenté no sentirme insultada. Después de que terminó de limpiar vigorosamente mi tatuaje permanente, se dejó caer en su asiento y me miró con una nueva perspectiva.

"Se actualizaron", solo respondí mientras me ponía mi guante de cuero nuevamente.

Ya no tenía sentido mentir.

La verdad había sido revelada.

Estaba jugando un juego peligroso.

Nunca en mis últimos cinco años como asesino un objetivo había visto mi rostro, y mucho menos descubierto mi identidad.

Surge Romano era un hombre peligroso.

Amenazó toda mi existencia.

Mi mismo ser.

Mientras viviera, siempre sería una amenaza.

El Don guardó silencio mientras me evaluaba de nuevo.

"Tal vez deberías tomar notas". Señalé con el dedo en su dirección antes de encogerme de hombros descuidadamente. "Sirvo a mi *Pakhan*, Alexander, y tal vez lo hayas olvidado, pero su igual y compañera líder es su esposa, Ghislaine Khalil Nikolaeva. Ella gobierna con él".

Su mandíbula se apretó por un momento y se aflojó.

"¿Por qué Alexander me quiere muerta?"

Me gana. Me encogí de hombros de nuevo.

"Ni idea. Sólo recibo pedidos. ¿Por qué no intentas preguntarle a *Pakhan* ?

Mala idea. Deja de darle ideas.

"De todos modos, ustedes dos no están precisamente en términos amistosos. Es bien sabido que los rusos y los italianos llevan años en guerra".

Levantó una refinada ceja mientras su dedo ileso rozaba su labio inferior.

Me llamó la atención y me quedé mirando su boca rosada. Parecía suave.

"Y tú eres su asesino".

No fue una pregunta sino una declaración.

"Su arma secreta".

No quería preguntarle si filtraría esa información, ni quería darle más ideas, así que esta vez mantuve la boca cerrada. No sólo pondría un objetivo en mi espalda, sino que la estrategia de la Hermandad también quedaría expuesta.

La visita de hoy me había abofeteado.

"Nunca debí haber venido aquí", admití en voz baja. "Debería haberte matado el día que te vi, y tú ya deberías haberme matado".

La vulnerabilidad se me escapó y lo odié.

Le di otra idea más, aunque me preocupaba más que estuviera planeando exponerme ahora. La Hermandad lo era todo para mí. Eran mi familia. Mi familia durante los últimos siete años. Eran todo lo que conocía y recordaba desde que era niña. Intenté buscar en sus ojos algún tipo de misericordia, pero era un caparazón duro y era imposible leerlo. Dons no tuvo piedad. Para ellos era un signo de debilidad.

"No pertenezco aquí contigo", murmuré mientras me frotaba la frente con fuerza.

Su seductora voz llegó un momento después. "Te ves bien a mi lado".

Me mordí el labio inferior. Probablemente arruiné el lápiz labial. Evitando su mirada, jugueteé con mis dedos. "No sé por qué estoy teniendo una conversación contigo y no te estoy cortando la garganta", exclamé en voz baja, lista para perder la cabeza en cualquier momento. "¿Qué estoy haciendo aquí contigo?" Me burlé de nuevo.

La voz de Surge ronroneó esta vez. "¿Qué estás *haciendo* aquí conmigo?" El timbre de su voz creció, los graves de su voz se hicieron más profundos y la ronquera volvió.

Sin mirarlo a los ojos, me incliné hacia adelante y agarré mi revólver de su asiento. Necesitaba irme en este mismo instante. Mi mente se volvió papilla a su alrededor y eso me hizo pensar en cosas que no sabía que podía hacer. Cosas que estaban fuera de mi alcance. Estaba ligado a mi mundo, mi causa y mi deber.

Éramos dos personas diferentes de dos lados distintos del mundo. A la gente le gustaba creer que sólo había un mundo, pero eso no era cierto en absoluto. Había mundos

más pequeños dentro de ese mundo más grande, y algunos no podían dejar su propio mundo para ser parte del otro.

Haciendo caso omiso de mis pensamientos, percibí su olor y mis ojos se nublaron. Evité mirarlo mientras regresaba a mi asiento. "Esto me pertenece", le recordé. "Ya has robado la mayoría de mis dagas".

Me di vuelta para irme y empujé la manija de la puerta.

Una risa llenó el aire.

El Don se *reía*.

El sonido fue agradable.

Retumbó en el auto mientras envolvía mi alma y la apretaba con fuerza.

Me sorprendió que no me hubiera bajado ya.

Los hombres creados y sus juegos mentales a veces eran muy confusos.

Si fuera un *vor*, me habría matado.



Surge

7

Habían pasado dos semanas desde mi último encuentro con esa misteriosa mujer rusa.

Ella era parte de la mafia rusa.

Ella pertenecía a un mundo diferente.

Me dejó un mal regusto en la boca. Habría sido una historia bonita y retorcida para contarles a mis hijos algún día. Oh, oye, conocí a tu madre cuando intentó asesinarme...

La imagen del tatuaje en su mano se repetía constantemente en mi mente.

Todavía no sabía cómo se llamaba. Sin embargo, sabía a qué organización pertenecía. A veces todavía me resultaba difícil de creer. Fue poco común.

Ella era poco común.

Los de su especie no existían en nuestro mundo.

Me pregunté por qué Alejandro lo permitió.

Nunca la había conocido antes ni me había topado con ella. Por lo general, evitaba a los rusos y ahora, por alguna razón, querían atraparme. Tal vez fue por la alianza con Berlusconi que todavía tenía y los negocios que todavía hacía con ellos. Sabía que se rompió cuando algunos de los miembros intentaron asesinar al líder de la familia Nikolaev.

Bueno, no era yo quien había sido su objetivo, así que aun así elegí mantenerlos cerca. La mayoría de las familias de Nueva York mantuvieron vínculos entre sí, excepto las familias Vitalli y Moretti. Se odiaban mutuamente y no tenía sentido desperdiciar hombres y recursos en el drama entre ellos.

Mi segundo al mando, Diego Bianchi, caminó hacia mi derecha y mi ejecutor, Andrea Ricci, caminó hacia mi izquierda cuando entramos al salón rojo y blanco.

Quizás no debería haber venido aquí, pero tenía que hacerlo. Era mejor mantener a mis enemigos cerca y mirarlos a los ojos que intentar asesinarme. Me acerqué el cuello de mi traje negro satinado mientras jugueteaba con mi corbata.

Odiaba vestirme elegante en su mayor parte y ya extrañaba mis chaquetas de cuero. Mis oídos se animaron ante el parloteo a mi alrededor. Multitudes se reunieron alrededor del salón mientras la gente continuaba sus conversaciones. Me había perdido a propósito la ceremonia

de la boda hoy, y pasé por la recepción para mostrar mi cara al menos, por el bien de las apariencias.

Murmuré saludos en voz baja y asentí con la cabeza hacia las personas que conocía. Yo era el único miembro de la familia del imperio Romano que quedaba en Nueva York. Annalisa estaba estudiando en el extranjero y a salvo del caos de la vida de la mafia. Mi abuela, en cambio, estaba en París con ella. Si su padre hubiera estado vivo, ya estaría casada.

Mi padrastro había muerto en prisión y mi madre había fallecido poco después de leucemia. No tenía otros hermanos. *Famiglia* lo era todo en mi mundo y no me quedaba nadie que pudiera llamar al mío.

Mis verdes recayeron sobre la pareja de recién casados. La novia lució un vestido blanco sedoso que terminaba en sus tobillos. Un niño de un año se aferró a su pierna. Fue su cabello lo que me llamó la atención. Un cabello tan largo, de color marrón dorado... casi le llegaba a las rodillas. Sería más largo si no fuera por la trenza que ondeaba detrás de ella. Bien podría ser una princesa de la vida real. Piel morena clara, pequeña y burbujeante. Ella era lo opuesto a su marido.

Ella se rió mientras su estoico hombre le susurraba algo. Me pregunté qué debió haber dicho, ya que no tenía ni idea de cómo hacer una broma. Me quedé mirando a su marido gigante. El era más cercano en tamaño a mí. Como si sintiera que alguien lo estaba mirando, su tristeza se centró en mí. Dimitri Nikolaev levantó una mano y me saludó con dos dedos. Asentí y me acerqué al hermano *de Pakhan*.

Era su boda. Como dije, mantén a tus enemigos cerca. No sabían que yo sabía la verdad. Por supuesto, nunca fuimos cercanos sino conocidos casuales, así que no esperaba que ordenaran un ataque contra mí. No me decepcioné ni me sentí traicionada, simplemente sorprendida. Me acerqué a la pareja de recién casados y me detuve justo delante de ellos.

"Felicitaciones, Dima", murmuré lentamente. "Y a ti también, Zara".

Capté los ojos de su esposa. Ella sonrió dulcemente en mi dirección y me pregunté qué había visto en Dimitri. Ni siquiera sabía sonreír. Por lo que había oído, ella era su misión, una de las mulas de la droga antes de casarse.

"Gracias", respondió alegremente antes de agacharse para agarrar del suelo a su pequeño que pedía que lo

cargaran. "Podrías darme un respiro hoy, Ilya. Es la boda de tus padres". El bebé solo se chupó el pulgar mientras suspiraba felizmente y hundía la cabeza en el hueco del cuello de su madre. El bebé tenía tonos avellana como su madre.

Dimitri tenía ojos azules.

Me recordaron al misterioso asesino que había conocido.

¿Estaba relacionada con los Nikolaev?

Saliendo de mis pensamientos, me concentré en Dimitri mientras su esposa se mezclaba con los invitados. Destacaba como un paria con ese traje negro suyo. Tal vez lo habían obligado a usarlo.

"Me sorprende que alguien quisiera casarse contigo".

La fría y helada mirada azul de Dimitri se posó en mí. Sus rasgos eran lo suficientemente afilados como para atravesar un cristal. "Pareces celoso, ya que nadie quiere casarse contigo". Su voz profunda retumbó mientras hablaba en voz baja. Me habló de manera similar. Yo tampoco levanté la voz.

Mi labio se torció.

Muy bien, a veces se mostraba gracioso sin esforzarse.

Estaba a punto de responder, pero otra voz se me adelantó.

"Bueno, si no es el abuelo Surge". La voz profunda fluyó suavemente como la miel.

Levanté la vista cuando mi mirada se posó en los ojos negros *del Pakhan*.

Alexander Nikolaev jugueteó con los puños morados de su chaqueta negra mientras seguía mirándome. Cogí su piel tintada llena de tentáculos debajo de sus mangas. Me encontré con los ojos burlones del hombre que había ordenado mi sentencia de muerte.

¿Siempre había sido así de salvaje? Era pálido, inquietante y alto, como un vampiro mórbido. No sabía que él también resultaría ser un chupasangre.

"¡Papá!" —chilló una voz aguda detrás de Alexander.

Se dio la vuelta y seguí su mirada. Allí estaba una niña pequeña, de no más de seis años, con su vestido blanco y dorado. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo suelta y un flequillo enmarcaba su carita. Ella me miró directamente y sus cálidos ojos color miel me brillaron. Ella me recordó al sol.

Los niños eran criaturas muy inocentes entre nosotros, los depredadores.

"Hola tú." Saltó hacia mí y me dijo: "¿Cómo te llamas?"

Estudié su mala pronunciación antes de recordar que ceceaba cuando hablaba. "Oleada", respondí lentamente.

Ella asintió como si tuviera mucho sentido antes de sonreír. "Thurge... soy Noura". Luego, le señaló a la mujer que ahora conversa con Zara. "Esa es mi mami".

Señaló a una mujer alta, de piel dorada, con un vestido rosa de seda.

Ghislaine Nikolaeva.

Sabía quién era ella. Todos sabían de ella.

Ex agente convertida en reina de la mafia.

Parecía elegante y majestuosa mientras estaba allí, hablando con su cuñada. Estudié a la esposa de Alexander con cabello castaño largo y suelto. La niña se parecería a su madre cuando fuera mayor de edad. Alexander me sorprendió mirando a su esposa y quise mirarla un poco más sólo para cabrearlo.

Sin embargo, la niña hizo estallar mi burbuja, ya que estaba justo debajo de mí. Probablemente podría pisotearla con mis pies. Aunque no sé qué tan bien le sentaría eso a su padre. Yo era varios metros más alta que ella, pero eso no intimidó a la niña. "¿Por qué papá te llamó abuelo? No pareces tan mayor.

Mi labio se torció.

"Soy un abuelo joven", bromeé con el niño.

Su sonrisa se amplió mientras inclinaba la cabeza hacia mí con curiosidad.

"Ve a jugar con Ilya", la espantó Alexander desde atrás.

Noura sólo resopló. "¡Ilya sólo tiene un año!" Su ceceo se escapó de nuevo. "Es un bebé. Sólo un bebé", protestó.

"¿Y tú qué crees que eres?" Bromeó su padre, el afecto por su hija adoptiva era claro como el día. Ella era la hija biológica de su esposa de su primer matrimonio.

"¡No soy un bebé!" Protestó mientras se señalaba a sí misma. "Tengo seis."

Agitó los dedos en el aire, tratando de convencer a su padre antes de mirar a su tío Dimitri, quien solo se encogió de hombros.

Su padre se rió entre dientes antes de empujar suavemente a Noura en dirección a su madre. Ella resopló por lo bajo como un *bebé* que estaba a un segundo de tener una rabieta. Se cruzó de brazos sobre el pecho mientras se alejaba hacia su madre. Alexander la vigiló antes de volver a prestarme atención. "Eres el único Don que no se ha

casado", intervino Alexander mientras volvía a sus palabras originales y nos estrechamos la mano.

No pude resistirme y dije: "Berlusconi también está soltero".

El *Pakhan* perdió su familiar sonrisa ante el golpe que acababa de dar.

"Hablando de él, ¿Durán no está aquí hoy?"

Los ojos de Alexander se entrecerraron antes de responder con calma: "Él no está aquí. Aunque uno de su gente vino aquí para presentar sus respetos".

Antes de que pudiera responderle, una voz profunda y nerviosa vino detrás de nosotros.

"No sabía que vendrías hoy, Surge".

Todas las cabezas se volvieron hacia la nueva voz nerviosa.

El hombre tenía las manos metidas en los bolsillos mientras se acercaba tambaleándose hacia nosotros. Su cabello negro como la tinta estaba peinado desordenadamente y algunos mechones le caían sobre la cara. Su piel bronceada se había vuelto más oscura desde donde había estado viviendo estos días. Llevaba un traje negro como el resto de nosotros, excepto que no se molestaba en ponerse corbata. Los dos primeros botones de su camisa estaban desabrochados, dejando al descubierto los bordes de las alas esculpidas grabadas en él. Un hoyuelo llenó su mejilla cuando terminó con: "No te he visto en dos años".

Parpadeé cuando mi labio se curvó en una sonrisa.

"Vlad", reconocí mientras nos dábamos la mano.

Y tenía razón. Vlad Vitalli estuvo desaparecido durante la mayor parte del año. No mucha gente sabía dónde vivía realmente además del extranjero. "Conocí a Ilya y Noura", continué. "¿Dónde están tus mini versiones?"

Sus ojos gélidos, parecidos a los de un lobo, miraron al otro lado del pasillo a una mujer sentada con dos niños. No me concentré en los niños gemelos, ya que su esposa embarazada era un espectáculo digno de contemplar.

Dalia Hadid.

Su largo cabello de medianoche cubría su vestido dorado mientras le sonreía a su hija. Su piel clara sobresalía en ese vestido como si estuviera hecho especialmente para ella.

Sus hijos aún eran pequeños, pero ella ya estaba embarazada de nuevo. Bueno, si tuviera una esposa así, tampoco me importaría que fuera grande. Estaba sentada

con una mujer pelirroja mientras un hombre estaba junto a ellos. Lo miré dos veces cuando vi al jefe Miran Demir antes de mirar a Dahlia nuevamente.

Desvié la mirada antes de que Vlad pudiera molestarme por mirar a su esposa demasiado intensamente. Oye, estaba soltero y no *muerto*. Usaría eso como excusa.

Yo era el Don mayor entre ellos y estaba soltero. Todos los que me rodeaban parecían tener su propia familia feliz. Sabía que Moretti también tenía uno. Sin embargo, Salvi no estuvo aquí hoy, ya que Vlad estaba presente. Esos dos podrían matarse si volvieran a estar en la misma habitación.

"Es bueno verte de nuevo, Vlad", respondí con facilidad.

Era un milagro que estuviera relacionado con Alejandro.

Vlad asintió con una pequeña sonrisa.

"Ahora que las presentaciones terminaron", intervino Alexander. "Me muero de hambre".

Sus ojos buscaron a su alrededor antes de señalar con la mano a uno de sus hombres. Un hombre alto con traje negro se acercó a él. No sabía quién era. Era alto y tenía ojos negros similares a los del *Pakhan*. Probablemente había oído hablar de su nombre. Simplemente no podía precisar quién era exactamente.

Alexander me sorprendió mirando. "Este es Kirill, mi primo por parte de mi madre".

Kirill Volkov.

Había oído hablar de él.

Ahora bien, tenía sentido el por qué ambos tenían los ojos negros.

La madre de Alexander también tenía los mismos ojos.

Sin embargo, mi mirada estaba demasiado centrada en Kirill.

El miedo recorrió mi columna mientras estudiaba al hombre que tenía delante. Ya no me agradaba y ni siquiera me había hablado todavía. Abrió la boca para hablar, para reconocermme, pero luego su mirada se centró detrás de mí.

El aroma de vainilla me golpeó primero. Recordé este olor de alguna parte. Recordé haber pensado en ello.

Unos tacones altos resonaron detrás de mí y una voz femenina habló.

"¿Kirill?"

Me quedé quieto.

Mi cuerpo se puso rígido.

Apreté los puños hacia adentro y hacia afuera mientras mis nudillos se ponían blancos.

Fue *ella*.

Simplemente sabía que lo era.

No esperaba que ella pronunciara el nombre de otro hombre en mi presencia cuando la volviera a encontrar.

Ese tono en su voz...

Podría reconocerlo desde una milla de distancia.

Su voz era suave, profunda y fluida sedosa.

Coincidía con el tipo de mujer que era.

Sabía que ella podría estar aquí, pero si ella era su arma secreta, no entendía por qué hacían alarde de ella abiertamente.

Los labios de Kirill se curvaron.

Él le *sonrió*.

La ira me atravesó.

¿Por qué carajo le estaba sonriendo?

Odiaba cómo sus ojos se iluminaban al verla.

“¿Sí, Anastasia?”

Anastasia. Ese era su nombre.

Saboreé ese nombre en mi lengua.

Ella todavía no sabía que era yo, ya que estaba de espaldas a ella.

Kirill pasó junto a mí. Su abrigo rozó lentamente el mío y quise quemar vivo a ese cabrón por tocarme. Rayos de electricidad estallaron bajo mi piel, y podía imaginarme mi piel sonrojándose y mis pecas oscureciéndose. Contuve el aliento y la ira mientras lentamente me giraba para enfrentarlos. Levanté los ojos para mirarla, pero Anastasia aún no me había visto. Sus mejillas se sonrojaron ante algo que Kirill le susurró al oído.

¿Por qué carajos se estaba sonrojando por él?

Nunca antes había maldecido tanto en mi vida.

Kirill me sorprendió mirando. “Oh, disculpas. Hola, don Surge”. Finalmente me reconoció y no parecía arrepentido en absoluto. “Esta es mi esposa, Anastasia Volkova”.

Esposa.

¿Esposa?

¿Por qué?

La mujer con la que había estado saliendo últimamente resultó ser la esposa de alguien.

No debería sorprenderme en absoluto.

Cada mujer que había visto esta noche había sido la esposa de otra persona.

Los ojos de Anastasia estaban pegados al suelo así que no pude ver el reconocimiento en sus ojos. Lentamente, después de varios segundos, sus familiares ojos azules pero color kohl se encontraron con los míos.

Chocaron contra los míos y los quemaron.

"Es un placer conocerte, Don Surge", habló suavemente a través de su boca roja y traicionera que quería chupar.

No hablé en absoluto mientras tragaba saliva. Me tragué el nudo que creció como del tamaño de una pelota de tenis en mi garganta. Llevaba un pequeño vestido rojo y negro que terminaba hasta las rodillas. Le quedaba como un guante. Mi respiración se entrecortó y quedó atrapada en mi garganta.

Había numerosas mujeres a mi alrededor, pero no podía obligarme a apartar la mirada de ella, incluso si era la esposa de otro hombre. Había apartado la mirada de las esposas de Alexander y Vlad, pero con esta, no quería apartar la mirada.

Se suponía que ella no sería la esposa de nadie. Ella nunca me había dicho que estaba casada. Bueno, ¿por qué me diría eso de todos modos? No me importaba que su marido ahora me estuviera mirando y notando que la miraba abiertamente. No me importaba en absoluto cuando ella era todo lo que veía. Podría ahogarse con su propia polla y morir. Mejor aún, algún día se lo daría de comer.

Sus hombros estaban recogidos y su amplio escote estaba a la vista. Quería extender una mano y trazar las ondas de su exuberante suavidad. La había sentido contra mí cada vez que la había conocido.

¿Qué mujer casada hizo eso?

Tal vez ella me había jugado como un tonto.

Su rostro estaba adornado con un maquillaje sutil, sus pómulos altos todavía rosados y húmedos. Su rostro estaba tallado como el de una diosa. Sus ojos parecían demasiado grandes para su pequeño rostro. Observando su cabello negro con mechuras doradas, me di cuenta de que colgaba suelto alrededor de ella en rizos, mientras desempeñaba el papel perfecto de una impresionante esposa trofeo. Se veía alta, delgada, elegante y *hermosa* como el infierno mientras permanecía allí inocentemente como una gacela como si no me reconociera en absoluto. Ella continuó con su farsa, como si fuera completamente inocente y no supiera quién era yo.

Mi labio se curvó con disgusto mientras la miraba con dureza.

Si hubiera sabido que sin saberlo me habrías escuchado, te habría pedido que usaras un vestido en lugar de esa morbosa ropa negra.

No esperaba verla con un vestido, pegada a los brazos de otro hombre.

Un hombre que era mi rival, nada menos.

Miré sus manos entrelazadas ante ella. La mano herida que apuñalé ya no estaba dañada. Busqué las cicatrices en su mano, pero ya no estaban allí.

Imposible.

Habría dejado algún tipo de cicatriz.

Tragué de nuevo mientras buscaba su otra mano.

Sólo me recibió una piel limpia y sin imperfecciones.

No hay ningún tatuaje de telaraña a la vista.

Desconcertada, levanté los ojos y la miré directamente a los de ella.

Todavía no había reconocimiento en sus ojos.

Su líder se había hecho el tonto, como si no hubiera planeado asesinarme.

Y aquí estaba su seguidor, todavía jugando a una farsa.

Inspiré lentamente y lo solté cuando finalmente hablé.

"Es un honor conocerte, Anastasia".

No me molesté en decir el venenoso apellido de su marido. En mi opinión, ella no era Volkova. Ella era simplemente... simplemente... la asesina que me había imaginado.

Su garganta se sacudió mientras tragaba.

El sudor se pegaba a las laderas de sus suaves tetas.

Ella *supo*.

Ella sabía exactamente quién era yo.

Y maldita sea ella y su maldito marido.

Extendí una mano y ella extendió la suya para estrechar la que le ofrecí. ¿Ella pensó que yo simplemente quería estrecharle la mano?

Qué equivocada estaba.

Mis dedos ásperos y callosos envolvieron sus suaves dedos antes de acercarla hacia mí, lejos de su marido. No me gustaba nada ella a su lado.

Quería que ella perteneciera a mi lado como debería. Ella era una reina y no debería casarse con un humilde campesino.

Un pequeño jadeo salió de su dulce y puchero.

Su pequeña nariz respingona se arrugó, como si no supiera qué esperar de mí.

Sabía que todos los ojos estaban puestos en mí, todos los líderes y sus segundos al mando mirándome mientras le arrebatava a la esposa de otro hombre directamente hacia mí.

Entonces, no importa si disfruté este juego de poder.

Me acerqué a ella mientras mis labios rozaban su mejilla izquierda, dejando un beso antes de rozar su mejilla derecha, dejando otra marca mía detrás.

"Pequeño Asesino", susurré como si sólo fuera para sus oídos.

Su piel era tan suave a diferencia del duro exterior que escondía debajo. Ella era una mujer en el fondo de todo y no podía esperar a descubrir esas partes de ella. Inspiré su aroma profundamente. *Vainilla*. Lo memoricé en el fondo de mi mente.

Sus mejillas ardieron de color rosa mientras evitaba mirarme.

Era común que los hombres italianos intercambiaran besos entre sí y las mujeres intercambiaran entre sí, pero en nuestro mundo creado, besar a la esposa de otro hombre se consideraba un acto de guerra. Especialmente cuando un mafioso italiano besó a la esposa de un mafioso ruso.

Complacido, encontré la mirada entrecerrada y oscura de Kirill, pero él no dijo nada en absoluto. El silencio de grillo vino de él.

Yo era el Don y él no.

Yo goberné y él sólo obedeció.

Mantuve su mirada todo el tiempo, desafiándolo a desafiarme y cortarme la garganta, pero él no hizo tal cosa. Sin embargo, miró detrás de mí, a su líder, su *Pakhan*, que también estaba callado.

Probablemente los había aturdido a todos.

Sin embargo, Alejandro nunca me declararía abiertamente la guerra. Probablemente obtendría un lugar más alto en su lista de objetivos.

La mandíbula de Kirill se apretó y se apretó antes de mirar hacia otro lado. Satisfecha, miré a Anastasia en mis brazos, que parecía estupefacta como su marido. Con vacilación, ella lo miró antes de mirarlo.

Su encantador marido aprovechó el momento para entrelazar sus dedos con los de Anastasia. Automáticamente, mis ojos se entrecerraron ante esa vista. Su mano más grande cubrió la suya pálida y delgada. Como sorprendida por el gesto, ella lo miró con las cejas

arqueadas y una tímida sonrisa se formó en sus labios. Mis puños se apretaron al ver esa expresión. Parecía estar interpretando demasiado *bien el papel de esposa trofeo*.

Miró sus dedos entrelazados como si fuera la primera vez que su marido le tomaba la mano en público. Quería agarrarla por el cuello, golpearla contra una mesa y golpearla sin sentido. Eso le mostraría a Kirill quién era yo exactamente. Lo miré por un momento y él parecía mirarme directamente con una sonrisa maliciosa antes de girarse hacia ella.

"Sí, Tasha, ¿estabas diciendo algo?"

Las mejillas *de Anastasia* todavía estaban rosadas mientras hablaba.

"Sí, uno de los hombres te estaba buscando al frente".

Su voz sonaba más entrecortada de lo habitual.

¿Por qué sonaba sin aliento?

Él asintió brevemente antes de decirnos: "Disculpe", antes de irse. Pero no antes de que prácticamente tomara el brazo de Anastasia y la arrastrara detrás de él. Seguía mirando sus espaldas persistentes y le pedí que mirara hacia atrás para mirarme.

Sólo una vez.

Ella no lo hizo.

Ella me la devolvió todo el tiempo.

Su espalda desnuda. La misma sin tinta extendida sobre su piel. Sólo mostraba una piel de porcelana suave e inmaculada. Enrosqué mis dedos hacia adentro y hacia afuera para no estirar la mano y trazar su suave piel. Continué mirando mientras desaparecían por la esquina. Una figura vestida de negro y morado se acercó a mí y habló.

"Esa no es una mirada que le das a la esposa de otra persona".

Miré por el rabillo del ojo a Alexander.

Sus labios dibujaron una sonrisa tímida y arqueó una ceja sutilmente.

Parpadeé lentamente. "Ella me recuerda a alguien que conocí".

Alejandro me miró con incredulidad.

"¿Tu hermanastra? Tienen la misma edad".

Asentí lentamente. Bueno, Annalisa ya no era mi hermanastra, ya que nuestros padres estaban muertos, pero eso no quitaba el hecho de que ella era familia.

Un camarero pasó junto a nosotros y Alexander tomó dos martinis y me ofreció uno. Asentí lentamente antes de

quitárselo. Tomando un sorbo lento, murmuré: "Nos vemos, Alexander".

Sus ojos negros me evaluaron.

"Oh, ¿no te quedarás a cenar?"

No. Podrías envenenarme.

Busqué en sus ojos cualquier cosa que pudiera revelar su intención, pero era como un mago, muy bueno enmascarando sus sentimientos. Sacudí la cabeza y fingí mirar mi reloj de oro. "Miedo que no. Tengo que irme. Felicitaciones nuevamente a Dima y Zara".

Alejandro se encogió de hombros. "Está bien. Si debes."

Abrí la chaqueta de mi traje para sacar un sobre. "Esto es para Ilya. No sé qué regalar a una pareja que ya lo tiene todo", admití.

Alexander se rió entre dientes antes de quitármelo. "¿Qué hay ahí dentro? ¿Un cheque?" bromeó.

"En realidad, es una suscripción ilimitada para mis parques de diversiones, sólo para Ilya".

Su labio se torció. "Qué bueno verte, Surge".

Puso su mano traicionera sobre mi hombro mientras se giraba como si todavía fuéramos buenos conocidos y no hubiera ordenado mi muerte. Fue una lástima, ya que Alexander no era tan malo. Nos llevamos bien en su mayor parte. Todavía sosteniendo mi bebida, caminé hacia la salida. El fuerte sabor de la ginebra y el vermú se derritió en mi lengua.

También pude saborear las bayas de enebro mientras saboreaba la bebida. Me quedaban unos cuantos sorbos mientras mis ojos se dirigían hacia el pasillo oscuro a mi derecha. Una figura vestida de color burdeos y negro apareció ante mí, y mis pasos cambiaron de dirección y se dirigieron hacia ella.

Mis labios contra mi vaso se detuvieron cuando me encontré con una mujer vestida de rojo y un hombre de traje al final del pasillo. Mis oídos se animaron ante su conversación mientras hablaban en voz baja pero fuerte. Bueno, fue principalmente él. Ella simplemente lo miró fijamente con la boca abierta. Podría haber reconocido su belleza a un kilómetro de distancia con ese vestidito. Abrazaba sus curvas y bordes como si hubiera nacido para usarlo. Tragué al verla de nuevo.

Su belleza era increíble. Simplemente impresionante.

Odiaba lo jodidamente hermosa que era. ¿Quién le dio el derecho a verse así? Ella me llamó la atención desde el primer día y estaba casada con otro cabrón.

Su cabello brillante flotaba detrás de ella en rizos sueltos y su piel estaba sonrojada. Aportó un brillo natural a su rostro, un brillo natural debido al sudor. No podía verme porque su marido le bloqueaba la vista.

"¿Por qué te besó Don Surge?" La voz de Kirill se hizo más fuerte.

Sonreí. Entonces, debo haber tocado un punto sensible.

Anastasia cruzó los brazos sobre el pecho. "No sé. No se lo pedí".

Mi sonrisa se hizo más amplia mientras me apoyaba casualmente contra la pared y los miraba fascinado. Dicen que en una relación no hay lugar para una tercera persona, y aquí estaba yo, cambiando las reglas.

Mi cuerpo estaba medio arrojado a las sombras de la noche. No había nadie alrededor en este pasillo vacío. Las voces disminuyeron en este extremo del lugar. No podía ver la cara furiosa de Kirill, pero podía imaginar que estaba enojado.

"No seas inteligente conmigo, Tasha. He visto la forma en que te mira.

Bien. Tomé otro sorbo.

Entonces, mensaje enviado claramente.

"¿Por qué no lo detuviste cuando te tocó?" Kirill continuó lanzando preguntas.

Los ojos de Anastasia brillaron mientras levantaba las manos en el aire.

"Él es el Don y es común en la cultura italiana besar en la mejilla".

Kirill se acercó a ella y le puso un dedo en la cara.

"Somos jodidamente rusos".

Ella levantó una ceja y resopló: "También es común en nuestra cultura eslava besar en la mejilla, al menos tres veces. Incluso vi a un hombre besando a otro en los labios. Tienes suerte de que Don Surge no haya intentado eso contigo.

Contuve una carcajada ante su descaro.

Sí. Esa es mi chica.

"¡No hacemos eso con extraños! Y te conoció por primera vez", protestó Kirill. Su voz tenía ahora un tono más profundo.

¿Estaba admitiendo ahora haber besado a hombres en los labios?

"¡Y él no intentó besarme! Estoy seguro de que esta tradición funciona en ambos sentidos".

La risa burbujeó en mi pecho y tuve que morderse el labio para evitar que estallara.

¿Quería que lo besara ahora?

Anastasia dejó escapar un largo suspiro, como si estuviera frustrada.

“¿Por qué estás molesto conmigo, Kirill? Ni siquiera hice nada. Si te molestó tanto, deberías haberlo confrontado. ¿Por qué discutir conmigo ahora? Ella sacudió su pequeña cabeza antes de darse la vuelta para pasar junto a él.

Se dio la vuelta y su cara furiosa gritó: “¡No te alejes de mí! No terminaremos con esta conversación hasta que yo diga que sí. Conozca su lugar como mi esposa y escuche a su esposo”.

Perdí la risa y la sonrisa.

Mis labios se detuvieron ante mi bebida.

Apreté la mandíbula y mis dedos apretaron el cristal.

“No deseo hablar de esto, Kirill. ¿Podemos hablar de esto más tarde en casa? Tenemos invitados de los que cuidar ahora mismo”, protestó Anastasia mientras sus pasos se aceleraban como si tuviera prisa por escapar de él.

"Dije, ¡no he terminado!"

El tono de su voz se había vuelto más grueso y áspero. Su tono se hizo más fuerte. Nunca le había hablado de esa manera. No me gustaba alzar la voz.

El rostro de Kirill se distorsionó en una fea mueca cuando se abalanzó hacia adelante, agarró la parte posterior de su cuero cabelludo y tiró de ella hacia atrás. Los pies de Anastasia se detuvieron y ella siseó en voz baja. Sus manos automáticamente subieron a su cabello cuando su cabeza fue echada hacia atrás.

“¿Qué estás haciendo, Kirill?” Protestó en voz baja y dolida.

Le dolía la voz.

Me dolía jodidamente .

Mi mandíbula se apretó y apreté los dientes entre sí.

La sangre pasó silbando por mis oídos mientras mi pulso se aceleraba.

Enderezando mi espalda, entrecerré los ojos y estaba listo para tirar mi bebida al suelo. No me importaba si no tenía voz y voto en su matrimonio. No podía hacerle daño en mi presencia.

Giré mi cuerpo y me dirigí en su dirección. Mi mano ya estaba cerrada en un puño, lista para golpear su maldita

cara burlona. Estaba a sólo unos metros de ellos.

Anastasia miró a su lado antes de estirar la mano para golpearle la cara con el codo.

El gruñó y aflojó su agarre sobre su cabello.

Mis pies se detuvieron.

Algunos mechones de su cabello roto estaban en su puño.

Kirill gruñó mientras la miraba.

"¡Me pegaste!" acusó.

Intenté no poner los ojos en blanco ante la ironía mientras los miraba.

Rápidamente volvió a alcanzarla, pero ella se giró y capturó su mano entre sus manos como un rayo, lista para derribar un árbol. Empujó dos de sus dedos sobre su dedo medio, agregando presión y empujándolo en la dirección opuesta.

Kirill gruñó y su rostro se contrajo en una mueca. El rostro de Anastasia estaba vacío de emoción mientras continuaba mirándolo, agregando más presión a su dedo medio como si quisiera romperlo. Cualquier provocación más por parte de Kirill y ella podría hacerlo.

Un destello de determinación brilló a través de su mirada entrecerrada y llenó su rostro un momento después. Ella no tenía piedad de él en este momento.

No estaba mirando a Anastasia. Fue el asesino quien tomó el control.

Parpadeé lentamente mientras me escondía nuevamente en las sombras.

Después de todo, ella no necesitaba mi ayuda.

"Tasha, ¿qué estás haciendo? ¡Soy tu esposo!"

Su voz contenía una súplica. Sonaba como manipulación emocional en su máxima expresión, un intento de hacerla sentir culpable cuando él había sido el primero en tirarle del cabello.

Un marido patético.

Anastasia inmediatamente lo soltó mientras lo miraba sorprendida. Los ojos de Kirill se abrieron mientras miraba su mano. Tantas emociones se apoderaron de su rostro, como si no pudiera creer que su esposa se hubiera defendido de él.

Las manos temblorosas de Anastasia fueron hacia su cabello mientras lo bajaba. "Fue sólo un reflejo de defensa de mi entrenamiento, Kirill". Su voz tembló de perplejidad. "No quería hacerte daño. Tú eras... y yo solo..." Su voz se apagó mientras miraba hacia otro lado.

Quería gruñir: *Nunca te disculpes* .

Pero ella se me adelantó.

"Lo lamento."

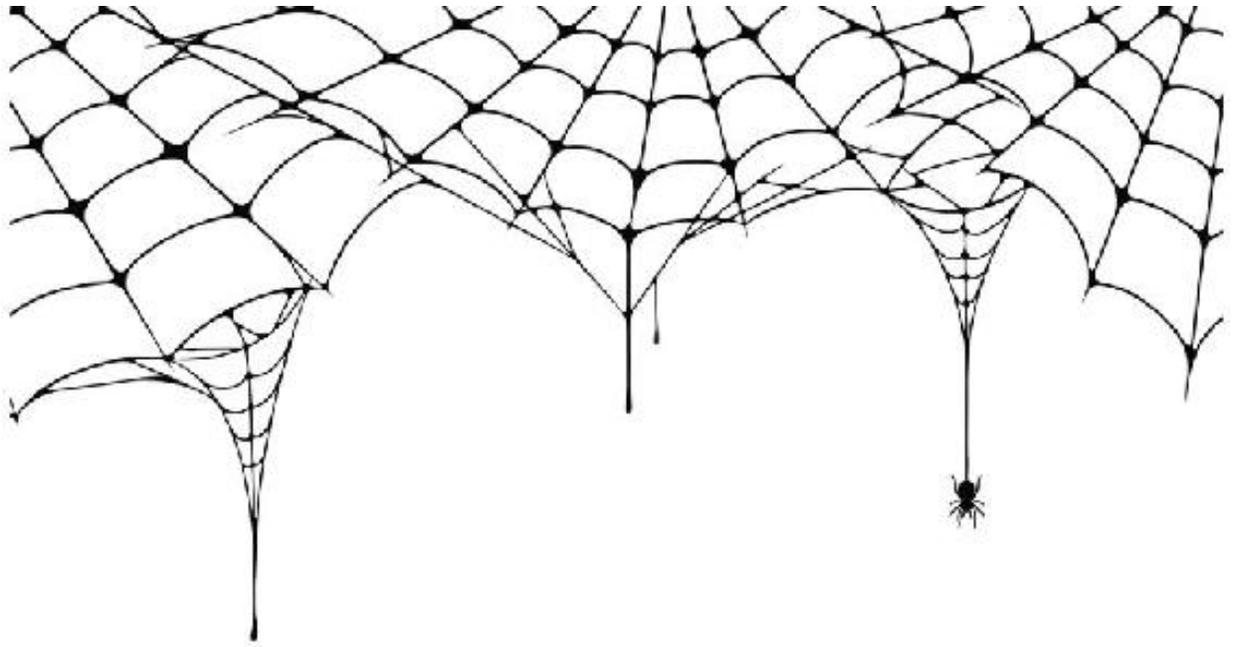
Antes de que Kirill pudiera responder, Anastasia salió corriendo en la dirección opuesta a donde él estaba. Desconcertado por el gesto repentino, su cabeza voló en la misma dirección que ella había tomado mientras la veía alejarse corriendo como si un fantasma la estuviera persiguiendo. En lugar de seguirla, se movió en mi dirección mientras murmuraba malas palabras en voz baja.

Me deslicé más hacia las sombras, ocultándome completamente de él. Cuando pasó a mi lado, quise hacerle tropezar. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no darle una paliza y posiblemente dejarlo ciego y sin dedos.

Una vez que su culo de mierda desapareció de mi vista, giré la cabeza hacia donde Anastasia había huido.

Sin dudar, mis pies giraron y la seguí. Mientras caminaba por el pasillo, noté que su aroma aún permanecía en el pasillo.

No me iría sin volver a encontrarme con mi Pequeño Asesino.



Ana

8

Corrí hasta que encontré un baño vacío al que podía meterme. Después de cerrar la puerta detrás de mí, me apoyé contra ella. Pantalones ásperos salieron de mi boca mientras intentaba controlar mi respiración. Sin embargo, fue inútil, porque todo mi ser temblaba incontrolablemente. Mis pechos se agitaron y crucé los brazos sobre ellos para evitar temblar.

¿Que demonios fue eso?

Kirill nunca me había tirado así del pelo en medio de una discusión. Esperaba que no lo volviera a hacer.

Sólo sucedió una vez. Intenté repetirme esto a mí mismo, pero mi voz interior decidió llegar en el momento equivocado.

Sólo hace falta un incidente para que vuelva a suceder.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

No, Kirill nunca intentaría hacerme daño.

Suspiré inquietamente mientras me alejaba de la puerta y miraba mi triste reflejo en el espejo. Una chica con los ojos enrojecidos me devolvió la mirada.

No me reconocí en el espejo.

Me hacía mucha ilusión asistir a la boda de Zara y Dimitri. Incluso me había vestido mejor que de costumbre también. Levantando mis pesados párpados, me concentré debajo de mi línea de flotación, donde el rímel y el kohl se habían corrido ligeramente.

Levanté la mano y me froté la nuca. El escozor persistente todavía estaba allí cuando recordé haber visto los mechones rotos de mi cabello en su mano. Giré la perilla del grifo y humedecí la toalla facial color carbón que había en el baño para limpiarme los ojos con dedos temblorosos. El maquillaje debe haberse corrido cuando cerré los ojos con fuerza en el momento en que Kirill tiró de mi cabello. Había pasado horas maquillándome con cuidado. Normalmente no me ponía mucho, pero me gustaba su aspecto. Me sentí bonita y femenina. Diferente de mi rostro desnudo habitual.

Deja de ocultar quién debes ser.

Una rica voz resonó en mi mente.

Tragando pesadamente, cerré los ojos y deseé poder dejar de pensar en eso. El maquillaje fue un cambio agradable. Deseaba que los hombres dejaran de arruinar mi arduo trabajo en el proceso. Mi rímel me costó unos cincuenta dólares. Sí, estaba casada con una persona rica,

pero ese dinero era todo de Kirill y no me permitían tocarlo. El dinero que Pakhan me pagaba , Kirill siempre lo cobraba. Nunca lo vi. No cuestioné las intenciones de Kirill al quitármelo. Él era mi marido. Lo que era mío era de él.

Sin embargo, la toalla facial no ayudó mucho, ya que solo hizo que el maquillaje de mis ojos se corriera aún más. Ahora parecía un mapache con dos ojos negros. Estúpidos dedos temblorosos.

Suspiré antes de tirar la toalla al fregadero. Apretando los bordes del tocador, mis nudillos se pusieron blancos y miré el agua corriente. Una distracción parecía agradable en este momento. Mis oídos se animaron cuando el pomo de la puerta detrás de mí se giró.

¿Me había seguido Kirill?

No estaba de humor para tratar con él en este momento.

Con mi alma oscurecida, enderecé mi espalda como espagueti antes de dejarla caer hacia atrás. Se necesitaba demasiada energía para ser fuerte. Quería estar exhausto por una vez, dormir durante días y comer helado para sentirme mejor. Sin embargo, no se me permitía ese lujo.

Se suponía que debía estar trabajando todos los días. Si no estaba trabajando, estaba planeando. También hubo otros asesinos en la Hermandad, pero yo fui el único que recibió los trabajos más mortíferos. Me enviaron cuando había riesgo. Incluso si me atraparan, nadie creería que una mujer fuera parte de la Bratva. Al menos así se suponía que debía ser.

Mis oídos se animaron nuevamente cuando los pasos de mi esposo invadieron el baño antes de cerrar la puerta detrás de él. Deseé haber tenido unos momentos de privacidad antes de que él viniera.

¿Estaba aquí para disculparse?

Mi estómago se revolvió y se retorció ante la idea de una disculpa. No sabía por qué estaba tratando de sentirme mejor. Kirill nunca se disculpó porque, a sus ojos, nunca se había equivocado.

Inspiré profundamente. Entonces lo solté.

Levantando mis ojos esperanzados, me preparé para encontrarme con los suyos negros.

En su lugar, me saludaron un par de esmeraldas.

Parpadeé un par de veces y pensé que lo había imaginado.

Los musgos claros y húmedos me devolvieron la mirada. Tragué y luego me pregunté qué estaba haciendo aquí. No

hablé nada durante unos segundos. Me había succionado todas las palabras. Mi aliento salió entrecortado y superficial cuando mis ojos sagrados se encontraron con los suyos.

Su traje estaba ajustado a su alrededor, amoldándose a él como una segunda piel. Había desaparecido su chaqueta de cuero y su rostro estaba bien afeitado. No hay rastros a la vista. Olía a ducha limpia y loción para después del afeitado, y traté de no inhalarlo más.

Su mandíbula cincelada se tensó mientras me miraba directamente. Su espeso cabello castaño rojizo estaba cuidadosamente peinado sobre su cabeza y recogido detrás de sus orejas.

Me enderecé, arreglando mi columna mientras me obligaba a sonreír a través de mis labios temblorosos. Esperaba que llegara a mis ojos. Levanté la barbilla mientras me giraba lentamente para encontrarme con su inquietante mirada de frente.

"Hola, Don Romano". Asentí brevemente mientras hablaba en voz baja. "Este baño está actualmente ocupado, pero puedo irme ahora mismo si lo prefieres". Sin esperar su respuesta, me di vuelta para irme, pasando junto a él. Estaba a punto de girar el pomo de la puerta cuando habló.

"Anastasia."

Mi mano se detuvo en el pomo de la puerta.

Cerré los ojos ante la forma en que dijo mi nombre.

Todo lo que salía de esa boca suya era poético.

Parecía tranquilo y pude escuchar la admiración en su voz.

"Ana. Suena muy bien", continuó. "Suena mejor que simplemente llamarte *asesino*".

Mis hombros se tensaron y me di la vuelta lentamente. "No estoy seguro de qué está hablando, Don Romano". Me encogí de hombros inocentemente mientras desviaba mi mirada de él.

"¿Es Don Romano ahora?" preguntó en voz baja. "Hace apenas unas semanas, ya me llamabas por tu nombre de pila".

Tragando pesadamente, levanté mis ojos apagados para encontrar los suyos. "No sé de qué estás hablando. Debes haberme confundido con alguien más".

Su labio se curvó en una sonrisa de complicidad. Cruzando los brazos sobre el pecho con calma, continuó: "Nunca me dijiste que estabas casado". Su voz estaba llena de decepción.

Levanté una ceja sutilmente antes de cambiar cortésmente de tema.

"Me voy ahora. Puedes tener la habitación para ti sola.

Evité mirarlo mientras intentaba pasar junto a él nuevamente, pero él se movió para bloquear la entrada. Mis ojos cansados se alzaron y me pregunté qué quería.

"¿Qué quiere decir Anastasia?" Llegó la voz profunda de Don Surge.

Aunque me gustaba escuchar su voz baja, rica y retumbante, nunca se lo admitiría. Era agradable para los oídos y me perseguía hasta el fondo. Esos ojos suyos me perseguían. No solo eso, me *cazó* como una araña que hechiza a su presa y la atrae hacia su red.

Él era como la misma red a la que llamaría hogar.

Mi corazón tartamudeó ante el sorprendente pensamiento.

No sabía por qué se sentía familiar cuando éramos dos extraños que intentábamos matarnos el uno al otro. Ni siquiera sabía por qué no nos atrevíamos a matarnos unos a otros.

¿Qué nos estaba frenando?

Con un suspiro ante las interminables preguntas que se gestaban en mi mente sin ninguna respuesta, me di la vuelta y me miré al espejo nuevamente. Mi vestido sin espalda era para él, y miré su reflejo en el espejo mientras su mirada recorría mi piel desnuda. No tenía ningún otro tatuaje en la espalda, sólo uno en particular. A Kirill no le gustaban los tatuajes.

"No lo sé, Don Surge", mentí con la punta de la lengua. "Les preguntaría a mis padres si pudiera". Mi cuerpo se detuvo ante lo que se deslizó. Se suponía que él no debía saber eso.

Sus ojos color jade chocaron con los míos en el espejo.

Hermoso.

Sus ojos eran hermosos.

El verde era el color de ojos más raro del mundo y él tenía dos.

De todas las personas en el mundo, ¿cómo se sentía afortunado de ser parte de sólo el dos por ciento de la población mundial que tenía ojos así?

Eran diferentes cada vez que me miraba. Se volvían suaves y vidriosos como un bosque después de un aguacero cada vez que él se burlaba de mí. Cuando quiso decapitarme, se transformaron en un color verde oliva como el roble venenoso. Atrevida y hermosa.

Quería vomitar ante mis pensamientos traicioneros. Después de que terminé de regañarme, lo estudié un poco más. Se veía diferente hoy. Elegante y pulido, a diferencia del aspecto rudo que tenía cada vez que usaba una chaqueta de cuero. Mis ojos se dirigieron a sus gruesos bíceps escondidos debajo de las capas de satén que llevaba. Levantando la mirada, evité mirarlo a los ojos y comencé a contar las pecas en su rostro.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8...

"¿Dónde están tus padres?" Su voz lírica llegó un momento después.

Mierda. Cerré los ojos antes de abrirlos lentamente. Esperaba que nadie nos encontrara solos en el baño. No terminaría bien para ninguno de los dos.

Yo era una mujer rusa casada y él era un Don italiano.

El Don que también resultó ser mi rival.

El rival de mi *marido*.

El pensamiento de mi marido hizo que mi mano volviera a donde Kirill me había arrancado algunos mechones de pelo. Me froté la zona dolorida y me pregunté si habría una pequeña calva allí. Me gustaba demasiado mi pelo largo como para quedarme calvo ahora.

La mirada hueca de Surge se dirigió hacia mi cuero cabelludo y me quedé paralizado. Sus ojos volvieron a ser ardientes, como un bosque en pleno verano bajo el sol abrasador. Su mandíbula hizo tictac y me pregunté si había visto lo que había sucedido entre Kirill y yo.

"No recuerdo a mis padres", admití después de un momento en voz baja. No sabía si podría escapar sin decir la verdad. Podría atacarlo, pero no quería exponerme públicamente. Se suponía que ahora mismo debía desempeñar el papel de una esposa respetable y una mujer dócil y tímida.

Los ojos de Surge se endurecieron antes de que una arruga llenara sus ojos.

"¿No lo recuerdas o no puedes?"

¿No era lo mismo? Sacudí la cabeza lentamente.

"No puedo", confirmé. "Amnesia", murmuré.

Surge inclinó la cabeza hacia mí y mi respiración se detuvo ante el movimiento.

Realmente necesitaba dejar de mirarme así.

Estaba casado. Estaba casado. I ...

Se mordió el labio inferior como si pensara mucho, y mis ojos traicioneros se posaron en ellos. Eran rosas. Extremadamente rosa para un hombre. Pensé que era

porque parecía una zanahoria, pero ahora no estaba seguro. Pero hay genes buenos y fuertes.

Ese traje le sentaba muy favorecedor. Dirigí mi mirada a sus ojos y me di cuenta de que sus cejas todavía estaban fruncidas. Líneas profundas llenaron su frente. A pesar de que nuestra diferencia de edad era muy evidente, él era atractivo. Mis mejillas se calentaron. Deseaba no pensar que lo era. Intenté volver a contar sus pequeñas pecas marrones.

10. 11. 12. 13. 14...

“¿Nadie los ha buscado nunca por ti?”

Su voz interrumpió mi cuenta nuevamente, y mi cara ardía al ver cómo estaba metiendo sus narices en mis asuntos. Todavía bloqueaba la puerta con su espalda y se quedó allí, apoyándose casualmente en ella mientras encontraba mi mirada en el reflejo del espejo dorado.

Quizás debería aprovechar esta oportunidad para apuñalarlo ahora mismo. Tenía mis espadas sujetas a mis muslos. Suficientemente simple. Si terminara muerto de la nada, no estaría relacionado con nuestra organización. No hay rastro que lleve a las autoridades hasta nosotros. Menos enemigos. No a la guerra.

Sin embargo, no pude aniquilarlo en una *boda en Bratva*.

Me pregunté si debería gritar pidiendo ayuda. Quizás entonces, la Bratva tendría una razón para matarlo o declararle la guerra. Mi corazón se hundió cuando el miedo lo llenó. No quería acusarlo falsamente cuando lo único que hizo fue quedarse allí, tratando de conocerme como si fuera una especie alienígena fascinante. Aunque no tenía derecho a conocerme, una parte traicionera de mí quería confesar mis verdades.

Nunca nadie me había hecho esa pregunta antes.

Suspiré en silencio. "Mi gente lo hizo", respondí. "Me dijeron que mis padres murieron".

Los ojos de Surge se convirtieron en rendijas. “¿Te llevaron a ver sus tumbas?”

Me quedé quieto por un segundo antes de mirarlo por encima del hombro.

Qué cosa tan extraña para decir...

Fruncí el ceño. "No. Tenía catorce años cuando me contaron sus muertes. No permitían que los niños fueran a la tumba. Dijeron que me asustaría".

Surge cruzó sus abultados brazos sobre su pecho mientras me miraba fijamente y se acomodaba contra la

puerta. Era unos buenos siete centímetros más alto que yo. Yo no era bajo de ninguna manera, pero él era uno de los hombres más altos que había visto en mi vida.

Un gigante debajo del traje.

"¿Quiénes son esos 'ellos' de los que hablas?"

No quería mencionar el nombre de Kirill sin recordar el incidente anterior. Volví a mirar nuestro reflejo nuevamente y sus ojos sostuvieron los míos una vez más.

Mis pies permanecieron rígidos, sosteniéndome como si no tuviera más control sobre mi cuerpo que quedarme con él y responder sus preguntas. Miré mi muñeca y jugué con los brazaletes dorados que la rodeaban.

Hablé con calma. "Si bien fue agradable hablar con usted, Don Surge, debo irme ahora. Todo el mundo debe preguntarse dónde estoy". No sabía por qué estaba mintiendo. Probablemente a nadie le importaba un carajo.

"Entonces, después de que te encontraron, ¿te convirtieron en uno de sus asesinos?" Don Surge ignoró por completo mi pedido mientras me interrogaba una vez más.

Entrecerré los ojos y contuve un gemido. Con cuidado de no revelar nada, abrí los ojos dramáticamente para desempeñar el papel de una esposa trofeo y tonta. "¿Asesino?" Llevé mi mano a mi pecho. "Querido Señor, ¿de qué está hablando, señor? Ni siquiera haría daño a una mosca". Eso era cierto.

No maté insectos. Sólo humanos.

Apretó la mandíbula.

Si miraba de cerca, podía contar cada tic en su rostro prominente y anguloso.

Mis ojos se iluminaron.

Puntaje . Parpadeé inocente y rápidamente, como si tuviera alas de mariposa pegadas a mis párpados.

No parecía gustarle que estuviera jugando con él. Su columna se enderezó mientras caminaba hacia mí. Contuve la respiración mientras él llenaba la distancia entre nosotros.

Ahora estaba directamente detrás de mí.

Demasiado cerca detrás de mí. Invadió mi espacio personal a propósito. Podía sentir cada centímetro de él presionado contra mí : contra mi espalda, mi trasero y mis piernas.

Mi trasero rozó su ingle. Su *dura* ingle. Podía sentir la erección a través de sus pantalones. Mis mejillas se calentaron y me miré al espejo de nuevo. Mis mejillas estaban sonrojadas, mis rizos sueltos ahora enredados y

mis ojos llenos de kohl llorosos. Ni siquiera me había tocado todavía y ya estaba luciendo el resplandor que muchas mujeres tienen después de caer en las sábanas. Mis mejillas se pusieron rosadas. No hay sábanas alrededor, sólo superficies duras.

Mesas. Paredes. Ducha... tragué.

Cada centímetro de mí se calentó a medida que la tensión se espesaba.

Mi pulso tamborileaba contra mis oídos mientras mi corazón se aceleraba.

Un momento después, los brazos de Don Surge se extendieron y sus manos aterrizaron en los bordes de la mesa de mármol blanco frente a mí. Su aroma a cuero, combinado con la colonia que llevaba, revoloteaba bajo mi nariz. Odiaba cómo todavía podía recordar su olor. Era como si estuviera incrustado profundamente en mi piel, siguiéndome a dondequiera que fuera. Lo que es aún peor es que no podía tener suficiente. Cada vez que lo olía, entraba en ese subidón natural que siempre busca un drogadicto. Olvidé cómo olía cada vez que me cubría *su abrumador aroma*.

No sabía dónde comencé y dónde terminó él. Mi cuerpo hormigueó, inmovilizado contra él. Sensaciones desconocidas se apoderaron de mí y quise cruzar las piernas para detener el dolor que se formaba entre ellas. Su presencia consumió la mía hasta que me disolví en niebla. Contuve la respiración sólo para poder dejar de olerlo, pero luego me detuve cuando no pude respirar.

Estuve tentada de cubrir sus manos con las mías, pero me quedé quieta. Su traje era suave al rozar mi espalda desnuda. Un pensamiento terrible cruzó por mi mente al pensar en recostarme contra él como si fuera mi almohada de consuelo personal.

Un escalofrío recorrió mi columna cuando sentí su mirada ardiente en cada parte de mi cuerpo. Dondequiera que se posaran sus ojos de fuego, dejaban un fuego destructivo a su paso. Bien podría estar desnuda por la forma en que su ardiente mirada me taladró de forma invasiva.

Ahora, no reaccioné y me quedé quieta esperando que hablara. Sus ojos se posaron en mi mano antes de volver a mirarlos para encontrarse con los míos. Esa mirada suya se extendió a través de mí como un reguero de pólvora, me quemó como brasas y no dejó nada más que cenizas a su paso.

"¿Quién más sabe que eres un asesino?"

Se me secó la garganta y el corazón casi se me sale del pecho ante la repentina pregunta.

Su labio se torció. "¿Supongo que el resto de las familias no lo saben?"

Exhalé. Se acercó más hasta que mis muslos chocaron contra el tocador. Rayos explotaron en mi alma ante su cercanía. Temblores salvajes recorrieron mi cuerpo atormentado mientras se me erizaba el vello de la nuca.

Era como la atracción de la luna sobre la marea del océano, dejando mi cuerpo balanceándose por su intensidad, pero deseé que mi mente permaneciera fuerte. El firme agarre de Surge en el borde del tocador se apretó hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

"Señor. Romano, no sé qué estás ..."

Surge levantó una mano y abrió el grifo. Desconcertado, me quedé mirando el agua clara que salía de él. Desconcertada, seguí mirando mientras presionaba su mano debajo de un dispensador hasta que salió jabón. Ahora, su mano fue hacia la mía, que estaba apretada.

Mis ojos se abrieron cuando me di cuenta de su intención. Me incliné hacia atrás para alejarme, pero mi espalda baja volvió a chocar con su dureza y él gruñó suavemente. Me agarró la mano y la puso justo debajo del grifo. El agua cayó sobre él como una presa rota. Retrocedí de nuevo, pero su agarre permaneció firme.

"¿Qué estás haciendo?" Grité, perdiendo mi fachada de amabilidad.

Tiré de mi mano nuevamente, pero él continuó enjabonándola con jabón. Me quedé mirando la mezcla de agua tibia y jabón. Mi respiración se volvió más agitada cuando comenzó a lavar mi mano ilesa. Pequeñas gotas de agua cubrieron mi suave piel antes de caerse, dejándola brillante. Lentamente, la tinta negra que marcaba mi piel comenzó a aparecer.

Apretando la mandíbula, siseé: "Ya sobrepasaste tus límites cuando me besaste frente a mi esposo. ¿Nadie te ha enseñado a mantener las manos quietas? escupí.

Fui un hipócrita por decirle esa última línea, pero no me importaba en este momento.

Demasiado tarde. Ahora mi mano estaba completamente limpia y un brillante tatuaje negro nos miraba fijamente.

Surge dejó de lavarme la mano y nos quedamos mirándola en silencio.

Deseé que no hubiera venido aquí. No sólo en el baño conmigo, sino en todo este evento. Debería haber fingido estar enfermo y evitarlo. Si lo hubiera hecho, podría haber evitado esta confrontación. Supuso que yo pertenecía a la Hermandad, pero no sabía mi nombre ni mi estatus exacto. El juego terminó cuando nuestras miradas se encontraron en el momento en que Kirill nos presentó.

Ahora, la teatralidad había terminado oficialmente.

Mis hombros desesperados se hundieron mientras miraba con ojos nublados mi mano.

El tatuaje de telaraña se burló de mí mientras lo miraba derrotado.

El diseño en forma de embudo se extendía como una hoja. *Pakhan*, su padre y los líderes que le precedieron tenían el mismo tatuaje de una araña roja y negra. He oído que es uno de los más mortíferos que existen. Los seguidores *de Pakhan*, por otro lado, tenían telarañas para indicar su lealtad a *Pakhan* y su familia. Tal como yo. Levanté la cabeza y miré a Surge Romano.

Le arrebaté la mano y le dije: "¿Estás jodidamente satisfecho ahora? ¿Finalmente terminamos aquí?"

Los ojos del Don me evaluaron. "Es un honor conocerte, pequeño asesino".

El también había dicho algo similar en la boda.

Mis labios se separaron cuando sus ojos arrugados se burlaron de mí.

Ya quería estrangularlo.

Su mirada me prendió fuego.

Me obligó pero me inquietó.

Era atractivo y magnético.

Mi respiración era superficial mientras mi corazón daba un vuelco.

Mi corazón estaba mejor muerto.

¿Por qué las cosas muertas necesitaban latir de nuevo?

Su sonrisa se hizo más profunda como si supiera el efecto que tenía en mí.

"Ojalá pudiera decir lo mismo, *Don*". Escupí su título como si fuera venenoso.

Sus ojos se suavizaron por un segundo mientras miraba mi rostro. Frunció el ceño y me pregunté qué estaba mirando. Levantó su mano limpia y sin jabón y con su dedo meñique me secó el rabillo del ojo.

Jadeé cuando emergió kohl acuoso, cubriendo su dedo. Lo está haciendo mi marido. Nunca antes alguien me había limpiado los ojos. Mi pecho se agitaba y quería mirar

cualquier cosa menos a él. Como si ya no me quedara fuerza de voluntad, me quedé mirando con la boca abierta mientras él tomaba ese mismo meñique, se lo metía en la boca y lo chupaba hasta dejarlo limpio.

¡No podía creer que acababa de lamer mis lágrimas!

El Don estaba loco.

Malicioso y monstruoso.

Frunciendo el ceño, le lancé dagas invisibles a través de mis ojos.

Odiaba cómo había revelado mi tatuaje como si fuera tan obvio que estaba allí, y ahora estaba lamiendo mis lágrimas. Siempre cubrí el tatuaje en las fiestas. A nadie se le permitió saber que fui iniciado.

Solté un suspiro entrecortado y lo miré con molestia. "Si no te alejas de mí, no seré responsable si mi codo termina en el fondo de tu garganta, Surge. Esta es la boda de mi gente y tú eres un invitado. No puedes venir aquí y destrozarme mi mundo ...

Sus ojos brillaron y se oscurecieron. "¿Arruinar *tu* mundo? Tú eres quien llegó a mi vida de la nada cuando solo intentaba beber en paz. Tú empezaste."

El bajo de su voz se hizo más profundo.

Me interrumpió tan groseramente de nuevo. Quería taparle la boca con cinta adhesiva.

"Suenas como un niño de cinco años en lugar del hombre maduro de cuarenta años que se supone que eres", resoplé.

Cuando no se molestó en moverse, le clavé ambos codos en el estómago. Perdió la expresión y, aprovechando la oportunidad, me agarré a los bordes de la mesa frente a mí y empujé mi espalda contra él.

El retrocedió unos metros detrás de mí. Aunque no tanto como me gustaría, ya que este baño era lo suficientemente grande como para albergar a diez personas.

"Esto no ha terminado, Don. Llevaré tu cabeza como recuerdo a mi pueblo".

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta. La abrí de golpe y logré dar dos pasos fuera de la puerta, pero me detuve en seco. Miré a mi alrededor frenéticamente con las mejillas sonrojadas. No había nadie alrededor.

Suspirando aliviado, di unos pasos más. Hurgando en mi bolso de mano dorado que colgaba de mi hombro, saqué mi frasco de perfume de tamaño de viaje y lo rocié sobre mí. No podía oler como él cuando regresé con mi marido.

Un hombre podía distinguir el olor de otro.

Di otro paso pero me detuve cuando escuché su seductora voz nuevamente.

"No si primero te robo el alma y la guardo como recuerdo, Anastasia".

Anastasia...

Me gustó cómo retumbó su voz al pronunciar mi nombre.

Sonaba incluso mejor que Little Assassin.

Mi corazón latía con cada segundo que pasaba.

"Los muertos no tienen alma, Surge", dije, mirando por encima del hombro mientras continuaba alejándome de él.

No hizo ningún movimiento para seguirme.

El Don apoyó su brazo contra el marco de la puerta mientras su mirada inquietante permanecía pegada a mí. El tono de ellos me recordó la promesa de la primavera de un nuevo comienzo. Sin embargo, él no podría ser el comienzo de nadie. Sólo el fin de todos. El destructor de todo sol y todo lo floral.

Mis piernas casi se volvieron gelatina.

Me apoyé contra la pared antes de que pudiera resbalar.

"Los que fueron resucitados sí lo hacen. ¿No es eso lo que quiere decir Anastasia?"

Su voz resonó en el pasillo vacío.

Era tan profundo que podía sentirlo en la boca del estómago.

Las comisuras de sus labios se levantaron y mi corazón se detuvo ante la pequeña acción.

Mis labios se separaron y casi me detuve en seco.

Él supo lo que significaba mi nombre todo el tiempo.

Rayos de electricidad me atravesaron ante lo que chisporroteaba entre nosotros.

"Tú, Anastasia, eres el epítome de la palabra resurrección. Estás muerto para el mundo pero vivo para los demás... para *mí*".

Su voz bajó mientras me miraba por última vez. Le di una última mirada también, porque la próxima vez que lo encontrara, no sería como Anastasia.

Sería como el Asesino.



No debería haber hecho esto, pero joder, ya era demasiado tarde para arrepentirme.

Un par de hombres vigilaban cada entrada, pasillo, tejado y salida.

A Anastasia no se le permitió estar aquí hoy. De todos modos, no era como si ella hubiera pedido permiso, pero aun así. No había manera de que pudiera colarse. No con mi cámara de seguridad vigilando el almacén. Aunque no les conté a mis hombres sobre ella. No vieron su cara cuando irrumpió en mi casa, sólo sabían que era una mujer.

Hoy mis puertas estaban cerradas para ella. No es que estuviera empezando a tenerle miedo. Tenía una agenda diferente planeada para hoy. Algo que ella no podía ver porque tal vez nunca me perdonaría por ello. Ella ya me odiaba a muerte, eso era obvio. Ese odio no fue por mí, sino por la mala sangre entre nuestros mundos y comunidades.

Metí las manos en mi chaqueta de cuero negra mientras caminaba por el suelo de granito color carbón. Volví a usarlo nuevamente. Mis pasos eran deliberadamente lentos mientras caminaba. Saqué un porro de mi chaqueta y lo encendí lentamente. La llama iluminó el oscuro almacén.

Solté un suspiro y salió como bocanadas blancas en la atmósfera fría. En este almacén no había ningún sistema de calefacción. Fue uno de los más antiguos de la ciudad, construido hace mucho tiempo.

Miré alrededor de mi propiedad aislada. No sólo hacía aquí la mayoría de mis asuntos comerciales y comerciales, sino que también era un lugar especial para aquellos que no me agradaban. Las paredes estaban pintadas de un gris carbón con un color marrón oscuro salpicado sobre ellas.

Solía ser burdeos. El color de la sangre metálica que brotaba de los cuerpos de traidores, enemigos y rivales, y salpicaba las paredes como un río que fluye. Solté el humo en mi boca. No mucha gente sabía que fumaba porros. No pudieron detectarlo en mí.

Continué caminando mientras el humo se curvaba y se desenroscaba a mi alrededor.

En cualquier momento...

"¡Déjame ir! ¿Quién carajo eres tú?"

Ahi esta.

Haciendo caso omiso de la voz profunda y masculina, di otra calada a mi porro. Un hombre con capucha negra fue sacado delante de mí a punta de pistola antes de ser atado a una silla de madera con una cuerda. Su pecho, brazos y piernas quedaron atrapados. No tenía dónde escapar. La sangre me invadió mientras lo estudiaba. También tenía las manos atadas a la silla.

Mientras levantaba la cabeza, asentí a los dos hombres que habían dado un paso atrás.

La capucha permaneció sobre la cabeza del hombre como les había indicado antes.

La adrenalina corrió por mis venas muy volátiles. El hombre todavía gritaba y protestaba mientras me dirigía hacia él. Caminé hacia él hasta que estuve justo detrás de él. Dejó de gritar y mi labio se torció. Era como si supiera que alguien estaba cerca de él. Mis hombres lo habían recogido cuando abandonó las instalaciones del salón de bodas y se dirigió directamente a casa. Su esposa no estaba con él.

Sentí una pelea entre ellos. Quizás se había ido sin él. Mis dedos hormiguearon anticipando el caos que se

avercinaba. Su gente lo buscaría, pero nadie lo encontraría hasta que yo quisiera que lo encontraran.

Dejando el porro todavía encendido en mi boca, lo miré fijamente por un momento mientras la ceniza se acumulaba en la punta. El porro ayudó a camuflar el mío y el olor del almacén.

El hombre atado era bastante rico. Si fuera lo suficientemente inteligente, podría oler la colonia que llevaba y asumir que era cara. Entonces, asociaría eso con la riqueza... y probablemente podría deducir quién entre su larga lista de enemigos era el culpable a partir de ahí. Por ahora, era mejor que pensara en mí como un matón callejero y no como el Don que era.

No hablé en absoluto, ya que podría reconocer mi voz.

La atmósfera se espesó por la tensión. Mis hombres tampoco emitieron ningún sonido, sólo los sonidos de latidos erráticos del corazón y respiración superficial. Llegué abajo y le quité la capucha de la cara. Para lo que estaba a punto de hacer, necesitaba acceso a su cabeza.

Maldijo antes de gritar: "¡Déjame ir! No sabes con quién estás jodiendo. ¡Estáis todos muertos!"

Sabía quién era. Él simplemente no sabía quién era *yo*.

Él no sabía lo poderoso que yo era.

Yo era el Don mayor de la Cuarta Familia de Nueva York.

Sin ningún parentesco consanguíneo ni estatus de príncipe de la mafia, había estado gobernando a la familia Romano durante los últimos diecisiete años. Desde un matón callejero que intenta arreglárselas en las calles hasta un jefe de la mafia.

Nadie podría igualarme.

Había visto más que los otros Dons. Había consumido más vidas que ellos. Había enterrado a más personas que nadie. Lo perdí todo pero gané mucho más.

La inocencia de mi infancia había desaparecido.

Mis pies permanecieron pegados al suelo mientras uno de los hombres que estaba cerca de mí le vendó los ojos. Ahora que le habían quitado la visión, estaba protestando de nuevo. Sin embargo, no ahogué su voz porque mis oídos ansiaban escuchar sus gritos.

Saqué el porro de mi boca y lo acerqué a su cuero cabelludo.

Luego, lo coloqué directamente sobre él.

Siseó como una perra antes de gruñir: "¿Qué carajo?"

Lo retiré después de un par de segundos y admiré la marca de quemadura en forma de círculo que dejó. Intentó mirar hacia atrás, pero volví a clavarle el porro encendido en la cabeza.

Una y otra vez.

Encontré otro lugar en su cuero cabelludo y también presioné la articulación contra él.

Su cuerpo se estremeció incontrolablemente en su asiento y trató de mover la cabeza hacia adelante para evitar mis manos asesinas. Sólo presioné más fuerte el porro contra su cuero cabelludo.

La punta del porro tocó su cuero cabelludo por última vez antes de dejarlo caer al suelo. Sus gritos y maldiciones continuaron durante uno o dos minutos mientras mis ojos evaluaban mi obra de las cinco marcas de quemaduras que le había dejado en el cuero cabelludo. Ahora, no podría dormir durante días sin gruñir de dolor en el momento en que su cabeza tocara la almohada.

Sin embargo, los días no fueron suficientes. Necesitaba que su dolor durara semanas. Incluso meses.

Todavía recordaba esos cuatro zarcillos sedosos en su mano.

Los que no pertenecían allí.

Los que él había arrebatado con fuerza.

No hablé. Ya no había nada que decir. No creía en las segundas oportunidades. Alejándome por un momento, me acerqué a la mesa detrás de mí antes de agarrar una lata de líquido. Mientras lo descorchaba, miré vagamente cómo el hombre atado seguía protestando y gritando. Su nuca tenía un rubor recorriendo todo su cuerpo. Dando un paso hacia él de nuevo, lo miré mientras él jadeaba y respiraba respiraciones superficiales.

"Detener. ¡Para!" -protestó.

No escuché.

Extendiendo la mano hacia adelante, extendí una mano enguantada y tiré de su espeso cabello negro con todas mis fuerzas. Ruidos de agonía llenaron la atmósfera. Juré que mis pupilas se dilataron. Mi pulso se aceleró y la sangre pasó rápidamente por mis tímpanos.

Necesitaba más. Más gritos. Más dolor.

Quería alimentarme de sus privaciones y hacerlo sufrir. Quería castigarlo y atormentarlo. Quería hacer esas cosas que la gente normal se lo pensaba dos veces antes de hacer. Quería ceder a los pensamientos que entraron en sus mentes, pero decidieron no actuar en consecuencia. Tal vez

sea porque tenían miedo de ir a la cárcel, o porque tenían conciencia moral y no podían soportar la culpa que surgía de lastimar a otros. No tenía miedo de estas cosas.

Un hombre hecho no vivía su vida con miedo.

Estaban preparados para morir desde el día en que fueron iniciados.

Toqué las marcas de quemaduras recientes que había incrustado en su piel y clavé mis dedos profundamente en su carne. Se giró y gruñó en su asiento antes de maldecir de nuevo. Tiré de nuevo hasta que su asiento casi se inclinó hacia atrás, pero lo atrapé con el dorso de la otra mano. Su cara miraba hacia el techo ahora mientras su cuello se mostraba ante mí. Fácilmente podría alcanzar mi espada y cortarle el cuello. De él saldría un rojo brillante y se formaría un charco debajo de él.

Concentrándome de nuevo, aparté la mano y mis dedos volvieron a estar ensangrentados. Había atravesado la piel de las marcas de quemaduras. Escondí una sonrisa mientras la satisfacción se instalaba en mi alma.

Me quedé mirando los mechones de pelo rotos antes de dejarlos caer al suelo.

Eso me resultó familiar.

Su cabeza todavía estaba inclinada hacia atrás mientras respiraba como si fuera la última vez. Luego, levanté la lata y vertí gasolina en la parte posterior de su cabeza, justo en las puntas de sus mechones.

Sólo necesitaba una chispa para propagarse.

Una chispa para la combustión.

Siseó antes de sentarse erguido y mirar a su alrededor, aunque no podía ver.

"¡No! ¿Tu quieres dinero? Te daré la cantidad que quieras. Te perdonaré si paras ahora".

Una risa seca salió de mis labios.

Le di la lata de gasolina a uno de mis hombres y saqué mi encendedor.

El hombre atado ya no temblaba. No podía decir lo que estaba haciendo. El sudor le corría por la nuca y la camisa se le humedeció. Me pregunté si ya se habría orinado encima. No me sorprendería que lo hubiera hecho.

"¡Mi gente no te perdonará!" Advirtió, como si él estuviera al mando de este almacén y no yo.

Mi labio se torció mientras miraba sus brillantes y aceitosos mechones. Todavía salían gotas de sangre de su herida. Era lindo cómo pensó que podía amenazarme cuando parecía una mierda.

Los vínculos de mi familia se remontan a finales del siglo XIX. No sólo era mayor en edad en comparación con las familias de los otros Dons. La familia Romano también era la mayor. La gente que me precedió tuvo al mafioso en sus raíces durante cientos y cientos de años. Su pueblo, el Solntsevskaya a Bratva, no apareció hasta finales del siglo XIX.

Sin embargo, si su familia supiera que lo había tomado cautivo, no dejarían de venir a buscarme. El *Pakhan* no era sólo su líder, también era su primo. Tenían un parentesco consanguíneo.

Cualquiera haría cualquier cosa por su familia, al igual que yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por la mía. Me había descarrilado ahora después de que él me tentara la noche anterior.

No pude atacarlo entonces. A través de mi mirada hueca, encendí la llama y la sostuve justo encima del borde de su cabello. Llené la distancia entre la llama y el zarcillo, y la cerradura inmediatamente se incendió.

"¿Qué estás haciendo?" gritó con voz ronca.

¿Qué estás haciendo? Estas hiriendome.

Palabras familiares resonaron en mi mente la noche anterior.

Miré fascinado mientras el infierno consumía muchos, muchos pelos a lo largo del camino. Saltó en su asiento mientras sacudía vigorosamente la cabeza. Gritos atormentados llenaron el aire mientras el fuego devoraba su cabello. No le quedaría nada cuando esto terminara.

Sin embargo, era inútil moverse. Estaba atado. Saltó en su asiento y sus muñecas se habían puesto rojas al intentar escapar de las llamas. Las llamas ahora eran parte de su cabello.

"¡Mierda, me arde el cuero cabelludo! ¿Quién carajo eres tú?"

Mi cuero cabelludo arde.

Al menos el fuego calentó un poco este lugar. Me quité los guantes y extendí las manos sobre su cabeza en llamas como si me estuviera calentando junto a la chimenea. Calmó la piel helada de mis dedos. El invierno en esta época del año había sido despiadado. Fue agradable y calentito mientras me frotaba las manos para generar calor.

Otra risa salió de mis labios.

Había usado su cabeza como si fuera mi chimenea privada.

"¡Te arrepentirás de esto! ¡Déjalo ir!"

Déjalo ir.

Ella también había dicho esas palabras.

El fuego le quemó el pelo y una parte cayó al suelo. Parecía un hombre del infierno, como si el Día del Juicio hubiera llegado demasiado pronto para él. El olor a carne quemada y mechones chamuscados llenó el aire. Tenía la sensación de que el olor sucio y sulfúrico permanecería en mi ropa durante días.

Continuó gritando y mis oídos continuaron saboreando los ruidos que hacía. Música para mis malditos oídos. Los sonidos eran simplemente melódicos. Saqué mi celular y grabé sus gritos. Los escucharía más tarde.

No me importaba este hombre cuando todo lo que veía era a ella.

Me pregunté si él sentía lo mismo que ella cuando le pidió que dejara de tirar de su cabello.

Sus gritos cesaron después de unos momentos.

Mis dedos se detuvieron y levanté la mirada.

Su cuerpo se contrajo y parecía que estaba entrando en shock.

Asentí a mis hombres mientras me daba la vuelta y me dirigía rápidamente hacia la salida. Inmediatamente corrieron hacia él para apagar el fuego con una gran manta. Estaban preparados. Todo estaba planeado. Le envolvieron la cabeza con él antes de arrojarle un balde de agua helada. Extinguió el infierno en cuestión de minutos.

Posteriormente lo echarían fuera de su local.

Un regalo de bienvenida para su esposa.

Su orgullo sería aplastado y su ego sería desafiado.

Debería alegrarse de que lo dejé con vida.

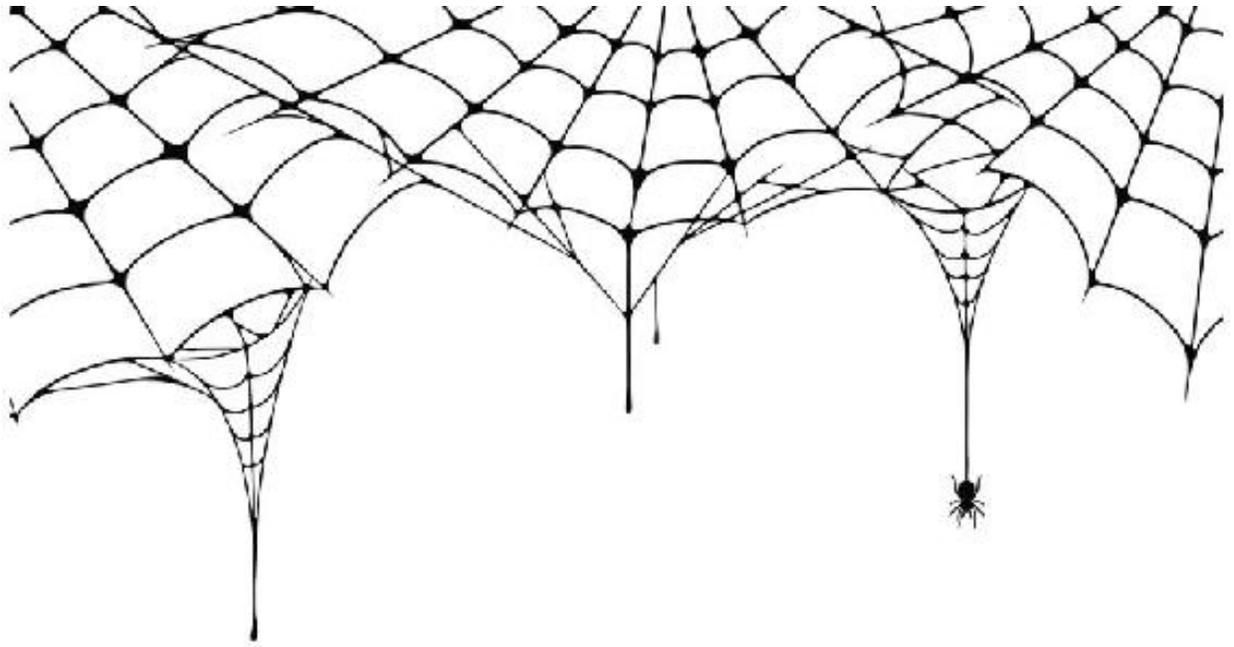
Todavía quería matarlo y nunca había dejado una matanza sin terminar. Me tomó cada centímetro de mi fuerza de voluntad para alejarme.

Mis manos se cerraron y abrieron en puños. Estuve medio tentado de regresar y terminar la tarea. Él era mío para hacerle daño, pero no para matarlo.

Anastasia tenía derecho a eso.

Kirill Volkov volvería a ser castigado.

Sólo que la próxima vez sería por sus manos.



Ana

PASADO
DIECISEIS AÑOS

Me había acostumbrado a mi nueva vida con la Bratva.

No vivía con Kirill, pero su casa estaba cerca. Lo veía casi todos los días desde que me entrenó para pelear y usar armas. Me quedé en un apartamento con una de las criadas llamada María. Todavía no recordaba nada de mi pasado. Las preguntas que tenía para saber de dónde vengo quedaron olvidadas hace mucho tiempo. Durante el día asistía a la escuela secundaria local y durante la noche solía entrenar con él.

Esto se convirtió en mi vida ahora desde que me iniciaron hace tres meses. No me importaba quién era Kirill Volkov ni de dónde venía.

El me había protegido y me había proporcionado comida para comer. No conocía a nadie más por ahí. Me dijeron que no tenía otros familiares vivos. Aunque fue extraño. Justo hoy por la tarde, me dirigí hacia el chofer que siempre me recogía después de la escuela cuando alguien me llamaba: "¡Ana!".

Hice una pausa y miré detrás de mí, pero no reconocí a la persona. La persona tenía cabello negro azabache y ojos marrones. Desconcertado, me quedé allí en silencio durante unos segundos mientras me debatía si debía o no hablar con el extraño.

Golpeé el suelo con el pie mientras esperaba que el extraño dijera algo. Cuando el extraño no dijo nada, sacudí la cabeza y lentamente me di la vuelta para dirigirme hacia la camioneta negra que me estaba esperando.

"¡Princesa!"

Me detuve en seco.

Atónita, me pregunté si pensaban que yo era su princesa. Una risita se me escapó un segundo después.

¿Una princesa?

Sí claro.

Coloqué mi mochila sobre mi hombro mientras volvía a mirar hacia atrás. La joven con los ojos muy abiertos todavía estaba allí, mirándome directamente. Se apresuró a seguir sus pasos antes de que sus ojos salvajes se encontraran con los míos. Sólo la miré con las cejas arqueadas. Pasó entre la multitud de estudiantes que llegaban antes de avanzar hacia mí. Mis pies estaban

pegados al lugar mientras continuaba mirándola en silencio.

Una figura con un traje negro se acercó a mí.

Saliendo del trance, miré al conductor llamado Matteo.

"¿Nos vamos, señorita Anastasia? Sir Kirill está esperando su regreso".

Asentí lentamente, mordiéndome el labio mientras miraba a la dama que seguía corriendo hacia mí. Ella estaba a sólo unos metros de distancia y mi corazón curioso quería escuchar lo que ella quería decir. Un momento después, la mano de Matteo tiró suavemente de mi brazo mientras avanzaba hacia el auto.

"La escuela terminó, señorita. Debemos regresar a casa".

"Está bien", murmuré.

Matteo miró por encima del hombro a la mujer que seguía gritando: "¡Princesa! ¡Princesa!" Intenté mirarlo a los ojos para ver su expresión, pero maldito sea por usar gafas de sol negras.

¿La conocía?

¿La *conocí*?

Mi pulso se aceleró mientras seguía mirando detrás de mí para mirarla boquiabierta. No estaba seguro de conocerla. ¿Sabía ella quién era yo?

Un rayo de esperanza se agitó en mi corazón y abrí la boca para hablar, pero luego la cerré.

Una vez que estuve en el asiento trasero, Matteo rápidamente encendió el motor. El rugido provocó temblores por todo mi cuerpo, y me quedé mirando por la ventanilla trasera a la mujer cuyos gritos ahogados aún resonaban en mis oídos.

Mi pulso se aceleró y mi respiración se aceleró. Desde la distancia, se hizo más y más pequeña hasta que su visión se desvaneció. Dándome la vuelta, me mordí la mejilla mientras intentaba entender lo que acababa de pasar. Crucé los brazos sobre el pecho mientras intentaba encontrar la mirada de Matteo, pero él solo miraba al frente mientras conducía.

¿Pero por qué no había hablado con ella?

¿Y por qué seguía llamándome princesa?

Yo no era una princesa.

... ¿Lo era?



Kirill no parecía muy contento con mi encuentro con el extraño, porque dejé de ir a mi escuela secundaria una semana después. En su lugar, se ofreció a educarme en casa. Hice caso omiso de la repentina decisión porque, de todos modos, odiaba despertarme por las mañanas.

Una noche, me quedé dormido más temprano de lo habitual cuando algo afilado como el filo de un cuchillo me atravesó el costado del cuello. Mis ojos de párpados pesados se abrieron de golpe y, a través de mis ojos aturdidos, miré las sombras aisladas. No pude ver nada en absoluto.

Que...

El sudor se pegaba a mi nuca y mis extremidades sueltas se movían bajo las sábanas mientras mis ojos se cerraban.

La próxima vez que me desperté, no podía moverme.

Mi visión se volvió más clara mientras miraba las sombras de la habitación. Siseé por lo bajo cuando miré hacia abajo y me encontré atado a una silla con una cuerda. La inquietud subió por mi piel. Todavía llevaba el mismo pijama azul que había usado la noche anterior. Mi pecho se expandió mientras respiraciones superficiales escapaban de mis labios. Mi pulso latía y hice una mueca cuando intenté moverme.

Las cuerdas estaban tan atadas a mi alrededor que podía sentir cómo me cortaban la piel. Gemí cuando algo rojo cayó hasta el reposabrazos de la silla. Levantando mi pesada cabeza, miré a mi alrededor en busca de alguien a la vista. No había ni una sola persona alrededor.

Esto parecía sacado de una película de terror y no sabía por qué estaba atado. Escalofríos helados recorrieron mi columna y la sangre en mis venas tembló. Mi mente corría en diferentes direcciones mientras se llenaba de miles de preguntas para las que no tenía respuestas. Insatisfecho, me tragué el grito que quería salir de mi boca.

“¿H-Hola?” Grité.

No hubo respuesta.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

Mis ojos cansados y fugaces buscaron por la habitación vacía. Parecía la habitación de una casa o de un apartamento, pero no tenía cama ni ventanas. Ni siquiera sabía si afuera estaba amaneciendo o anocheciendo. Simplemente estaba oscuro dondequiera que mirara. El aleteo en mis venas aumentó mientras examinaba la

habitación. Mi respiración se hizo más profunda y mi pecho se expandió mientras intentaba calmar mis nervios.

La única luz artificial que llegaba era la del techo sobre mi cabeza. Las paredes estaban pintadas con horribles colores carbón que sólo me recordaron la absoluta desolación en la que me encontraba. Me envolvieron con su hostil negrura. La habitación vacía estaba en un silencio ensordecedor y los únicos sonidos que existían eran mi respiración rápida y los latidos erráticos de mi corazón.

Mis pies no llevaban calcetines y el frío suelo de madera dejaba besos salpicados en mi piel. El tiempo pasó lentamente mientras continuaba moviéndome y luchando por liberarme de la cuerda. Nadie me había enseñado a soltar cuerdas. Aunque estaba tomando un entrenamiento avanzado con Kirill, no pensé que fuera posible que me sacaran de mi casa nuevamente. Me preguntaba si podría masticar las cuerdas.

Eran gruesos y pesados, y cuanto más me movía, más me cortaban la piel. Tratando de respirar a través de mi nariz tapada, me incliné para que mis dientes pudieran atrapar la cuerda que me ataba las muñecas. Mi pecho no estaba atado. Comencé a morderlo, pero después de unos minutos de cortarlo lentamente con los dientes, no había progresado mucho. Las ataduras eran demasiado fuertes y tenía miedo de que se me rompieran los dientes.

El sudor corría por mi nuca mientras continuaba cortando la cuerda. Mi camión se pegaba a mi espalda sudorosa. Mi cabello también estaba empapado y enmarañado contra mi cara. Me dolían los dientes de tanto morder y, después de unos segundos, me detuve.

Volví a mirar las ataduras con los ojos nublados.

Estaban lo suficientemente apretados como para cortarme la piel.

Necesitaba salir de aquí. *Ahora.*

Mis oídos se animaron cuando giró el pomo de la puerta y la luz artificial del pasillo entró a raudales en la habitación. Entrecerré los ojos ante las tres personas encapuchadas vestidas de negro, cubiertas de pies a cabeza. Ni siquiera pude distinguir sus ojos. El área alrededor de sus ojos era más delgada que el resto de la capucha, como un velo fino.

Contuve la respiración cuando se acercaron a mí.

Tres figuras. Todo grande.

Todavía era joven en comparación con ellos, pero crecía cada día. Tragué el nudo que se estaba formando en mi

garganta.

“¿Q-quié eres tú?” Grité de nuevo.

Lamí mis labios secos y agrietados, deseando tener un poco de agua para saciar mi sed.

Sus bocas permanecieron cerradas.

Miré a cada uno de ellos. Todos tenían armas atadas a sus caderas. Tal vez si me desataran, podría arrebatárselos uno. Moví mis brazos nuevamente, pero las cuerdas solo volvieron a cortar profundamente mi piel y dejaron mis muñecas en carne viva. No iban a lucir bonitos después. Suspirando inquietamente en mi mente, sollocé y volví a mirar hacia arriba.

¿Eran éstos los enemigos de Kirill y la Bratva?

“Nadie podría descubrir quién es ella”, le susurró uno de ellos al otro. Hablaban entre ellos como si yo ni siquiera estuviera allí. Sus voces eran bajas, silenciosas y salían apagadas. No pude reconocerlos.

“Su gente todavía la está buscando”, respondió la otra voz profunda y masculina.

Mi corazón se saltó un latido.

Sus palabras me congelaron hasta los huesos.

¿Qué? ¿Mi gente?

¿Pensé que mi familia estaba muerta?

Éra extraño que nunca hubiera visto una foto mía en la televisión. Era como si nadie estuviera buscando a un niño desaparecido...

Ahora era como si fuera un fantasma.

Anastasia.

No sabía nada sobre quién era yo.

Fue extraño que el juramento de Solntsevskaya Bratva se convirtiera en mi vida.

No tengo cuerpo, ni alma, ni nombre. Soy Bratva.

Mi vida había sido olvidada hace mucho tiempo.

Mi verdadera identidad fue completamente borrada de la historia.

Kirill mencionó que los nombres de mis padres eran George Popov y Olga Popova. Según Kirill, eran del lado más pequeño de la ciudad. A veces me preguntaba si existían, porque no podía recordarlos en absoluto.

Ni siquiera el más mínimo recuerdo venía a mi mente cada vez que pensaba en ellos. No tenían parientes con los que pudiera rastrear mis raíces y yo no tenía hermanos con quienes compartir la carga de ser huérfano.

Supuse que había estado viajando con ellos antes de que me separaran de ellos. A veces los nombres

desconocidos todavía resonaban en mi mente, pero no sentía ninguna conexión con ellos. La única persona con la que tenía una conexión era Kirill.

Desconcertado, moví la mirada entre cada persona encapuchada. Un dolor palpitaba en la nuca. No entendí de qué estaban hablando. Intenté abrir la boca para hablar pero la cerré de nuevo. No pude negociar con ellos y nadie aceptó a nadie que tuviera la intención de devolverlos.

Miré a mi alrededor para mapearlos en mi mente, pero lo sentí como una causa perdida. Deseé tener mi espada. Siempre dormía con él debajo de la almohada, pero no pensé que hubiera sido útil tenerlo también debajo de la ropa.

Disparar. Tal vez debería haber dormido con él puesto, pero claro, habrían registrado mi cuerpo en busca de armas. Las posibilidades de salir de aquí eran menores que cero.

Se oyeron pasos detrás de mí y miré por encima del hombro. Antes de que pudiera levantar la cabeza para mirarlo, agarró mi melena suelta y pegajosa y tiró de ella. Me mordí la lengua para dejar de gritarle malas palabras.

Nunca dejes que te vean sufrir.

Las palabras de Kirill resonaron en mi mente.

¿Dónde estuvo el?

¿Sabía que yo estaba aquí?

El pánico quería instalarse en mi alma, así que cerré los ojos. A veces era mejor ignorar la realidad que afrontarla. La vida a mi alrededor desapareció cuando la nada me saludó. La pura oscuridad del caos que pululaba en mi corazón llenó mi mente. Un agudo escozor volvió a recibir mi cabello y me mordí el labio con más fuerza hasta que saboreé algo pegajoso y metálico como sangre. Abrí los ojos mientras lamía mis labios cubiertos de líquido. Me había lastimado.

Mis ojos se abrieron cuando una máquina que se acercaba con un extremo plateado apuntó justo cerca de mi ojo. Aparté la cabeza y grité: “¿Qué estás haciendo, loco enfermo? ¿Por qué me has llevado? Continuaron ignorándome mientras un sonido agudo emergía de la máquina. No me atrevía a mirar el atroz dispositivo.

Golpear. Golpear. Golpear.

Mi corazón latía salvajemente.

No tenía idea de quiénes eran estas criaturas sádicas.

Cerré los ojos de nuevo y aparté la cara de allí. Los sonidos que provenían de él hicieron que se me erizara la

piel. No podía moverme más allá del asiento hasta que una sensación de desesperanza se apoderó de mí. No hubo escapatoria. Un ruido ahogado y entrecortado salió de mis labios cuando me tiraron del pelo de nuevo y unos dedos me abrieron los ojos. El agua no deseada goteaba por las comisuras de mis ojos mientras gritaba: "¡No!"

Nunca dejes que te vean sufrir.

La orden todavía resonaba en mi mente, y fue difícil no derrumbarme cuando me amenazaron con un arma mortal. Todavía sacudí mi cabeza ferozmente mientras una mano agarraba mi mandíbula con fuerza hasta que mis dientes mordieron mis mejillas internas. Más sangre brotó dentro de mi boca. La otra mano continuó tirando de mi cabello mientras levantaba mi cabeza y les otorgaba poder directo sobre mis ojos.

La figura encapuchada que sostenía el dispositivo me abrió el ojo derecho antes de que hiciera contacto con él. Lancé un grito cuando atravesó mi iris.

Dolor.

Dios...

El dolor que sentí no se parecía en nada a lo que jamás había imaginado.

No tenía nada con qué compararlo.

Nunca había sentido una sensación de ardor tan grande encendiendo mi piel.

Una ráfaga de calor invadió mi mente a pesar de que mi cuerpo seguía frío. No sabía cómo era posible tener frío y calor al mismo tiempo.

Fue como si me hubieran cortado en canal mientras usaban el objeto extraño para invadir mi ojo. Se metió justo en uno de mis sentidos principales. Dolía muchísimo, más que estar en batalla y ser cortado por una espada.

No sabía por qué querían torturarme en lugar de matarme.

Sabía que la tortura existía en nuestro mundo, pero ni siquiera habían empezado a hacerme preguntas sobre la Bratva y ya me estaban haciendo daño. No tenía ningún sentido.

Sólo necesitaban lastimarme, arrastrarme hacia la oscuridad hasta que ya no me reconociera más. Este destello de locura asfixió mi existencia misma.

Ya me habían borrado de la historia antes.

La historia se estaba repitiendo ahora.

Una parte de mí se deslizó lentamente hacia la oscuridad.

Otra parte de mi identidad que nunca recuperaría.

Manchas de sangre cayeron sobre mi mejilla. Mi pecho se agitó cuando la desesperación se apoderó de mi alma. No sabía qué había hecho para merecer esto. ¿Había matado a uno de su gente? Tal vez. Ya ni siquiera podía mover la cabeza ni los ojos. El poder de mis manos había dejado las mías y había ido a las de ellos.

Una de las figuras altas detrás de mí habló.

“El jefe dijo que no la dejáramos ciega. Nos ordenó específicamente que nos dañáramos solo un ojo”.

¿Jefe? ¿Quién era este jefe y por qué quería lastimarse un solo ojo?

Quizás querían convertirme en Medusa.

El pensamiento histérico no tenía ningún sentido.

Apreté mis manos frías y húmedas mientras luchaba por no sentir el dolor en el ojo.

Mi cuerpo se estremeció incontrolablemente mientras las sacudidas me recorrían.

Mi respiración se entrecortó y mi lengua vagaba libremente por mi boca.

Mi mente se desvaneció mientras me sentaba allí, sin resistir e incapaz de luchar más.

Tenía miedo de que si luchaba un poco más, fallarían su puntería y terminarían destruyendo el resto de mi cara.

Mi cuerpo tomó la decisión más sabia que había tenido hasta ahora, otorgándome misericordia.

La oscuridad alrededor de los bordes de mi ojo herido se hizo cargo.

Mi mente se distrajo y mi cabeza cayó hacia atrás. Una pequeña parte de mí estaba agradecida de haberme inclinado hacia atrás, de lo contrario, la punta puntiaguda de ese dispositivo sobresaldría de la parte posterior de mi cabeza.

El tiempo se congeló y miré fijamente mientras el dispositivo se movía a través de una espesa niebla en cámara lenta. Mi entorno se volvió distante, como si esto le hubiera pasado a alguien más además de mí. No podía protestar y gritar, aunque quisiera.

Golpear. Golpear. Golpear.

Los rápidos latidos de mi corazón aumentaron.

Quizás hoy me muera del shock.

Antes de perder el conocimiento, alguien volvió a hablar.

“La princesa tiene un par de ojos distintos y sanos. Nadie puede reconocerlos ahora”.

Princesa.

Esa palabra otra vez.

Nadie buscaría una princesa con los ojos dañados...

¿Quién soy?

Antes de que pudiera reflexionar un poco más sobre esas palabras, mi mundo se volvió negro.

Ya no tenía que enfrentarme a este mundo cruel.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando desperté.

Vivo. Estaba *vivo*.

Uno de mis ojos estaba cerrado y me acosté en una cama desconocida. Una figura borrosa vestida de negro estaba sentada en el suelo a mi lado. Parpadeé y llevé una mano temblorosa a mi ojo palpitante y vendado. Mis extremidades pesaban como cemento y no me quedaba energía. Después de un breve suspiro, gemí de dolor y mi mano cayó sobre las suaves sábanas de satén. Quería dormir y despertarme con borrón y cuenta nueva. Sin embargo, recuerdos vívidos de lo que ocurrió recientemente inundaron mi mente y cerré los ojos nuevamente.

"Ahora estás a salvo, Tasha", susurró una voz familiar.

Mis cejas se fruncieron, pero no quería abrir los ojos.

"Te encontré antes de que pudieran causar más daño".

El silencio cayó sobre nosotros.

Mis dos ojos palpitaban ahora.

Una punzada de ira llenó mi corazón porque me habían quitado algo.

Una parte de mí había sido dañada.

"Demasiado tarde", susurré.

"*Malyshka*". Sus palabras se suavizaron.

Kirill.

Sería fácil acurrucarme como un bebé contra él, pero no me moví en absoluto mientras sus manos acariciaban mi cabello. Su toque me consoló, pero no fue suficiente. Nunca podría serlo. A veces sentía que estaba en el mundo equivocado y que mi mundo real era algo completamente distinto.

Exhalé. "Me hicieron daño, Kirill".

Él respiró hondo. "Soy consciente."

Sollocé cuando el entumecimiento se instaló en mi corazón.

"Seguían diciendo que soy una princesa", dije en voz baja.

No reconocí mi voz. Me hice un ovillo y me rodeé con mis pesados brazos. Un momento después, el edredón se

levantó y me envolvió. *Kirill* . Me acurruqué en él como si fuera mi nuevo hogar.

"Tú eres la princesa de Bratva, ¿no?" Podía sentir la sonrisa en su voz. "Puede que no hayas nacido en el linaje, pero eres mucho más digno".

Casi sonreí. *Casi*.

Oh. ¿Fue por eso que me llamaron así?

Yo había asumido lo contrario.

¿Qué pasa con la persona que había visto en la escuela?

Sin embargo, Kirill parecía que no me mentiría.

Su mano volvió a frotar mi cabello y apoyé mi cabeza en él, contra su comodidad. Me gustaron los elogios que procedían de él. Parecía orgulloso de mí.

Mis ojos continuaron cerrados y solo la oscuridad llenó mi visión.

"Eres muy especial para mí, Tasha", murmuró.

Sonreiría si pudiera.

"Eres la única mujer iniciada en nuestra organización", continuó. "Muchas personas no tolerarán eso, ni siquiera la mía, y habrá quienes querrán hacerte daño para llegar a nosotros... a *mí* . Se había filtrado información sobre ti a los miembros de la familia rival. Entraron en el sistema de seguridad cuando vinieron a buscarte. La criada y los guardias estaban muertos cuando llegué aquí". Mi pulso se aceleró. "Eres nuestro elegido. Nuestra arma secreta. *Mi* arma secreta. Nadie podrá saber jamás quién eres. Lo mismo que otros consideran una debilidad. Tu feminidad será tu fuerza".

Mi corazón palpitaba con fuerza en mi pecho.

"Estás en mi casa conmigo. Ya no estás segura en ese apartamento".

Inspiré antes de soltar el aliento. "¿Están vivos?"

"No", respondió después de un segundo. "Sus ojos ya no están".

Mi alma se despertó sobresaltada.

Abrí un ojo y me encontré con los oscuros.

Dos charcos de abismos me saludaron. Estaban más vacíos de lo habitual, como si estuviera cansado y aliviado al mismo tiempo de ver que estaba viva. Parecía que no se había afeitado en dos días, y una extraña necesidad se apoderó de mí de extender la mano y tocar su oscura mandíbula. Mis mejillas se calentaron y descarté ese pensamiento.

Kirill siempre había sido Kirill para mí...

Me pregunté cuánto tiempo había estado fuera.

Su mandíbula se movió mientras miraba mi ojo vendado. Todavía no sabía si podía ver desde allí. Quizás mi visión sería borrosa en un ojo. Sin querer pensar en eso ahora, bajé la mirada.

"Lo grabé para ti", volvió a hablar. "¿Quieres verlo?"

Mi corazón latió una vez más.

Mi ojo bueno se llenó de lágrimas cuando miré hacia arriba.

Una parte enferma de mí quería saborear sus muertes por lo que me hicieron, y la parte más enferma de mí quería verlo repetido.

La rabia se apoderó de mi alma pesada.

Nunca antes había sentido este sentimiento.

Era extranjero.

Extraño.

Desconocido.

La necesidad de odiar, cazar y hacer daño me dolía en la punta de los dedos.

Había matado a otras personas antes por una orden superior, pero esta vez quería matar a alguien por mi propia voluntad.

Quería acabar con la existencia de la gente como ellos habían intentado acabar con la mía.

Ver las mismas heridas que me habían infligido.

Verlos sufrir de la misma manera que yo.

No tuvieron piedad de mí cuando me cortaron.

No mostraría piedad a nadie.

Cada tarea que tendría ahora tenía garantizado que terminaría con la muerte de alguien. Ya era un asesino, ya estaba iniciado, pero ahora me convertiría en el asesino que mi mundo deseaba que fuera. La sangre de mis enemigos me cubriría como una armadura.

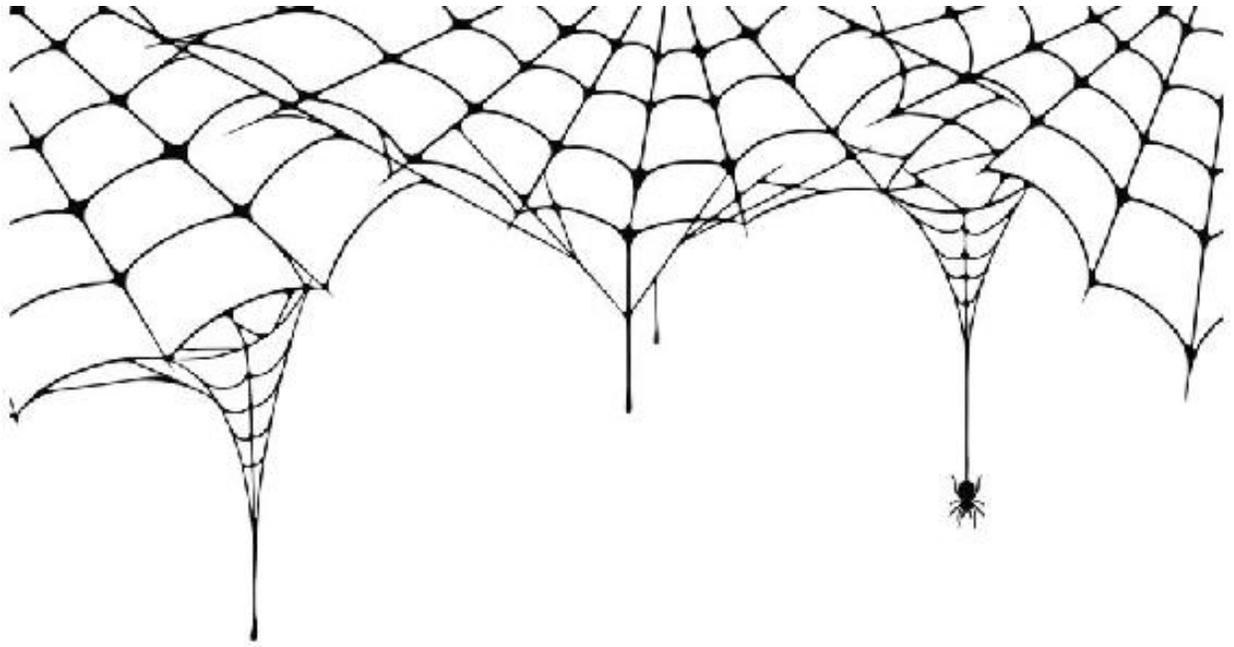
Nunca me verían llegar.

No sería capaz de tener piedad.

Endurecí mi corazón cuando encontré la mirada de Kirill.

Nunca podría volver de esto ahora.

Mientras caían los restos restantes de mi humanidad, respondí con voz clara: "Sí".



Ana

10

PRESENTE

Nadie quería volver a casa con un marido quemado.

Miré alarmado mientras Kirill apoyaba su cabeza en la cama y me preguntaba quién quería cruzarlo. Aún desconcertado por la horrible visión, solo pude quedarme boquiabierto mientras observaba las profundas cicatrices de color marrón grabadas en su pálido cuero cabelludo. Quería tirarme el desayuno a los pies, pero pensé que ofendería a mi marido, así que me atraganté en silencio.

Cicatrices irregulares estaban incrustadas en partes de su piel como calcetines que no combinaban. Algunos de los colores bordeaban el color escarlata mientras que otros eran ligeramente más rosados. Cada centímetro de su cuero cabelludo estaba lleno de marcas en carne viva, estratégicamente grabadas en su piel como si alguien tuviera una venganza personal contra él. Quedó en un estado terrible y, por lo que parece, le llevaría meses recuperarse. Esas cicatrices permanecerían en su piel para siempre. Con el tiempo le crecería el pelo, pero dudaba que las marcas desaparecieran.

Dos guardaespaldas nos rodearon en nuestra habitación. Quería ordenarles que se fueran, pero tal vez era mejor que estuvieran aquí. No podría estar con él siempre, como ayer.

Una punzada de culpa se apoderó de mi corazón por haberle dejado salir furioso de la boda sin mí. No contestaba mis llamadas telefónicas y yo no sabía qué hice para merecer su comportamiento malicioso. Él fue quien tiró de *mi* cabello. Mientras dormía allí con la cabeza quemada, me pregunté si el karma se lo llevó por lo que me había hecho.

Me regañé por siquiera considerar pensamientos tan no solicitados. Al estudiarlo de nuevo, me di cuenta de que no había gasas ni vendajes alrededor de su calva. La piel todavía estaba sensible y en carne viva.

Quien le hizo eso tenía la intención de dejar una cicatriz obvia en su piel. El perpetrador no sólo se aseguró de quemar su carne hasta que se volviera negra, sino que también se aseguró de que no hubiera penetrado profundamente en el tejido cerebral.

Debería haberlo sabido mejor.

Recordé el momento en que esos rivales me habían tirado del pelo para pincharme el ojo. No me

malinterpretetes. Un tirón era doloroso sin importar qué. Pero hubo un buen tirón y otro malo. Un buen tirón provocó un dulce escozor y me excitó, pero este tipo de tirón malo en el que el agua cubrió mis ojos no fue nada bueno.

Suspiré en silencio. El karma de Kirill parecía más infligido por la humanidad que por Dios. *Pakhan* ya estaba buscando a quien había dañado a su primo, pero hasta el momento no había nadie que pagara por lo que le habían hecho.

Kirill mencionó que le habían vendado los ojos cuando lo secuestraron y que no recordaba haber escuchado ninguna voz. Es como si nadie en el almacén hubiera hablado intencionadamente. Incliné la cabeza mientras reflexionaba sobre lo que había dicho. Las voces eran difíciles de distinguir de cualquier manera, pero me hizo preguntarme si Kirill había conocido a esos hombres y esa era la razón por la que no habían hablado.

Me senté en el sillón al otro lado de la cama. Kirill había estado inconsciente durante los últimos dos días, solo se movía mientras dormía de vez en cuando, haciéndome saber que todavía estaba vivo y respirando. Lo habían adicto a los medicamentos intravenosos y la aguja que se le clavaba en la vena era la forma en que lo estaban alimentando.

Apreté los dientes mientras suspiré de nuevo. Lentamente me levanté de mi asiento y llamé la atención de los soldados. Sólo me asintieron con la cabeza mientras volvían a proteger a su superior. Tenía una tarea que completar. Una tarea pendiente que había esperado demasiado para terminar. Kirill me había dicho dos semanas, pero esta semana había superado la tercera. Había esperado a que me regañara por decepcionarlo, pero ahora esto había sucedido.

Recogí mis pertenencias mientras salía de la habitación. Llevaba conmigo un bolso de cuero negro que contenía mi atuendo y mis armas. Actualmente llevaba un vestido blanco que terminaba en mis pantorrillas. Me puse mis botas negras y una gabardina y salí antes de que alguien pudiera detenerme. Los soldados no sabían lo que hacía en mi tiempo libre.

Pakhan les había ordenado que no me detuvieran si intentaba salir de casa. Él sabía que yo podía manejar lo mío. Ráfagas de viento revoloteaban contra mi mejilla mientras caminaba. Mis ojos se nublaron mientras miraba

el horizonte. Intenté concentrarme en mi ojo borroso, pero fue inútil. No pude aclarar mi visión.

La oscuridad se apoderó de mí. Quedaría marcado permanentemente. Incluso si me operaran, no creo que reemplazaría el iris negro agrandado. Alguien lo había hecho así a propósito. Avancé por el camino. La nieve había dejado de caer, pero el viento helado continuaba. Ya era enero.

Cerré la puerta detrás de mí, haciendo tintinear las llaves antes de guardarlas en el bolsillo. Más guardias con trajes negros se quedaron afuera como si estuvieran listos para ir a la guerra por su capitán. Me miraron con curiosidad, como si se preguntaran adónde iba. Sólo se miraron mientras pasaba, sabiendo que sería mejor no interrogarme.

Debería haberme sentido más molesto porque Kirill fue lastimado, pero el sentimiento en mí ahora faltaba. Claro, lo obedecí. Moriría por él, pero no por la razón obvia de que fuera mi marido. Moriría por él porque era mi *líder*. Hice una pausa ante mis pensamientos traicioneros y los descarté.

Todavía debería desempeñar el papel de una esposa obediente, pero no podía convencer a mi mente de que lo hiciera. No sabía cómo cuidar a un marido infiel.

Un marido que me tiraba del pelo a pesar de que le había dicho que no me gustaba después de lo que hicieron esos rivales en el pasado.

Un marido que era inmune a mí.

Un marido que no me tocó.

¿Había algo mal en mí?

Hay.

Mi alma se hundió más profundamente en mi pecho.

¿Le molestaba mi ojo lleno de cicatrices?

Quizás me consideraba físicamente poco atractivo por eso. Estuve tentado de regresar adentro solo para mirar mi reflejo en el espejo. Siempre me había considerado alguien que haría que cualquiera mirara dos veces, así que ¿por qué él no podía?

Mi alma se había desprendido del dolor que ninguno de los dos podía arreglar.

No pude arreglarme .

Siempre había sido una máquina de matar para la causa de mi pueblo.

Hacía tiempo que no sentía algo real.

Unos ojos esmeralda brillaron en mi mente.

Casi me caigo sobre mis pasos pero me contuve. Respiré superficialmente y miré cómo se convertía en niebla en el aire gélido de la tarde. Levanté una mano enguantada y me coloqué el pelo suelto detrás de las orejas. Abrí la puerta trasera de mi auto y dejé caer mi bolso en el asiento. Un momento después, me deslicé en el asiento del conductor mientras encendía el motor, encendí la calefacción y esperé a que se calentara. El aire frío se filtró inmediatamente en el coche y tardaría algún tiempo en calentarse.

Me froté las manos entumecidas. Incluso con los guantes puestos, se habían vuelto tan fríos como una paleta. Apoyé mis brazos en el volante mientras reflexionaba sobre huir de todo este caos y volver a matar.

Quería masacrar a Surge Romano, pero sus ojos burlones llenaron mi mente de nuevo. Mi corazón se aceleró, pero no de la manera que quería cuando pensé en matar a alguien. Gemí y me regañé por pensar en otro hombre.

¿Por qué no? Kirill se acuesta con otras mujeres, respondió mi voz interior.

Mis ojos se empañaron cuando solté un suspiro.

Cállate, le advertí.

Quizás si te follas a otro hombre, él se dará cuenta.

Mi cuerpo se detuvo ante el pensamiento.

Me estremecí, disgustada por el absurdo pensamiento.

Piensa en ti mismo. Sacudí la cabeza con fuerza. *A él no le importas.*

Es mi marido, quise gritar.

Eso no significa que le importes una mierda.

Debería ser más comprensivo con él ya que lo lastimaron y lo dieron por muerto. Uno de nuestros guardaespaldas que hacía guardia afuera de la casa lo encontró inconsciente en nuestro patio. Al parecer, alguien lo había echado de una furgoneta de mudanzas antes de marcharse.

La inquietud me invadió.

Él no se merecía eso.

Sí, lo hizo. Él te jaló el cabello, ¿recuerdas?

Ese castigo fue demasiado severo para el que pagó.

Ojo por ojo.

Miré mi ojo dañado de color cerúleo en el espejo retrovisor antes de apartar la mirada.

Quien lo había lastimado debía haber planeado dejarlo traumatizado.

¿Y qué pasa con el trauma que te ha causado a lo largo de los años?

No fue lo mismo.

El hombre ni siquiera se molesta en darse una ducha antes de venir a verte después de meterse en las sábanas con otra persona.

Me quedé callado ahora.

Puedes oler el puto perfume de la otra mujer.

Todavía no respondí.

Mi voz interior suspiró, probablemente pensando que era inútil hacerme entrar en razón antes de que se rindiera.

Pero no antes de que replicara una vez más.

¿Cómo no has matado a las putas con las que se está cogiendo?

Sacudí la cabeza lentamente.

No eran putas. La puta más grande era mi marido.

Debería matarlo en su lugar.

Siseé ante mi respuesta antes de estirar la mano para pellizcarme el puente de la nariz. Atormentado por mis propios pensamientos y mi voz interior dando pequeños saltos felices en mi mente, deseé que se callara antes de que pudiera causar más daño.

Mi batalla no fue con las otras mujeres en su vida.

Fue con el hombre que yacía en mi cama.

Apreté y aflojé la mandíbula.

“¿Por qué te casaste conmigo, Kirill?” Murmuré.

Entonces me quedé helado.

Mis ojos se abrieron ante lo que se escapó y miré alrededor del Jeep.

Dudé mientras miraba hacia el techo.

No me sorprendería que Kirill tuviera cámaras en el coche que me había regalado.

No debería haber hablado en voz alta.

Ya es demasiado tarde para arrepentirse.

Apagué mi mente errante mientras conducía antes de hacer algo loco como dar marcha atrás y dispararle a mi ahora calvo marido en la garganta. Hice una mueca de nuevo ante el terrible pensamiento. Deseaba que pudiera eliminarse permanentemente de mi mente, pero parecía que había llegado para quedarse. Acelerando, conduje a través de la noche oscura. Incluso con las ventanas cerradas, podía sentir la ráfaga de fuertes vientos empujando contra ellas. Mi mente ahora estaba vacía, pero mis manos todavía sabían qué hacer.

Estacioné a dos cuadras del almacén en el que esperaba que estuviera Romano antes de planificar mi entrada. Abriendo el auto, tomé mi bolso de cuero de atrás y rebusqué entre mis pertenencias antes de elegir mi ropa. En ese momento ya me había quitado la gabardina y el vestido de lana. Se me puso la piel de gallina cuando el calor del auto la recorrió. Me froté las manos mientras me preparaba para vestirme.

Me detuve cuando unos pasos surgieron del costado de la puerta de mi auto. Mi pecho se agitó cuando agarré mi revólver de la bolsa. Me di la vuelta y mi cabello voló conmigo mientras miraba hacia el asiento trasero y los pasos que emergían. Debe ser uno de los hombres armados que exploran la zona. ¿Quizás se habían preparado para mi llegada? La inquietud llenó mi columna mientras enderezaba mi espalda. Mi cuerpo se quedó quieto mientras esperaba que la puerta se abriera de golpe. No me molesté en cerrarlo. La necesidad de matar me llenó mientras mantenía una sonrisa torcida.

Miré por la ventana, pero la noche oscura se había oscurecido y no había farolas encendidas en esta zona aislada. Mi aliento pasó silbando por mis oídos cuando la manija de la puerta se abrió de golpe. Mantuve mi mano firme, mi mente clara y mi respiración ligera mientras me concentraba. Mis dedos apretaron el gatillo, listos para apretarlo en cualquier segundo.

Lo que no esperaba ver era un pelirrojo en medio de la noche.

Lo primero que entró en mi coche fue su olor.

Odié reconocer su aroma a cuero. Olía igual que su aspecto. La forma en que vestía. Su olor era como el de un coche limpio. Aquellos que la gente era adicta al olfato y lo ansiaban como un yonqui que anhela el efecto de una droga.

Dejé de respirar y Don Romano me miró como si supiera lo que estaba haciendo. Sus ojos implacablemente intensos ya me estaban regañando y quería resoplarle.

Mantuve mi cara estoica cuando entró en mi vehículo, cerré la puerta detrás de él y se puso cómodo en mi auto. Acercó las mitades de su chaqueta de cuero a su cuerpo mientras levantaba la mirada y sus ojos color jade se encontraron con los míos. Fruncí el ceño mientras lo miraba a través de mis ojos.

Su cabello todavía estaba húmedo y cuidadosamente recogido detrás de sus orejas como si se hubiera dado una

ducha fresca. Sus mejillas tenían una ligera barba de un día y mis dedos ansiaban recorrer su rostro. Él solo se encogió de hombros juvenilmente, como si no le estuviera apuntando con un arma a la cara, antes de que sus ojos vagaran hacia mi cuerpo.

Solo llevaba puesto mi sostén, ropa interior y botas de combate hasta las rodillas.

Mierda. Maldito sea por encontrarme en el momento equivocado.

¿No podría haber venido un minuto más tarde, después de que me había cambiado?

Mis dedos temblaron sobre el gatillo y usé mi mano libre para estabilizarme.

Todavía apunté mi mano que sostenía el arma directamente a su cara.

Don Romano se reclinó en el asiento de cuero de mi auto como si fuera su nuevo hogar mientras sus ojos permanecían pegados a mi cuerpo. Tragué, preguntándome qué pensaba de mí. Miré mi cuerpo, tratando de verlo desde su perspectiva. Mi cabello suelto hasta el pecho enmarcaba mi cuerpo. Tenía pechos llenos, clavículas delicadas, estómago blando y piernas largas. Yo no tenía pecas como él y ahora deseaba tenerlas. Le hacían parecer aún más atractivo.

Atractivo.

Arrugué la nariz ante ese pensamiento. Me importaba una mierda su opinión. Aún así, le devolví su mirada curiosa. Mis mejillas se calentaron cuando se mordió el labio inferior. Sus dientes se hundieron en su plenitud y quise tocarlo para ver si era tan suave como parecía. Su pulgar se alzó para rozar su labio inferior.

Los ojos del Don se deslizaron suavemente por cada centímetro de mi piel, y dondequiera que mirara, le seguía un rubor rosado. Quería juntar las piernas, pero era imposible hacerlo por la forma en que estaba sentada. Mi núcleo palpitaba y quería gritarle. Odiaba cómo me miraba abiertamente cuando tenía la maldita pistola apuntando a su cara. Sentí como si mi control se estuviera escapando de mis dedos hacia sus manos.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, levantó la cabeza para mirarme.

Abrí la boca para maldecirlo, pero mi voz fue succionada cuando noté la dilatación en sus ojos. Eran más oscuros, parecían un bosque siniestro y brumoso.

Sólo el hambre pura brillaba a través de ellos.

Mis dedos volvieron a temblar.

Odiaba a esas malditas cosas por temblar.

Mis mejillas se pusieron más calientes, como una mujer escarlata que hubiera sido sorprendida cometiendo adulterio. Nunca antes un hombre había mirado mi cuerpo semidesnudo. No había planeado que nadie me viera desnuda de esta manera... o en absoluto.

Su labio se torció mientras hablaba con su rica voz. "No te consideraré una persona que vestiera de rosa. Siempre te vistes como si fuera el funeral de alguien. Ultimamente, supongo, es mío".

Mis ojos se abrieron ante su comentario y miré mi ropa interior rosa.

De todos los colores que podía usar, ¿por qué no elegí el negro hoy precisamente?

"Te ves femenina", murmuró.

Mi corazón se aceleró cuando encontré sus ojos acalorados nuevamente.

"Mujeril."

Era mejor cuando pensaba en mí como un hombre.

Había estado tan acostumbrada a fingir ser un asesino todo este tiempo que había olvidado lo que era ser mujer.

El área entre mis piernas volvió a sentirse húmeda y mis pezones se tensaron. Le picaban y palpitaban bajo su mirada recelosa. Sus ojos se centraron en ellos como si notara que estaban innegablemente erectos y quisieran salir de mi delgado sostén. Quería esconderme de su mirada. "Deja de mirarme", dije en voz baja.

El levantó una ceja de color marrón claro. "Te ves suave", continuó, su voz volviéndose más burlona y burlona a cada segundo. Estaba listo para clavarle el cañón de mi arma en la cabeza. "Pero sigue siendo un maldito tipo rudo, sosteniendo esa arma". Sonaba casi orgulloso, y mi alma traicionera ansiaba más elogios. "Aunque, a veces me pregunto, ¿sabes cómo usarlo?" Su sonrisa se hizo más profunda.

Apreté la mandíbula. "¿Por qué no probamos esa teoría?"

El imbécil ya sabía que podía. Ya había matado a sus soldados delante de él antes, pero todavía quería ser un idiota pomposo.

Mi dedo se cernió sobre el botón del gatillo, pero él extendió su mano como un rayo mientras me sacaba del asiento del conductor y me sentaba en su asiento.

Mis reflejos se activaron y agarré mi espada de mi bolsa aún abierta. Puede que no hubiera podido dispararle todavía, pero seguro que podría apuñalarlo. Aterricé justo en su regazo con mi arma presionada contra su frente y mi espada presionada contra el costado de su cuello. Mi alma brilló y mi corazón dio un vuelco ante la idea de matarlo en ese mismo momento. Su cuerpo se detuvo ante mi amenaza, pero sus ojos no se vieron afectados.

"No te atrevas a moverte", le advertí. "Sacas tu arma y te juro que te apuñalaré". Mi voz salió demasiado baja y sin aliento para mi gusto.

No se atrevió a moverse, pero sus ojos engañosos se arrastraron hacia mis pechos que estaban aplastados contra su pecho duro como una roca. Desde mi ángulo, mi pecho parecía más redondo de lo habitual. "Tampoco puedes mover los ojos", siseé, temblando por la frialdad de su chaqueta de cuero contra mi suavidad.

Su mirada carnívora se levantó para encontrarse con mis ojos y sus manos se deslizaron por los costados de mi cintura. Tragué y mi aliento quedó atrapado en mi pecho mientras sus manos grandes y callosas viajaban por mi cuerpo. Miré hacia abajo y mis exhalaciones salieron más pesadas. Sus manos eran masculinas pero elegantes con sus dedos largos. Su mano era áspera y fría al tacto contra mi suave piel, y la piel de gallina estallaba dondequiera que tocaba.

Me lamí los labios y traté de advertirle de nuevo.

"No puedes ..."

Surge se inclinó para pasar su nariz por la curva de mi cuello.

Me congelé mientras él me *inhalaba* y memorizaba mi olor.

Nunca nadie había hecho eso antes.

Mi respiración se cortó.

"Puedo y lo *haré*", respondió en voz baja y ronca. "Y tú me dejarás".

La promesa mortal resonó en mis oídos.

Mi respiración se hizo más superficial y mi cuerpo se moldeó contra él.

"Si crees que puedes detenerme con tus armas, puedes seguir adelante e intentarlo. No temo a las balas, sino a la determinación de la persona que empuña esa arma, y lamento decirte, pequeño asesino, que ya he debilitado tu resolución".

Y con eso, su mano descendió hasta mi espalda, recorrió mi columna y se enredó en mi cabello. Arqué mis pechos contra él y me mordí el labio. Su rostro todavía estaba enterrado en la curva de mi cuello mientras su lengua se deslizaba para lamer mi clavícula antes de que su mano desabrochara mi sostén como un experto.

Un pequeño grito ahogado escapó de mis labios y retrocedí. Mis manos que sostenían las armas vacilaron, ahora descansando sobre sus anchos y musculosos hombros. Miré mis pechos que colgaban libremente debajo de mi sostén. Bajé la mirada y me negué a mirar hacia arriba porque no quería volver a ver esa mirada en sus ojos.

Esto estuvo mal.

Tan equivocado.

Ni siquiera debería estar aquí. Ni siquiera debería...

Nunca terminé mi frase, porque sus manos callosas que estaban en mi espalda se deslizaron hacia mi frente sin previo aviso. Mi arma se resbaló de mi mano y cayó con un ruido metálico a un lado. Levanté mis ojos pesados hacia él mientras él ahuecaba mis senos debajo de mi sostén. Me mordí el labio y sus ojos igualmente pesados se encontraron con los míos.

Ni siquiera sabía lo que estábamos haciendo.

Esto fue inapropiado y simplemente incorrecto.

Su pulgar rozó mi pezón erecto y se endureció bajo su tacto. Un hormigueo recorrió mi columna mientras sus manos exploraban mi cuerpo. Confundido, los miré de nuevo. Sus pulgares e índices tiraron de mis pequeñas protuberancias mientras las estiraban como si estuvieran hechas de masa. Se pusieron más rojos y más crudos cuanto más los tiraba los dedos. Rayos de electricidad atravesaron mi cuerpo como si un circuito se hubiera vuelto loco. Gemí y me aferré a sus hombros mientras él continuaba torturándolos.

Una de sus manos dejó mi pezón dolorido mientras se deslizaba hacia mi espalda y tiraba de mi cabello. Un dulce pinchazo me recibió mientras un grito ahogado salía de mis labios.

Levanté la cabeza y encontré su mirada. Sus ojos se habían vuelto completamente negros otra vez, los iris se volvieron más oscuros hasta que solo un vacío negro me devolvía la mirada. Su mano volvió a tirar de mi cabello, obligándome a levantar la cabeza y mirar sus ojos fríos y mortales.

"¿Te duele cuando te tiro del pelo?" preguntó después de un momento.

Su voz era más baja y áspera de lo habitual mientras hablaba.

Mi pulso se aceleró y me pregunté por qué preguntaba.

Nuestra respiración se volvió más caliente y pesada, empañando las ventanas a nuestro alrededor.

"No", admití sin aliento. "No de la forma en que lo haces".

Tragó mientras me miraba a los ojos.

Su mano se detuvo en mi pecho antes de alejarse para enterrarse en mi cabello con la otra. Al hacerlo, mi cuerpo se movió contra él y gemí cuando mi núcleo golpeó su ingle. Era *duro*. Tan fuerte que podía sentirlo a través de sus jeans y quería moverme contra él otra vez.

Me dio una mirada como si supiera lo que estaba pensando, pero lo que salió de su boca fue algo completamente distinto. "Pero cuando alguien más lo hace, ¿duele?"

Me quedé quieto. ¿Cómo supo eso?

La inquietud subió por mi columna mientras los terribles recuerdos llenaban mi mente.

Exhalé y mi aliento golpeó sus labios.

Apartando la mirada, miré cualquier cosa menos a él.

Su mano volvió a tirar de mi cabello hacia atrás y gemí mientras lo miraba con los ojos nublados. Levanté una ceja y él ordenó: "Contéstame, Ana".

Ana. "Mi nombre es Anastasia."

"A la mierda eso. Eres *Ana* para mí".

Tenía otro apodo para mí.

Mi alma se estremeció, pero la aplasté antes de que pudiera desobedecerme otra vez.

"Eres un hombre tan mandón", resoplé, arrugando la nariz.

Me miró como si quisiera estrangularme. Puse los ojos en blanco. Como si sus manos en mi cabello no fueran suficientes.

"Obviamente. Soy un don. Ahora responde mi puta pregunta.

Bueno, tenía la boca sucia... igual que *yo*.

Aparté el último pensamiento. Incluso si maldecía como un marinero, eso no significaba que toleraría que él maldijera en mi presencia. Debería haberle limpiado la boca sucia con jabón. Por otra parte, ¿cómo podría hacerlo? No pude evitar mirar sus pecas.

"¿Sabías que tus pecas se oscurecen cada vez que estás molesto?" Dije de la nada. No sé por qué dije eso en voz alta... ¿tal vez para enojar al Sr. Ginger?

Suspiró por lo bajo antes de acercar su rostro al mío. Sus cálidas manos estaban enredadas en mi cabello como si fuéramos un solo cuerpo y no dos entidades separadas.

"Respuesta. A mí."

Su orden letal golpeó justo en mi alma.

Con los ojos nublados, respondí en voz baja: "Duele cuando otros lo hacen".

No sabía por qué pensaba que él ya sabía la respuesta, pero necesitaba mi confirmación. Él gruñó en voz baja. "¿Kirill?"

Cerré mis ojos. No quería escuchar ese nombre.

"Cuando lo hace, duele".

Aunque podía sentir una energía peligrosa hirviendo dentro de él, Surge permaneció en silencio. La conversación había cambiado de rumbo. La sangre golpeaba en mis venas y mi pulso se aceleraba con cada segundo que pasaba. La tensión llenó el aire entre nosotros y consideré quitarme de su regazo, pero permanecí sentado en él.

"Lo vi", respondió Surge con firmeza. Levanté mi mirada sorprendida, pero su voz no perdió el ritmo cuando preguntó: "¿Lo ha hecho antes?"

Mis rasgos se arrugaron.

"No es asunto suyo, Sr. Romano".

El agarre de Surge en mi cabello se hizo más fuerte y mis ojos se llenaron de lágrimas. La humedad en mi ropa interior continuaba y esperaba que él no pudiera sentirla.

Él respondió con una voz aún más áspera: "Estás casi desnudo frente a mí, ¿y todavía dices eso? Todo sobre ti es *mi* maldito asunto.

Mis labios se separaron y respiré lentamente.

No quería preguntarle qué quería decir con eso.

"Es la primera vez que lo hace", respondí, respondiendo a su pregunta original. "Cuando era adolescente, me secuestraron y una de las personas que me retenía me tiró del pelo". Fruncí el ceño mientras mi pecho se agitaba, empujándose contra Surge. "Me dañaron el ojo. Aunque no estoy completamente ciego, no puedo ver claramente con él".

No tenía idea de por qué se lo había dicho.

No me molesté en mirarlo a los ojos. Retrocedí para alejarme de él, pero su agarre en mi cabello no disminuyó.

"Ana..."

Su voz baja volvió a sonar, mezclada con conflicto.

"¿Que te hicieron?"

Me pregunté por un segundo si con *ellos* se refería a la Bratva o a los secuestradores.

"Oleada", susurré, mi voz mezclada con tormento.

Levanté la vista.

Sus ojos brillaron.

"Don", corrigió. "Te ordené que me llamaras Don. Eres terrible siguiendo instrucciones. No es de extrañar que sigas fracasando en tu última misión".

Como un cañón salvaje, choqué contra él, insultado. Su mano finalmente soltó mi cabello y lo miré con malicia. Él sólo parpadeó. Todavía tenía la espada en la otra mano. Mi arma, por el contrario, era una causa perdida ya que había desaparecido en algún lugar debajo de los asientos. Levantó una ceja sutil y mis ojos solo lo ignoraron mientras acercaba mi espada a mi costado. Aún sosteniendo su mirada, golpeé mi espada justo en la parte carnosa de su muslo.

El gruñó de dolor y yo me reí.

Me *reí* como si estuviera delirando antes de mostrarle una sonrisa engreída.

Mis ojos se abrieron dramáticamente mientras colocaba una mano sobre mi pecho y giraba un mechón suelto de mi cabello.

"¿Soy tan terrible ahora?"

Había apuñalado a un Don gobernante sin arrepentirme.

Una hazaña más a mi larga lista de logros.

Los ojos de Surge me fulminaron con la mirada.

"Eres un psicópata asesino", le dijo.

Por la forma en que siseó esas palabras, las cosas no terminarían nada bien conmigo. Sin embargo, estaba orgulloso de mi trabajo. Quiero decir, ¿quién puede decir que habían apuñalado a un poderoso Don *dos veces*? Miré mi espada todavía incrustada hasta la mitad de su piel. Hilos de sangre brotaron de él como un arroyo. Mi auto terminaría sucio, pero valía la pena borrar esa sonrisa de su estúpida cara. Quería provocarlo un poco más.

"Es tu culpa por querer volver a ver al psicópata que hay en mí". Miré fascinado el corte rojo que salía de él antes de extender un dedo para pincharlo un poco más en el lugar magullado. "Es *tu* culpa."

Murmuró malas palabras en italiano y lo sorprendí diciendo: " *Cazzo*". Ese me resultaba familiar. Había oído a hombres decir eso antes de morir. Clavé un dedo más profundamente en su herida sólo para atormentarlo un poco más. Su mano salió disparada, apartando la mía del camino, mientras agarraba el mango de la espada y la sacaba de su piel. Mis labios se separaron cuando dejó caer mi espada al suelo y la pateó en algún lugar debajo de los asientos del auto.

La sangre siguió brotando de su herida. No sólo lo había robado. Lo había abierto en dos. Lo observé durante unos segundos, pero una mano que se movía frente a mí llamó mi atención. Tiró del borde de la copa de mi sostén antes de quitármelo del cuerpo. Atónita, miré sus ojos feroces y su cruel burla. Abrí la boca para gritarle, pero me detuve cuando sus ojos se posaron en mis pechos ahora desnudos.

Sin pensar, los rodeé con mis brazos, pero solo los hizo crecer hacia arriba. Sus manos se dispararon y separaron mis brazos mientras estaba desnuda para él nuevamente. Mis pechos se agitaron y mis pezones rosados y oscuros se pusieron firmes como pequeños soldados obedientes. La sangre corría hacia ellos cuanto más los miraba. Gruñí mientras hacía un movimiento para apartar sus manos nuevamente. Ahora, agarró mis muñecas mientras me acercaba hasta que me estrellé contra él.

Nuestros rostros furiosos se miraron el uno al otro, pecho contra pecho, ojos brumosos fijos el uno en el otro y dedos ansiosos por atacar la garganta del otro.

"Eres un dolor en mi trasero", murmuró al fin.

Resoplé. "No sabía que te gustaba en tu trasero".

Me lanzó una mirada de disgusto.

"He matado a personas por crímenes mucho menores en comparación con lo que tú me has hecho. Crees que eres una niña dura, ¿eh? se burló.

Antes de que pudiera responder, sus manos cayeron de mis muñecas. Uno de ellos volvió a capturar mi pecho lleno antes de que el otro alcanzara el corte en su muslo. Pasó cuatro de sus dedos sobre la herida y alcanzó esos mismos dedos en mi pezón endurecido y untó sangre por todas partes. El olor a óxido persistía en el aire. Me quedé mirando, medio horrorizada ante la idea de que su mano manchara mi piel con su sangre.

Dios... ¿Qué estaba haciendo?

"Ahora estás cubierto de la misma sangre que te gusta derramar".

Su otra mano se acercó nuevamente a su herida para manchar mi otro pecho pálido con su sangre brillante, como si estuviera pintando sobre un lienzo en blanco. Los fuertes latidos en mis oídos crecieron a cada segundo. Respiré con dificultad mientras la niebla de nuestras respiraciones llenaba el auto.

Saqué una mano y aterrizó en la fría ventana de mi auto. Arrastrándolo hacia abajo, lo devolví sin fuerzas a mi lado. Mi cuerpo ardía en todos los lugares donde me tocaba. Por todas partes que tocó, me manchó con mi crimen. Miré de un montículo ensangrentado a otro antes de levantar la mirada. El calor en sus ojos me hizo encogerme y rápidamente aparté la mirada. Sus manos firmes y ensangrentadas agarraron y juntaron mis pechos húmedos sin piedad.

Me encontré con sus ojos enormes, parecidos a los de un bosque, mientras me perdía en ellos lentamente.

Inclinó la cabeza mientras me observaba. "Ahora, cada vez que mires tu cuerpo, recordarás este mismo momento, Pequeño Asesino. No puedes huir de mí ni escapar de mí. ¿Cómo puedes hacerlo cuando mi sangre está *sobre* ti?"

Subió mis pechos, arrastrando mis caderas hacia arriba con ellos mientras me bajaba de nuevo contra su duro eje. Siseé en voz baja mientras él continuaba moviéndome sobre su ropa. Todavía tenía puesta la ropa interior, pero podía sentirlo como si no lleváramos nada. Una de sus manos se deslizó de mi pecho mientras bajaba por mi estómago. Dejó un rastro húmedo de sangre cuando sus dedos se deslizaron dentro de mi ropa interior. Jadeé y cerré las piernas con fuerza, enjaulándolo en su lugar. Sólo separó mis piernas mientras sus dedos rojos y húmedos se colocaban entre la hendidura de mi núcleo.

Mi *brillante* e hinchada abertura.

Mis mejillas se enrojecieron y mi cuello se sonrojó ante la vista.

"¿Esto es lo que me has estado ocultando?" murmuró en voz baja. "Vaya, vaya, ¿es así como se comporta una mujer casada y adecuada cuando su marido no está cerca?" Escuché la burla en su voz y se me cortó la respiración. "Ya estás empapada, Ana. Me pregunto si todavía necesitas mi sangre como lubricante".

Sus malas palabras no solo traumatizaron mi mente, sino que me humedecieron aún más.

Los dedos cubiertos de sangre de Surge encontraron mis pliegues mientras empujaba dos de ellos dentro de mí. Esto estaba tan jodidamente sucio, y maldita sea por gustarme.

Gemí y mis ojos se nublaron. No mucho después, su mano cubrió mi montículo y sus dedos se curvaron en mi punto más sensible.

Un gemido traicionero escapó de mis labios antes de que pudiera cerrar la boca. Horrorizada por lo que se me escapó, miré hacia otro lado. Deslizó otro dedo dentro y yo me aferré a sus hombros para salvar mi vida ante la intrusión extranjera. Mis músculos se apretaron alrededor de él, deseando que se fuera, pero mi cuerpo continuó montando su mano. Lo buscaba cada vez que metía y sacaba el dedo.

"Tu pequeño coño está apretado, Ana. ¿Porqué es eso? ¿Tu marido no te da un buen polvo? Él se rió entre dientes como si hubiera contado una broma.

Mi cuerpo sólo se detuvo ante el comentario. Dejé de agarrarlo por los hombros y ahora me quedé mirando el cuello de su chaqueta de cuero.

La mano de Surge dejó de moverse en mi cuerpo. Siempre decía las cosas más inapropiadas y destrozaba el ambiente por completo. Debería taponarle la boca con cinta adhesiva. Mi alma se oscureció a cada segundo, y mis ojos desesperados continuaron agujereándolo. Un momento después, su dedo se deslizó dentro de mí nuevamente y jadeé.

Surge inclinó la cabeza mientras sus ojos verdes me observaban.

"¿No es así?"

Mis mejillas ardieron. "Te odio", murmuré en voz baja y aparté la mirada.

"¿Cómo se sentiría cuando descubra que su esposa está dejando que otro hombre la folle con los dedos? ¿Su enemigo? ¿Su tarea? Sus burlas seguían llegando y miré su rostro sonriente. Su sonrisa vaciló un poco cuando captó la expresión de mi rostro.

No pensé que a Kirill le importaría en absoluto con quién pasaba mi tiempo.

Aparté la mirada de nuevo y retrocedí para bajarme, pero él me pellizcó el clítoris.

Un grito me dejó cuando encontré sus ojos acalorados.

"Me miras con esos ojos como si estuvieras gritando por algo, pero no puedes decirlo". Volví a mirar vagamente su

chaqueta. "¿Eres feliz en tu matrimonio?" Cuando no respondí, se inclinó para susurrar y respondió a su propia pregunta: "Porque si lo fueras, no estarías aquí conmigo. Montando mis dedos. Cubierto de sangre como si fuera tu primera noche de consumación".

Levantó mis caderas con una mano y me golpeó contra su mano. Sólo que esta vez fueron cuatro de sus dedos. Las estrellas giraban alrededor de mi mente mientras el agua llenaba los bordes de mis ojos. Siseé ante el fuerte golpe antes de lanzarle una mirada furiosa. Sentí que mis piernas se humedecían cuando mi coño se apretó contra él. Si sus dedos fueran suficientes para lastimarme... no quería imaginar cómo se sentiría si él estuviera dentro de mí.

"¿Te tocas por las noches, Ana?" Surge continuó preguntando. No respondí mientras mis mejillas calientes raspaban su áspera mandíbula. "Porque a altas horas de la noche, cuando estoy sola, pienso en pasar mi lengua por tu clítoris".

Sus palabras me dejaron acalorada y molesta mientras mis labios temblaban de deseo.

No sólo odiaba a este hombre, sino que también lo deseaba.

"No te follaré esta noche, Ana".

La decepción se apoderó de mi alma antes de que pudiera regañarme por mis pensamientos absurdos. Lo miré, pero él sólo sonrió. Mi respiración era superficial y algo se alojó en mi garganta, lo que me dificultaba tragar. La tensión entre nosotros ahora se estaba suavizando, pero su voz profunda y masculina habló de nuevo.

"Aunque no dejaré de hacer esto".

Sus dedos se movieron dentro de mí nuevamente.

Una tensión ilícita y pecaminosa llenó el auto. Respiré profundamente y pude sentir el calor proveniente de él. Mi pulso se aceleró y mi corazón golpeó a través de mi pecho.

Afuera continuaba el aullido del viento. Giré la cabeza hacia un lado y vi cómo los árboles crujían mientras la atmósfera oscura se enroscaba alrededor de las ramas. Aunque afuera azotaba una tormenta de viento, nada podía vencer la tormenta que se avecinaba entre nosotros. Moví mi cuerpo y se desenroscó a su alrededor.

Apreté mis manos alrededor de su cuello mientras mi respiración se hacía más pesada. Su propia respiración me hizo cosquillas en la mejilla mientras su rostro se inclinaba para respirar en mi cuello.

Sus labios eran reconfortantes, casi como suaves toques de plumas mientras salpicaban y espolvoreaban mis clavículas mientras acariciaban mi piel. Me estremecí contra él, temiendo que pudiera oír los latidos de mi corazón. Aunque los latidos de su corazón vibraban a través de mí, él mantuvo la calma mientras yo estaba en completo caos. Solté todo el aire que había estado reteniendo en mis pulmones y enfoqué mis ojos en los remolinos de tinta marcados en el costado de su cuello. Tinta oscura se asomaba por debajo de su cabello y quise apartarlo hacia atrás para ver si tenía más tatuajes que prometieran lealtad a su causa.

"Ya sabes", continuó como si estuviéramos teniendo una conversación informal y en ese momento no me estuviera tocando. Mi cuerpo todavía se movía contra él en movimientos lentos y rítmicos. Se tomó su dulce tiempo como lo había hecho todo el tiempo del mundo.

"No me he follado a un asesino". La confesión salió muy baja contra mis oídos. Mis ojos codiciosos miraron desde el costado de su cuello antes de aterrizar en sus sensuales labios rosados. "Especialmente no alguien empeñado en matarme".

 Mi labio se arqueó en una pequeña y reticente sonrisa.

 Él arqueó una ceja. "No sabía que eras capaz de sonreír".

 Perdí mi sonrisa inmediatamente y respiré profundamente.

"No me he acostado con un Don". Las palabras salieron corriendo en voz baja. Mis ojos se abrieron ante la confesión y pegué mis ojos a su chaqueta nuevamente. La tensión en mi núcleo continuó. El placer que le daba su toque parecía demasiado en este momento. Mi cuerpo se calentó más cuando nuestras exhalaciones desiguales se mezclaron. Mis zafiros chocaron con sus esmeraldas mientras luchaban por el control.

 La sangre corrió a mi cara mientras su otra mano presionaba mi espalda. Mis pechos rebotaron en respuesta, atrayendo su atención hacia ellos. Estaban presionados contra las tensas crestas de sus músculos. Demasiado poder escondido debajo de su ropa casual. Nadie esperaría que fuera un Don.

 No tenía adónde ir y, mientras intentaba moverme, sus dedos se curvaron dentro de mí nuevamente mientras me arrastraban hacia él. Mis ojos se pusieron vidriosos y mi corazón errático y loco latía con el tiempo.

El calor de su aliento era cálido sobre mi piel expuesta, y su aroma me sedujo hacia mi perdición. Sus dedos ganaron velocidad y mi respiración se convirtió en jadeos irregulares. Prácticamente empapé sus dedos con mi excitación. Una mezquindad llenó su toque. También había una sensación de poder y crueldad en ello cuando pasó su otra mano por mi espalda para tirar de mi cabello hacia atrás. Gemí cuando mis ojos vidriosos se encontraron con los suyos.

"Solo yo puedo tirarte del pelo así, Ana. No se permite a nadie más. De lo contrario, terminarían con la cabeza quemada".

Había un timbre grave en su voz, arrastrándome más hacia su oscuridad. Mi mente se salió de control y la parte sensible de mí desapareció. Lo dejó caer tan casualmente, pero escuché la ira peligrosa en su tono. Reprimí un grito ahogado cuando me di cuenta.

Cabeza quemada.

¿Cómo supo del estado actual de Kirill? No le habíamos contado a nadie lo que le había pasado.

Su labio se curvó cuando notó mi cara desconcertada.

"Tú... tú... tú..."

Mi voz se apagó cuando él tiró con más fuerza de mi cabello. Me atraganté con mis furiosos pensamientos. Era mejor fingir que no había oído la verdad.

Acababa de admitir lo que había hecho.

Esto me daría una razón válida, al menos en mi mundo, para masacrarlo.

Pero ¿por qué haría eso?

No era asunto suyo lo que otro hombre hiciera en una relación. Todos hicieron la vista gorda ante los matrimonios de otras personas. Tragué mientras pensaba mucho en ello.

Aunque sabía que mis armas estaban debajo de los asientos del auto, no me agaché para recuperarlas. Perdí toda función cerebral y motora cuando me convertí en papilla ante él. Mis pezones erectos volvieron a rozar su pecho y ansiaba sentirlo desnudo también.

Me puse rígido contra él cuando su excitación atravesó sus pantalones. No sabía por qué no iba un paso más allá. Si lo hiciera, no pensé que podría decirle que *no*. No pensé que quisiera que se detuviera. Su calidez me hizo querer acurrucarme contra él.

"No es justo que esté casi desnudo, mientras tú todavía tienes la ropa puesta", acusé en voz baja. Inmediatamente cerré la boca y miré a cualquier lugar menos a él.

Se rió en mi oído.

"Te quiero fuera de mi sistema, así que sólo dejaré que esto suceda por esta vez".

Un zumbido de inquietud latía en mis venas.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo.

Rechazado, le lancé una mirada furiosa por decir palabras tan descaradas.

"Ni siquiera estoy *en* tu sistema todavía", aclaré mientras miraba su bulto.

Se inclinó para respirar contra mi cuello y me estremecí contra él. Su boca sólo me acarició mientras el calor llenaba mi núcleo. Su pulgar acarició mi clítoris palpitante. Todo el oxígeno de mis pulmones se evaporó. Sus dedos continuaron tocándome como un instrumento y lo odié por burlarse de mí. Cada toque tentador y prohibido: ansiaba cada uno de ellos.

Estaba envuelto a mi alrededor como una segunda capa de piel. Sus dedos rojos trazaron mi sedosa humedad antes de deslizarse nuevamente dentro con brusquedad. Siseé en voz baja y clavé mis dedos en sus omóplatos. Quería apuñalarlo de nuevo por burlarse de mí. Su pulgar frotó pequeños círculos contra mi abertura y me humedecí debajo de él. Mi resbaladiza cubría sus dedos y mi respiración era entrecortada.

"Joder", murmuró contra mi clavícula.

Mi piel se estremeció ante la brusquedad en su voz. Mis músculos tensos apretaron sus dedos mientras lo empujaban más hacia adentro. El placer reemplazó el dolor inicial de la intrusión de sus dedos mientras montaba su mano. El mundo se disolvió en cenizas y niebla a mi alrededor, desdibujándose hasta que lo único que pude ver fue a él. Con cada toque dominante, temblores salvajes se apoderaron de mi cuerpo.

Era como si hubiera controlado todo el poder del mundo en sus propias manos.

Me arrebató el control justo debajo de mí.

Su boca lamió el pulso en mi cuello.

Exhalé y moví mis caderas contra él. Cuando encontré sus ojos nublados, un profundo deseo despertó dentro de mí. "Todavía voy a apuñalarte " —grité mientras gritaba— "*otra vez*".

La lujuria y el deseo desdibujaron el mundo que teníamos ante nosotros, y un infierno furioso reclamó cada fibra de mi ser.

"Mientras no me apuñales en el corazón, *amore mio* ".

Su voz era baja contra mi cuello.

Pasaron segundos, que parecieron una eternidad, entre nosotros cuando terminó de hablar.

Mantuvo cautivos todos mis sentidos: su voz, sus manos y su sangre. Ni siquiera me había tocado por completo y mi cuerpo ya estaba a su merced. Habíamos cruzado un límite del que no estaba seguro de que alguna vez pudiéramos regresar.

Mi cuerpo se llenó de una necesidad urgente mientras sensaciones desconocidas me invadían. La adrenalina corría por mis venas mientras frotaba mi montículo contra sus dedos. Sentí como si hubiera escalado un acantilado. Su toque sólo me animó, llenándome de una emoción que no había sentido antes. Mi cuerpo zumbaba con electricidad mientras vibraba a través de mi núcleo y mis extremidades. Las sensaciones que arrasaban dentro de mí subían más y más con cada golpe mágico y círculo que hacía contra mi piel con sus dedos entrenados.

Ruido sordo. Sus dedos se retiraron y su mano golpeó mi clítoris.

Me destrocé por el impacto.

Lo golpeó de nuevo.

Ruido sordo.

La electricidad vibró por todo mi cuerpo mientras colapsaba contra él. Su mano en mi cabello aflojó su agarre. Mi cuerpo pegajoso y gelatinoso se hundió contra su pecho mientras gritaba. Me rompí en un millón de pedazos ante él.

Mi cuerpo flotó en el aire y perdí toda la fuerza de voluntad para alejarlo. Mis ojos se pusieron vidriosos cuando levanté la cabeza. A través de mi visión lúgubre, me encontré con sus ojos brumosos. Sus pupilas todavía estaban dilatadas y parecía que aún no había terminado conmigo.

Mis respiraciones eran fuertes y desiguales mientras intentaba recuperar el aliento.

Con un suspiro de felicidad, me hundí contra él como si fuera mi capullo.

Sus dedos emergieron de mi centro y los sostuvo frente a mí. Brillaron con mi excitación. Mis mejillas ardían como el calor del verano. Extendió sus dedos empapados y trazó mi labio inferior, cubriéndolo con mi traicionera excitación. Luego, tomó esos mismos dedos y los chupó hasta secarlos, uno a uno, hasta que regresaron limpios de su boca. Mi piel ardió bajo su intensa mirada.

Me estaba *probando* .

El gesto era demasiado erótico, demasiado prohibido, demasiado ilícito y demasiado *suyo*.

Inspiré el aire embriagador y humeante que nos rodeaba, y un repentino pensamiento de las cámaras ocultas instaladas en el auto llenó mi mente. Esperaba que no hubiera ninguno.

Retrocedí a pesar de que mi cuerpo protestó. Todavía quería descansar un poco más, pero la parte lógica de mí sabía que no podían pillarme jodiendo a este Don rival. Mi cuerpo se estremeció al extrañar su calor. Miré mis pechos desnudos que todavía estaban cubiertos de su sangre seca. Había dejado una marca permanente en mí.

Suspiré en silencio antes de sacudir la cabeza con fuerza.

Una punzada de culpa se instaló en mi corazón.

¿Qué estaba haciendo yo aquí? Esperaba que Kirill nunca se enterara.

Evité la mirada de Surge mientras buscaba sin rumbo fijo mi sostén. Sus ojos parecían pegados a mis pechos cada vez que me movía. Su propio lienzo personal.

"Esto no puede volver a suceder", murmuré. "En realidad, *nunca* sucedió", declaré con total naturalidad. "Sigues siendo mi objetivo, mi misión y nada ha cambiado entre nosotros. Esto no significa absolutamente nada para mí", divagaba cuando finalmente encontré mi sostén rosa. "No significas absolutamente nada para mí".

Si fuera una persona normal, lloraría de vergüenza por haber cometido adulterio, pero esto no se sentía como adulterio en absoluto. Esperé a que el disgusto y la culpa se profundizaran y me abrumaran, pero nunca llegaron. Era difícil sentirse culpable por un matrimonio que nunca había tenido una conexión verdadera.

Un matrimonio que era sólo una calle de sentido único.

Un matrimonio que tenía lugar para los forasteros pero no para su cónyuge.

Mi matrimonio fue una farsa desde el primer día. Era como si lo hubieran hecho sólo para unirme a mi causa.

Sin previo aviso, Surge me arrebató el sostén de las manos y lo dejó caer al suelo. Tomado por sorpresa, lo miré con el ceño fruncido. Extendió la mano y pellizcó mi pezón con fuerza. Grité bajo su toque y le lancé una mirada acusadora.

"Sucedió, Ana." Su voz era clara y concisa mientras hablaba.

Sólo negué con la cabeza con fuerza.

Levantó una ceja mientras sus dedos aún húmedos caían hasta mi ropa interior rosa. Retiró el elástico del algodón liso que llevaba y lo dejó golpear mi muslo con un chasquido.

"¿Tenías que usar algodón precisamente hoy?"

Fruncí el ceño, a pesar de que los temblores me recorrieron. "El algodón es cómodo".

Tiró del elástico de mi muslo, estirándolo tanto como pudo antes de volver a golpearlo contra mi piel. Grité, salté y aterricé nuevamente sobre su dura ingle.

Él. Era. Aún. Duro.

"Me gusta el encaje", murmuró mientras pasaba su mano por la suave línea del bikini. "Y seda". Mi corazón saltó de mi pecho. Sentí sus dedos tirando de nuevo, pero esta vez, la tela se apretó con fuerza contra mi raja antes de que dejara que me golpeará de nuevo como para castigarme. "Usalas la próxima vez, o no uses bragas en absoluto", ordenó en voz baja y suave.

Mi corazón traicionero se aceleró.

La mitad de mí quería gritar: *¡No me digas qué hacer!* Pero la otra mitad enferma de mí quería decirle que me pidiera un poco más. No sabía qué me pasaba. Todo en este encuentro estuvo tan mal, pero *dejé* que sucediera.

Mis ojos se abrieron y traté de alejarme pero sin querer aterricé en su muslo magullado.

Hizo una mueca y sus dedos fueron al corte en su muslo tan pronto como me alejé de él.

Mis ojos siguieron el movimiento mientras él me sostenía en su otro muslo.

El sangrado ya se había detenido, pero sus jeans todavía estaban húmedos por toda la sangre.

Me mordí el interior de la mejilla, con curiosidad por ver qué tan profunda era su herida. Mis dedos querían extender la mano y rastrear su herida. Lo que fue aún más loco fue el hecho de que quería sacar el botiquín de primeros auxilios y vendarlo.

Primero, lo lastimé y ahora quería repararlo.

Todavía estaba ocupada mirando su herida cuando él se sentó erguido y se inclinó para susurrarme al oído: "Cuidado. Tu cara casi parece que te importa".

Me quedé boquiabierto, consternado por el comentario absurdo. Cuando me giré para lanzarle una mirada furiosa, nuestros labios casi se rozaron. Se me cortó la respiración y retrocedí un centímetro. " *Parecía* que te preocupabas

por mí cuando brindabas por la cabeza de mi marido", respondí. Mis ojos profundos, azul marino, desafiaron los suyos verdes. Prácticamente confesó que fue él por saber lo que le había pasado a Kirill, pero nunca había mencionado el nombre de nadie.

Surge se encogió de hombros juvenilmente, haciendo difícil creer que fuera un hombre de cuarenta años. Era un *hombre adulto*. Mucho mayor y con más experiencia que yo. Sabía más sobre el mundo en el que vivíamos y, a veces, parecía que sabía más sobre mí que yo.

"No sé de qué estás hablando".

Oh, ¿ahora quería hacerse el tonto?

Le lancé una mirada de molestia antes de agarrar mi sostén del suelo para volver a vestirme. Surge observó todo el tiempo mientras yo apretaba el gancho de mi sostén detrás de mí.

El simple aro levantó mi escote y sus ojos se dirigieron directamente a las pendientes que formaba. Seguí su mirada, un poco molesta por haberme olvidado de la mancha de sangre que me había dejado. Odiaba mancharme la ropa con sangre. Preferí no ensuciarme la ropa... pero era su sangre.

En cierto modo no me importó.

"Me temo que debo irme ahora". Su voz profunda llegó un momento después.

Fruncí el ceño a cambio. "Entonces lárgate".

Miré por encima del hombro a mi vestido en el asiento del pasajero delantero.

"Podré irme una vez que te retires de mi regazo", respondió.

Podía escuchar la sonrisa en su voz.

Miré mis piernas que todavía acunaban su excitación. Su erección todavía dura como una roca. Dejé escapar un suspiro cansado cuando el calor pinchó mi piel. Se inclinó hasta que su cara estuvo a sólo milímetros de la mía. Evité sus ojos. No sabía si podría mirarlo ahora mismo.

"No sabía que eras capaz de sonrojarte, Ana". Él se rió suavemente. "No puedo esperar para dejarte rosa en otros lugares".

Mi corazón saltó en mi pecho.

Corrió incontrolablemente.

Levanté la vista. "Deja de mirarme, asqueroso", siseé.

Él levantó una ceja sutilmente. "Algunos dirían que mi mirada es romántica".

Crucé los brazos sobre el pecho mientras lo estudiaba.

Este Don no tenía ningún hueso romántico en su cuerpo.

Me preguntaba si había estado en una relación antes de conocerlo. No sabía por qué tenía pensamientos tan absurdos. Me importa una mierda él.

"¿Quién está siendo un asqueroso ahora?" Lo dijo como si fuera un hecho y no una pregunta.

Arrugué la nariz en respuesta.

Cuando se dio cuenta de que no tenía planes de moverme, sus manos me levantaron por las caderas y me colocaron en el asiento a su lado. Cuando volví a mirarlo, ya había girado la manija de la puerta.

Gruñó cuando salió, y mis ojos instantáneamente volaron hacia su muslo herido. Apreté mis labios mientras miraba el corte que le había dejado otra vez.

El viento gélido se filtró dentro de mi auto y mi piel ardiente se estremeció. Las ventanas empañadas fueron una señal reveladora de lo que ocurrió hace unos momentos. Se me puso la piel de gallina y, en lugar de buscar el resto de mi ropa, seguí mirando su herida mientras envolvía mi cuerpo con mis cálidos brazos.

"Te importa." Su voz retumbó con el viento.

Sorprendida, volví a mirarlo.

El labio de Surge Romano se arqueó cuando me sorprendió comiéndolo con los ojos.

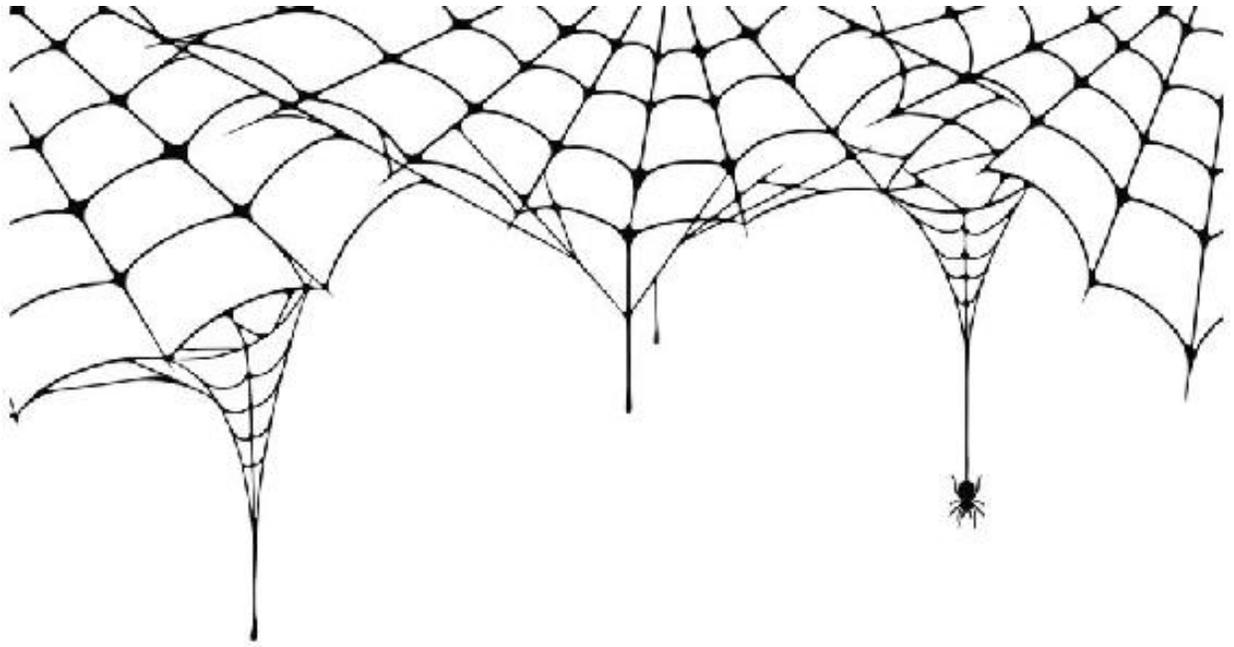
Terminó diciendo: "Probablemente debería dejar que me lastimes más a menudo. Quizás entonces podría volver a ver esa expresión atormentada y preocupada en tu rostro". Cuando no dije nada, continuó: "Sientes *dolor* cuando yo siento dolor. ¿Quién sabía que el asesino de la Bratva se preocupaba por Don Sergio?"

Observó la expresión de desconcierto en mi rostro antes de cerrar la puerta detrás de él.

Me tomó un momento darme cuenta de que había revelado su verdadero nombre.

Sergio.

Sergio Romano.



Ana

11

Cuando regresé a casa, Kirill todavía estaba en la cama, profundamente dormido.

Noté la cena en la mesa al lado de mi lado de la cama y me di cuenta de que debía haber comido.

Le eché un vistazo antes de desaparecer en el baño para limpiar mis pecados. También limpié profundamente el auto antes de regresar. Un aleteo de culpa llenó mi alma antes de que pudiera aclarar mi cabeza y juré que eso nunca volvería a suceder. Debería haber recibido el premio a la mejor esposa.

Sergio Romano y yo éramos de dos mundos diferentes.

El era italiano y yo era rusa.

Yo era Bratva. Él era la Cosa Nostra.

La única excepción real a las normas de nuestro pueblo fue el primo *de Pakhan*, Vlad. De lo contrario, nuestro pueblo nunca se mezclaría entre sí. No estaba permitido. Demasiado prohibido, demasiado ilícito y demasiado incorrecto.

Me quité la ropa y la dejé caer alrededor de mis tobillos antes de entrar al alféizar de la ducha. Abrí el grifo del agua caliente y el agua helada inmediatamente brotó del cabezal de la ducha que estaba encima de mí. De un salto, di un paso atrás y lo dejé correr hasta que se calentó.

Me apoyé contra la pared de azulejos del baño mientras miraba el techo. Unos momentos después, estiré una mano y dejé que el agua cayera sobre mi piel. Ahora hacía más calor, así que me metí nuevamente bajo el cabezal de la ducha. Parpadeé lentamente mientras recuerdos vívidos de lo que había sucedido esta noche volvieron a pasar por mi mente.

Sangre.

Calor.

A él.

Los dedos de Surge.

Sergio... saboreé el nombre en mi lengua.

Su verdadero nombre era Sergio Romano.

Supuse que le quedaría bien, ya que parecía un Sergio.

Fuerte. Estricto. Disciplinado.

Miré hacia abajo mientras el agua que caía desde arriba lavaba su sangre de mis pechos. Todavía dejaba pequeños círculos rojos en mi piel hasta que los unté con las manos. El agua clara ahora corría en largas rayas rojas mientras

navegaba hacia el desagüe. Con movimientos rápidos, me enjuagué el cuerpo y me lavé el cabello con champú.

Me froté los senos en un intento de limpiarme las manos que habían estado allí. A pesar de sentir que no podía deshacerme por completo del toque fantasma de Surge, me froté, unté y lavé hasta que mi piel quedó en carne viva, rosada y ardiendo bajo el agua caliente de la ducha.

No veo la hora de dejarte rosa en otros lugares.

Sus palabras resonaron en mi mente.

Parpadeé de nuevo mientras el agua se pegaba a mis largas pestañas marrones. Mi núcleo se tensó y apreté mis piernas para detener el dolor que se formaba entre ellas. Lamiéndome los labios lentamente, miré a mi alrededor como si temiera que me pillaran haciendo algo *ilegal*.

Una sonrisa tiró de mis labios.

Como si me importara hacer algo ilegal.

Mi mano vagó entre mis muslos para separar mis pliegues. Froté círculos alrededor de mi clitoris nuevamente. Cerrando los ojos, traté de imaginar que era la mano de Kirill.

Él era la persona adecuada para imaginar, pero en lugar de mi esposo, un par de ojos brumosos de color esmeralda aparecieron en mi mente. La imagen era tan vívida que deseé que él no se apoderara de mi mente también. Sentí como si mi mente ya ni siquiera me perteneciera cuando él se hizo cargo de mis pensamientos.

Aceleré el paso y sofoqué el gemido que quería salir de mí. Tenía miedo de que alguien me escuchara y me castigara por hacer algo tan *prohibido*. No me importaba si mi marido estaba postrado en cama. ¿Por qué no debería ceder a la tentación en este mismo momento? De todos modos, no era como si él se preocupara por mí.

Un dedo se convirtió en dos mientras mi piel se sonrojaba bajo el agua caliente. Me aferré a la pared con la otra mano mientras frotaba mi montículo para obtener más fricción. Palpitaba cuando introduje otro dedo, imaginando que eran los dedos del Don.

Odiaba que él sacara a la superficie mis deseos prohibidos. Estaba mejor cuando no tenía que pensar en estas cosas en absoluto. Los había enterrado hace mucho tiempo, pero sentí como si mi cuerpo hubiera despertado para sentir cosas de las que no sabía que era capaz. No recordaba cuándo fue la última vez que me toqué. La gente normal se tocaba. Lamentablemente, mi libido había estado

muerta durante años hasta que él la despertó. No fue sólo hoy. Lo sentí cuando lo conocí por primera vez.

Mi mente se elevó alto en el cielo mientras mi cuerpo buscaba la misma sucia oleada que había sentido en el auto hace una hora. La adrenalina corrió por mis venas mientras mi núcleo latía y temblaba con una liberación inminente. Mi clítoris sensible palpitó cuando me corrí duro.

Cerré los ojos mientras mi espalda se hundía contra la pared mojada detrás de mí. Respiré por la nariz mientras el dulce sabor de la felicidad caía sobre mí. Me quedé en la ducha durante varios minutos para saborear algunos momentos más prohibidos conmigo mismo antes de tener que volver a actuar como una fachada frente al mundo nuevamente.

En privado, podría ser solo *Ana*.

Cuando salí del alféizar de la ducha, me detuve junto al espejo para mirar mi reflejo. Pasé una mano por el espejo empañado para verme mejor. Mi piel estaba sonrojada por tanto frotarme. Cuando levanté la vista para mirarme a la cara, fruncí el ceño y extendí una mano para tocar las raíces de mi cabello.

Rubio.

Cabello rubio oscuro.

Dejé caer mi mano instantáneamente mientras la inquietud recorría mi columna.

Yo tenía el pelo negro.

Me froté los ojos y fruncí el ceño mientras me preguntaba si mi visión había empeorado en alguno de mis ojos. Todavía podía ver bien en uno de ellos.

Me sorprende que Surge no haya mencionado nada sobre mis raíces. Quizás no los había notado. Esta mañana ni siquiera noté que algo andaba mal con mi cabello.

Me miré las cejas y las pestañas.

Eran de un tono distintivo de marrón claro.

Aún desconcertado, me envolví el cuerpo con una bata blanca mientras salía del baño. Me detuve junto al tocador y me cepillé el pelo antes de meterme en la cama.

Kirill todavía estaba profundamente dormido mientras yo me acostaba de lado.

Cansado por la noche, caí en un sueño inquieto con la mente todavía llena de preguntas.

Sabía que sentiría un pellizco en un costado del cuello un par de horas después.

Un pellizco similar que siempre sentí cuando era más joven y me despertaba en otra habitación.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, bostecé. Mis ojos se sentían más pesados de lo habitual. Levantándome lentamente, miré a Kirill, que todavía dormía. Me dirigí al baño y encendí la luz. Mis ojos inmediatamente se dirigieron a mi cabello. En las raíces.

Ahora eran negros.

Un pequeño grito ahogado me dejó mientras retrocedía unos pasos hasta que golpeé la pared de azulejos detrás de mí.

Me quedé mirando a la mujer de ojos hundidos en el espejo.

¿Me había imaginado ayer mi cabello rubio?

Miré el resto de mi cabello. Tenía ocasionales mechones rubios asomando, pero había asumido que era parte de mi color natural de cabello ya que nunca lo teñí. Pensé que era extraño tener dos tonos en el cabello, pero asumí que era una mutación genética. Ahora no estaba seguro.

Nunca antes había visto mis raíces rubias. Parpadeé lentamente mientras la realidad me asimilaba. Me incliné más cerca hasta que pude verme mejor a través del espejo nuevamente. Mis ojos vieron una mancha negra en mi bata. Una marca sobrante de algo que no había estado allí.

Mi dedo se estiró para tocar el lugar.

Casi parecía una especie de líquido y, desde el ángulo, parecía como si se hubiera caído accidentalmente.

Algo terriblemente parecido al *tinte*.

Tragué saliva mientras mi mano se acercaba a mi cuello.

Recordé sentir un pinchazo contra mi piel.

También recuerdo haberlos sentido cuando era más joven.

No me tomé en serio mis sospechas, porque a la mañana siguiente me desperté entero.

Asustado, giré el cuello para ver qué podía encontrar allí.

No había marcas a los lados de mi cuello.

Me levanté el pelo por encima de la cabeza y le di la espalda al espejo.

Por el rabillo del ojo, mi mirada se posó en algo que sabía que no pertenecía allí.

Un pequeño punto rojo en mi nuca.

Apreté mis labios para no poder gritar de alarma.

Siempre me había estado oculto.

Invisible.

Lo más probable es que desaparezca en los próximos dos días.

Cabello rubio oscuro. Soy naturalmente rubia.

Eso explicaba por qué tenía ojos azules.

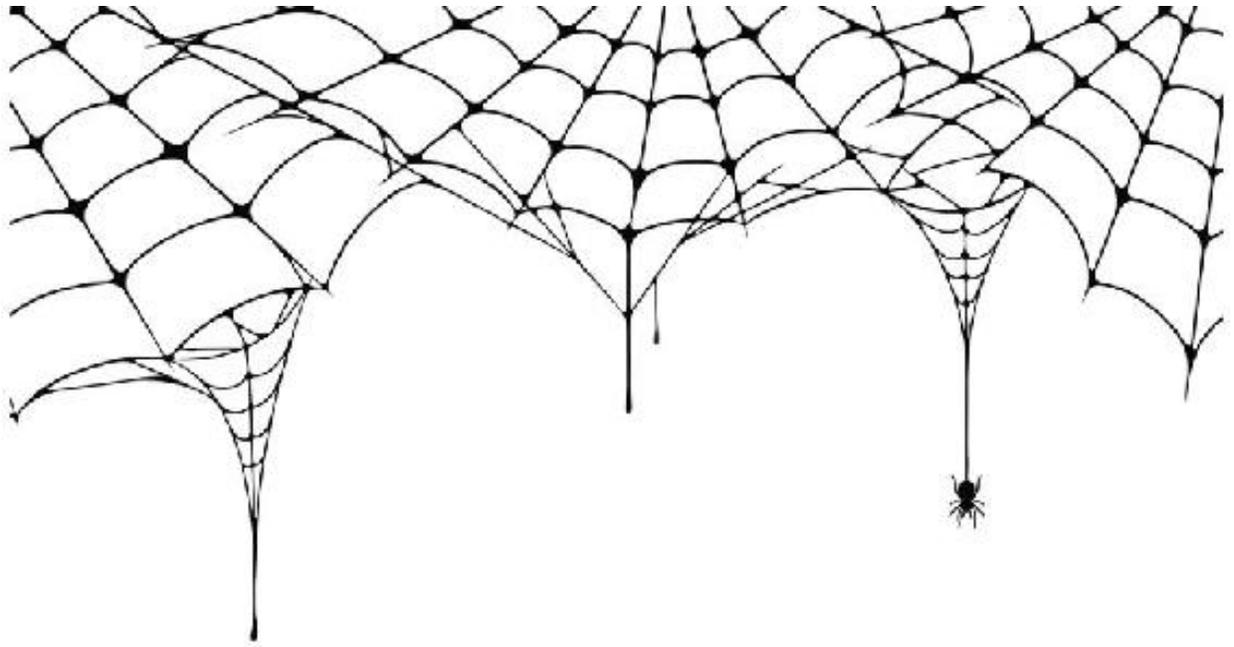
Era más común en rubias.

Mientras entendía mi nuevo descubrimiento, más respuestas comenzaron a llegar a mi mente. Explicaba las pestañas y cejas marrones. Solían ser de tonos más claros que mi cabello negro. Me creció vello corporal, pero siempre fue castaño claro. Explicaba mucho más. Alguien que tuviera el pelo negro nunca podría tener el pelo más claro en otras partes del cuerpo. Cosas que nunca pude explicarme a mí mismo. Cosas que acababa de aceptar como un defecto de nacimiento porque no podía explicarme la anomalía.

¿Quién me teñía el pelo mientras dormía y *por qué*?

Miré por la puerta de mi baño y mis ojos se posaron directamente en Kirill.

Había estado herido e inconsciente durante días... ¿no?



Ana

12

DOS SEMANAS DESPUÉS

Ni siquiera debería estar aquí.

Éste fue un terrible error.

Murmuré una serie de malas palabras en voz baja mientras subía de nuevo al balcón del Don.

Ésta no era mi gente.

Este no era mi mundo.

¿Pero por qué quería que así fuera?

Dejé de respirar cuando miré por la ventana cerrada. Un cuerpo sin camisa yacía sobre las sábanas blancas de satén, y deseé que estuviera envuelto a mi alrededor. Me aseguré de llevar mis armas y usar mi traje negro y capucha esta noche. No era prudente entrar en su casa después de lo que había ocurrido entre nosotros en mi coche.

Sólo me había tocado una vez, y aquí estaba yo, luciendo como una fanática enloquecida por el sexo que buscaba la misma emoción que él me dio nuevamente. Solo podía tocarme un número determinado de veces antes de desear algo más grande. Mirando a mi alrededor, abrí la ventana para entrar como un fantasma de la noche. La ventana hizo un ligero ruido, pero él no se movió en sueños. La respiración pesada rebotó en las paredes como si estuviera noqueado como un muerto.

No había cerrado la ventana.

¿Estaba esperando que me colara?

Mi pulso se aceleró y mi respiración se sintió agitada.

Mis zapatos silenciosos no hicieron el menor ruido cuando el *déjà vu* me golpeó de nuevo. En silencio, me acerqué a él. Sería fácil asesinarlo ahora mismo, mientras dormía cuando no lo esperaba.

Mis ojos se acostumbraron lentamente en la oscuridad mientras la luz de la luna caía sobre su belleza dorada. Dios, se parecía a Cristo cuando dormía. Era una pena que actuara al revés cuando estaba despierto.

Sus labios se abrieron mientras respiraba felizmente. Mientras mis ojos se alejaban de su boca, vi los rizos de color marrón rojizo que se aferraban a su musculoso pecho. Un recuerdo de mi cuerpo presionado contra él pasó ante mis ojos, y tragué ante la idea de estar sola con su cuerpo sin camisa una vez más. Nunca lo había visto así antes. Tenía un cuerpo musculoso y bien formado.

Un cuerpo de hombre, y no de niño.

Mientras lo estudiaba, me di cuenta de que se veía diferente en comparación con mi líder, que era mucho más delgado y más joven.

Este Don parecía haber nacido *para* liderar.

No solo eso. Él era guapo. Hermosa, incluso.

Mis ojos se entrecerraron ante la tinta en blanco que se arremolinaba en su piel. Me hice un gran tatuaje de un animal. Apartando los ojos de su tatuaje, observé el mechón de pelo de su cabeza. Su cabello ya no estaba bien cortado ni recogido detrás de las orejas. En cambio, colgaba libremente a su alrededor como un león. Caminé de puntillas como un ratón a medida que me acercaba. Quería ocultar una sonrisa mientras me inclinaba para leer el juramento inglés inscrito en su pecho.

El honor es poder. Los que no tienen honor no tienen poder.

Mi labio se torció. Sonaba agradable a los oídos...

Esperaba leer algo mucho más arrogante. Era diferente de nuestro juramento, donde la Bratva borró nuestras identidades por completo y nos moldeó como uno de los suyos.

¿No es eso exactamente lo que te hicieron? Mi voz interior tarareó.

Sorprendida por mi repentino pensamiento invasivo, sacudí la cabeza y me concentré en él nuevamente.

No tenía sentido lamentarse por el pasado cuando vivía en el presente.

Ahora sólo me centré en mi futuro.

Mi mirada brumosa se posó nuevamente en Romano.

Un zarcillo cayó sobre su ojo y se retorció. Se llevó una mano a la cara, pero no lo alcanzó. Gruñó como un animal salvaje en su sueño profundo, con la molestia grabada en su rostro. No pude evitar extender una mano y pasarle el dorso por la frente.

Gran error. No debería haber hecho eso, porque sus ojos se abrieron de golpe un segundo después.

Di un paso atrás, sorprendida cuando su gran mano salió disparada y me agarró.

Sus cansadas esmeraldas me miraron con curiosidad.

“Tienes manos femeninas”, observó con su voz profunda y somnolienta.

Un segundo después, sus largos dedos se entrelazaron con los míos como dos tallos que se encuentran por primera vez. Hoy no me había puesto mis guantes de cuero. Claramente, un gran error, ya que siempre me aseguré de

no dejar ninguna evidencia. Miré nuestras manos entrelazadas. Nunca antes había tomado la mano de un hombre... Tenía callos contra la mía suave.

Una sonrisa tiró de mis labios. Estaba haciendo eso más a menudo cerca de él. Intenté recuperarme y reemplacé la sonrisa con una cara de perra en reposo. Me gustó el sonido de su voz somnolienta. Sonaba como si estuviera borracho de whisky y era tentador como el pecado mientras retumbaba y resonaba en la oscuridad. No sabía por qué, pero ahora sonaba mucho más atractivo. Los hombres eran mucho más atractivos cuando no intentaban hacer nada para impresionarte. Su voz tranquilizadora fue suficiente para que mis rodillas se debilitaran. Quería reproducir su voz en mi cabeza.

El Don ladeó la cabeza mientras me observaba.

Deseaba que dejara de mirarme así.

No ayudó a las mariposas que pululaban en mi estómago.

Quería pisotearlos y aplastarlos bajo mis pies.

"¿Y por qué carajo llevas una capucha negra en medio de la noche? ¿Qué pasaría si me traumatizaras mientras dormía?"

Fruncí el ceño. Olvídate de que incluso quería escuchar su voz en la repetición. "Bueno, hola a ti también", murmuré.

Sus labios se presionaron en una línea sombría mientras extendía la mano para quitarme la capucha del cabello y revelar mi rostro. Grité antes de enderezar mi columna mientras me levantaba. Le lancé una mirada con todo el veneno que pude.

Sergio se sentó erguido en su cama mientras se apoyaba en el reposacabezas. Encendió la lámpara de la mesita de noche y la luz que irradiaba iluminó la habitación. Su mirada recorrió mi rostro antes de viajar a mi cuerpo. La mirada en sus ojos mientras me contemplaba me puso la piel de gallina y quise esconderme debajo de la cama. No estaba seguro de dónde venían estos pensamientos ridículos.

¿Desde cuándo me siento intimidado por la mirada de alguien?"

"¿Qué te trae por aquí?" Antes de que pudiera responder, murmuró: "No me digas que finalmente decidiste matarme". Llegó su voz burlona.

"Sigue hablando y podría apuñalarte el otro muslo".

Su labio se curvó. "Adelante, te ves sexy mientras lo haces".

Me quedé boquiabierto.

Él.

Pensamiento.

I.

Era.

¿*Sexi*?

No estaba segura si debía tomar eso como un cumplido o un insulto.

Mis mejillas ardieron y quise golpearlo en la cabeza. "Hablas demasiado."

Juntó las manos delante de su regazo. "Siempre y cuando puedas hacer de mi enfermera".

Esta vez no me molesté en responder.

"Entonces, Ana", dijo casualmente, aunque sabía que continuaría su frase con cualquier cosa menos casual. "Nunca respondiste mi pregunta. ¿Por qué estás aquí?"

Sólo parpadeé cuando encontré su mirada inquietante.

Su mirada invasiva quemó mi piel.

Sin romper el contacto visual, me estiré debajo de mí para quitarme las botas y los calcetines negros. Me desabroché la gabardina negra y me la quité de los brazos.

Cayó al suelo a mi lado. Surge tragó saliva mientras me miraba. Extendiendo la mano hacia abajo, me desabroché los pantalones y me los quité. Sus manos descansaban detrás de él como si estuviera montando un espectáculo para él. Tragué, porque bien podría serlo. No era sólo mi ropa lo que me estaba quitando. También eran mis posesiones más preciadas. Mis armas. Algo que me hizo quien era. Saqué tres de mis revólveres de mi cintura y los dejé caer al suelo. Mi funda ya no estaba. También me quitaron las balas adicionales. Saqué las hojas ocultas, todas de diferentes tamaños, de debajo de mis mangas y también las dejé caer al suelo.

Todavía llevaba una camiseta negra y ropa interior cuando me paré junto a la cama, ahuequé una de las almohadas y me deslicé debajo de su edredón. Su cama se sentía cómoda, más lujosa que la mía. Deben haber sido las sábanas. Los inhalé profundamente. También olían a él.

Le miré desde la almohada que tenía como rehén y él me miró con expresión perpleja. Odiaba reventar su burbuja, pero lo hice de todos modos. "Estoy cansado", dije suavemente.

Me subí el edredón hasta la barbilla mientras lo miraba con curiosidad.

Sus ojos se volvieron divertidos. "¿Y viniste a tener una pijamada?"

No sonreí cuando respondí: "¿Me creerías si dijera que sí?"

Perdió la diversión en sus ojos.

"No quería estar sola esta noche", admití en voz baja.

Surge me miró durante unos segundos. Su mandíbula se apretó y se aflojó mientras me estudiaba antes de moverse para deslizarse debajo del edredón conmigo. Él inclinó su cuerpo hacia mí y yo incliné el mío hacia él. Todavía había espacio para otra persona entre nosotros. Él no se movió hacia mí y yo no me moví hacia él.

"¿Dónde está tu marido tostado?" cuestionó.

No fue una insinuación sino una verdad. Aún así, mi labio todavía se arqueó antes de perder esa expresión. "Él no está en casa", admití.

Surge esperó a que continuara mientras apoyaba su cabeza en su brazo. Observé el remolino de tinta en su piel, queriendo trazarlo con mis dedos, pero mantuve mis manos para mí. Respiré hondo antes de responder a las preguntas no formuladas que persistían en sus ojos. "Está con su amante. Uno de los muchos que hay por ahí. No sé cuantos. Creo que él también los tenía antes de que nos casáramos".

Me dijo que saldría un rato después de dos semanas de reposo en cama, pero yo sabía cuál sería una de sus muchas paradas.

Surge guardó silencio antes de volver a hablar.

"¿Por qué te casaste con él?"

Aparté la mirada de sus ojos invasivos. "Parecía que era lo correcto en ese momento. Él es todo lo que he conocido desde que era joven. Simplemente tenía sentido que estuviéramos juntos".

No le dije que una parte de mí ahora temía a mi marido.

Un hombre en quien una vez confié todo.

Un hombre del que no sabía nada.

No lo había confrontado por nada.

Ese secreto prohibido permanecería conmigo hasta la tumba.

Cuando no respondió, le pregunté algo que quedó en la punta de mi lengua. "¿Estás con alguien?" No era asunto mío preguntar, pero mi entrometido trasero necesitaba saberlo.

Solo quería ser el primero para alguien.

Una prioridad en lugar de una opción.

"No", respondió después de un segundo.

Mi alma errática se estabilizó, aparentemente contenta con su respuesta. Podría estar mintiendo, por lo que yo sabía.

"¿Por qué no estás casado?" Continué molestándolo con preguntas. "La mayoría de los Dons se casan jóvenes para asegurarse herederos. Matrimonios arreglados. Las alianzas ocurren todo el tiempo".

Exhaló. "No he encontrado a nadie con quien valga la pena casarme".

Los latidos de mi corazón regresaron.

Era el ruido más fuerte de la habitación.

Lentamente, levanté la mirada para mirarlo mientras sus ojos se centraban en mí. Era como si se estuviera refiriendo a mí... pero yo ya estaba casada. El destino no podría haberme jugado una broma más cruel.

Inspiré profundamente. Entonces lo solté.

"¿No te sientes presionada a casarte?"

Sus ojos se entrecerraron. "Aparte de mi abuela y mi hermanastra, no tengo a nadie cerca que pueda decidir con quién casarme. Ambos viven en París".

Mi alma disminuyó. "Debe ser agradable no escuchar órdenes". Entonces, mis ojos se iluminaron. "¿Como es tu familia? ¿Son amables contigo?"

No tenía nada más que Kirill para comparar.

Surge se rió entre dientes de una manera baja y sexy.

Envió un hormigueo por mi columna.

Dios... los de mi especie me desollarían vivo si me vieran en la cama con este Don italiano. Por supuesto, ni siquiera estábamos haciendo nada ilícito, pero hablarnos así estaba prohibido. Se suponía que debía asesinarlo, pero aquí estábamos, acurrucados en la cama. Vale, exageraré un poco. No nos estábamos abrazando, pero estuvo cerca de hacerlo.

Se encogió de hombros antes de responder: "Hoy estás lleno de preguntas, ¿no?" Fruncí el ceño. Observó mi expresión antes de responder: "Son un puñado. Mi padrastro fue asesinado en prisión hace años y mi madre murió poco después. Yo tenía veintitrés años cuando mi madre se volvió a casar con mi padrastro; se casaron después de la muerte de mi padre. Annalisa tenía tres años en esa época".

Asentí, aunque ya lo sabía.

Un momento después, su mano se extendió y la rozó por mi suave mejilla.

Mi pecho golpeó contra mi caja torácica.

Mi rostro se convirtió en su mano, y él la giró mientras acariciaba mi mejilla.

"Me recuerdas a alguien que una vez conocí", murmuró.

Mi pulso se aceleró y el monstruo de los celos de ojos verdes creció en la boca de mi vientre. Quería exigirle que me contara todo sobre su pasado. No quería imaginármelo con nadie más. "¿OMS?" Pregunté, tratando de mantener la severidad de mi voz.

No notó la dureza en mi tono.

Los inquietantes ojos de Surge se volvieron huecos por primera vez desde que lo conocí.

Lamenté haberle hecho la pregunta ahora.

Ahora parecía una versión perdida de sí mismo.

"Ella murió", reveló después de un segundo.

Al instante, me invadió la culpa por estar celoso de alguien muerto.

Quería extender la mano y devolverle el brillo a sus ojos.

"¿De dónde vienes, Ana?" preguntó después de un momento.

Desconcertado por la repentina pregunta, los bordes alrededor de mis ojos se entrecerraron.

"No sabía que existía una asesina en Bratva hasta hace poco", explicó en voz baja. "Nadie sabe de ti. ¿Por qué te escondieron además del hecho de que eres un arma secreta? Apreté mis labios y fruncí el ceño. Se inclinaron juntos hacia mi delgada nariz. "¿Quién eres?"

Suspiré por lo bajo mientras rompía el contacto visual. Volví la cara y miré al techo, donde la lámpara dorada colgaba sobre nosotros. Mirando hacia abajo, levanté el collar azul que había escondido debajo de mi camisa frente a mi cara.

"Solo me queda esto para recordarme a mi familia. Supuse que era un tótem familiar". Miré el colgante. Era una caja de música azul bañada en oro. Lo sostuve durante unos segundos antes de dejarlo caer sobre mi pecho. No me atreví a mirar a Surge a los ojos y solo seguí mirando al techo. "Hace mucho que dejé de buscar respuestas a las preguntas que tenía cuando era niño. Sólo duelen". Era lo más honesto que había admitido recientemente y no sabía por qué le había revelado algo.

El era el rival, un enemigo, y mis manos ordenaron que su sangre fuera derramada.

Miré vagamente al techo ahora. Me sentí peor que cuando entré por primera vez a su habitación. Otro recordatorio de que, en primer lugar, fue una idea terrible venir aquí.

"¿Sigues cansado?" Llegó su voz.

La sangre en mis venas zumbaba.

"Estoy tratando de dormir", respondí.

"Pareces bastante despierto para mí".

Se produjo un movimiento a mi lado y las sábanas crujieron. Quería apuñalarlo de nuevo. Molesta, me volví para mirarlo y analizar su cerebro un poco más. Estaba a punto de abrir la boca, pero me detuve cuando me di cuenta de lo cerca que estaba su rostro del mío.

Don Romano era como una droga adictiva. Del tipo que te engancha rápidamente y deja los signos de abstinencia más devastadores.

"No viniste aquí simplemente porque estabas cansado y querías dormir", comenzó, y sus ojos se convirtieron en rendijas verdes mientras hablaba. "Había otra razón. Algo que no planeabas decirme, pero lo sé".

Levanté una ceja sutilmente y esperé a que continuara.

¿Qué tipo de juego mental estaba jugando ahora?

Sin decir nada, agarró el borde del edredón y lo arrojó lejos de mi cuerpo.

"¡Ey!" Protesté. Mi cuerpo instantáneamente perdió su calidez. "Tengo frío", me quejé. Extendí una mano para cubrir mi cuerpo con el edredón nuevamente, pero él solo lo empujó más lejos de mí y hacia mis pies.

Fruncí el ceño cuando mis ojos acusadores se encontraron con los suyos.

El me devolvió la mirada antes de mirar hacia abajo. Su mano tatuada se deslizó hacia mi muslo, y mis ojos de párpados pesados la siguieron antes de descansar sobre la fina tela que aún se aferraba a mi piel. La mirada hambrienta en sus ojos se intensificó mientras tiraba de la tela y la alejaba de mi cuerpo.

"¿Siempre usas bragas para tus tareas?" Dejó caer la pregunta casualmente.

Tragué y miré hacia otro lado.

Cuando miré hacia abajo, mis ojos se posaron en mis bragas.

Mis bragas *de encaje rojo*.

Dijo que le gustaba ese color en mí.

“Hoy no hay algodón”, se burló. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja como un susurro acariciador. “Encaje”, declaró. “Usaste encaje. Encaje rojo. Para *mí*.”

Abrí la boca para protestar, pero la cerré mientras miraba fijamente, mortificada por mis bragas de encaje deslumbrantemente rojas.

En lugar de eso, fingí hacerme el tonto. “No sé de qué está hablando, señor Romano. Soy daltónico”. Me deslicé en esa mentira.

Gruñó como si ya hubiera tenido suficiente de mi farsa. “Maldito mentiroso. Sabías lo que estabas haciendo cuando viniste a mi habitación usando eso”.

Fruncí el ceño. “Bueno, no es una completa mentira. De todos modos, no puedo ver correctamente con un ojo”.

Intenté restarle importancia a todo el asunto y esperé que él captara la indirecta y se callara. “Debí haber perdido el rumbo y haber olvidado que este también era *tu* dormitorio. Pobre de mí. Sólo soy una dama que no puede ver bien”.

Mis ojos brillaron y no pude evitar deslizar eso.

Desafortunadamente, no se calló. Parecía haber tenido suficiente de mis payasadas cuando agarró el elástico de mis bragas con su mano y lo apretó con fuerza contra mi piel hasta que la fina cubierta cortó mi raja. Jadeé mientras me giraba para mirarlo a través de mis ojos entrecerrados.

“Aunque estoy realmente cansada”, admití, y se me escapó otro grito ahogado cuando me dio otro tirón de las bragas.

Sus ojos brillaron. “Qué maldita sea”.

Suspiré inquietamente.

“Maldices demasiado. ¿Eso es cosa de viejos? ¿Cuanto más envejeces, más malhumorado te pones? Bromeé. Estaba lejos de ser viejo, pero quería presionarlo un poco más. “Tal vez necesites una esposa en tu vida que te enseñe un par de cosas sobre elegancia y modales”.

Su mandíbula hizo tictac mientras se sentaba erguido sobre su codo, y con la otra mano, rompió mis bragas en un solo movimiento. Horrorizada por su asombrosa fuerza y rudeza al romperme las bragas, arrugué la nariz. “Eran caros y los usé específicamente para que los pudieras ver y no romperlos”. Me quedé con la boca abierta cuando me di cuenta de lo que acababa de admitir.

Malditos yo y mi boca.

Surge hizo una pausa y su mirada acalorada se dirigió hacia mí.

"¿Los usaste para mí?" repitió la admisión.

Me mordí el labio y sacudí la cabeza con fuerza.

Nunca lo admitiría por segunda vez.

"Pequeña cosita terca", lo reprendió en voz baja.

El aire frío golpeó mi sexo desnudo y junté las piernas con fuerza. Sólo extendió la mano y los abrió de nuevo. Me quejé, pero él me ignoró. Parecía estar perdido en su mundo mientras se movía para gatear entre mis piernas. El edredón ya no estaba cuando nos acostamos juntos en las sábanas.

"Oleada", me quejé de nuevo.

Esperé a que me corrigiera y dijera *Don*, pero en lugar de eso dijo: "Sergio".

Su voz era áspera cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Miré su imponente cuerpo. Parecía grande e intimidante. Tragué antes de repetir suavemente: "Sergio".

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta.

Sergio. Sergio. Sergio.

Canté repetidamente el nombre en silencio en mi mente.

"No quieres admitir cómo usaste encaje para mí, pero mira lo empapada que estás para mí, Ana". Llegó hacia abajo y pasó un dedo por mi piel hormigueante. Regresó mojado con mi excitación. Quería negar que fuera mío, pero esa sería la mentira más grande de todas. "Estás usando demasiada ropa", se quejó.

Parpadeé. ¿Demasiados? Sólo me quedó mi camisa.

Antes de que pudiera corregirlo, sus manos agarraron el dobladillo de mi camisa y me la sacaron por la cabeza. Desconcertada, me senté erguida y lo miré fijamente.

Nuestros ojos chocaron cuando se encontraron.

Me mordí el labio.

Sus ojos siguieron la pequeña acción.

Lamí mi labio inferior lentamente.

Él respiró hondo.

Un hormigueo subió por mi columna.

Lo tenía comiendo de mi palma.

Bueno, hola, poder femenino.

Desde que tengo uso de razón, oculté mi verdadera identidad y fingí ser un hombre hasta el punto de olvidar que también tenía otros poderes secretos. La adrenalina corrió por mis venas cuando mis ojos vidriosos por la pasión encontraron los suyos verdes nuevamente. Se quedó

mirando el sujetador rojo que cubría mis pechos. Los miré, apreciando el hecho de que los hacía parecer más grandes y llenos. Cuando volví a mirarlo a los ojos, no me sorprendió encontrar el creciente deseo en ellos. Me gustó su reacción. Sólo me animó.

"Eres una maldita broma", siseó en voz baja.

Fruncí el ceño mientras lo reprendía: "Me dijiste que usara encaje".

El arqueó una ceja refinada. "¿Y me escuchaste?" No me molesté en responder. "¿Entonces por qué no eres una buena chica y te quitas el sostén por mí?"

Buena niña.

Mi pecho tembló y se expandió ante los elogios.

Si lo escuchara un poco más, ¿diría otras cosas también?

"No", respondió mi boca rebelde.

Tenía un deseo de muerte.

La ira sin explotar irradió de su cuerpo mientras se acercaba.

Tragué, pero me mantuve fuerte mientras mis ojos desafiantes se encontraron con los suyos.

"Hacer. Eso", rechinó.

Sólo sonreí. "Di por favor. Me gusta cuando los hombres suplican".

Claramente, no le gustó ese último comentario. Ya estaba harto de que jugara con él, porque sus manos se extendieron para desabrocharme el sostén y me lo sacaron por la cabeza hasta que mis senos cayeron. El aire frío revoloteó contra mi piel y cortó mis pezones mientras lo veía echarse el sostén por encima del hombro. Un gemido salió de mis labios mientras me rodeaba con mis brazos para ocultarlos. Sus manos sólo los separaron y miró mis pechos con aprecio. Cuando busqué en sus ojos, sólo la lujuria y el deseo se arremolinaban y vagaban en esos ojos nublados suyos.

Me dejó medio emocionado por lo que estaba por venir y medio asustado de cuál sería su reacción una vez que me viera desnuda. No estaba acostumbrada a que me miraran así. "Eres un matón", le acusé. "Me quitaste toda la ropa sin mi permiso".

Sus ojos se tensaron y parecía como si quisiera estrangularme. "Tú empezaste. Recién lo estoy terminando", respondió sombríamente. El peligro en su voz me hizo pensar que sería mejor si corriera.

Era a la vez territorio peligroso y un refugio seguro. No había ningún lugar al que huir ahora, no cuando él me tenía justo donde quería. Aún así, quería pelear un poco más. Demándame.

Me divertí mucho con este juego de tira y afloja que solíamos jugar cada vez que nos veíamos. Mis ojos se iluminaron. Un brillo que una vez había perdido pero que regresaba cada vez que estaba cerca de él. No podía recordar la última vez que mi mente y mi alma sintieron la misma sensación de vértigo que me provocó este hombre.

Su labio se arqueó de nuevo y abrí la boca para decirle lo que pensaba, pero su mano aterrizó en mi garganta. Mis ojos se abrieron cuando él agarró los lados. "Aprenderás a callarte por una vez. Si no puedes, tengo otros usos para esa boca tuya".

¿Oh? Mi piel se sonrojó y quise abrir la boca un poco más sólo para ver si él cumplía con esa amenaza.

Como si se diera cuenta de lo que había planeado, su brazo se estiró frente a él mientras me empujaba más profundamente entre las sábanas, sus *sábanas*. Parecía un gigante indómito y siniestro que se elevaba sobre mí. Los contornos y contornos de su cuerpo estaban iluminados por la luz proveniente de la mesa de noche. Mientras el Don se cernía sobre mí, sus manos estaban pegadas a mi cuello como si fueran otra parte de mi cuerpo.

Había una confianza en él que me recordaba a un depredador. Un depredador muy atractivo. Sus dedos apretaron los costados de mi garganta y jadeé mientras presionaba mi cuello. Podía sentir mis suaves pezones apretándose y poniéndose erectos hasta que empezaron a doler. Cuanto más fuerte presionaba, más erectos se volvían mis pezones. Sus ojos los miraron y mis pechos se volvieron más pesados bajo su mirada.

Miré las venas que palpitaban bajo la piel clara de su abultado brazo. El mismo brazo que podría romperme el cuello como si fuera una ramita. Su agarre contra mi garganta me cortó el aire y un suspiro salió de mis labios. Mi mente cayó libremente en la nada y las estrellas rodearon mi mente mientras mis ojos luchaban por enfocarse. No podía ver nada a través de mi visión borrosa.

"Disfrutas lastimándome, ¿eh?" Gruñó, sus palabras oscuras y profundas como el océano infinito. "Te encanta sacarme un cuchillo cada vez que me ves. Ahora, tu propia vida está en mis manos. Estás a mi merced, pequeño asesino. Tu vida me pertenece ahora. Sólo vives para *mí*".

Su mano aflojó su agarre sobre mi cuello, permitiéndome respirar durante unos segundos antes de apretarlo nuevamente. Mi cuello latía y su mano se tensaba con cada segundo que pasaba. Las estrellas giraron sobre mis ojos mientras mis ojos se pusieron en blanco. Respiré profundamente cuando su mano cayó de mi cuello. Exhalé aliviado y lo miré de nuevo. Pantalones pesados y ásperos salieron de mi boca y mi pecho se apretó, ansiando reponer el oxígeno del que me habían privado momentáneamente. Ni siquiera tuve la oportunidad de recuperarme y recuperar el aliento, porque su boca chocó contra la mía.

Un pequeño jadeo me dejó cuando su dedo se deslizó por la parte posterior de mi cabeza y se hundió en mi melena. Me acercó más a él hasta que mis pechos desnudos chocaron contra su pecho desnudo. Pude sentirlo desnudo por primera vez. Mi feminidad chocó con su masculinidad cuando sus labios solo tragaron los míos y su fuerte agarre mantuvo mi cabello como rehén. Tiró de mi labio inferior mientras silenciosamente me instaba a abrirle la boca. Ahora era un hombre con una misión, como si quisiera que bajara mis defensas. Cazó e invadió mi boca. Su lengua estaba caliente, áspera y húmeda.

Mordió mi labio inferior y se tragó mi gemido. Mis ojos se cerraron cuando su cálida lengua se deslizó dentro de mi boca con un poco de vacilación, como si me estuviera saboreando por primera vez. Ahora un poco más seguro de que no protesté, su cálida lengua empujó y exploró mi boca.

Su boca presionó con más fuerza contra la mía, dejando besos salvajes y descuidados a su paso. Me hundi aún más en las sábanas, enjaulada como un animal indefenso mientras él me reclamaba como un león reclama a su leona. Mis hombros se hundieron lentamente mientras le devolvía el beso contundente.

Los fuegos artificiales explotaron en mi cabeza cuando mi boca se movió sobre la suya con avidez. La emoción burbujeó en mi mente mientras mi boca se movía sobre su dureza y la suya sobre la mía. Mientras tiraba de mi cabello para atraerme hacia él, me aferré a sus hombros y golpeé mi boca contra la suya.

Algo caníbal se extendió a través de mí como un reguero de pólvora, y fue sólo entonces que me di cuenta de que esa parte de mí se había estado ahogando todo este tiempo hasta que este hombre la sacó a la superficie para mantenerse erguida, orgullosa y muy viva. Mis manos

dejaron sus hombros mientras subían y bajaban por su pecho. Exploré sus músculos duros y su piel tatuada por primera vez.

Gemidos y pequeños gemidos salieron de mi boca, sólo para ser tragados por él. Era todo hombre y músculos duros mientras mis manos recorrían las sólidas crestas de su piel. Sus manos todavía estaban enredadas en mi cabello como si se negaran a separarse de mí. Ya no éramos dos cuerpos sino una sola alma.

El calor llenó la boca profunda de mi estómago mientras su lengua abrasadora exploraba cada parte de mi boca. Lentamente, abrí mis ojos de párpados pesados y me di cuenta de que parecía estar mirándome todo el tiempo. Me sorprendió que sus ojos no estuvieran cerrados.

Por otra parte, no fue nada sorprendente. Mi gente lo consideraba prohibido, escandaloso e infamemente notorio. Sin embargo, lo anhelaba aún más cuando su toque reconfortante exploró mi piel. Sus manos se movieron de mi cabello y se dirigieron hacia mi área frontal. Sus pulgares recorrieron pequeños círculos alrededor de mis clavículas antes de aventurarse hacia abajo.

El dolor entre mis piernas se intensificó. Un gemido salió de mis labios cuando sus ojos se posaron en mi rostro nuevamente. Mis labios hinchados palpitaron cuando él arrastró su boca desde la mía hasta el espacio hueco que rodeaba mis clavículas. La diversión en sus ojos había desaparecido ahora que se centraron en mi boca antes de bajar a mis pechos. Lamió mi cuello antes de arrastrar su lengua por las laderas de mis pechos hasta el valle oscuro entre ellos. Mi respiración se hizo irregular cuando él miró mi pezón. No intercambiamos palabras entre nosotros. Sólo hambre y *necesidad* primarias .

Bajó la cabeza para capturar mi pezón en su boca. Sus dos manos apretaron mis pechos mientras le daba a mi protuberancia una succión larga y dura. El calor estalló dentro de mí mientras mordía mi piel. Agarré las sábanas a mi lado mientras empujaba mi pecho más hacia su boca. Nunca antes había sentido algo así. El éxtasis llenó mi boca mientras un suave gemido salía de mi garganta.

Levantó los ojos y nuestras miradas chocaron, luchando por el control. La tensión caótica llenó el espacio entre nosotros. Debería alejarme y terminar con esto. Sabía que no había vuelta atrás, pero la atracción de este hombre tentador era demasiado fuerte. Sería más fácil ceder por una vez y dejar de luchar.

Me quedé mirando sus mechones de color marrón rojizo mientras su lengua suave y cálida acariciaba mi piel sensible. Su olor a cuero me cubrió con su oscuridad. En la superficie, parecía todo luz, pero si cavaba lo suficientemente profundo, encontraría una oscuridad terrible , algo así como la que surgía en mi alma cada vez que tenía una misión para matar.

Le dio a mi dolorida protuberancia otra chupada lenta. Soltando el agarre que tenía sobre la sábana, tiré con fuerza de su cabello. Sus ojos brillaron cuando levantó la vista para sostener mi mirada pero no dejó de chuparme. Sus dientes rozaron deliberadamente mi pezón lentamente y gemí. Mis garras se clavaron en su cuero cabelludo mientras presionaba su boca con más firmeza contra mi pecho. En cambio, se alejó de él, agarrando mi otro pecho descuidado con su boca. Mi ahora descuidada protuberancia también quería su atención.

Se echó hacia atrás sólo para murmurar: "Joder, podría hacer esto todo el día".

Mi piel se sonrojó ante sus crudas palabras.

"Eres hermosa, perfecta y muy bonita..."

Junto mis pechos mientras lamía mi carne nuevamente. Su suave lengua se arremolinaba a mi alrededor y sus dientes rastrillaban la apretada protuberancia. Dejé escapar un gemido cuando mis ojos vidriosos se encontraron con los suyos. Mi núcleo tembló y quise juntar mis piernas, pero él estaba atrapado entre ellas. Metió mi pezón tenso en su boca mientras mis respiraciones salían en exhalaciones ásperas y desiguales.

Sostuvo mis ojos brillantes todo el tiempo. Fui el primero en romper el contacto visual mientras la sangre corría desde mis pezones hasta mi centro. Mi excitación se deslizó por mis muslos y estaba claro que necesitaba más fricción. Dejó mi pezón con un pop, y cuando nuestros ojos se encontraron, un brillo llenó sus ojos. Abrió más la boca mientras chupaba mi pecho con más fuerza. Su barba de varios días raspó mi piel, dejando besos de color rosa bigote. Sin pensar, apoyé mi sexo contra el bulto de sus calzoncillos.

El siseó y el sonido vibró a través de mí.

Tiré de su cabello nuevamente y sus ojos se dispararon.

Le supliqué a través de mi mirada mientras mis caderas se movían contra las suyas.

Más. Más. Más , grité mentalmente.

Como si hubiera escuchado mi súplica, su boca abandonó mi pecho mientras se arrastraba hacia abajo hasta que su cabeza estuvo entre mis piernas.

Bueno, yo no pedí eso...

Extendí una mano para levantarlo, pero sus manos solo separaron más mis piernas hasta que mi sexo brillante quedó expuesto a él.

Me sorprendió mirándolo y levantó una ceja.

"Esta es la única vez que me arrodillaré ante ti".

Golpear. Golpear. Golpear.

Los latidos de mi corazón se aceleraron.

Nunca imaginé al Don arrodillándose ante mí hasta ahora.

El calor llenó mi rostro mientras la sangre brillaba en mis venas.

Sopló en mi coño y mi mano y mi cabeza cayeron sobre las sábanas debajo de mí. Su aliento era frío contra mi carne encendida, y cuando su nariz rozó mis pliegues, quise ocultarle mi rostro. "Esto es inapropiado", chillé mientras él inhalaba mi carne reluciente.

La risa de Surge resonó en el aire.

Mis labios se separaron.

Él *rió*.

Era la primera vez que lo escuchaba reír así. Era diferente de sus sonrisas y risas. Fue su risa profunda y cruda cuando echó la cabeza hacia atrás.

Hizo que un rayo de electricidad recorriera mis venas y ansiaba oírlo de nuevo. Era como música para mis oídos.

Lo transformó de Don Sergio Romano a simplemente Sergio.

Me dio una sonrisa pícaro antes de reprenderme: "Creo que ya cruzamos esa línea el día que usaste lápiz labial rojo para mí".

Apreté mis labios porque no quería admitir que tenía razón.

Dejó caer su cabeza entre mis piernas nuevamente.

Una extraña fascinación acechaba en las sombras más profundas de mi alma. Sopló suavemente sobre mi piel en llamas y me estremecí debajo de él. Su lengua me lamió lentamente mi coño rosado e hinchado. Grité y traté de tirarme hacia atrás, pero él solo agarró mi trasero con firmeza antes de volver a ponerme debajo de su boca.

Luego, se lamió los labios lentamente como si saboreara mis jugos. Mis mejillas ardieron brillantes como un infierno furioso. Me probó de nuevo mientras su lengua letal y

hambrienta lamía mi raja de arriba a abajo agresivamente, como un hombre hambriento que se había perdido el postre.

Mis ojos pesados lo miraron con asombro.

Violó mi dolorosamente tierno montículo mientras exploraba y devoraba todo lo que me hacía femenina. Su lengua recorrió lentos círculos alrededor de mi clítoris, obligando a mi cuerpo caliente y necesitado a exigir más. Mis piernas temblaron cuando la parte plana de su lengua trazó una línea recta a través de mi carne antes de chupar mi clítoris directamente. Me consumió como un fuego furioso, y los dedos de mis pies se curvaron mientras dejaba largos lamidos en mi clítoris con su lengua increíblemente talentosa. Mientras ruidos crudos y animales surgían de mi boca como un gato en celo, levanté mis caderas para encontrar su boca.

Yo era una mujer a la que habían negado durante tanto tiempo.

Se echó hacia atrás solo para murmurar: "Joder, mírate, hambriento de mi boca".

Surge me miró mientras chupaba lentamente los labios de mi coño y yo metí mi montículo en su boca aún más. Me lamio con un suave movimiento de su lengua antes de levantar mis piernas y envolverlas alrededor de sus hombros. Una idea apareció en mi mente. Lo apreté con más fuerza mientras acercaba su cara a mi coño como si quisiera asfixiarlo.

Los ojos de Surge brillaron hacia mí como si supiera lo que estaba haciendo, y antes de que pudiera verlo venir, me *mordió* en el lugar.

Él. Era. Mordiendo. A mí.

"¿Aún quieres matarme?" Se burló, su aliento me abanicaba.

Tiró de uno de mis pliegues con los dientes y lo estiró para ver hasta dónde llegaba. Mi visión se nubló y grité. Las lágrimas brotaron de las comisuras de mis ojos mientras gritos atormentados me abandonaban. Intenté retroceder, pero sus manos agarraron la parte posterior de mi trasero para mantenerme en su lugar mientras su boca masticaba mi sensible clítoris. Mi plan de asfixiarlo obviamente había fracasado.

Mi rostro se contrajo de felicidad y gritos distanciados salieron de mi boca mientras él continuaba lamiendo y mordisqueándome. Los bordes afilados de sus dientes rozaron mi piel y sentí que me sonrojaba. Mi cuerpo tembló

mientras arqueaba la espalda para preparar mi inminente liberación. Metió su lengua dentro de mi coño, y fue entonces cuando perdí todo el control y me entregué por completo a él. La emoción de toda la adrenalina que corría por mis venas se acumuló y brilló en mi estómago antes de subir por mi columna y destrozarse con mi liberación. Mis respiraciones embriagadoras y gemidos llenaron la atmósfera cuando un maravilloso orgasmo me invadió.

Mis hombros se hundieron mientras me desplomaba en la cama. Surge continuó lamiéndome hasta dejarme limpio. Levantó la cabeza después de devorarme y mis jugos gotearon por su boca. Mis ojos vidriosos y desenfocados estaban a un segundo de perder el conocimiento por completo.

"Tu coño está rosado y en carne viva, tal como pensé que sería. Estoy a punto de hacerlo más crudo". Escuché la oscura promesa en su voz magnética mientras avanzaba para alinearse conmigo.

No supe cuando se había bajado los calzoncillos y se había puesto una bata sobre su palpitante longitud.

Su grueso bulto rozó mi núcleo hinchado, todavía tembloroso y reluciente. Mis ojos se abrieron cuando miré su polla. Su polla rosada era grande y casi morada. Mi respiración se hizo entrecortada mientras lo miraba.

¿Podría esa cosa siquiera encajar?

Levanté los ojos justo a tiempo para verlo hundirse en mí sin piedad, como si quisiera partirme por la mitad.

Mierda. Siseé como si me hubieran abierto con el filo de un cuchillo.

Mierda. Eso. Duele.

Mi espalda se arqueó contra la cama mientras mis pechos chocaban contra su pecho.

El agua llenó mis ojos ante la sensación de plenitud con él dentro de mí.

"Por fin", murmuró.

Mis oídos se animaron y mi alma sonrió ante la vulnerabilidad de su tono.

"He estado esperando esto desde que te saqué la capucha de la cara la primera vez".

Mi corazón martilleó en mi pecho.

Mis ojos brumosos se encontraron con los suyos y lo miraron fijamente. Su rostro estaba distorsionado cuando respondió: "Tu coño está tan jodidamente apretado". Una expresión de desconcierto cruzó su rostro mientras sus ojos buscaban los míos. "Sabía que sólo habías estado con una

polla en toda tu vida, pero aún así, no puedes estar tan apretado. ¿Qué carajo no me estás diciendo? Ahí fue con esa boca sucia. No podía creer que estuviera entablando una conversación conmigo mientras todavía estaba dentro de mí todo el tiempo.

Mis labios temblaron mientras respiraba pesadamente.

"Una vez." Mi voz salió pequeña.

Una arruga llenó la frente de Surge.

"Sólo me tocó una vez y luego nunca más me tocó". Me avergüenzo de haber rechazado a mi marido. Que había hecho el papel de marido por una noche y luego nunca más me había mirado.

Las cejas de Surge se alzaron, horrorizado por mi revelación.

"Estás bromeando..."

Su polla se congeló dentro de mí, aunque todavía gruesa y caliente.

Mis músculos se apretaron alrededor de él mientras intentaban empujarlo.

Sacudí la cabeza lentamente. "Ojalá lo fuera", admití.

El labio de Surge se torció en confusión. "¿Estás seguro de que a él no le gustan las pollas?"

Una sonrisa apareció en mi rostro y me reí.

Me reí como un adolescente.

Ay dios mío.

Surge no sonrió cuando sus ojos inquietantes se encontraron con los míos. Terminó con: "Porque sé que si fueras mi esposa, encontraría cada momento, cada segundo, cada minuto, cada hora que pudiera, solo para tocarte". Mi alma se estremeció. Su voz se suavizó cuando dijo: "Una vez que esté profundamente arraigado dentro de ti, nada me hará irme a menos que alguien me separe de ti por la fuerza".

Empujó dentro de mí de nuevo y grité de dolor. Mi labio inferior tembló y él lo atrapó entre sus labios con un tirón. Gemí cuando mi hambre creciente coincidió con la suya. Se soltó mientras me golpeaba repetidamente. Mis ojos se llenaron de agua y una lágrima rodó por mi rostro. Solté un suspiro cuando él lamió la lágrima de mi cara como un salvaje.

"Oleada", gemí.

Hizo una pausa para encontrarse con mis suaves ojos.

"Duele", admití con voz apagada.

Empuje. Grité: "Eres demasiado duro". *Empuje.* No se detuvo cuando protesté. Lo acusé a través de mis ojos

ceñudos. *Empuje*. "¡Muy cruel!"

"Bien", declaró. "Ahora sabes cómo se sintió al ser apuñalado por ti las dos veces".

Él me miró con complicidad y yo le saqué la lengua. Entrecerró los ojos antes de agacharse para morderlo. Mis ojos se abrieron cuando solté el aliento.

Sus actos voraces continuaron su asalto contra mi cuerpo dolorido mientras se volvía amenazador y explosivo en un abrir y cerrar de ojos. Clavé mis uñas en su espalda y las arrastré por su espalda. Gruñó cuando le saqué sangre.

Sus embestidas siguieron siendo intensas y mi cuerpo poco a poco se volvió más húmedo. Sus violentos empujes continuaron mientras sus caderas golpeaban las mías con un ruido sordo. Mi respiración salió obstruida por mi nariz y mis ojos se empañaron nuevamente.

"Más despacio", gruñí.

Me miró antes de responder: "Di por favor. Me gusta cuando *las mujeres* suplican".

Se burló de mí con mis propias palabras.

Fruncí el ceño cuando encontré sus vidriosas esmeraldas. "Preferiría morir antes que decir por favor".

Mi corazón tartamudeó mientras él me miraba intensamente, esperando que hablara. No disminuyó la velocidad cuando le pregunté, pero se detuvo por completo cuando escuchó mi último comentario.

"Quiero que esta sea mi primera vez *real*", admití. "Quiero que me des algo ya que te doy mi primera vez". Mis ojos esperanzados buscaron los suyos. "¿Sergio?" Me mordí la lengua ante el hecho de que su verdadero nombre se escapó de mi boca.

Sergio sostuvo mis ojos todo el tiempo mientras lentamente balanceaba sus caderas contra las mías. Sus movimientos se ralentizaron como si siguiera un ritmo.

Empuje.

En. Y. Afuera.

Mi cuerpo se movió contra el suyo.

Mis pestañas revolotearon, medio cerradas.

Cada vez que exhalaba, él inhalaba.

Cada vez que jadeaba, él miraba.

Sus manos descansaban a los lados de la cama mientras sus ojos nublados me miraban fijamente.

Mis músculos internos se adaptaron lentamente a él mientras se adaptaban a su tamaño. Afortunadamente, ya estaba empapado de nuestras travesuras anteriores. Mi calor apretó su polla, empujándolo más profundamente

hacia mí hasta que lo sentí cerca de mi estómago. Fue como si se convirtiera en una parte permanente de mi cuerpo.

Mi mente se salió de control mientras él seguía empujando dentro de mí. Mientras mis pechos rebotaban y golpeaban contra su pecho, mis ojos vidriosos centrados en su piel sudorosa iluminaron la luz de la luna que entraba a raudales en la habitación. Su circunferencia se deslizó fácilmente en mi abertura ahora mientras pequeños maullidos escapaban de mis labios.

Nuestros cuerpos se volvieron uno como si encajaran perfectamente. Se deslizó fácilmente en mi desastre empapado. Continuamos así durante un par de minutos, él empujándome mientras yo intentaba igualar su ritmo con mis caderas. Levantando lentamente los ojos, me encontré con su mirada carnal mientras mi respiración se hacía entrecortada. Gruñó cuando su rostro se distorsionó ante mis ojos.

"I. Necesidad. A. Muévete", rechinó.

Me reí, pero mi sonrisa desapareció inmediatamente de mi cara cuando él se estrelló contra mí.

Duro.

Me quitó la risa.

Lo miré sorprendida.

"¿Esto no te *conmueve*?" Dije entre pantalones.

Golpe. Él ignoró por completo lo que acababa de decir.

Golpe.

"Voy a devastar tu cuerpo como si quisiera matarte".

Con cada empujón y cada golpe de sus caderas, mi cabeza se hundía en la mullida almohada. Respiré fuerte y asentí, aceptando mi destino.

Un destello oscuro brilló en sus ojos brillantes. Se apartó un poco antes de golpearme con todas sus fuerzas, como si quisiera desgarrarme. Grité cuando sus malvados empujones se volvieron más duros mientras se sumergía en mi cuerpo lascivo una y otra vez. Rayos de estática surgieron a través de mí cuando nuestros cuerpos se conectaron. Su brazo se estiró sobre mí hasta que se hundió debajo de la almohada en la que una vez estuvo acostado. Mientras me empalaba, giré la cabeza y parpadéé ante la espada que sostenía. Mi mirada se centró en la punta plateada de la daga. Escondí una sonrisa mientras me giraba para mirarlo de nuevo.

"Es." *Empuje.* "Este." *Empuje.* "El." *Empuje.* "Momento." *Empuje.* "Dónde." *Empuje.* "Tú." *Empuje.* "Recordar."

Empuje. "Su." Empuje. "Vendetta." Empuje. "Y." Empuje. "Abertura." Empuje. "Mi." Empuje. "¿Garganta?"

Me ignoró de nuevo mientras apoyaba la espada justo sobre mi clavícula.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura mientras lo acercaba más profundamente a mí. Arqueé la espalda mientras se me escapaba un gemido. Mis respiraciones entrecortadas aterrizaron en sus labios.

"Esto se parece a mi espada". Miré de nuevo el arma plateada. "¿Lo guardaste como recuerdo? Si no lo supiera, pensaría que se está volviendo adicto a mí, señor Romano. Sin darle oportunidad de responder, lo acusé: "Desde que entraste en mi vida, he estado perdiendo mis cuchillos y mi ropa. Tú *ladrón* ."

Esta vez no sonrió mientras deslizaba la espada entre mis pechos mientras la parte plana se deslizaba por el valle oscuro y sombreado. Continuó con sus implacables embestidas, pero ahora eran más controladas y más lentas. Sus ojos ardieron en los míos mientras lo agarraba por el mango y apuntaba con la punta contra mi piel pálida.

Tragué saliva mientras arqueaba la espalda para clavarme más en el cuchillo.

Mis pechos se elevaron y empujé mi cuerpo hacia adelante.

Respiré hondo y superficialmente mientras arrastraba la punta hacia el valle de donde venía. Mientras cortaba pequeñas y profundas líneas en mi piel, gemidos surgieron de mis labios y los cortes encendieron mi piel.

Sus ojos permanecieron en mí todo el tiempo mientras me golpeaba y su mano enterró la punta de la espada en mi piel. Giró el cuchillo como si disfrutara cortándome. Hilos de líquido tibio cubrieron mi piel mientras rodaba hacia abajo. Su labio se curvó en una sonrisa torcida y sus ojos se oscurecieron como si quisiera lastimarme por esas veces que intenté lastimarlo.

Misión cumplida.

Como en trance, su mirada se apartó de mi cara mientras yo yacía allí, gimiendo, atormentada y abierta debajo de él. Había dejado un grabado en mi misma carne. Mi piel ardió cuando el aire frío golpeó mi piel y siseé en voz baja. Mis ojos se deslizaron hacia la punta del cuchillo cubierta de escarlata.

Usando la misma punta, ahora colocó la cuchilla plana contra mis sensibles y doloridos pezones, uno por uno. Lo miré fascinado mientras él untaba mi piel con mi sangre

como si estuviera realizando un ritual satánico. El líquido se sentía pegajoso y pesado en mi piel y quise limpiarlo. Siempre me enjuagaba el cuerpo cuando tenía sangre.

Mis manos se alzaron para limpiar la sangre, pero capté la desaprobación grabada en su rostro e instantáneamente las solté. Ahora, yacían inertes a mis costados. Sus ojos brillaron con aprobación y mi alma sonrió como si estuviera más feliz de haber dejado que me masacrara. Dejó caer el cuchillo ensangrentado sobre el suelo alfombrado debajo de nosotros antes de dejar caer su cara entre mis pechos. Gemí cuando su lengua caliente dejó golpes ásperos en mi piel.

Siseé cuando hizo un impacto en la marca de sangrado que me había dejado. Su lengua recorrió mi piel horizontalmente mientras saboreaba mi sangre, y su mirada se dirigió hacia mí mientras mi sangre cubría sus labios. Mi núcleo se tensó y se volvió más húmedo ante la vista. Podía sentir mi excitación goteando por mis muslos.

Se echó hacia atrás y respiró frío contra los moretones. Me estremecí y se me puso la piel de gallina. Mis pezones se pusieron erectos nuevamente mientras su gran cuerpo se cernía sobre mí. Admiró su obra mientras sus ojos vidriosos por la pasión se llenaban de un brillo. “Cuanto más te tortura el salvaje que hay en mí, más húmedo se vuelve tu pequeño agujero. ¿Lo sabías, Ana? comentó crudamente casualmente. Una sonrisa torcida enmarcó su rostro mientras se alimentaba de mis privaciones. “No necesitas pétalos de flores la primera vez. Especialmente no quieres que te *haga el amor*. Necesitas *que* te tome violentamente, como siempre ha sido entre nosotros. Un amor despiadado”.

Me quedé boquiabierto y antes de que pudiera responder, él me golpeó con toda su virilidad una y otra vez, y mi cuerpo se estrelló aún más contra su cama.

¿Acaba de decir amor?

Mi cuerpo saltaba con cada empujón de sus caderas mientras tomaba cada centímetro de él. Me empaló cada vez que se hundía en mí, y mi respiración se intensificó en exhalaciones irregulares mientras olvidaba sus palabras anteriores. Sus manos grandes y tatuadas apretaron mis pechos y los apretó con tanta fuerza que grité.

Mis ojos se convirtieron en niebla y mi cuerpo se disolvió en cenizas mientras él lo moldeaba solo para él. Al hacerlo, la larga línea de cortes que había hecho contra mi piel se abrió de nuevo mientras más sangre brotaba de

ellos. Podría dejar una marca durante varios días. Sin embargo, no pareció importarle, ya que estaba perdido en su mundo mientras su lengua me violaba y su polla se hundía en mí a la velocidad del rayo.

Me retorcí y jadeé, sin saber si mi cuerpo podría soportarlo más. Aún sosteniendo mis senos, me dio la vuelta y se hundió más profundamente dentro de mí y de manera más imprudente desde atrás. Esta era una posición nueva a la que no estaba acostumbrada y él se sentía aún más grueso. Sus manos acercaron la parte posterior de mis muslos a él mientras mi trasero golpeaba contra él. Ni siquiera podía gritar con sus interminables movimientos detrás de mí. Su mano tiró del pelo de mi nuca mientras se estrellaba dentro de mí contra mi sexo todavía empapado.

Estaba planeando poner mi coño rosado hoy.

Gemí y arqueé el cuello hacia atrás mientras él tiraba de mi melena negra. Mi cabeza estaba tan volteada ahora que podía verlo. Se me formó un nudo en la garganta. Su mirada podría tragarme entera.

Respirando con dificultad, cerré los ojos por un segundo, pero él tiró más fuerte de mi melena. Gemí cuando mis ojos se abrieron para encontrarme con sus musgos.

"Mírame cuando te estoy follando. Es una orden."

Dios... Era tan exigente con esa voz retumbante suya, y a mi cuerpo parecía gustarle demasiado.

"Mmm. Puedo decir que te estás divirtiendo", dije secamente.

Su otra mano dejó mi trasero para agarrar mi mandíbula. La abrió para deslizar tres dedos ensangrentados dentro, callándome efectivamente. Jadeé y me atraganté mientras me ahogaba con sus dedos y mi propia sangre, pero él no se detuvo allí.

Ya no podía ver bien. Mis ojos nublados se llenaron de lágrimas y agua salada se escapó de sus bordes. El lo notó y el triunfo llenó sus ojos verdes. "¿Estás dolorida, Ana?"

Su voz salió en una burla jadeante mientras empujaba dentro de mí una y otra vez.

Carne golpeada contra carne. Caderas contra caderas.

El olor a sexo llenó la habitación hasta que ya no olíamos como nosotros mismos.

Nunca le admitiría eso, así que solo negué con la cabeza ya que él estaba demasiado ocupado asfixiándome la boca.

"Sigues siendo tan terco incluso cuando me estoy follando tu pequeño y apretado agujero mientras tú yaces gimiendo debajo de mí". El se rió oscuramente contra mi cabello. "Te ves aún más sexy así, pequeña".

Mis ojos se abrieron y mis músculos internos se apretaron sobre su eje.

Mi piel se sonrojó ante sus crudas palabras, pero me negué a admitir mi derrota.

"Admitelo. Esta es una batalla que seguramente perderás". Su voz espesa llegó a mi oído nuevamente. "Especialmente por la forma en que tu dulce coño me está agarrando".

Como si fuera una señal, mis caderas se balancearon en sincronía con las suyas hasta que me quedé total y absolutamente sin aliento. "Sí, dame todo de ti, Ana". Su rica voz retumbó en la atmósfera.

Permanecí en silencio y sus crueles embestidas me saludaron a cambio mientras una mano continuaba tirando de mi cabello hasta que sentí el dulce y tortuoso escozor en mi cuero cabelludo, mientras su otra mano continuaba amordazándome. Nuestra piel continuó chocando entre sí y nuestra respiración empañó la atmósfera de nuestra unión. Un hormiguelo recorrió mi columna mientras mi mente se nublaba de placer. Mi saliva estaba cubriendo su mano en ese momento, pero no le importó en absoluto. Él permaneció empeñado en torturarme y en su lugar golpear mi cuerpo.

"Esta es tu verdadera primera vez. La próxima vez que te folle, me correré en tu cara. Sus gruñidos guturales llenaron mis oídos. "Y cuando lo haga, quiero ver mi semen cubrir tus labios rosados y gotear por tu barbilla".

Mi clítoris palpó ante sus palabras crudas pero adictivas. Mi respiración se detuvo ante la crueldad que ejercían sus mezquinos toques. La intención maliciosa yacía dentro de él mientras me destrozaba por completo. La saliva goteó de mi boca por estar abierta por mucho tiempo cuando sus dedos se adentraron más en mi boca y golpearon la parte posterior de mi garganta. Casi me atraganto.

Finalmente, sus manos cayeron de mi cabello y mi boca.

"Puedo decir que esto ha estado en tu lista de deseos por un tiempo", murmuré con cansancio mientras mi cuerpo completamente agotado se hundía contra su colchón. "Debes estar muy orgulloso. Después de todo, tu mayor logro es seguir vivo y follarte a la persona asignada

para matarte". La boca abierta que había en mí volvió a salir.

Agarró mis manos para sujetar mis palmas contra el colchón.

"No me hagas quitarme la goma y disparar mi carga en tu boca".

Su voz sonó más ronca de lo habitual.

Mi respiración se cortó ante su oscura promesa.

"No sabes cómo comportarte, ¿verdad? ¿Qué pasa si le doy la vuelta a tu bonita cara y te la follo? Podía escuchar el desafío en su voz autoritaria.

Mi pulso se aceleró y la sangre en mis venas tronó con anticipación. Esta vez me quedé callado, porque podría hacerlo. "Estos agujeros son míos. Puedo hacer lo que quiera con ellos". Su voz estaba mezclada con posesividad mientras su respiración salía entrecortada detrás de mí.

La desesperación se apoderó de él cuando apretó con más fuerza mi cuerpo y se introdujo en mí. Mi corazón tronó ante su crueldad y mis gemidos se hicieron más fuertes en la noche. Mientras continuaba golpeando despiadadamente dentro de mí, destrozándome por completo, los resortes de la cama crujieron ruidosamente debajo de nosotros. No tenía dudas de que estaba marcando mi cuerpo como un recordatorio permanente de sí mismo y manchando cada parte de mi cuerpo. Estaba al borde de la locura en ese momento, pero mi cuerpo seguía sacudiéndose al ritmo del suyo. Todo mi cuerpo tembló mientras me acercaba a otro orgasmo y mis pulmones se tensaron mientras ansiaban aire.

La euforia me golpeó cuando me solté y me desmoroné ante él. Mi cuerpo drenó el líquido caliente restante que quedaba en mí y lo cubrió con mi esencia. Cuando mi liberación me golpeó con fuerza como una inundación, respiré con dificultad.

Jadeé mientras yacía allí, sudorosa y bien gastada debajo de él. Suspiré inquietamente mientras Surge flotaba sobre mí una vez más antes de darme un último empujón intenso. Sus gruñidos guturales llenaron el aire cuando se liberó dentro de mí.

Un segundo después, me murmuró al oído: "Encontré una mujer con la que merecía la pena casarme, pero tú ya estás casado. De cualquier manera, eres mía, Ana".



Surge

13

Había pasado otra semana y no había visto a Ana.

Ana. Ella no era Anastasia para mí.

Ella era simplemente Ana.

Ultimamente no había regresado con sus cuchillos en llamas y sus revólveres disparando balas. Era como si casi hubiera desaparecido.

Imágenes vívidas de esa única noche que pasamos juntos pasaron por mi mente. Alcancé una mano y me rasqué la barbilla. Me lo había afeitado esta mañana, pero ya se había formado de nuevo una pizca de barba incipiente.

La Bratva tuvo un evento hoy.

Hombre, estaba empezando a molestarme con estos eventos innecesarios. Quiero decir, todo lo que tenía que hacer era dar la cara y pagar mis deudas. Siempre salía después de diez minutos, pero hoy me quedé más de una hora por una razón. Todavía no había encontrado al asesino que buscaba.

Había caído la noche y la pareja de recién casados pronto desaparecería para divertirse cada noche. Necesitaba aparentar que no pasaba nada y fingir que no sabía que habían intentado asesinarme. Al menos no estaba solo.

También asistieron *Nonna Alice* y *Annalisa*. Habían volado a la ciudad según mis órdenes y actualmente estaban socializando y charlando con otros invitados que asistieron a la recepción. Los llamé porque tenía a alguien a quien quería presentarles, pero esa persona aún no había llegado.

Mis ojos errantes buscaron a esa persona por el gran lugar, pero no pude encontrarla. Quizás ella no estaba aquí todavía. Encontré a la novia y al novio cerca. Al parecer, todos se iban a casar menos yo. Lo cual era irónico ya que yo era el mayor de todos.

La Bratva había concertado una alianza con la mafia irlandesa. Había oído que Alexander Nikolaev había rechazado a la novia del irlandés para casarse con su esposa, Ghislaine, por lo que los deberes se habían extendido a uno de sus primos. La novia era hija de Cian Doyle, un jefe de la mafia irlandesa.

Metí la mano en los bolsillos de mis pantalones de seda mientras me acercaba a ellos. La novia fue rechazada

mientras conversaba con alguien cercano, pero el novio me vigiló.

El traje de Raoul estaba confeccionado con el satén más fino y se ajustaba a su bien formado cuerpo de seis pies. Abajo, llevaba un par de costosos zapatos de cuero negro hechos a medida. Arrastrando mi mirada hacia arriba, observé sus rasgos rusos. El resto de su cabello estaba cuidadosamente peinado sobre su cabeza, pero dos mechones habían caído sobre su frente alta y orgullosa.

Rusos... Me regodeé. Siempre tan jodidamente orgulloso.

Sus ojos azules se encontraron con los míos mientras me evaluaba.

Azul...

Me recordaron a los de zafiro de Ana. Deseé poder dejar de pensar en ella. Esa chica había sido un dolor de cabeza para mí desde su primer intento de asesinarme. Dejé de lado mis pensamientos y me concentré nuevamente en el joven novio. Tenía poco más de veinte años. Lo habían ascendido a *Sovietnik* hacía un año: uno de los dos espías internos de Bratva. Y uno *letal* además.

Se suponía que no debía saber esta información, pero la sabía de todos modos. No es de extrañar que sus ojos fueran tan astutos mientras permanecían pegados a mí. Como *soviético*, supervisó al *brigadier* Kirill para garantizar la lealtad de los soldados de infantería.

Era algo así como los controles y contrapesos del gobierno de Estados Unidos, por lo que el capitán no se volvió más poderoso que el *Pakhan* y los negocios estaban regulados. Debajo de los *brigadistas* de la Bratva estaba la unidad de trabajo, y en este caso, eran los asesinos. Los asesinos formaban parte de la tripulación de Kirill.

Raoul espía junto a Dimitri, que era a la vez el segundo al mando y el *Obshchak* a cargo de la seguridad de Bratva. Aunque los *Obshchak* y los *Sovietnik* tenían el mismo poder, Dimitri era más poderoso. Esto se debía a que Dimitri era el hermano de sangre de Alejandro, y si algo le sucediera a su líder, Dimitri sería el siguiente en gobernar la Bratva.

Ahora, los ojos de Raoul estaban reservados como muchos miembros del mafioso. Esta vida te convirtió en algo para lo que no naciste. Me preguntaba si sabía sonreír. Aprendí a sonreír recientemente, pero este niño no parecía que alguna vez fuera a sonreír en esta vida. Observé su

cabello azabache y sus ojos azules. Raoul me recordó a un niño emo.

Su cabello color tinta cayó más sobre su rostro. El marcado contraste entre ellos era asombroso. Podría ser una copia al carbón de Ana, pero Ana no tenía la cabeza negra por naturaleza.

Rubio. Anastasia Volkova era rubia.

Una imagen de ella en el auto pasó por mi mente. La misma noche la hice venir con mis dedos. Había visto sus raíces.

Definitivamente era rubia.

Cuando me acerqué al joven primo de Alexander, él asintió con la cabeza a modo de saludo. Así era siempre cuando se trataba de él. Su madre era Galina Ivanova. Se rumoreaba que no podía hablar, pero otros decían que a veces oían su voz despiadada haciendo eco en medio de la noche. Nadie sabía realmente la verdad excepto el propio Raoul Zakharov.

No sabía si él no podía oír y no sabía cómo usar el lenguaje de señas para comunicarme con él. Entonces solo dije: "Felicidades".

No estaba segura de si podía leer los labios, pero supuse que sí. Raoul extendió sus dedos y su pulgar entintados. Se tocó la barbilla con los dedos antes de moverlos hacia adelante y ligeramente hacia abajo. Pensé que eso quería decirte *gracias*. Lo había visto en una película una vez.

Asentí y luego me alejé de él. No mucho después, los tortolitos recién casados se marcharon. Cada vez más invitados se fueron hasta que quedaron algunas personas cercanas. No me alejé mucho del lugar cuando choqué con el hombro de alguien. Giré la cara hacia la derecha y un par de ojos negros como un abismo me saludaron.

Alejandro.

Los colores negros siempre se aferraban a él cada vez que lo veía. Sin embargo, en lugar de usar sus característicos puños morados, vestía color burdeos. Aunque yo era más alto que él, él era más larguirucho y delgado que la mayoría de la gente. Parecía pulcro, limpio y elegante, como un personaje mítico de un libro de cuentos, con su ropa ajustada. Pero él no era el príncipe azul, sino el villano.

Negué con la cabeza. No fue el único.

Todos éramos villanos. Todos teníamos demonios.

Pasó una mano por su recortada barba negra mientras sus traviesos ojos se posaban en mí. No sabía lo que pensaba e imaginaba la mayor parte del tiempo. Era como si te sonriera a la cara, pero ya había ejecutado tu muerte en su mente.

Mi cuerpo se puso rígido como si sintiera un ataque no planeado por su parte. Mis hombres todavía permanecían a mi alrededor. Aunque no estaban directamente conmigo, sabía que estaban mirando. Debería haber convocado una reunión privada, pero realizarla públicamente parecía mejor para lo que estaba a punto de hacer.

Seguramente no podría asesinarme públicamente.

El sería el culpable número uno.

"Entonces, Surge", habló Alexander con su voz suave y afable. Se encogió de hombros antes de continuar: "¿Te gustó nuestra boda?"

Levanté una ceja. "Todo estaba bien. ¿Alguien más planea casarse?"

Su labio se curvó en una sonrisa burlona y sacudió la cabeza.

"Nadie más por ahora".

Alguien se acercó a él para iniciar una conversación con el *Pakhan*.

"Disculpe", me dijo antes de centrar su atención en el recién llegado.

Aparté la mirada de él y mis pasos se dirigieron a uno de sus soldados que bebía en el trabajo. No tenía idea de quién era, pero si fuera Alexander, ya lo habría despedido. Con una sonrisa maliciosa en mi rostro, me acerqué justo frente a él.

"Hola. Soy Don Surge".

No tuve que presentarme ante él, pero me gustó cómo sus ojos se abrieron brevemente ante la mención de mi nombre. El pobre hombre parecía muy asustado. Me gustó la descarga de adrenalina que fluía por mi cuerpo ante el miedo que le provocaba.

El poder era algo perverso y extraño. Aquellos que no tenían ningún poder nunca entenderían cómo era. Y los que lo hicieron, no supieron cómo hacerlo durar.

El sudor le corría por la frente y me pregunté si estaba a un paso de orinarse en los pantalones. Después de todo, sólo quería entablar una conversación con él.

Mi sonrisa se volvió siniestra.

Su boca se abrió y asintió brevemente.

"Señor Romano, hola".

Noté que no me llamó Don.

Otros soldados no reconocían a otros líderes como propios.

"¿No deberías proteger a tu *Pakhan* en lugar de beber?"

Sus mejillas se pusieron rojas como una remolacha mientras farfullaba. "Oh... Oh, por supuesto que lo haré. Quiero decir, lo soy", se corrigió. Buscó un lugar para dejar su bebida, pero no había una mesa a nuestro alrededor.

Como el caballero más perfecto que era, le ofrecí algo de ayuda. "Me permitirá."

Antes de que pudiera protestar y estar en desacuerdo, extendí la mano para retirarle la bebida de la mano. Su boca se abrió, aturdido por la idea de que le estaba ofreciendo mis servicios como un camarero. Yo no lo estaba. Le di otra de mis encantadoras sonrisas antes de darme la vuelta. Mientras levantaba la bebida frente a mí casualmente, levanté la otra mano con un anillo enrollado alrededor de mi dedo como una serpiente. Mirando al frente y no a la bebida, moví mi dedo sobre ella, rociando su contenido en la bebida.

Aún sonriendo, me giré lentamente hacia el soldado que no se había movido del lugar. "Pensándolo bien, ¿por qué no te tomas un descanso? Después de todo, es una boda".

Mi encantadora sonrisa se extendió por mi rostro y sus ojos devoraron mi sensación de aprobación mientras le entregaba la bebida. No sentí ningún remordimiento en mi alma cuando se llevó el borde de la bebida a los labios y bebió. Un soldado siempre sería un soldado.

Siempre obedecieron a los líderes.

Había bajado la guardia conmigo.

Con una sonrisa todavía plasmada en mis labios, me di vuelta y me alejé unos pasos. Pasando una mano por mi dedo anular, cerré el compartimento secreto de mi anillo tipo pastillero. Tamborileando lentamente con los dedos, conté mentalmente hasta cinco. Sólo tomaría menos de cinco segundos.

Logré alejarme un paso más antes de escuchar el ruido metálico de algo cayendo detrás de mí.

Mi alma se iluminó ante la pequeña victoria.

Mis retorcidas entrañas estaban contentas.

No tuve que girarme para saber que el soldado había caído al suelo, muerto.

Todas las voces en el pasillo se calmaron.

Un silencio total nos recibió hasta que los susurros comenzaron una vez más.

Tal vez los invitados asumieron que había bebido demasiado, pero cuando me vieron parado allí casualmente cerca del cuerpo, todavía sonriendo, sus ojos se volvieron acusadores mientras jadeos llenaban el aire. No tenían ninguna prueba, pero sabían que yo lo había hecho.

Había envenenado a uno de su gente en su propia puta fiesta.

El veneno se había extendido rápidamente, con la misma facilidad que mi conversación y mi sonrisa.

No necesitaba sacar un arma cuando el veneno era mi arma preferida.

Sin violencia. Sin armas. No hubo derramamiento de sangre.

Sólo muerte.

Me llamaron Surge por una razón.

Yo era la razón por la que la gente sentía emociones repentinas y desbordantes que resultaban en su muerte.

Las emociones dejaron destrucción a su paso.

"Surge, ¿qué carajo es esto?" Una voz familiar surgió desde atrás.

Alejandro. Me reí entre dientes antes de darme la vuelta.

"Finalmente te llamó la atención, ¿eh?"

Los ojos de Alexander me miraron con incredulidad y su pálido rostro se enfureció. "Si mi soldado está muerto y no simplemente borracho, esto significa que ..."

Fui directo al grano y lo interrumpí. "Tienes algo que no te pertenece, Zander".

Lo miré fijamente a los ojos mientras hablaba.

Los ojos de Alejandro se entrecerraron. "¿Como?" sondeó.

Como un depredador letal, mis manos se metieron en los bolsillos de mis pantalones mientras lentamente comenzaba a vagar en círculos a su alrededor. La cámara lenta llamó la atención de los invitados cercanos. Me importaba un carajo. No estaba sólo la Hermandad Bratva a mi alrededor. También había otras familias, otras entidades comerciales y otras élites infames. No había niños a la vista. Debían haber estado en algún otro lugar del pasillo o de la casa. Había oído que este lugar tenía una sala de juegos.

Aunque Alexander mantuvo su mirada al frente, pude sentir que su cuerpo se había quedado quieto mientras me observaba como un gato evaluando a su presa. Apartando mis ojos de él, miré a las cien y pico de personas que nos

rodeaban. La multitud había disminuido de miles hace apenas media hora.

El lugar quedó sorprendentemente silencioso mientras la gente a nuestro alrededor observaba con anticipación. Todos tenían sus ojos puestos en nosotros ahora. Era un poco difícil no mirar cuando un Don caminaba en círculos alrededor de otro jefe de la mafia.

Miré a Alexander de nuevo. Sus ojos oscuros analizaron cada uno de mis movimientos, como si sintieran que podría abalanzarme sobre él en cualquier momento. Los soldados rusos que deambulaban intercambiaban miradas antes de mirar a su líder en busca de su orden. Nadie sacó sus armas todavía. Probablemente sabían que había usado mi truco con uno de ellos, pero no fue con Alexander.

Pude ver algo de inquietud mientras esperaban instrucciones. No dudarían en menospreciarme si su líder se lo ordenara, incluso si yo fuera un Don. Otros invitados, en cambio, nos miraban con curiosidad mientras nos estudiaban.

Me encontré con su mirada oscura de frente. "Anastasia Vólkova".

Alejandro arqueó una ceja. "¿Que hay de ella?"

Sonreí fríamente. "Soy consciente de que la trajiste para matarme".

Jadeos y gritos de sorpresa llenaron el aire. Una sensación de inquietud recorrió a la multitud mientras todos lo miraban en busca de su confirmación. Si confirmara que es verdad, significaría guerra. Sería uno o *ninguno* de nosotros saliendo vivo de aquí.

Aunque el rostro de Alexander nunca reveló nada, frunció el ceño ante la acusación.

"¿Matarte?" repitió mientras me miraba severamente.

Atrás quedó la sonrisa en su rostro.

Me reí entre dientes oscuramente. "Oh, vamos, Zander. No juguemos ahora".

El rostro de Alexander parecía genuinamente desconcertado, casi perdido. Apretó y aflojó la mandíbula. "No lo soy", respondió suavemente. "Ya estoy en guerra con el cartel. ¿Crees que estoy planeando librar otra guerra contigo? No tengo ninguna razón para hacerlo". Sus ojos se entrecerraron con incredulidad, como si todo lo que saliera de mi boca fuera mentira.

El era el mentiroso y no yo. "¿Entonces por qué no sacamos a Anastasia y le preguntamos por qué quiere matarme?"

El ceño de Alexander se hizo más profundo mientras miraba a su alrededor como si la buscara. No pudo encontrarla, pero sí encontró a su marido. El cabrón, Kirill, estaba parado cerca de una de las mesas de comida. Los pelos encarnados en su cabeza habían crecido lentamente, pero todavía podía decir que tenía marcas de quemaduras. Sus ojos se abrieron ante la mención del nombre de su esposa, pero mantuvo la boca cerrada.

Me concentré en su líder. El cabrón nunca admitiría la verdad. La mano de Alexander pasó por su barba mientras se giraba hacia mí. "Si afirmas que Anastasia te ha atacado, descubriré por orden *de quién*, porque no eran míos". Su voz nerviosa bajó tan bajo que escalofríos recorrieron mi cuerpo.

No perdió la calma fácilmente, pero me di cuenta de que mis palabras lo habían afectado. Sus iris negros medianoche eran como almas espantosas mientras me miraban fijamente a los ojos. Estaban entrecerrados, como si me evaluaran, mientras una ira sin explotar acechaba en ellos, prometiendo destrucción a su paso.

Apretó y aflojó la mandíbula. El frío Alexander tomó el asiento trasero y el *Pakhan* tomó el control. Su piel pálida ardía bajo la luz artificial y parecía a punto de sacar su revólver y dispararles a todos.

Estaba a punto de hablar cuando las puertas del pasillo se abrieron con un chirrido. El silencio en el aire era tan ensordecedor que hasta el más mínimo ruido alertaba a todos. Me quedé mirando a Alexander todo el tiempo en caso de que intentara tomar una decisión rápida y atacarme mientras yo no estaba mirando.

Lentamente, sus ojos oscuros se alejaron de mí y se dirigieron hacia la puerta. Sus ojos se entrecerraron antes de que una expresión de perplejidad llenara su rostro y perdiera la ira que había estado mostrando hace unos momentos. No sabía qué estaba mirando y, francamente, me importaba un carajo en ese momento. No me distraería. Mi mano tamborileó a lo largo del cinturón de mi chaleco, lista para sacar mi pistola y disparar todas mis balas al cerebro de Alexander. Ya no me prestó atención mientras miraba al frente.

Se oyeron pasos hacia nosotros hasta que el ruido de los tacones altos sobre las baldosas llenó la atmósfera. Mantuve mi atención en Alexander.

Inclinó la cabeza mientras murmuraba: "Ella está aquí".
Ella. Mi cuerpo se puso rígido y me quedé quieto.

Los dedos que una vez tamborilearon en mi cinturón se congelaron.

Apreté y abrí el otro puño antes de echar un vistazo al suelo a mi izquierda.

Fóllame por distraerme.

Mi alma se agitó con algo desconocido, algo que no reconocía.

Mis ojos tormentosos se levantaron y aterrizaron en el vestido largo hasta el suelo con una abertura que dejaba al descubierto sus tobillos. Observé el material de color turquesa que se adhería a su cuerpo de diosa.

Azul. El color de sus ojos.

Eran más oscuros que el azul que dominaba el cielo.

El tipo de azul que me recordaba al mar sin fondo.

Tragué espesamente.

Acabo de notar sus tobillos delgados con medias color nude envueltas alrededor de ellos. Cogí la hoja plateada que asomaba por debajo de la abertura lateral de su vestido mientras su cuerpo se balanceaba.

Mi respiración se detuvo en la garganta.

Ella siempre fue un espectáculo digno de contemplar, una perversa tentación.

Una mujer que era a la vez hermosa y cruel.

Mi mirada hambrienta recorrió de nuevo sus atléticas y torneadas piernas. Largos y justos, tal como los recordaba cuando los envolvió alrededor de mi espalda. Continué hasta su pequeña cintura y cómo ese vestido de seda abrazaba sus caderas. Todavía llevaba ese collar que la había visto usar antes. Completó el vestido. El vestido también tenía un escote fuera de los hombros, dejando al descubierto sus clavículas afiladas y sus hombros fuertes. Respiré profundamente.

Tenía la piel más porcelana que jamás había visto.

Inmaculado. Impecable.

Parecía más un personaje de cuento de hadas que una persona de la vida real. Por su apariencia, *pertenecía* a los libros, no a la realidad. Odiaba lo jodidamente hermosa que era. Odiaba imaginarme a Kirill cada vez con ella, tocándola, profanándola cada noche. Mi sangre hervía debajo de mi piel sólo de pensarlo. Dormí bien la noche en que ella mencionó que él solo la había tocado una vez. Una vez fue más que suficiente. Diablos, no debería haber sucedido en absoluto. Para empezar, ella nunca perteneció a él...

Fue jodido lo que hizo. El le había quitado la virginidad, le había dado algo para recordar como su marido y luego se lo arrebató hasta que ella lo anheló una y otra vez.

El impresionante rostro de Ana apareció ante mi vista. Un lápiz labial color melocotón abrazaba sus exuberantes labios y su piel húmeda estaba radiante, como el más brillante de todos los días de verano. A veces era difícil mirarla. Era difícil *respirar* cuando ella estaba cerca. Todo lo que quería hacer era simplemente mirarla. No importa lo espeluznante que fuera.

A veces pensaba en la noche que nos conocimos. Si no le hubiera arrebatado esa capucha de la cara la primera vez que me atacó, ¿aun así me habría matado? Si no supiera que era una niña, ¿la habría matado? Mi decisión de ordenar que le quitaran la capucha lo definió todo para nosotros. Alteró nuestros caminos.

Nuestros destinos chocaron y se volvieron a unir.

Llevaba ese vestido azul como si fuera suyo, como si fuera para ella, como si hubiera nacido para usar vestidos y no capuchas. Era diferente de la ropa negra y escarlata que a menudo veía cubriéndola. Siempre se mezclaba con las sombras, pero hoy destacaba como la princesa que era.

Se pasó una mano por el largo cabello que colgaba en ondas sueltas detrás de ella, y fue sólo entonces que capté el tatuaje de telaraña descubierto. Había elegido revelarlo esta noche. Estaba claro que ya no planeaba desempeñar el papel de esposa tonta.

Unos cuantos jadeos de sorpresa llenaron el aire, como si también hubieran notado la marca negra en su piel, antes de que voces tranquilas dominaran el pasillo. La gente hablaba unos sobre otros hasta que se calmaban para ver cómo se desarrollaba la escena.

Sorpresa, sorpresa a todos.

La luz artificial se reflejó en su cabello rubio.

Rubio. Tuve que mirarlo dos veces para asegurarme de que no lo estaba imaginando. Yo no lo estaba. Hoy estaba completamente rubio, como las raíces que había visto de cerca. Era como si su color natural de cabello hubiera regresado. Vibrante y voluminoso. Parecía flexible, como si estuviera tejido de seda, y quería pasar los dedos por él.

Debe haberle quitado el negro por completo. La melena saltarina sobre ella llegaba justo más allá de su pecho. Me llenó la sorpresa, porque siempre me había preguntado si ella se tiñó el cabello de negro a propósito. Ahora, el negro parecía como si nunca hubiera existido.

Parecía una joven rubia de ojos azules con ese precioso vestido suyo. Apenas peligroso, como un ángel inocente y delicado... sin embargo, estaba claro que esos ojos helados suyos eran suficientes para matar gente. Su apariencia real no se correspondía en absoluto con su profesión. A veces me preguntaba si esto era lo que ella debía ser: parecer de la realeza. La suavidad de su cabello y su vestido había regresado, pero ella seguía fría como el hielo. Llevaba ese nuevo cambio consigo como una reina regia. Incluso tenía el estilo y la confianza de una reina.

No estaba segura de si había escuchado la conversación que había tenido con Alexander, pero supuse que no, porque sus ojos audaces y color kohl permanecieron pegados a mí durante unos segundos. Sus ojos se suavizaron mientras sostenía mi mirada. Cuando desvió la mirada, su mirada se posó en Kirill y la frialdad en ellos regresó.

Ella tragó mientras lo miraba fijamente, y él la miró, igualmente confundido, antes de intercambiar miradas con algunos de sus soldados. Nadie pensaría jamás que ella siempre había tenido el pelo negro. La rubia se veía demasiado natural en ella como para no estar en su ADN.

Alexander habló una vez que estuvo más cerca de nosotros.

"Anastasia." Habló en voz baja.

Su cabeza se sacudió en su dirección, casi inclinando la cabeza antes de contenerse. Ella *se congeló* en una media reverencia. Luego, enderezó la cabeza y miró a Alexander directamente a los ojos. No había ni una pizca de miedo grabada en su rostro. Ni siquiera estaba seguro de si ella sabía lo que era el miedo. Esta mujer nació sin miedo.

Al igual que yo, todos los ojos estaban pegados a ella, como si fuera una criatura hermosa y despiadada que desaparecería si pestañeáramos. Nadie podía apartar los ojos de ella mientras la miraban fascinados.

"¿Intentaste asesinar a Don Surge?"

Alexander fue directo al grano sin andarse con rodeos.

La sorpresa brilló en sus ojos antes de que pudiera enmascararla cuidadosamente con una cara vacía. Su tristeza helada voló a mi cara y pude ver un millón de preguntas atormentadas surgiendo en su cabeza.

¿Cómo lo sabe?

¿Le dijiste?

Su garganta se sacudió mientras tragaba.

Un destello de dolor se deslizó a través de sus ojos fríos como el hielo.

Era la misma vulnerabilidad que ella había revelado tantas veces cuando me habló de sí misma. Sobre quién era ella y cuál fue su historia.

Mis ojos también parecían contarle su propia historia.

Que se tenía que hacer.

Su labio casi se curva hacia abajo como si quisiera fruncir el ceño. Me pregunté si se estaba arrepintiendo de todas esas veces que había dudado en matarme. "Sí." Ella exhaló, inclinando la cabeza hacia un lado. "Me informaron que esa era mi nueva asignación".

Habló por primera vez con su voz profunda.

Eso. Noté su elección de palabras.

Sus palabras tan frías me atravesaron el alma.

Ni siquiera un *él*. Me convertí en " *eso*" para ella en un instante.

Como si yo fuera una tarea sin sentido.

Debió haber pensado que la había vendido para que la mataran.

Una ira sin explotar se gestaba debajo de mi piel, y quería agarrarla por sus bonitos hombros y darle algo de sentido común.

Sus ojos se movieron de Alexander antes de posarse en su marido. "Kirill me da mis órdenes. Siempre me han dicho que vienen directamente de ti", continuó mientras sus ojos astutos evaluaban a su marido antes de volver a mirar a Alexander.

Su *Pakhan* solo respondió: "Yo no ordené este golpe".

Desconcertada por su revelación, volvió a mirar a Alexander. Un ceño se formó en su frente, y ni siquiera se molestó en ocultar su disgusto cuando su mirada se entrecerró en su líder. Ella juntó sus labios rosados antes de decir con voz irritada: "Dado que ahora se revela la verdad, ¿la estás negando para convertirme en un chivo expiatorio?" El azul profundo de sus ojos se oscureció y llameó con hostilidad. Jadeos llenaron el aire de nuevo, y casi di un paso atrás ante el desafío que venía de ella. No esperaba que ella también se lo mostrara a su líder. " *No* seré un chivo expiatorio. No para ti. Y no para nadie más". Sus ojos volaron hacia Kirill mientras decía la última línea.

Alexander se quedó helado a mi lado.

Pude ver por qué...

Uno de sus propios soldados lo había desafiado públicamente.

Se pasó una mano por la barba recortada mientras la estudiaba de nuevo. En lugar de reprenderla, miró a Kirill y entrecerró los ojos.

“¿Es esto cierto, prima? ¿Hiciste este pedido?”

Parecía que Kirill ya quería ensuciarse los pantalones. Su piel pálida enrojecía como un volcán, listo para hacer erupción en cualquier momento. Una capa de sudor le resbaló por las sienas. Abrió su boca traicionera como si quisiera negarlo, pero luego la cerró con fuerza.

Ni siquiera podía culpar a Anastasia por actuar sola. Ella no tenía ningún rencor personal por querer matarme además de la orden.

Yo fui otra muerte para ella.

Otra tarea.

Y no podía culpar a Alexander... es decir, *si* Alexander estaba diciendo la verdad acerca de no realizar el pedido.

Kirill estaba realmente jodido por el culo, y no me hagas caso, ya que el monstruo en mí disfrutaba saboreando su creciente temor por su vida. Decidió ser inteligente y no responder nada.

Rompió el contacto visual con su *Pakhan* y miró fijamente a la gente que lo rodeaba. Los ojos de todos estaban ahora puestos en él, como si él fuera el nuevo espectáculo. Dirigí mi mirada a Alexander, cuya mandíbula se contrajo mientras entrecerraba los ojos hacia su primo. Podía imaginarlo conectando los puntos en su cabeza hasta que se formara una imagen completa en su mente.

Kirill estaba a unos metros de nosotros.

"¿Por qué?" Sólo una palabra mortal provino de Alejandro.

Esa única palabra vibró por todo el salón.

Alexander se acercó a él y mis hombros se tensaron. También tomé mi propia arma mientras él sacaba la suya de la parte posterior de su cintura. Su rostro se había tensado y la alarma brilló en sus ojos. "Será mejor que empieces a hablar ahora, Kirill, y dime que esto es un maldito gran malentendido".

Asombrado, Kirill se aclaró la garganta mientras su rostro se volvía de un tono rojo más profundo nuevamente. Ahora parecía una langosta y estuve tentado de quemar su carne nuevamente.

"¿Y también decirles a todos por qué has estado teñiendo mi cabello rubio natural de negro mientras dormía?" La voz helada de Anastasia no tenía escalofríos mientras hablaba.

Desconcertado, miré a Kirill.

¿Lo había hecho? Supuse que había cambiado el color de su cabello.

La inquietud recorrió mi columna mientras miraba al gilipollas. Debería haber hecho más que quemarle la cabeza. Debería haberle cortado los dedos.

La multitud que nos rodeaba se reunió. Aunque algunas personas se escabulleron y se fueron, como si sintieran una ira que dejaría cuerpos a su paso.

El rostro de Ana era hermoso y tranquilo, pero el infierno que ardía en sus ojos brillaba ferozmente. Ella no había terminado de hablar. "Además de por qué siempre me drogas mientras duermo. ¿Por qué haces esto, Kirill? Los bordes de sus ojos se entrecerraron ante su acusación. "¿Qué es lo que no quieres que la gente descubra? ¿Que tratas de esconder?" Su voz se elevó mientras lanzaba pregunta tras pregunta a su traicionero marido.

Sus ojos buscaron a través de los de él, tal vez al hombre que alguna vez pensó que conocía y en quien confiaba. Sin embargo, no vi a un marido cuando lo miré. Vi una pobre excusa para un hombre.

El sudor corría por el pálido rostro de Kirill mientras Alexander continuaba mirándolo. Todavía tenía una expresión de perplejidad en su rostro, como si no le hubieran avisado de lo que le había estado haciendo. Tal vez no lo era, pero...

Me quedé mirando el perfil lateral de Kirill. Este hombre lo sabía todo, pero permaneció mudo. No les estaba dando respuestas a propósito. Mi puño se cerró y se abrió, y por mucho que quisiera golpearlo la próxima semana, tuve que obligarme a apartar la mirada de él. Mi odio ardía con más fuerza con cada segundo que pasaba, y antes de que pudiera hacer algo loco, mis ojos se deslizaron hacia Ana.

Finalmente, el pedazo de mierda tramposo habló.

"Anastasia- "

Rechiné los dientes y la interrumpí: "*Annalisa*".

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

Un silencio de muerte flotaba en el aire.

Había sorprendido a todos en la boda.

Unos momentos dolorosos después, comenzaron las voces.

Ignorando los gritos de asombro, me encontré con unos ojos azules frente a mí.

Esos ojos azules suyos parecían perdidos.

Estaba *tan* perdida... y odiaba ser yo quien le dijera esto.

Tragué antes de continuar: "Tu padre esperó hasta su último aliento para que regresaras. Él siempre creyó que estabas viva y te buscaba todos los días".

Sus pies vacilaron y sus ojos se abrieron alarmados.

Estaría aplastando su mundo perfectamente construido, pero era lo correcto. Ella no pertenecía aquí en el sindicato Bratva. Ella nunca lo hizo. Ella pertenecía a *mí*, y maldito sea cualquiera que se atreva a llevársela de nuevo.

"Tu nombre de nacimiento es Annalisa Romano, la *hija* de la familia Romano y... nos la robaron hace siete años".



Surge

14

PASADO

QUINCE AÑOS DE EDAD

Pasaron días después de la muerte de mi padre cuando mi madre tuvo fiebre alta.

No supe qué le pasaba hasta que la llevamos al hospital. Resulta que le diagnosticaron meningitis.

Me quedé mirando la factura del hospital que tenía en la mano.

Diez grandes.

Sólo había sido una estancia de dos noches. A veces me preguntaba si los hospitales salvaban más vidas o si facturaban más para obtener ganancias. Vi un cargo en la factura por televisión y observación.

¿Estaban bromeando en serio?

¿La televisión ni siquiera estuvo encendida todo el tiempo y nos iban a cobrar simplemente por mirarla? No hubo ni una enfermera en su habitación en todo el tiempo, ni tampoco un médico. Sólo fui yo. No sabía cómo iba a pagarlo. Le habían diagnosticado y le habían recetado unos antibióticos caros. No tenía dinero para ello. El hospital no pudo negarnos cuando entramos a urgencias, pero ahora estábamos solos con los medicamentos. ¿Qué iba a hacer con un diagnóstico solo?

Necesitaba dinero y lo necesitaba ahora.

Mierda...

Cuando papá murió, no dejó nada más que una casa sobre nuestra cabeza con un techo que tenía goteras cuando llovía y nevaba. La nevera estuvo vacía la mayor parte del tiempo. El baño a menudo quedaba sucio hasta el punto de que crecía moho en las paredes. Miré mi camisa y miré los agujeros en el dobladillo. Ni siquiera podría venderlo para ganar dinero.

La sangre pasó silbando por mis oídos y maldije al destino y a mi vida. Me senté en el sofá y, después de un largo momento de silencio, mis oídos se animaron al escuchar el vómito de mi madre. Había un bote de basura a su lado y mi alma se compadeció de ella.

Agarré mis mechones con la mano y tiré de ellos con fuerza, esperando poder sacar sangre. Más temprano ese mismo día, había tenido un fuerte dolor de cabeza y rigidez en el cuello. Por lo que pude deducir, le dolía el cuerpo cada vez que se movía. Escalofríos y fatiga recorrieron su

cuerpo día y noche, y me sentí tan impotente por solo poder velar por ella. No sabía qué hacer.

Joder, también maldije a mi papá por morir joven y dejarnos en una vida de pobreza.

Los vómitos de mi madre se intensificaron y quise tapar los oídos a su dolor. Su lanzamiento fue violento y no supe qué hacer por ella.

Tenía quince años y me preguntaba si podría conseguir un trabajo para poder comprarle antibióticos. No teníamos seguro médico.

Incluso si consiguiera un trabajo en una cafetería o en un restaurante, no me pagarían hasta dos semanas después. Mi madre no tuvo dos semanas. Los médicos nos advirtieron que debían recetarle antibióticos de inmediato para combatir su enfermedad.

La decepción se apoderó de mi alma.

Me levanté lentamente y le pedí a uno de los vecinos que la vigilara y me avisara si algo salía mal. Salí en busca de algo que pudiera ayudarla. No tenía hermanos ni familia viva. Yo era hijo único.

Dependemos principalmente del gobierno y de los beneficios alimentarios. Cuando salí de mi casa, me dirigí hacia el lado de la ciudad. Necesitaba unos diez mil dólares o algo así, y si necesitaba empezar a pedir dinero, estaba dispuesto a hacerlo.

No podía permitir que mi único padre vivo muriera todavía. Deambulé por la antigua ciudad hasta que me empezaron a doler los pies. Mis zapatillas tenían agujeros entre los dedos de los pies. Cansado y frustrado, me senté en uno de los bancos de la parada de autobús junto a un extraño que fumaba.

Inspiré profundamente.

Luego, exhalé. Hice esto durante unos dos minutos hasta que mi mente se calmó y mi respiración se calmó. Cuanto más calmada estaba, más podía pensar racionalmente.

Mantén la calma.

Permanecer. Calma.

Joder.

¿Cómo carajo se suponía que iba a mantener la calma así?

Un gruñido salió de mi boca y llamó la atención del extraño a mi lado.

No me molesté en darle una mirada extra.

“¿Qué te pasa, muchacho?” Llegó su voz mayor.

Suspiré y me froté la nuca.

"Métete en tus malditos asuntos".

No tenía ningún interés en ser amigable en este momento.

"Parece que has tenido un día difícil".

Me quedé en silencio y miré al suelo.

"Necesitas un par de zapatillas nuevas", dijo la voz desconocida.

Suspiré antes de levantar la cabeza. Vestía todo de negro y sus ojos marrones me miraban fijamente. Era un hombre grande y alto con hombros anchos. Una profunda cicatriz le recorría el rostro. Pero no dejaría que me intimidara.

"¿Talla diez?" cuestionó.

Me burlé en voz baja antes de responder: "Doce. Y déjame en paz y llévate tu culo privilegiado de mierda a otra parte.

El hombre se quedó en silencio por un segundo antes de volver a hablar.

"No soy un privilegiado. He trabajado por todo lo que tengo hoy".

Si esperaba una disculpa, no la recibió.

Finalmente, finalmente se puso de pie y desapareció.

Dejé escapar un suspiro de alivio mientras cerraba los ojos momentáneamente y me dejaba caer en el banco. Apoyé mi cabeza encima y traté de dormir antes de poder decidir mi próximo movimiento.

Unos momentos más tarde, se produjo un movimiento a mi lado y fruncí el ceño.

Estaba de mal humor hoy. Demándame.

Abrí los ojos para mirar a la persona y me di cuenta de que era el mismo hombre que había conocido antes. Él se estaba alejando ahora. Miré la caja naranja en el banco. Con la mandíbula haciendo tictac, lo estudié. Me pregunté si lo había dejado accidentalmente.

Curioso, extendí mis manos torpes y lo abrí. Me quedé con la boca abierta mientras miraba el nuevo par de zapatillas negras que había dentro. Mis manos agarraron uno de ellos para mirar el número de tamaño.

12.

Talla 12.

Mi pulso se aceleró y la sangre en mis venas tronó.

No entendía por qué me había comprado nada.

"¡Ey!" Lo llamé mientras me levantaba y lo perseguía.

El hombre de negro hizo una pausa y miró por encima del hombro.

"¿Qué es esto?" Grité.

Levantó una ceja refinada. "Necesitabas zapatos nuevos".

Respiré profundamente mientras lo miraba con sospecha.

En realidad, nadie compra un regalo caro para un extraño sin nada a cambio.

Lo miré de arriba abajo antes de volver a mirarlo a la cara. "¿Cuál es el truco? No te voy a chupar la polla.

Estaba a punto de tirarle las zapatillas a la cara, pero él respondió: "No te lo estoy pidiendo. Guárdalos. Los necesitas."

Mis mejillas se pusieron calientes al recordar mi pobreza.

"¿Necesitas un trabajo?" cuestionó el extraño.

Suspiré y me mordí el interior del labio.

Después de un breve momento, asentí. "Rápido", murmuré. "Algo que se pague en el mismo día". Puse los ojos en blanco con incredulidad. Como si eso alguna vez fuese a pasar.

"Oh, ¿entonces necesitas dinero?" Asentí vigorosamente. "¿Cuánto cuesta?"

Miré inquisitivamente al extraño otra vez.

"Quince mil dólares o algo así".

El hombre silbó bajo antes de mirarme. "¿Para qué?"

"*Madre*", murmuré, y dudaba que entendiera italiano.

"¿Tu mamá?" respondió sin perder el ritmo.

Di un paso atrás, sorprendida.

¿Quién era este tipo?

"¿Italiano?" cuestionó.

Asenti.

"Tengo un trabajo para ti", continuó. Los bordes de mis greens se estrecharon. "Si puedes hacerlo, mi jefe te pagará por ello".

¿Jefe? ¿Para qué me estaba reclutando?

Todavía no le creía. Parecía una especie de estafa.

"¿Por qué me pagarías? Sólo tengo quince años.

Él sólo me miró. "Quince es la edad en la que empezamos".

Desconcertado, arrojé las zapatillas directamente a su pecho antes de darme la vuelta. Sonaba demasiado bueno para ser verdad y no tenía idea de qué estaba hablando.

Su voz llegó un momento después. "Puedo pedirle al jefe que pague la mitad ahora mismo. El resto una vez finalizado el trabajo".

Mis pasos se detuvieron. Podría comprar los antibióticos de mi madre.

Todavía tenía la receta de mi madre en mi bolsillo.

Detendría la fiebre, la fatiga, el dolor de cabeza y los vómitos. Su enfermedad sería controlada y tal vez podría curarse.

La desesperación atravesó mi alma.

Me di la vuelta lentamente.

"¿Que tipo de trabajo es este?" Cuestioné cuidadosamente bajo mi lengua.

El desconocido sonrió ampliamente.

"Depende de lo cómodo que te sientas usando un arma".



Esa noche maté por primera vez.

Estaba lo suficientemente desesperado como para hacerlo.

Y lo volvería a hacer, porque salvó la vida de mi madre.

El extraño que conocí era un hombre hecho hombre de la familia Romano.

La semana siguiente fui iniciado.

Se llamaban a sí mismos los Romanos.

Las muertes se sumaron, al igual que los pagos.

Me dio un mejor techo sobre mi cabeza y comida, y también pagó mis cuentas.

Los Romanos me protegieron.

Y a cambio les serví.

Mataría por ellos.



VEINTITRÉS AÑOS DE EDAD

Mi madre Ginevra se volvía a casar. No podría decir que me sorprendió. Ella era joven y hermosa. Don Angelo Romano había visto a mi madre recientemente en un evento y le hizo una gran propuesta de matrimonio.

Ella lo aceptó y aquí estamos.

Después del matrimonio.

Nuestro primer día instalándonos aquí en la finca Romano.

Tamborileé con los dedos la pistola que todavía colgaba de mi cintura y mis ojos se deslizaron por el espléndido despliegue de riqueza que tenía delante. Vengo de orígenes

humildes. Nunca en un millón de años pensé que algún día viviría aquí.

"Pareces una zanahoria".

Mi cuerpo se quedó quieto.

Miré mi camisa negra de algodón que todavía tenía una mancha de ketchup de la cena de ayer. No me había molestado en lavarlo. Apartando mi mirada de la mancha, miré a la culpable que me había llamado con su vocecita.

Miré al niño pequeño frente a mí. No podía tener más de tres años.

Mi labio se torció ante la sonrisa en su rostro.

Zanahoria. Bueno, no era original.

Mi favorito fue: *¿Tú también eres rojo ahí abajo?*

Aunque tenía el cabello castaño claro y domesticado que parecía algo rojo, todavía estaba en la misma categoría que las pelirrojas. "¿Entonces planeas comerme?" Bromeé en voz baja.

Ella me sonrió como si esa fuera su respuesta.

"Papá dice que eres mi hermano. ¿Es eso cierto?" - cuestionó suavemente.

Su voz era aguda y llena de curiosidad.

Me di cuenta de a quién estaba mirando.

Annalisa Romano.

El único hijo biológico de mi padrastro.

Era hijo único, así que no estaba muy contento de tener un reemplazo tan pronto.

La miré rápidamente. Ni siquiera llegó a mi rodilla. Era la primera vez que la conocía. Se mantenía a los niños alejados de la vida de la mafia, especialmente a las niñas. Sus grandes ojos azules me miraron y su largo cabello rubio dorado estaba recogido en una trenza suelta detrás de ella. Me recordó al suero de leche. Suave y sedoso. Algunos zarcillos se habían caído en jirones. El flequillo le cubría la frente y su cuello brillaba de sudor como si hubiera corrido.

Miré detrás de ella y vi a la niñera a unos metros de distancia. Annalisa debió haber corrido un maratón sólo para escapar de ella. No sé de dónde obtuvieron los niños la cantidad infinita de velocidad para dejar atrás a la mayoría de los adultos. Era como si estuvieran corriendo para salvar sus vidas. La niñera puso sus manos en sus caderas mientras exhalaba como si estuviera cansada y sin aliento. Ella me vio parada allí y asentí cortésmente.

Volví a mirar a la hija de Don Romano.

Llevaba un vestido azul celeste que terminaba en sus regordetas rodillas. Sus amplias mejillas estaban rosadas mientras me sonreía como si yo fuera su nueva muñeca favorita.

Aunque el chico era lindo.

"Soy Surge", la corregí.

Yo era demasiado mayor para tener un hermano de su edad.

Ella ladeó la cabeza mientras me observaba. Lo mismo que hacían los niños cuando decidían si alguien les gustaba o no. Juntó las manos frente a ella antes de levantarlas lentamente. Me quedé sin aliento y me pregunté cómo debería salir de esta situación. No tuve ninguna experiencia con otros niños. Mi vida adolescente había girado en torno a las armas y la violencia desde que fui miembro del imperio Romano.

Pasé un dedo por mi barbilla mientras la estudiaba.

Pensé que era mejor marcharme, pero sabía que esas grandes lágrimas saldrían si lo hacía, y mi padrastro podría azotarme por hacer llorar a su preciosa princesa.

Aunque me arriesgaría. Me moví para irme y solo logré dar unos pocos pasos antes de escuchar a la chica quejarse de fondo. Suspiré cuando sentí que se acercaba su rabieta.

Estaba a punto de darme la vuelta, pero algo se lanzó sobre mi pierna y la mantuvo como rehén. Levanté la pierna para sacármela de encima. Cuando miré hacia abajo, me di cuenta de que era Annalisa. No estaba segura si debería reírme o horrorizarme. Se había aferrado a mi rodilla como un mono y, por lo que parecía, no tenía planes de dejarme ir.

Apoyó la barbilla en mis pantalones y levantó la vista con ojos acusadores. "Papá dice que tengo una nueva mamá... y un hermano".

Sus ojos esperanzados me miraron.

Casi me sentí mal por el niño.

Su madre había sido asesinada y ella no tenía idea de cómo.

Era mejor que no lo supiera.

Intenté quitármela de encima de la pierna, pero ella se negó a moverse.

"¡Eres una zanahoria mala!" —se quejó con su voz infantil.

Ay.

Aparentemente ella no entendía los límites como el resto de nosotros, soldados jodidos. Por otra parte, no fue

ninguna sorpresa. Después de todo, ella era la hija de su padre.

"Ana", lo reprendí en voz baja. El apodo salió de mi lengua antes de que pudiera detenerlo. "Puedes llamarme Surge y te cuidaré como hija de Don Angelo".

Su pequeña y respingona nariz se arrugó mientras suspiraba felizmente.

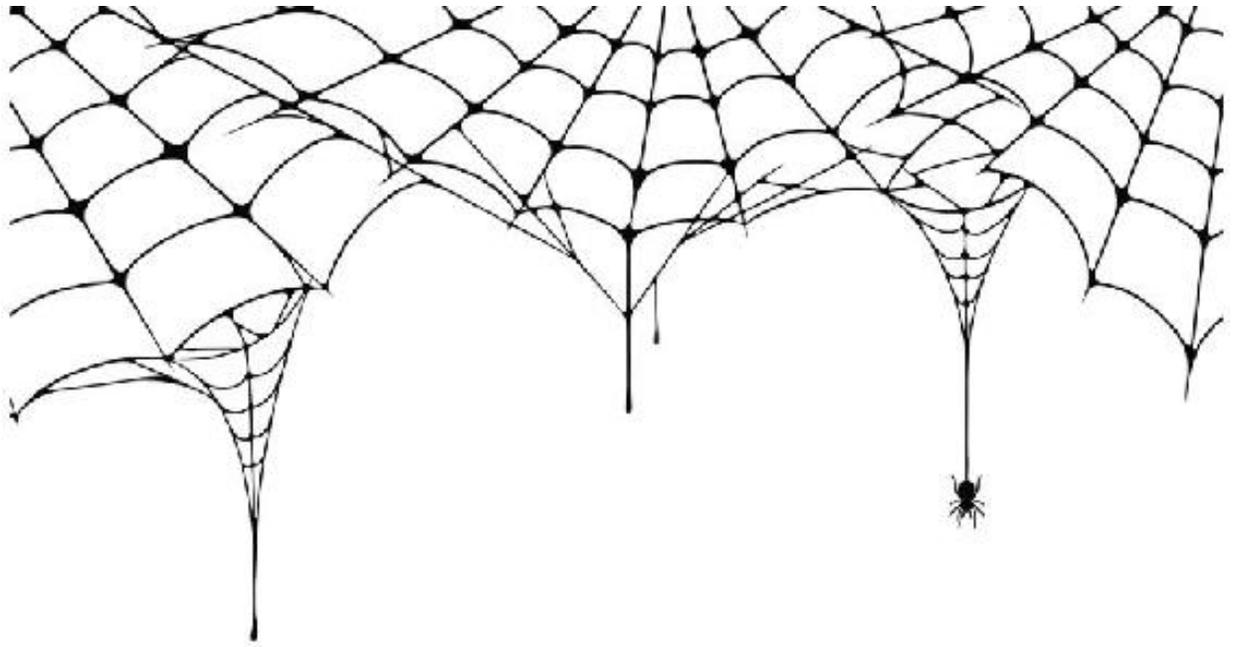
Parecía hacer de mi pierna su nuevo hogar.

"Esta bien." Ella admitió la derrota.

Sus ojos me brillaron, el azul en ellos brillante como el cielo despejado.

"Pronto me llamarás hermana, hermano mayor", declaró como si me estuviera desafiando.

Me reí entre dientes e intenté soltarme de la pierna nuevamente.



Ana

PRESENTE

Annalisa Romano.

El tiempo se congeló por un segundo.

Mi cuerpo se puso rígido.

Simplemente parpadeé, como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo.

La bilis chamuscó en el fondo de mi garganta.

Mi mundo entero se vino abajo.

Me negué a creerlo.

Mis ojos asombrados se encontraron con *los de Sergio*, y traté de buscar una señal de que estaba mintiendo, pero sólo la oscuridad acechaba en sus ojos. Mis labios se separaron mientras sacudía la cabeza con incredulidad.

No. Ni en un millón de años eso podría ser cierto.

Tu padre esperó hasta su último aliento para tu regreso.

¿Mi padre había estado buscándome todo este tiempo?

Él siempre creyó que estabas vivo. Él te buscó todos los días.

Apreté los dientes hasta que me empezó a doler la mandíbula.

¿Por qué había venido aquí?

Sólo quería obtener respuestas de Kirill, pero ahora era yo la que quedaba perpleja.

Los ruidos dominaron el aire cuando las palabras "Princesa Annalisa" se pronunciaron. Estaba seguro de que provenía de algunos miembros de la familia Romano e invitados que estaban presentes. Mis ojos se nublaron mientras miraba al suelo con desesperación.

No... no podría ser una princesa. Fue imposible.

"Soy *Anastasia Volkova*", corregí a Surge, sacudiendo la cabeza. "No sé de qué estás hablando".

Tu nombre de nacimiento es Annalisa Romano, la hija de la familia Romano. Nos la robaron hace siete años.

"Pero tú sí lo sabes, Ana". La voz de Surge llegó un momento después.

Cerré mis ojos nublados con fuerza, esperando poder bloquear a todos.

"¡Usted está mintiendo!" Herví en voz baja. Odié cómo se me quebró la voz al decir eso.

Se rompió.

"¡No!" Mis ojos acusadores brillaron.

Volviéron a encontrarse con sus esmeraldas.

Ahora sólo el dolor los invadía. Para *mí*.

“Estabas en un tren con dos de tus guardaespaldas. Llegó una multitud, caíste y perdiste el conocimiento. Eras sólo un adolescente cuando te separaron de ellos. Alguien debe haberte encontrado. Alguien que no sea *nosotros*”, reveló.

Un nudo creció y me obstruyó la garganta.

No pude tragarlo.

No podía recordar nada de esto en absoluto.

Pero sí recuerdo haberme despertado con un chichón en la cabeza.

Alguien más me había encontrado.

El mercado negro.

Sacudí la cabeza con fuerza y apreté los puños.

“No queríamos que nadie se enterara de que estabas desaparecido. No queríamos que nuestros enemigos también te buscaran... Su respiración se entrecortó. “Pero resulta que ya te habían encontrado y te mantuvieron alejado todo este tiempo. Eres la verdadera Annalisa. Nuestra princesa de la mafia. Teníamos a alguien más en su lugar por el momento mientras nuestra familia lo buscaba. La Bratva te hizo vivir una mentira durante la mitad de tu vida. Eres italiano y ...

Era demasiada información para procesarla toda a la vez.

Todavía estaba procesando la primera revelación.

Me incliné hacia adelante y agarré las dos espadas atadas a mis tobillos. Mi pecho se agitaba y mis respiraciones salían en exhalaciones apresuradas. “Soy ruso”, siseé. “Si difundes más información errónea, esta vez te mataré, *Don*”.

Los ojos de Surge estaban desesperados mientras me miraba.

Yo era una causa perdida para él en este momento.

Mis ojos esperanzados se dirigieron a Kirill.

Todavía no había dicho una sola palabra.

Esperé a que negara la verdad.

Parecía como si hubiera visto un fantasma cuando se quitó la pistola del cinturón. Mi cara enrojeció y mi alma anhelaba que él aclarara la confusión, pero no dijo nada.

Nada en absoluto.

Podía sentir una parte de mí disminuir cuando aparté la mirada de él y me encontré con dos charcos de oscuridad. Mi *Pakhan*, mi *líder*, me miró fijamente. Él tampoco había dicho una palabra.

Tenía los labios entreabiertos y parecía igual de aturdido. Nunca antes lo había visto usar esa expresión.

Sin habla. Sin palabras.

Finalmente, Kirill habló.

"¿Quién te crees que eres, viniendo a nuestra boda y difundiendo mentiras sobre mi esposa? ¡Su nombre es Anastasia!"

Surge no perdió el ritmo.

"¿Te refieres al nombre por el que le has cambiado el nombre?"

"AA..." tartamudeé. "Ana...Ana..."

Mi voz se apagó antes de que pudiera terminar. No podía recordar el resto de mi nombre cuando aparté la mirada de él y me sequé los ojos con la mano ensangrentada. Gemí por el desastre que estaba haciendo.

-¿Anastasia? —inquirió el desconocido.

Mis ojos volaron hacia Kirill nuevamente antes de aterrizar en Surge.

Parecía que había envejecido de la noche a la mañana con esta admisión.

Una lágrima corrió por mi rostro.

Por primera vez desde que era niña, pude sentir que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Suspiró suavemente antes de hablar.

"¿Por qué crees que te llamo Ana y no Anastasia?"

Cerré los ojos y esperé poder dejarlo fuera otra vez. Un doloroso latido se formó en la parte posterior de mi ojo. Mi pulso se aceleró con cada nueva revelación. "Tú mismo lo dijiste. Tu marido ha estado cambiando el color natural de tu cabello. Te ha estado drogando mientras dormías. Ha alterado tu apariencia y te ha obligado a vivir una vida como una etnia que *no eres*". Gruñó la última frase y escalofríos recorrieron mi espalda.

Mi cuerpo se estremeció cuando la adrenalina lo recorrió.

Mi mano que todavía agarraba mi espada se dirigió a mi cabeza rubia. Pasé por un salón y, después de un par de lavados, el color semipermanente se había desvanecido. Me quedé desconcertado por los resultados. Mis pensamientos fueron estallados nuevamente por la voz de Surge.

"Ni siquiera te perdonó los ojos, Ana", siseó Surge.

Me lo imagino lanzando miradas furiosas a Kirill. Le supliqué en silencio que dejara de hablar. En aquel entonces, me gustaba escuchar esa voz baja, retumbante y magnética de Surge. Ahora recé para que todo estuviera en

silencio. Mi vida no podía ser una gran mentira, pero él continuó destrozando mi esperanza de que lo que estaba diciendo no fuera cierto.

“Uno de tus ojos resultó dañado por algo por lo que te hizo pasar cuando eras niño. ¿De verdad crees que alguien más además de tu marido ordenó que te hicieran eso? El planeó ese secuestro. Te dañó el ojo. Y finalmente obtuvo tu devoción eterna porque te salvó en un acto heroico de mierda más tarde. ¿Qué otras mentiras te ha dicho?

Nadie podrá descubrir jamás quién es ella. Su gente todavía la está buscando, Recordé que decía uno de esos enmascarados.

Si un corazón muerto podía romperse, hoy lo hizo.

“¿Qué te dijo de esos secuestradores? ¿Están muertos?

Me mostró un video.

“¿Tienes alguna prueba? ¿Lo has visto por ti mismo?

Un video. Yo no estaba allí.

Surge continuó: “Esos eran sus propios hombres. Te tomó porque eso es lo que hacen los de su clase. *Llevar.* En lugar de matarte cuando te encontró, creó un plan para entrenarte sólo para usarte”. Cada una de sus viciosas palabras envió dagas invisibles a mi alma. No sabía que era posible asesinar a un asesino hasta ahora. “Él te manipuló con tu confianza. Dijo que eras su arma secreta, pero ¿por qué necesitabas ser secreto en primer lugar? La tensión en su voz se hizo más espesa. “No fue sólo porque eras mujer. ¡Fue porque eres *romano!*

No. Todavía quería protestar.

Mis ojos se abrieron lentamente y no podía ver nada a través de mi visión borrosa. El kohl y el rímel me picaron los ojos y todo parecía caótico a mi alrededor.

“Ni siquiera hablo italiano”, murmuré en voz baja.

Oficialmente había perdido la cabeza.

Surge suspiró. Cuando volvió a hablar, su voz era suave. “Eso es porque no lo recuerdas. Te enseñaron un idioma diferente. Ni siquiera sé cómo diablos pudieron salirse con la suya durante tanto tiempo y no ser atrapados”.

Mis extremidades temblaron y solté un suspiro estremecido.

Terminó con: “Si Alexander no me golpeó, entonces Kirill sí lo hizo, porque sabe exactamente quién carajo eres para mí. No *quería* que te encontrara, pero ese maldito idiota te llevó directamente hacia mí.

Quería pisar el suelo con los pies y gritar que no.

Mis ojos se posaron en Kirill.

Mi esposo. Mi mentor...

"T-tú", tartamudeé. Nunca había tartamudeado en mi vida. "Me salvaste, ¿no?" Odiaba la esperanza que aún persistía en mi voz.

Sus ojos negros desaparecieron por un momento mientras parpadeaba y tragaba. "Por supuesto que sí, Anastasia. ¡Te está mintiendo con su teatro! Sólo quiere provocar una guerra", protestó.

"Llámame mentiroso otra vez, te cortaré las pelotas peludas y te las daré de comer".

Podía escuchar la amenaza alta y clara en la voz de Surge.

Las voces rebotaban en el aire mientras dominaban para controlar y ser escuchadas. Por un momento, todos olvidaron cuál era la voz que más importaba. Mío.

Me habían robado la voz.

La sangre pasó silbando por mis oídos mientras tragaba espesamente.

"Durante siete largos años me he asociado a esta organización. Me he dedicado al sindicato, a esta causa, matando por ellos, apoyándolos, y he considerado a esta gente mi gente. Y ahora tú... Mis ojos desesperados se posaron en Surge de nuevo. "¿Estás diciendo que ya no soy uno de *ellos*?"

Las voces a mi alrededor se callaron.

Intenté aclararme la garganta, pero todavía salía demasiado áspera y áspera. "No se puede aceptar a alguien como yo, alguien cuyo primer recuerdo fue estar en las calles a punto de ser devorado por los buitres", acusé a Surge. Decidí estar más enojada con él por ahora. "¡Y decir que todos estos nuevos recuerdos se basan en una mentira! Me dieron un hogar, un refugio, ¿y ahora me lo quieres arrebatar? No recuerdo nada del otoño, pero este mundo me dio nuevos recuerdos cuando no los tenía ni una *familia*"

Mi voz se quebró.

Se quebró una y otra vez.

Surge se pasó una mano por el pelo mientras me miraba a los ojos. "¿Qué recuerdos te ha dado este mundo además de las armas, la violencia y..." Su mirada se dirigió a Kirill. "¿Infiel?"

Apreté mis labios para detener el temblor. Surge me devolvió su intensa mirada y dio un paso hacia mí, pero levanté mi espada frente a mí.

“¡Sean buenos o malos esos recuerdos, son míos!” Me enfurecí.

Sus pasos vacilaron y tragó mientras miraba el arma que sostenía.

“¿Por qué crees que no pudiste matarme en todo este tiempo, Ana? Tu memoria subconsciente siempre supo quién era yo. Yo era tu única misión que quedó sin cumplir. Aún no puedes matarme...” Podía escuchar la leve sonrisa en su voz. “Te capacitaron para trabajar como un hombre y te creías parte de ellos. Te moldeaste para convertirte en alguien que no eres. Te cambiaste a ti mismo. ¿Cuándo fue la última vez que sonreíste antes de conocerme?”

Todavía quería negarlo.

Nunca. Siempre odié sonreír hasta que aprendí a hacerlo... hasta que *lo conocí*.

La sangre en mis venas tronó.

Mi corazón solo latía con más fuerza a medida que pasaba el tiempo.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. “Por qué...?” Me atraganté. “¿Por qué no me lo dijiste antes?”

Mis ojos apagados se fijaron en los suyos.

Me había acostado con él. Una vez. Todavía lo pensé.

“No estaba seguro al principio”, admitió. “Me parecías familiar, pero eras mayor y tu cabello y tus ojos eran diferentes ahora. La Annalisa que yo conocía no sabía usar armas. Llevaba toda la suavidad del mundo y cuando apareciste de nuevo, Anastasia había asumido el control con toda la crueldad que este mundo podía ofrecer.

Se encogió de hombros y cuando encontré sus ojos, estos se suavizaron. “Yo tampoco podría matarte, porque eres mi familia”. Se me cortó la respiración ante la palabra “familia”. “No tenemos parentesco consanguíneo, pero ustedes siguen siendo mi *familia*. Creciste frente a mí. Te he visto transformarte. Eres el heredero de la familia Romano, el único descendiente de Don Angelo Romano, y la gente en la que todavía quieres creer quería destruir eso”.

Abrí la boca para hablar, pero la cerré.

Los bordes alrededor de los ojos de Surge se estrecharon.

“Te encontraron y nunca te devolvieron. En cambio, te llevaron para usarte”.

Las amargas palabras apuñalaron mi alma.

“Tu esposo usó el matrimonio para enjaularte a él, para que nunca te fueras. Te manipuló para que pensaras que él era tu nueva familia, pero ya tienes una. *Me tienes* .” La

última palabra salió como una súplica, como si necesitara desesperadamente que le creyera. "No estás sola, Ana. Este no es tu mundo". Suspiró inquieto cuando sus ojos se posaron en el colgante alrededor de mi cuello. El mismo colgante azul que llevaba cuando era niña. "Ese collar te lo dio tu abuela, Alice".

¿Abuela?

Abrí la boca para hablar, pero una voz habló sobre mí.

"Ana."

La voz era irreconocible, más ronca que cualquier cosa que hubiera escuchado jamás y pertenecía a alguien que supuse era mayor.

Desconcertado, miré en la dirección de donde había venido esa voz.

Una mujer mayor, de unos setenta años, estaba a unos metros de mí con lágrimas corriendo por sus mejillas. Su cabello tenía mechones grises, y solo podía imaginar que alguna vez fueron rubios. Ella era la abuela de Surge.

Esperé que el reconocimiento llenara mi mente, pero nunca llegó. Todavía estaba vacío, vacío y completamente inútil. Incluso con toda la supuesta evidencia frente a mí, no tenía forma de confirmarla mentalmente. Quedándome sin palabras, la miré con los labios entreabiertos. Su tristeza era muy similar a la mía.

Curioso, me acerqué a ella. Su piel tenía arrugas más profundas y finas, pero esos ojos... Parecían incluso mayores que su edad, como si hubiera pasado los años anteriores de su vida llorando. Una sensación desconocida llenó mi alma.

Una sensación de inquietud se apoderó de mí cuando bajé mis armas y, con pasos vacilantes, di pequeños pasos hacia ella. Incliné la cabeza mientras la miraba con su vestido blanco. Cuanto más me acercaba, más se parecía el azul de sus ojos a los míos. No eran azul cielo como muchos ojos azules. Eran más oscuros y profundos, como el mar sin fondo. Mis pasos vacilaron y la inquietud en mi alma se intensificó.

Parecía familiar. Se *sentía* familiar.

Pero todavía no podía reconocerla.

Ya había oído hablar de ella antes.

Alicia Romano.

Sus pasos corrieron hacia mí hasta que se detuvieron justo delante de mí. Ella era un par de centímetros más baja cuando sus ojos me brillaron. Por un momento, el

dolor en sus ojos disminuyó por completo. Ahora parecía que estaba llorando de felicidad.

No sabía que podía ser la fuente de la felicidad de nadie.

“Supe que eras tú en el momento en que entraste por esa puerta con ese vestido. ¡Siempre te dije que el turquesa era tu color! Su voz ronca volvió a sonar.

Sonó crudo, como si hubiera estado llorando. Tenía un ligero acento, la gravedad acechaba en él cuando pronunciaba las *tes*. Tragué saliva y mis ojos hambrientos dolieron por oírlo de nuevo. Sonaba diferente de los acentos eslavos que había escuchado antes, donde las *R* estaban rodadas y el tono natural era más bajo.

Sonaba como... *en casa* .

Hogar. Qué palabra más extraña.

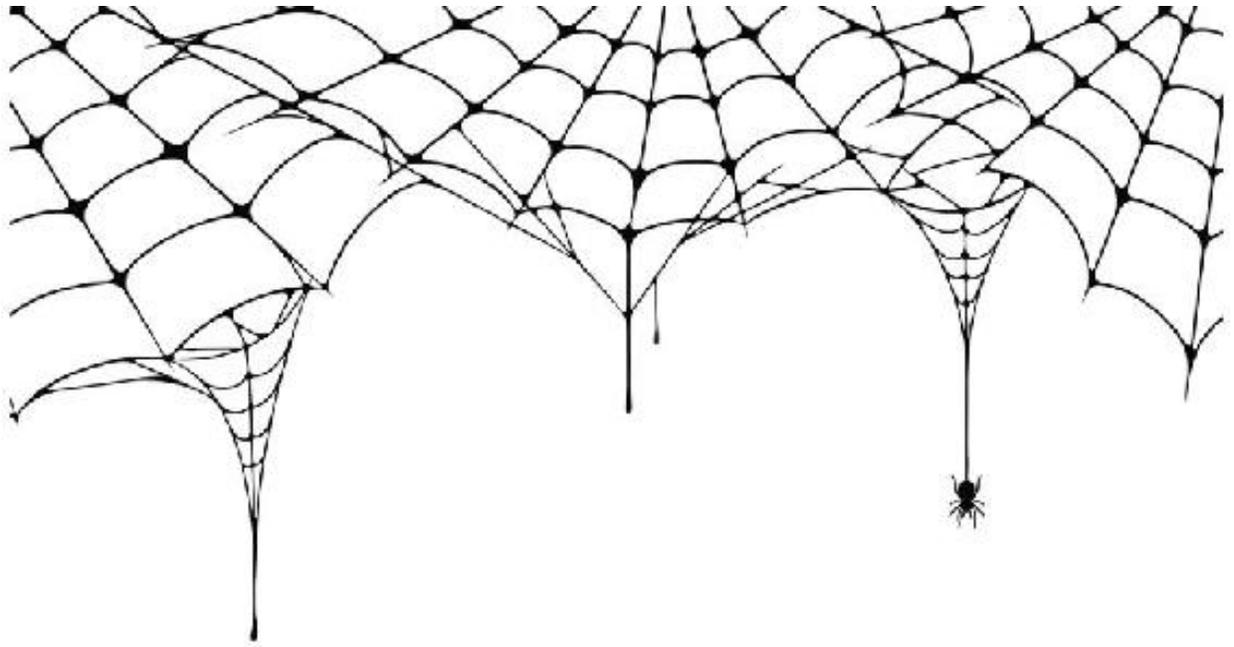
Ni siquiera conocía mi hogar permanente.

No sabía por qué había elegido usar este vestido. Pensé que quedaría bien con mi cabello rubio. Sus pasos llenaron el espacio entre nosotros y sus manos temblorosas se extendieron para acariciar mis mejillas. Mi cuerpo quería alejarme, pero mi mente quería que me quedara quieta. Sus manos eran suaves y frágiles contra mi cara, como si fuera a romperse en cualquier segundo.

"Te hemos buscado por todas partes", susurró. "Recé día y noche para que regresaras con nosotros". Sus manos estaban cálidas contra mi piel y la dejé abrazarme por unos momentos. "Uno de los sirvientes te había visto afuera de tu escuela una vez, pero te fuiste rápidamente. No tienes idea de cuánta felicidad me ha traído verte viva, princesa".

Ahí quedó ese apodo otra vez.

La princesa tiene ojos distintos y sanos. Nadie puede reconocerlos ahora.



Ana

dieciséis

Me solté de su agarre cuando esas palabras me golpearon de nuevo.

Agarré los mangos de mis espadas con tanta fuerza que, sin mirarlos, supe que mis nudillos se habían puesto blancos.

"Anastasia", una voz familiar vino detrás de mí. Pertenece a Kirill. "Estas personas están tratando de llenar tus pensamientos con mentiras y engaños. ¡Soy tu esposo! ¿Alguna vez te mentaría? ¿De verdad crees en estos extraños? Soltó una risita seca, como si todo lo que había dicho fuera completamente ridículo.

Se me cerró la garganta y exhalé un suspiro entrecortado.

Apreté la mandíbula cuando me giré para mirarlo.

Sus negros se ensancharon mientras sacudía la cabeza, como si negara que su esposa pudiera enfrentarse a él.

Al levantar los ojos, se posaron en las cicatrices en la parte superior de su cabeza. Su cabello había crecido en parches desiguales, pero todavía podía ver heridas profundas de color color burdeos. Casi me sentí culpable por él la misma noche que me jaló el pelo.

El castigo de quemarle la cabeza le parecía cruel.

Casi demasiado cruel.

Miré a Surge, quien todavía me miraba con esos intensos ojos suyos. Sus musgos se atenuaron, como si estuvieran perdiendo su brillo. No estaba seguro de si le creía.

Aclarándome la garganta y cuadrando los hombros, aparté la mirada de él para centrar mi atención en *Pakhan*. Alexander permaneció en silencio todo el tiempo mientras sus ojos se encontraban con los míos. Todavía me estaba estudiando como si tampoco estuviera seguro de cuál era la realidad y la ficción. Aún no había emitido su juicio. En realidad, fue inteligente de su parte pensar en todo esto y no actuar irracionalmente.

Si hablaba en apoyo de Kirill, se arriesgaría a una guerra con la familia Romano.

Si hablaba en contra de Kirill, perdería a todos sus aliados del lado materno de su familia.

De cualquier manera, tenía que tomar una decisión, y ya era hora de que lo hiciera.

" *Pakhan* ", comencé lentamente, inclinando ligeramente la cabeza. Él seguía siendo mi líder. Era un

buen líder y yo siempre lo obedecería y lo seguiría, sin importar lo que dijeran. Exhalé mientras continuaba: "Cuando conocí a Kirill, tu padre..." Miré al anterior *Pakhan*, Daniel Nikolaev, que ahora se encontraba justo detrás de Alexander. "El estaba presente. Mencionó que le resultaba familiar. Recuerdo específicamente que dijo esto..."

Los ojos *de Pakhan* se abrieron como platos, como si no hubiera esperado eso. Lentamente, miró hacia su derecha cuando su padre se hizo visible. Durante unos segundos no dijo nada. Alexander permaneció en silencio mientras miraba a su madre, Natasha Zaitseva, que se detenía a sólo unos metros de distancia antes de volver a mirar a su padre. Sólo podía imaginar lo que estaba pasando por su mente en este momento. Tal vez había empeorado mucho las cosas para él al involucrar a su padre, pero tenía que hacerlo.

"¿Es esto cierto, padre?" Finalmente habló. Su voz salió suave, pero había incertidumbre en su voz cruda. Estaba segura de que no era así como había imaginado que terminaría la boda.

La mandíbula de su padre se apretó cuando su mirada se posó brevemente en Kirill antes de regresar a Alexander nuevamente.

"Me resultaba familiar, pero no sabía quién era exactamente".

Eso sonó como una mentira a mis oídos.

Su padre abrió la boca para volver a hablar, pero otra voz nos interrumpió.

"Su gente alteró su apariencia, pero no se puede alterar una simple prueba de ADN".

Aumento. Mi corazón quería cantar.

"Francamente, ya estoy harto de esta mierda. ¿Le robaste a la chica a mi familia y ahora estás mintiendo al respecto cuando tus mezquinos traseros han quedado expuestos? Su voz era tensa mientras hablaba, y parecía que las emociones que se arremolinaban en su interior eran demasiado poderosas para ser reprimidas. Prácticamente ansiaban ser desatados. El tiempo pareció detenerse mientras todos esperábamos a que cayera el zapato. Luego, como si hubiera explotado una presa, Surge sacó su revólver de su cintura y apuntó a *Pakhan*.

Mis pasos vacilaron cuando *Pakhan Vors* sacaron sus armas y apuntaron a Surge. A cambio, los hombres creados de Surge le apuntaron. Como si fuera una señal, más

soldados de Romano llenaron el enorme pasillo, aumentando en número por segundo.

Me pregunté si estuvieron esperando afuera todo este tiempo por una señal.

Claramente, Surge había planeado esto desde el principio.

Un hormigueo recorrió mi columna.

Sin embargo, *Pakhan* no sacó su arma.

Tal vez porque en el momento en que lo intentara, Surge apretaría el gatillo.

La hermosa mandíbula de Surge hizo tictac mientras miraba los fríos ojos *de Pakhan*. El demonio travieso que había en él se había ido hoy. Respiró con dificultad por la nariz mientras movía su pistola de la cara *de Pakhan* a mi marido. Ahora descansaba en el rostro de Kirill.

Pakhan nunca fue el objetivo. Siempre fue Kirill.

Los ojos de mi querido esposo brillaron salvajemente y pasó a mi lado para pararse a sólo un par de pies de distancia de Surge, sosteniendo su propia arma frente a él.

Surge aún no había disparado.

Pensé que debería disparar en este punto, porque Kirill era un asesino avanzado y altamente entrenado. Él mismo no participó en misiones, pero entrenó a otros, lo que lo hizo aún más letal, ya que él mismo entrenó a sus mejores asesinos.

Dos de los hombres de Surge se pusieron delante de él, dispuestos a morir por su líder si Kirill apretaba el gatillo. Mi corazón trabajó horas extras mientras mi pobre mente luchaba por digerir toda esta nueva información. Era demasiado y ya quería irme.

Unos ojos verdes brillantes se encontraron con los míos.

La oscuridad en los ojos de Surge había desaparecido.

“Eres uno de nosotros. Abre los ojos, hermanita”.

Mis pasos vacilaron.

Un latido se formó en la parte posterior de mi cabeza cuando rayos de electricidad atacaron mi cerebro.

Podía sentir un dolor de cabeza venir ahora.

Demasiada tensión en mi mente olvidadiza.

Cerré los ojos con fuerza antes de abrirlos.

Me llamarás hermana pronto.

Un débil recuerdo llenó mi mente.

Comenzó con un cosquilleo lento antes de hacerse más fuerte hasta que comenzó a rugir.

Mis manos temblaron violentamente.

Recordé haberle dicho eso una y otra vez a medida que crecía ante alguien con mechones de color marrón rojizo claro...

Cuando era niño, recordé haber sentido la esperanza de que algún día me llamara así.

Escuchar a Surge llamarme *así*.

Pero nunca lo había hecho, hasta ahora.

Era como un ciervo atrapado por los faros, congelado en el lugar mientras las palabras familiares jugaban en mi mente.

Era algo que había esperado cuando era niña, pero no podía identificarme con mi yo más joven cuando era adulta.

Mientras el recuerdo se desarrollaba en mi mente, repetí el débil canto. "Hermano mayor."

Surge me miró sorprendido.

Sus ojos se iluminaron ante el hecho de que lo reconocí.

Mis piernas se convirtieron en gelatina debajo de mí y mi cuerpo se convirtió en papilla. Quería agarrarme a algo para mantenerme estable, pero no había nada cerca de mí a qué agarrarme.

Ya no sabía si contábamos como familia, ya que no estábamos relacionados por sangre.

Mi padre, que era la única persona que nos unía, estaba muerto.

Mi padre.

Un padre muerto al que nunca volvería a ver.

Una avalancha de recuerdos llenó mi mente.

Mi padre me trenzó el pelo mientras me sentaba en su regazo.

Perseguí a mi hermanastro y traté de que jugara conmigo.

No me acordaba de mi madre, porque sólo tenía tres años cuando ella murió.

La dulce sonrisa de *Nonna* Alice apareció ante mis ojos mientras envolvía el colgante azul alrededor de mi cuello. Instintivamente, alcé la mano para tocar el colgante de la caja de música.

Mi pecho se elevó y caí hacia adelante, agarrándome de las rodillas para mantener el equilibrio.

Oh dio moi.

Las palabras desconocidas salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Ay dios mío.

Mi cuerpo se detuvo ante las palabras extranjeras que salían de mí.

No me eran ajenos en absoluto.

Sabía *italiano*.

Hablaba un idioma que ni siquiera recordaba haber hablado hasta ahora.

Una voz interrumpió mis pensamientos.

"Ahora mira lo que has hecho. Estás jugando con su mente. Ella no es nada para ti. ¡Ella me pertenece!" Los profundos gritos de Kirill llenaron la sala.

"Ella me pertenece", respondió Surge en voz baja.

Es extraño cómo ambos sonaban similares pero ambos tenían significados diferentes.

"¡Oh, lárgate de aquí!"

Kirill gritó algunas malas palabras rusas en el aire mientras continuaba gritando a todo pulmón. Me empezaron a doler los oídos por todos sus gritos y quise callarlo.

"Cállate, Kirill. Ya has hecho suficiente daño".

Una voz distinta había hablado.

Era bajo, suave y enrollado por la tensión.

Pakhan.

Alejandro.

Por fin habló.

El bando que había elegido estaba claro como el día.

Creía en Surge.

Yo también estaba empezando a creerle al Don.

Todo acaba de cuadrar.

Comprándome en el mercado negro...

Ella me resulta familiar... ¿Es eso ...?

Las alteraciones en mi cabello y mis ojos.

La princesa tiene ojos distintos y sanos. Nadie puede reconocerlos ahora.

Kirill nunca me fue leal.

Me había engañado en cada oportunidad que había tenido.

El había planeado mi secuestro en ambas ocasiones.

Una vez en el mercado y la segunda fue mientras dormía.

Ella me pertenece.

Mentiras... nunca le pertenecí. Nunca lo hice.

Él nunca me amó.

Kirill había construido un intrincado mundo de mentiras para enjaularme.

Una red de mentiras.

No fueron el resto de los miembros de Bratva los que intentaron secuestrarme.

No fueron las arañas. Eran solo dos individuos.

El padre de Kirill y *Pakhan*.

Pakhan nunca haría daño a un niño.

"¡Anastasia es mi esposa!" Kirill continuó gritando, y casi salió como chillidos ensordecedores.

Pero nunca me trataste como a tu esposa, quise gritar.

"¡Ella me es leal!"

No, rompí mi lealtad hacia ti hace mucho tiempo.

La noche que decidí no matar a Surge Romano.

Nunca me di cuenta hasta ahora.

Mis ojos brillaron cuando me puse detrás de Kirill, quien flotaba frente a mí como si me estuviera protegiendo de los romanos.

Pero ¿quién lo protegería de *mí*?

"Kirill", pronuncié su nombre en voz baja.

Dejó de gritar casi al instante. Cuando se volvió para mirarme, sus ojos se abrieron con esperanza. "Anastasia, me crees, ¿verdad?" salió corriendo. Cuando no respondí, continuó: "Nunca te haría daño de esa manera y..."

Lo miré fijamente a los ojos sin ningún remordimiento en mi corazón por lo que estaba a punto de decir, y se calló. Me incliné y él se acercó más a mí como si pensara que estaba a punto de besarlo.

En cambio, dije en voz tan baja, como si sólo fuera para sus oídos: "Dejé ir a Don Romano la primera vez que lo vi. Y otra vez... y otra vez..." Una sonrisa cruel apareció en mis labios y sus ojos se abrieron, pareciendo a punto de salirse de sus órbitas. "El me tocó. *Le dejé* y le dejaría hacerlo de nuevo". Luego, como para añadir un poco de glaseado a mi pastel venenoso, murmuré en italiano: "*Vaffanculo*".

Vete a la mierda.

La palabra se posó en la punta de mi lengua como si siempre hubiera pertenecido allí. Escuché a mi padre decirlo una vez.

Mi alma se llenó de un brillo y él se atragantó con la respiración por la sorpresa.

Los tramposos son engañados.

Antes de que pudiera abrir la boca para contraatacar, presioné el botón lateral en el mango de la hoja que sostenía y extendió el acero inoxidable al tamaño de un antebrazo. Levanté la plata que brillaba bajo las luces de arriba y la corté en el aire con fuerza hasta que aterrizó justo en su cuello.

Ni siquiera miré hacia abajo cuando su cabeza se desprendió de su cuerpo.

Ni siquiera miré cuando cayó al suelo y rodó.

Y los asesinos son asesinados.

Su cuerpo se hundió y cayó al suelo.

Sorpresa sorpresa.

Parece que esta noche terminaríamos con una maldita boda.

Gritos y gritos llenaron el salón, pero no me concentré en ellos en absoluto.

Sólo salían respiraciones constantes de mí.

Silbidos de sangre rugieron junto a mis oídos.

Yo era una mujer casada hace unos segundos.

Ahora me había quedado viuda.

Me había *quedado* viuda.

Nadie podía decidir cómo castigé a mi marido.

Mis ojos se posaron en mi espada que todavía sostenía en mis manos. La punta estaba teñida de escarlata y cubierta con su sangre. Mi atención se deslizó hacia mi mano tatuada.

La telaraña me devolvió la mirada.

No pasó mucho tiempo para que una mujer casada se transformara en una viuda negra.

Se oyeron pasos corriendo hacia mí y las armas hicieron clic en el aire como si estuvieran listas para detenerme o decapitarme por el pecado más grande que acababa de cometer. Los instintos se activaron, presioné el botón en el mango de mi arma y mi otra espada se extendió hasta el tamaño de un antebrazo. Sin mirar hacia arriba, levanté mi mano en el aire y apuñalé a quien fuera justo en el centro del cuello. Gorbujó, ahogándose con su sangre, antes de caer cerca de mis pies.

Yo era la mujer más peligrosa en este lugar en este momento.

Ser mujer era a la vez hermoso y terrible.

Nadie esperaba que fueran asesinos, y aquí estaba yo, una prueba viviente de ello.

Una mujer también podía ser despiadada, y aquellos que se atrevieran a interponerse en su camino saborearían su furia oculta una vez provocada.

La adrenalina bombeó por mis venas ante la avalancha de los dos asesinatos. Se sintió como un regreso después de no poder matar al famoso Don últimamente. Me hizo preguntarme: ¿habría sido un asesino si no me hubieran perdido y luego me hubieran secuestrado? Probablemente no.

Mis ojos huecos miraron al miembro de Bratva en el suelo. Yacía en un charco de sangre. Uno de los miembros de la tripulación de Kirill. Acababa de matar a uno de los míos...

Por otra parte, para empezar, nunca fueron mi gente, ¿verdad?

Fácilmente podían apretar el gatillo y dispararme, pero nadie disparó contra mí. Me preguntaba si *Pakhan* tenía algo que ver con eso. Acababa de matar a su primo y todos sabían que el castigo por traición era la muerte. A *Pakhan* no le gustaban los traidores, pero yo no era un traidor. Los había apoyado durante años. Les había sido leal hasta que descubrí que me habían traicionado.

Las voces y cánticos a mi alrededor se hicieron más fuertes y dominaron mis pensamientos rebosantes. Quizás planeaban matarme por lo que había hecho. Aunque no me importaba. Me llevaría al menos docenas de cuerpos conmigo.

No reconocí a nadie en este momento en mi caos. Las partes más crueles de mí salieron de su jaula. Las mismas partes que había barricado y mantenido oculto todo este tiempo. Una sensación mortal de imprudencia brillaba dentro de mi alma retorcida. Disminuyó a medida que se hundía más en el pozo de un abismo negro, hasta que no hubo escapatoria. La enfermedad que la Bratva me había infligido y acosado estaba aquí para quedarse, sin importar quién fuera yo.

Un asesino nunca podría dejar de ser un asesino.

Algunos asesinos nacieron y otros se hicieron.

Yo fui hecho.

Kirill había alterado mi destino.

Él me había robado mi destino.

Un par de movimientos más surgieron de mi izquierda y derecha.

Con la mirada todavía en el suelo, levanté mis espadas, las corté en el aire y golpeé a mis atacantes nuevamente. Mis mechones sueltos volaron con él y pequeñas gotas de una sustancia pegajosa se adhirieron a la línea del cabello y gotearon lentamente por mi frente.

Mi cuerpo adoptó una postura de lucha. Los extremos puntiagudos de mis espadas se engancharon en la carne y me clavé en ella, atravesándola. No tuve que mirarlos para saber por sus bocas gorgoteantes que terminarían muriendo pronto. Sería mejor si nadie se acercara a mí ahora mismo.

Ya no me reconocía y mucho menos sabía quién era.
Simplemente me convertí en lo que me habían enseñado a ser.

Una máquina de matar letal.

Me habían convertido en esto y también sentirían mi ira.

Pasos vacilantes se dirigieron hacia mí.

"Ana", dijo la voz baja.

Sonaba familiar y distinto, pero en este momento no podía identificarle una cara. Tocó una fibra sensible en el fondo de mi mente, pero me negué a escuchar.

Levantando mis espadas, giré mi cuerpo y apunté el filo del cuchillo afilado justo al nivel de los ojos mientras me preparaba para atacar de nuevo. Respiraciones rápidas salieron de mi boca mientras separaba las cuchillas con un brazo extendido y las golpeaba directamente contra quien estuviera cerca de mí. Gruñó debajo de mí mientras se ahogaba con su propio aliento.

"Siempre te gusta apuñalarme".

La voz se apagó y, por fin, mis ojos entrecerrados se levantaron y se encontraron con los suyos.

Un par de orbes verdes me miraron fijamente.

Esos orbes verdes siempre me recordaron a los musgos húmedos.

Todo el bosque yacía ante esos ojos mágicos suyos.

Nunca cambiando ante mí.

Desconcertado, miré fijamente cada una de las dos espadas que había clavado en sus anchos hombros. Las manijas sobresalieron de ellos cuando el déjà vu me golpeó. Me recordó la noche en que nos conocimos.

No pensé y sólo reaccioné mientras sacaba esas espadas de sus hombros. Ya no vi a Surge. Su dolor no me dolió hoy. Su rostro se distorsionó mientras sus rasgos se contraían de dolor. Sin embargo, sus ojos brillaban como si estuviera orgulloso de que hubiera logrado apuñalarlo de nuevo, como si estuviera orgulloso de la mujer que de alguna manera había resultado ser. Aunque no estaba cerca de los Romano, había logrado cuidarme sin su protección. Antes de convertirme en una princesa perdida hace mucho tiempo, siempre estuve protegida como cualquier otra princesa de la mafia. Sin embargo, ya no estaba perdido. Ahora podía ver el futuro claramente.

Exhalé con fuerza mientras entrecerraba los ojos sin parpadear hacia Surge. Mi corazón dio un vuelco cuando vi el líquido metálico color burdeos empapando su traje.

Probablemente necesitaría un nuevo guardarropa después de que terminara con él.

Un grito ahogado escapó de mis labios. El pensamiento histérico me dejó desconcertado. Mis ojos ardieron, pero una parte de mí me instó a detener mi desenfrenado descenso hacia la locura. Intenté enterrar ese sentimiento, pero salió más loco que nunca. Era como una tormenta que desataba su ira sobre todo lo que encontraba a su paso. La oleada de matar todavía rondaba en lo más profundo de mi alma. Mi alma se volvió más fría, como las olas del océano en medio de la noche. A pesar de que Surge había quitado las capas que me había envuelto con fuerza, se había endurecido una vez más.

Busqué desesperadamente venganza contra todos, aunque ya había matado al principal culpable de mi ira. Todavía quería castigar a los demás. Todavía necesitaba matar porque no sabía qué más hacer con mis manos aparte de hacer lo que me habían enseñado toda mi vida: quitar una vida.

Los ojos de Surge se centraron en la espada manchada de sangre en mis manos.

Levanté la espada. No estaba seguro de lo que estaba a punto de hacer... todavía.

Sus ojos se suavizaron.

“¿Vas a hacerme daño otra vez, Pequeño Asesino?”

Esas palabras me atravesaron.

Solté un suspiro y mi mano se detuvo en el aire.

Lo lastimé.

Sus manos agarraron sus hombros sangrantes.

Sus ojos estaban tan vacíos mientras me miraba.

Estaban vacíos como... *los míos*.

La forma más rápida de morir por una puñalada era retirar la espada.

Se los había quitado y ahora estaba sangrando frente a mí.

Mis ojos cayeron con pesadez y la locura en mí se calmó. Una sensación de vacío llenó mi cuerpo.

Surge siempre fue tranquilo y racional, mientras que yo era caótico e impulsivo.

El fue la calma de mi tormenta.

Tanto el infierno como el cielo.

Luz y oscuridad.

Cordura y locura.

Me hizo preguntarme: ¿todavía lo habría querido si hubiera estado con la familia Romano todo el tiempo?

Recordé haberlo considerado mi hermanastro, pero ya no vi a esa persona frente a mí.

Acabo de ver a Sergio Romano.

Los tiempos habían cambiado. Yo había cambiado.

No estábamos destinados a vivir juntos un cuento de hadas.

La tragedia nos golpeó cuando me separaron de mi verdadera familia, pero logramos encontrarnos nuevamente.

Estábamos atrapados aquí ahora. Juntos.

Eso nunca cambiaría.

"Nadie volverá a hacerte daño".

Surge habló con esa seductora voz suya, atrayendo mis oídos hacia el bajo. Pensé en su voz como una tentación que siempre me convenció de quedarme. En verdad, fue un ciclo interminable. No podía matarlo y tampoco podía alejarme de él.

"Te vi crecer frente a mí. En ese momento, sólo pensaba en ti como en la hija de Angelo Romano, cuando era niña. Tenías trece años cuando desapareciste y cuando te volviste a encontrar me parecías familiar, pero no pude reconocerte. Eras mayor. Te veías diferente... y tenías esa maldita espada en tu mano como si quisieras asesinarme mientras dormía". Su labio se arqueó, a pesar de que sangró frente a mí.

"Parece similar a nuestra situación en este momento. Difícilmente te parecías a la joven que habías dejado atrás. Tenía una idea de cómo te verías, pero no estaba seguro. Quizás debería habértelo dicho antes, porque me di cuenta de quién eras en el momento en que vi el colgante en tu cuello por primera vez. Quería saber más sobre ti y no podía matarte, así que te dejé irte la primera vez y te dejé libre una y otra vez poco después". Se lamió los labios lentamente antes de continuar. "Matarte sería matar una parte de mí también, Ana".

Parpadeé para contener el agua que me picaba los ojos. Mi mente daba vueltas a mi alrededor y un ruido histérico quería salir de mi boca.

Inhalar. Exhalar.

El temblor en mis piernas aumentó y sentí que mis pies estaban a punto de ceder debajo de mí. Sus palabras me habían destrozado.

Un grito salió de mi boca antes de volver a cerrarla. Mi pulso golpeó contra mi piel cuando miré sus ojos. Eran tan intensos que el sudor corría por mi nuca y entre las curvas

de mi pecho. El sudor se deslizó justo debajo del colgante que llevaba y los golpes en mis oídos rugieron.

Acércate. Podía escuchar la promesa silenciosa en voz baja. *No te haré daño.*

Ya había olvidado cómo hablar y temía tener taquicardia. Mi corazón latía más rápido que un baterista con sus ritmos irregulares. Era demasiado joven para sufrir un ataque al corazón. No quería morir todavía, no cuando él me decía todas estas cosas.

“Has sido parte de mí, de mi vida, de mi familia desde que tenías sólo tres años, y nada podría reemplazar eso. Eres un sobreviviente. Llegaste hasta aquí sin la ayuda y protección de la familia Romano. Te aguantaste solo todo este tiempo y estoy muy orgulloso de ti”, continuó y presionó su mano contra uno de sus hombros sangrantes. Mis ojos nublados volaron hacia su herida antes de aterrizar en su rostro nuevamente. Como el vino, había envejecido suavemente. Mientras lo estudiaba de cerca, noté que las arrugas alrededor de sus ojos se profundizaron cuando su labio se torció en una débil sonrisa.

Era imposible no enamorarse de esa sonrisa.

¿Amar? ¿Qué supe yo sobre eso?

Mis oídos ansiaban que volviera a hablar.

Nadie me había dicho antes lo mucho que significaba para ellos.

Mi corazón se sentía demasiado lleno en este momento.

Sus ojos permanecieron enfocados en mí mientras mis nervios caían y mi cuerpo se tensaba bajo su mirada.

Eran brillantes, hermosos y audaces. No tenían precio, como las gotas de rocío que caen sobre las hojas después de una fuerte lluvia. Un alga descubierta se cernía sobre sus ojos mientras seguía mirándome. Una cruda crudeza persistía en ellos, y sus ojos mostraban todo lo que sentía por mí. El mismo tipo de sentimientos que yo sentía por él también.

Sus largas pestañas me detuvieron y me hicieron demasiado difícil escapar. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando su alma quedó desnuda ante mí.

“Tienes un imperio esperando tu regreso. Tu legado continuará. Eres todo lo que nuestro imperio necesita. Has enfrentado muchas pérdidas. Se que tú tienes. Nunca podré recuperar los siete años de tu vida que has perdido, pero podemos crear nuevos recuerdos. Podemos reemplazar estos malos...” Mi corazón martilleaba en mi pecho, queriendo caerse en cualquier momento. “Me

importa un carajo nadie más que tú. Si regresa con nosotros, no es necesario que cambie la forma sin complejos en que aborda la muerte. Cada parte oscura y fracturada de ti permanecerá. Nunca intentaría domesticarlo. Si encuentras consuelo en tus sombras, yo también encontraré consuelo en ellas”.

Tragó de nuevo y su nuez se balanceó.

Sus promesas provocaron una descarga de adrenalina por mi cuerpo.

Me sentí como un extraterrestre en mi propia mente.

Ven conmigo, me hizo una seña silenciosa con su voz.

Sus ojos miraron a los míos con anhelo.

El mismo tipo de anhelo que sentía en lo más profundo de mis huesos.

“Tal vez el destino eligió el nombre Anastasia para simbolizar tu resurrección. Eras la niña desaparecida para algunos, la perdida para otros y la niña muerta para muchos. Sin embargo, tu esencia *nunca puede* morir. Nadie podrá volver a esconderte lejos de este mundo. *No* eres un arma secreta. Nunca más volverás a convertirte en un arma para beneficio de nadie. Ya puedes dejarlo ir, Ana. Eres la persona más fuerte que conozco y ya no tienes que ser tan fuerte. Podemos ser fuertes *juntos*”.

Me miró como si fuera la cosa más increíble del mundo.

Mis labios temblaron y mis hombros se hundieron ante la resignación en su voz. Mi sangre retumbó y me empujó como si me hubiera golpeado un trueno. Un nudo se me atascó en la garganta mientras intentaba tragarme las lágrimas. Una mirada silenciosa pasó entre nosotros y el resto del mundo se volvió borroso, como si fuéramos las únicas dos personas en este mundo.

Mientras lo estudiaba, rastreando y guardando cada rasgo divino en mi memoria, rompió el contacto visual conmigo para mirar sus hombros sangrantes. Hizo una mueca y su piel palideció aún más. Estaba perdiendo color, asemejándose a la enfermiza blancura de una pared en blanco y un fantasma traslúcido. Le había causado dolor. Lo había lastimado. Y ni siquiera se había defendido ni una sola vez. Miré mis crueles manos y miré las espadas, las mismas que había usado para cortarlo sin piedad, antes de soltarlas. No quería lastimarlo más.

Cayeron al suelo con estrépito.

Surge suspiró aliviado cuando sus rodillas cedieron debajo de él. Cayó al suelo con los dos cortes infligidos en su cuerpo.

"S-Sergio", comencé, pero mi voz temblaba.

Un gemido atormentado quiso salir a la superficie y gritarle. Nuestros ojos se encontraron durante varios segundos mientras el mundo se desvanecía a nuestro alrededor. No vi a nadie más además de él. Sus musgos brillaron y luego atravesaron mis entrañas.

Moviéndome con las piernas temblorosas, extendí la mano para ayudar al pobre hombre herido que tenía delante. Quería sostener su hermoso rostro entre mis manos y disculparme por apuñalarlo.

Sin embargo, no estaba seguro de cómo se hacía eso, ya que estaba acostumbrado a matar sin remordimientos. Mis dedos ansiaban seguir sus hermosos rasgos. Intenté respirar por la nariz, pero no pude. Fue como si hubiera perdido la capacidad de respirar.

Su labio se arqueó mientras me tambaleaba como un pingüino hacia él. La diversión hizo tictac en el borde de su boca mientras sus pómulos se alzaban con una sonrisa divertida.

Mi alma muerta se calentó cuando el agua se pegó a mis pestañas. Me pasé el brazo por los ojos antes de que pudiera captar algo, pero sabía que lo hizo. Su sonrisa vaciló por un segundo antes de que sus vidriosas esmeraldas buscaran a través de las mías. El círculo negro en su iris sólo los acentuaba.

Mis uñas cuidadas se clavaron en la piel de mi palma mientras movía mi cuerpo gelatinoso hacia él. No podía creer que por una vez me hubiera hecho las uñas. Dejé escapar un suspiro entrecortado cuando estuve cerca de él.

Extendí una mano para tocar su hombro sangrante, pero un grito ronco salió de él: "*¡No!*"

Su voz retumbó lo suficientemente fuerte como para convertir el vidrio en fragmentos.

Mis dedos se congelaron en el aire y mi pulso se aceleró.

Mi corazón quería romperse en pedazos mientras miraba su rostro.

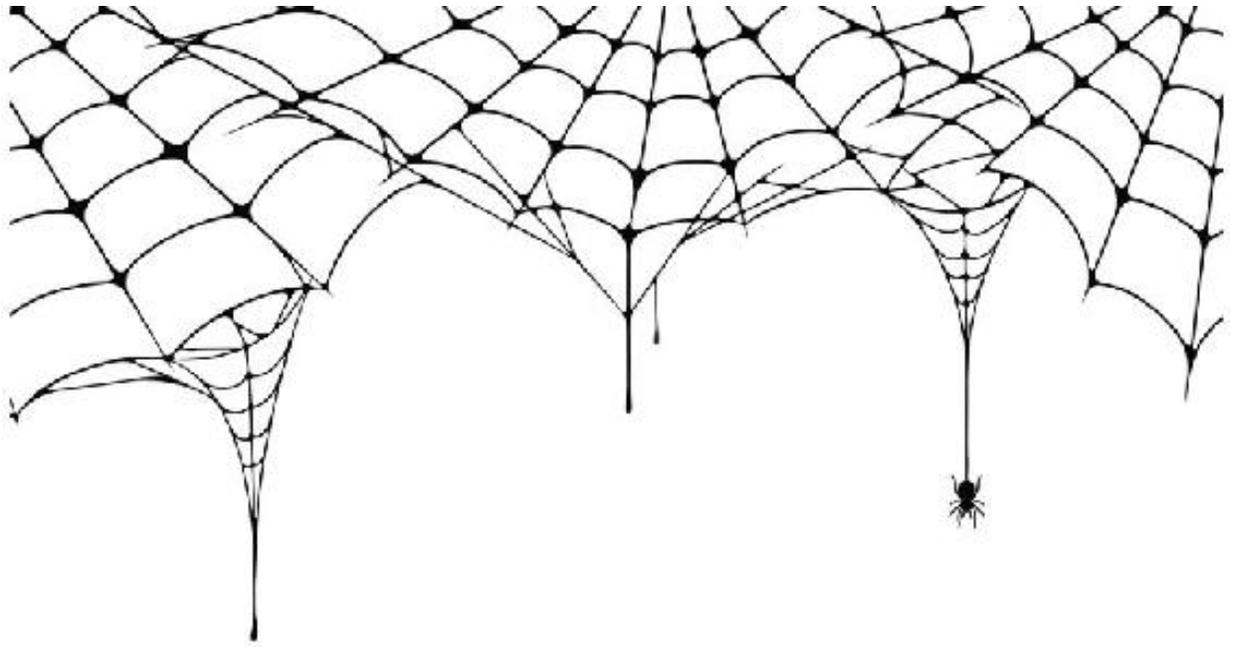
Miró directamente por encima de mi hombro con fuego en los ojos.

Los instintos se activaron y me di la vuelta rápidamente, pero ya era demasiado tarde.

Un puñetazo recibió la parte posterior de mi cabeza, en el mismo lugar en el que me habían herido una vez cuando era adolescente. De vez en cuando, todavía sentía un cosquilleo, como si nunca se hubiera curado por completo.

Me trajo recuerdos del día en que Kirill me había tirado del cabello. Sus dedos habían tirado de mi dolorido cuero cabelludo con tanta fuerza que me había arrancado un mechón de pelo y había dejado una calva allí. El cabello nunca creció en esa zona dañada.

La mano fuerte golpeó mi cuero cabelludo e hice una mueca cuando perdí el equilibrio y mi visión se volvió negra.



Ana

17

Mis ojos aturridos se abrieron de golpe en el momento en que la luz artificial los golpeó. Gemí y los golpeé con una mano. Gruñendo como una loca, miré hacia el candelabro plateado que colgaba sobre mi cabeza. No era dorado como el de la habitación de Surge.

Usando mis codos rígidos, me senté erguido y acomodé la almohada detrás de mí. Inclinandome hacia atrás, apoyé mi espalda contra la cabecera de la cama mientras miraba a mi alrededor. Uno de los *vors* rusos debió atacarme antes de que me desmayara. Estudié la habitación. Mis instintos no se activaron porque este lugar no me era desconocido.

Lo reconocí en lo profundo de mi alma.

Era el dormitorio de mi infancia.

El mismo dormitorio en el que dormía cuando era niña en la mansión Romano.

Mis ojos parpadearon para contener las lágrimas mientras observaba el dormitorio familiar. Estaba pintado de un color azul como el cielo exterior. Miré por la ventana y vi el sol entrando por las cortinas. Finalmente diciembre había pasado y marzo ya casi estaba aquí. El primer rayo de sol cayó sobre mis pómulos. El aire todavía estaba frío, pero disfruté del calor que también traía consigo. Miré las paredes donde colgaban los retratos de mi familia a la altura de los ojos y capté una fotografía de mis padres.

Mis padres biológicos, que ya no estaban aquí...

Mi alma descendió brevemente a un lugar oscuro, pero luego me di cuenta de que no era completamente huérfano. Todavía tenía una abuela y Surge. Todavía tenía una *familia*. Puede que los haya olvidado con el paso de los años, pero no fue así. No estaba seguro de cómo avanzar a partir de aquí, pero tenía la esperanza de que Surge me ayudara como me había prometido.

Juntos.

Me prometió que resolveríamos todo *juntos*.

Después de todo lo que había pasado hasta ahora, ¿seguía siendo la misma persona?

Todavía sentía lo mismo por dentro, pero de alguna manera me sentía diferente.

Más consciente y más alerta sobre quién era yo.

Ya no me dejaron a oscuras.

Ayer mismo era Anastasia Volkova y ahora era Annalisa Romano.

Qué maldito lío.

Una risa histórica quiso salir de mí.

Mis oídos se animaron cuando alguien salió por la puerta. Quienquiera que fuera no se había molestado en llamar.

Me preguntaba si era Surge. Hacía horas que no lo veía. Mis ojos cansados se levantaron cuando miré hacia la entrada de mi habitación en busca del familiar pelirrojo, pero en su lugar vi una cabeza llena de cabello negro. Mi respiración se detuvo mientras miraba a *Pakhan*.

¿Qué estaba haciendo *Pakhan* aquí?

Bueno, ya no era realmente mi *Pakhan*, y mi lengua tardaría un tiempo en recordar no llamar así a Alexander Nikolaev. Uno de sus soldados debió haberme noqueado.

Los bordes de mis ojos se estrecharon hacia él.

“¿Finalmente has venido a matarme por mi crimen?” Antes de que pudiera replicar, agregué: “Sin embargo, no debería considerarse un delito. Tu primo Kirill Volkov se lo merecía. Quiero devolverle la vida sólo para masacrarlo de nuevo”. Ni siquiera sabía de dónde saqué los huevos para hablarle de esa manera. Nunca en mi vida había sido atrevida y atrevida con él.

Sus espesas cejas negras se arquearon, pero continué: “Tu padre también merece ser castigado. Deberías considerarte afortunado de que no pude matarlo”.

Alexander inclinó la cabeza mientras sus ojos negros me estudiaban. Luego, cruzó los brazos sobre la chaqueta negra entallada que llevaba. Junto a él había tres hombres haciendo guardia. No eran los *Vors*. Vi una melena de león tatuada en sus manos. *Cosa nuestra*. El estuvo aquí con ellos. Más bien lo habían traído a mi habitación y, según su lenguaje corporal, parecían reacios a salir de la habitación.

Me di cuenta.

Estaban protegiendo a su princesa.

A mí.

El rostro de Alexander ni siquiera perdió el ritmo cuando sus ojos se volvieron divertidos. “Anastasia...” Hizo una pausa antes de corregirse. “*Annalisa*, estoy aquí porque pensé que podríamos tener una agradable charla”. Dijo esto como si estuviéramos listos para tomar una taza de té. En realidad, estábamos lejos de ser amigos para semejante teatralidad. “No planeo matarte”. Todavía lo miré con cautela como si fuera a atacarme en cualquier segundo. La *Bratva* siempre atacaba cuando la gente menos lo esperaba. Quienes trabajaban para ellos sabían

que así funcionaban. "Pensé que sería mejor verte por última vez antes de separarnos".

Parpadeé y me hundí en la almohada.

Por un segundo pensé que lo había oído mal.

Un brillo apareció en sus ojos negros, y por una vez casi parecía un humano y no una criatura mítica de la noche. Había algo en él que me recordaba a un hada. Escuché que era del tipo que te sonríe traviesamente, te ofrece una mano y luego te apuñala por la espalda con la otra. No estaba seguro de qué tan cierto era ese rumor.

Aparté mi mirada de sus ojos. Me recordaban demasiado a Kirill y preferiría no pensar en él en absoluto.

"En cuanto a Kirill y mi padre, nunca me habían hablado de tus raíces. Me dijeron que te encontraron en el mercado antes de reclutarte. Eras parte de nosotros incluso antes de que yo asumiera el liderazgo. No te pediré disculpas porque no soy yo quien te ha hecho mal. Aunque su voz profunda fluía suavemente como la miel, la crueldad en ella era clara como el día mientras hablaba. En cierto modo, tenía sentido. Sólo porque trabajaba para él no significaba que me debiera una disculpa.

Un líder rara vez lo hacía. Disculparse era un signo de debilidad. Significaba que estabas admitiendo un error que habías cometido.

Me burlé en voz baja y lo miré a la cara, esperando que no se hubiera dado cuenta de mi burla.

"La única mujer con la que me he disculpado es mi esposa".

Mis ojos se dispararon hacia él con sorpresa.

No esperaba eso de él.

Continuó mirándome. "Lo que *puedo* hacer por ti es que seas libre de vivir tu vida como quieras, sin daño, y en cuanto a mi padre... ha sido exiliado".

Mis ojos se abrieron. Sabía lo que quería decir con eso.

Despojado de su título y tatuajes y tildado públicamente de *desterrado*.

Era algo peor que la muerte en nuestro mundo.

Que te quitaran tu identidad era un infierno comparado con la muerte.

Uno viviría con la humillación por el resto de su vida, y *siempre* tendría un objetivo en su espalda como traidor.

"Me voy ahora, Anastasia". Alexander hizo una pausa antes de murmurar malas palabras inaudibles una vez que se dio cuenta de que había pronunciado el nombre incorrecto nuevamente. "Anna ..." Hizo una nueva pausa

antes de resignarse a un suspiro. "Quienquiera que seas. Mi cerebro está empezando a dolerme ahora, y eso no ayuda con el creciente dolor de cabeza de anoche. Adiós."

Se dio la vuelta para irse tan rápido como llegó.

Miré fijamente su espalda mientras él se movía para irse, pero se detuvo de nuevo y me miró directamente. Mis hombros se tensaron y quise apartar la mirada de sus ojos negros llenos de abismo que se parecían demasiado a los de mi difunto esposo.

Ahora eran diferentes a los de Kirill.

Se iluminaron, especialmente alrededor de su esposa. Los había visto.

Más travieso y accesible, a diferencia de alguien que conocía... No era su primo.

La tensión en mi cuerpo desapareció y mis hombros se hundieron.

Se metió las manos en los bolsillos mientras me miraba por última vez. "Eras un buen soldado".

Mi pecho se expandió ante sus elogios.

Fue como si le hubiera servido bien.

Aunque ahora era el enemigo, era agradable ser apreciado. Y dicho esto, Alexander Nikolaev me dejó solo en la habitación.

Momentos después de que se fue, entró una criada a traer el desayuno, pero solo dije una palabra.

"Don."

La criada parpadeó.

"Don Surge. ¿Dónde está?"

Mi alma inquieta temblaba violentamente y deseaba volver a verlo.

"Está en su habitación, durmiendo debido a sus heridas", ofreció la criada de ojos marrones en voz baja.

Hice una mueca como si me hubiera abofeteado.

Yo había causado esas crueles heridas en su cuerpo.

"¿Dónde está su habitación?" Pregunté en voz baja.

Ala oeste. "En el lado opuesto de la mansión, en el ala oeste".

Oculté la sonrisa ante el recuerdo.

Recordé dónde estaba su habitación.

Poco después de que la doncella se fuera, me levanté. Alguien me había puesto un camisón gris sedoso que terminaba en mis pantorrillas. Probablemente una de las sirvientas me había cambiado, ya que Surge estaba desmayado como un muerto.

Encontré una bata y unas pantuflas en la habitación que eran demasiado grandes para mis pies, me las puse y salí corriendo de la habitación, hambrienta.

Hambriento de algo más que comida.

Había estado en esta mansión antes, pero no había estado en esta parte de la mansión en mucho tiempo. Me dirigí hacia el ala oeste y, mientras avanzaba, noté los retratos dorados que colgaban de las paredes. Rostros familiares que sólo estaban vivos en mis recuerdos aparecieron ante mis ojos. Mi corazón trabajó horas extras para bombear sangre a través de mis nerviosas venas mientras el frío suelo dejaba besos salpicados en las plantas de mis pies. Algunos guardias estaban apostados en algunas esquinas mientras caminaba por el interminable pasillo.

Inclinaron la cabeza y murmuraron: "Princesa", mientras yo pasaba.

Princesa.

Supuse que ese título había llegado para quedarse.

Por fin, me encontré ante una habitación familiar profusamente decorada con oro.

Sin tocar, giré el pomo de la puerta y lentamente asomé la cabeza. Mis venas nerviosas tronaron y mi pulso se aceleró con anticipación. Las cortinas estaban corridas y bien juntas, dejando la habitación en completa oscuridad, como si Surge hubiera querido bloquear cualquier señal de luz solar.

Un cuerpo envuelto en sábanas blancas de satén se agitó y mis pasos se detuvieron. Andando de puntillas como un ratón, me acerqué sigilosamente a su cama. Se acostó boca arriba. Probablemente no podría descansar sobre sus hombros. La culpa apuñaló mi alma atormentada mientras miraba sus vendajes. En algún momento, la sábana que cubría su cuerpo se deshizo y su pecho resbaladizo y pecosó me saludó. Volví a mirar su rostro. Sus mechones claros estaban despeinados y sus hermosos ojos que deseaba ver desesperadamente permanecían cerrados. Su rostro tenía tanta paz, como si no le importara en el mundo que la persona que había causado sus heridas estuviera parada frente a él.

En mi estado frenético, me arrastré hasta su cama. Su cuerpo se agitó como si intentara levantarse, pero puse mis piernas a cada lado de su cuerpo y apoyé mi cabeza contra su corazón. Podía sentir los latidos de su corazón. Golpeó contra mi oreja y me envolví como una serpiente alrededor

de él. No estaba seguro de qué hacer ahora. Simplemente sabía que no quería estar sin él. Tal vez se despertaría. Tal vez mi fuerte abrazo lo despertaría.

"Qué carajo..." Su boca maldiciente habló un momento después.

La oleada se agitó debajo de mí mientras bostezaba.

Escondí una sonrisa mientras apoyaba mi barbilla contra su pecho y lo miraba.

Sus ojos aturdidos parpadearon lentamente. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Su voz salió incluso más baja de lo habitual y su voz sexy había regresado. Suspiré felizmente encima de su pecho. Podría escucharlo durante horas. Aparté la cara de él y volví a presionar mi oreja contra su pecho.

"Escuchar los latidos de tu corazón", respondí con pura honestidad.

Golpear. Golpear.

Me saludó un silencio de muerte.

Mis mejillas se sonrojaron y esperé que él no pudiera ver mis mejillas ponerse rosadas.

Los latidos de su corazón se aceleraron y el vértigo en mí creció.

Golpear. Golpear. Golpear.

"¿Te estás sonrojando?" Su voz llegó un segundo después.

Molesta, levanté la vista y mentí entre dientes. "No."

Sus ojos se suavizaron cuando alcanzó una mano y la pasó por mi mejilla.

Escalofríos recorrieron mi espalda ante su frío toque.

"Me alegra mucho ver que estás bien", confesé.

Me acosté con mi cabeza contra su corazón para que no pudiera ver mi cara más.

Su dedo bajó y continuó acariciando mi mejilla.

"Por un momento pensé que te había perdido. Pensé que te perdería por segunda vez".

Se quedó en silencio antes de preguntar con su voz somnolienta: "¿Cuándo fue la primera? ¿Cuándo me apuñalaste la primera vez?"

Sacudiría la cabeza si pudiera.

"No. Cuando me perdí entre la multitud... Cerré los ojos cuando el recuerdo me golpeó. "En ese momento llovió. Recuerdo que me separaron de mis guardaespaldas y, en mi cabeza, recordé haber pensado: nunca volvería a ver a papá, a *Nonna* y... a *ti*".

Dejó de acariciarme la mejilla y sentí su corazón latir salvajemente en su pecho.

Golpear. Golpear. Golpear.

Estaba seguro de que el mío late de la misma manera.

Estos recuerdos todavía me parecían extraños, como si le hubieran sucedido a una entidad separada. "Cuando te apuñalé en la boda, pensé que yo sería la causa de tu muerte. No pensé que podría volver a verte nunca más", continué en voz baja. "Si bien fue divertido apuñalarte, no me gustó la parte en la que sangraste justo delante de mí". Su pecho se movió debajo de mi cara y me di cuenta de que se estaba riendo. Sólo lo rodeé con mis brazos con fuerza. "Cuando sangras, yo sangro contigo", susurré contra su pecho.

El respiró hondo y mis ojos se empañaron.

Estaba diciendo todas las cosas que había deseado decirle.

Matarte sería matar también una parte de mí, Ana.

Recordé sus palabras.

Ahora eran mi recuerdo más favorito y doloroso.

"Un día, mi corazón sangrante no podrá soportarlo más. Me asusta cada vez que te veo herido. Nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. Es como si parpadeara, alguien me arrebataría otra vez. Que si cierro los ojos, nunca estarás aquí a mi lado. No puedo creer que esté en casa contigo ahora".

Surge suspiró debajo de mí mientras se agachaba y presionaba su boca contra mi cabeza. Mis ojos brillaron de deseo y mi alma se tensó de necesidad.

Suspiré felizmente como un gato mientras me acurrucaba más cerca de él. Acurrucarse era algo completamente diferente para mí. Nunca lo había hecho antes, pero quería envolverme alrededor de él como si fuéramos un solo cuerpo y no dos.

Lo miré y, sin pensar, acerqué su hermoso rostro al mío y presioné mi boca contra la suya.

El tiempo se detuvo cuando mis labios encontraron los suyos suaves.

Cerré los ojos y envolví mis palmas sobre su nuca. Suspiré contra su cálida boca mientras conectamos una vez más.

Sabía a sándalo, almizcle y a hogar. Los disturbios estallaron cuando nuestras bocas se arremolinaron unas contra otras, luchando entre sí y exigiendo control. La barba incipiente de sus mejillas rozó las mías suaves.

Gimió contra mi boca mientras chupaba mi labio inferior y le daba un mordisco fuerte. Dejé escapar un pequeño maullido y él gruñó contra mi boca. El sonido vibró hasta mi núcleo mientras presionaba un beso doloroso tras otro en mis labios.

Ahora estábamos corazón contra corazón.

Pecho con pecho.

Nuestras exhalaciones se mezclaron hasta que se volvieron iguales.

Un escalofrío recorrió mi columna mientras nos desenredábamos el uno frente al otro.

Como los dos tallos de un rosal, nuestros labios se entrelazaron.

Lo besé como si fuera el último beso que tendría.

Me besó como si fuera el primer beso que siempre anheló.

Él era el sol para mi luna y las estrellas en mi cielo.

No estaba segura de cuándo comencé a obsesionarme con él.

Tampoco supe cuando se convirtió en algo más grande en mi vida .

Lo necesitaba de la misma manera que necesitaba aire para respirar.

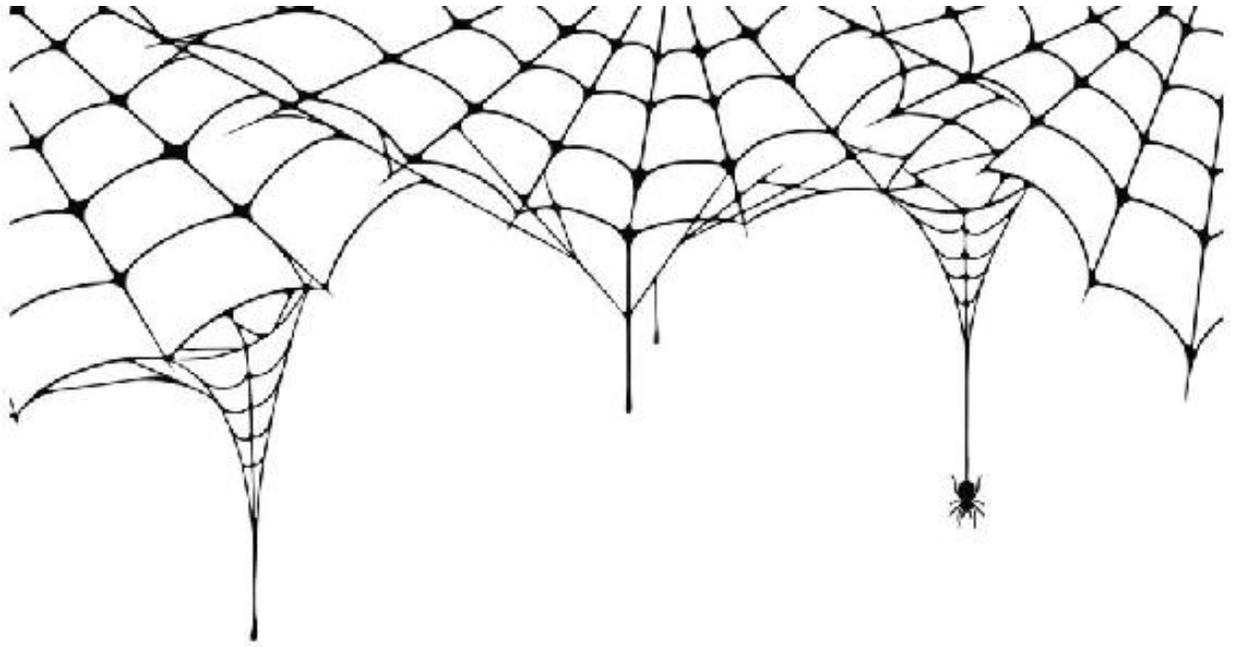
Su oscuridad jugó bien con la mía.

Me entendió. Incluso se preocupaba por mí.

En lugar de domesticarlo, lo desafió.

Una vez que nos separamos, sus ojos brumosos se encontraron con los míos.

"Bienvenida a casa, Ana".



Ana

Epílogo

UNA VEZ EN DICIEMBRE...

Yo era una vagabunda, hambrienta y sin hogar.

Y luego... comprado, condicionado y entrenado como un asesino letal.

No recordaba quién era. Sólo recordé mi nombre.

Anastasia.

Para reclamar mi vida como máquina de matar, tuve que destruir a otros, y ese se convirtió en mi destino violento.

Yo era un depredador silencioso debajo de mi capucha.

Nadie sabía que yo era mujer hasta que me *lo encontré* —Sergio Romano.

Conocerlo alteró mi destino en ese momento.

Mi deber chocó con el deseo por primera vez.

Fue arriesgado aceptar mi tarea, pero lo hice de todos modos.

Olvidé que nací mujer hasta que sentí que mi corazón latía por él.

Resulta que había estado viviendo una mentira.

Con él encontré la verdad.

Sergio Romano, mi Surge, estaba sentado a la mesa.

Hoy no vestía ropa de cuero, pero un traje negro se pegaba a sus músculos tensos. Aunque se había afeitado la mandíbula, ya lucía una sombra en el rostro. Sus mechones rojizos claros estaban peinados hacia atrás y pulidos detrás de sus orejas, tocando su nuca. Su belleza era divina.

A veces me olvidaba que él era el Anticristo. Mis pensamientos estallaron cuando su voz magnética me atrajo hacia allí.

"Quería hablarte de algo, ya que creo que has tenido tiempo suficiente para adaptarte a nuestra vida como *nuestro asesino*".

Una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Una risa histérica quería salir de mí.

"Suenas orgulloso, hermano mayor", bromeé, recordando cómo él siempre odiaba cuando lo llamaba así.

Me lanzó una mirada de molestia antes de arrugar la cara con disgusto. "No me llames así", ordenó.

Sonreí. "¿Por qué no? Está bien decirle al mundo que te estás follando en secreto a tu hermanastra en tu imaginación. No pude evitar presionar sus botones un poco más.

Me miró antes de murmurar algo inaudible en voz baja.

Parecía casi haber terminado conmigo.

Pellizcándose el puente de la nariz, suspiró. "Eso sólo pasó porque tenía la impresión de que eras Anastasia", corrigió. "Como decía antes de que me interrumpieran bruscamente, creo que es el momento".

A veces me preguntaba si tenía razón.

Si nunca me hubiera perdido y me hubieran alejado de mi familia, ¿aún habría sucedido Surge y yo? Mi padre nunca lo habría permitido. Alejándome de mis pensamientos, noté que sus ojos se deslizaban de mí a *nuestra* gente mezclándose entre la multitud ante nosotros. Seguí su mirada y miré a la gente.

Nuestra gente. Finalmente encontré el camino de regreso a casa.

Había sido duro. Algunos días todavía recordaba los crímenes que Kirill me había cometido. No volví más a Bratva después de la última visita *de Pakhan*. Siempre lo respetaría, pero no creía que éramos lo suficientemente cercanos como para visitarnos las casas.

Todavía pensaba a menudo en la Bratva, pero hacía casi un año que no hablaba con ellos. No era cercano al resto de las mujeres de la Bratva, ya que no sabía cómo hacer amigos. Siempre me había reservado para mí. Siempre he estado reclusa y sola en mi mundo.

Miré el tatuaje de telaraña grabado en mi mano.

La tinta brilló en mi piel pálida y los bordes de la red desaparecieron hacia el dorso de mi palma. No lo había quitado todavía. Surge tampoco me había pedido que me lo extirparan quirúrgicamente. Mi anterior *Pakhan* no había ejecutado ninguna orden para que me despojaran de mi título y de mi tatuaje. Nadie podría abandonar un sindicato a menos que tal vez fuera el líder, pero yo lo era.

Había dejado la Bratva y me sorprendió saber que todavía estaba vivo para contarlo. Si alguien quería abandonar un sindicato, lo mataban o lo despojaban por completo de su identidad. Sus tatuajes serían cubiertos y marcados con hierro.

Una marca negra permanente quedaría marcada para siempre en sus cuerpos. Lo hicieron en condiciones extremas cuando alguien fue exiliado. Tal vez fue porque, para empezar, esta identidad no era realmente mía, por lo que no había nada que quitarme.

Se sentía extraño alejarme de algo a lo que creía pertenecer, sólo para ser parte de algo más. No importa lo que digan, me quedaría con este tatuaje.

Habían pasado diez largos meses. El tiempo, las estaciones y las personas habían cambiado con el tiempo. Había cambiado en los últimos meses, pero aún así no podía deshacerme de mi tatuaje. No podía dejar de ser Anastasia y volver a ser Annalisa.

No fue fácil. Era un trabajo en progreso.

Algunos días fallé. Algunos días lo logré.

A veces todavía tenía ganas de hablar ruso con la gente, pero todos a mi alrededor hablaban italiano o algo de ruso. Intenté enseñarle a Surge, pero aprendía terriblemente. Muchos profesores no rusos lo aprendieron cuando eran jóvenes y Surge no pudo.

¿Estuvo mal que me considerara rusa aunque no lo fuera?

Me habían criado ellos.

Durante la mayor parte de mi vida, también me identifiqué con ellos.

¿Por qué no podría ser ambas cosas?

Miré mi otra mano y sonreí.

En él estaba grabado el tatuaje de un león.

El símbolo romano.

Tenía dos símbolos marcados en mí y sabía que pertenecía a ambos.

La Bratva nunca me atacaría a mí ni a la familia Romano.

Yo les había servido. Yo había luchado por ellos. Había hecho demasiados sacrificios por ellos.

Alejandro Nikoláiev Había prometido.

Eres libre de vivir tu vida como quieras, sin sufrir daño.

Me dejó vivir después de matar a su primo Kirill. Estaba seguro de que enfrentaría aún más enemigos. Suspiré en silencio mientras miraba a los miles de invitados en la mansión Romano. Muchos bebieron, muchos bailaron y otros simplemente hablaron y todos estaban aquí para verme. Surge había organizado esto mientras yo me quedaba en casa y completaba mis tareas. Estaba listo para enfrentar el mundo real y las personas que alguna vez conocí.

Aunque todavía estaba perdido en mis pensamientos, logré escuchar a Surge diciendo: "...quiero que conozcas a alguien".

Desconcertado, me volví para mirarlo.

Inclinó la cabeza y sólo me dio una mirada silenciosa.

Mi respiración se detuvo en la garganta.

"Quiero que conozcas a alguien", repitió, después de notar mi expresión perdida antes de asentir frente a él.

Giré la cabeza antes de levantar los ojos. Una colonia cara y el olor a humo de leña llenaron mi nariz. Los traviosos ojos color zafiro chocaron con los míos mientras miraba a un hombre que vestía un traje azul marino. Mis ojos se arrastraron desde su piel clara hasta su cabello rubio peinado. Su mirada angelical sostuvo la mía mientras sus labios se curvaban en una sonrisa burlona.

Contuve el aliento cuando me di cuenta.

"Hola, princesa".

Una voz suave y profunda que no había escuchado antes, pero que había visto a este hombre antes en eventos anteriores de Bratva hace años. El hombre de ojos angelicales y alma diabólica. El diablo reencarnó. El hombre se paró frente a mí y yo permanecí sentado. A mi lado, habló Surge.

"Este es uno de mis amigos más cercanos".

No se molestó en mencionar su nombre. No fue necesario.

Don Salvi Moretti estaba junto a una mujer igualmente hermosa, con ojos esmeralda y cabello color medianoche.

Ehva Moretti me dedicó una sonrisa amistosa y dijo: "Es un placer conocerte".

Cortésmente le devolví una pequeña sonrisa. "Tú también."

Eché un vistazo a Don Salvi junto a ella, quien ahora miraba a Surge. "Ya tienes a tu familia reunida".

Mantuve una sonrisa radiante mientras miraba el hermoso rostro de Surge. Continuaron charlando y solo agregué comentarios cuando fue necesario. La pareja se alejó más tarde y yo todavía miraba soñadoramente mi Surge.

Mi oleada.

Me sorprendió mirándolo y habló sin rodeos.

"Renunciaré como Don"

Parpadeé. "¿Tu segundo va a gobernar ahora?"

El labio de Surge se torció. "No. Vas a."

Lo miré fijamente, atónita.

¿A mí?

No podía hablar en serio. Busqué de nuevo sus ojos burlones, pero permanecían tranquilos y serenos.

"¿P-por qué?" Tartamudeé. Me aclaré la garganta. "¿No quieres gobernar?"

Surge se encogió de hombros. "Me jubilo. Cuarenta años no está mal para jubilarse. Tuve una buena carrera. Diecisiete años. Puedo vivir en paz mientras me relajo en un jacuzzi y monto en mis Bentleys mientras tú tomas todas las decisiones difíciles para este imperio". Se llevó la copa de champán a la boca. "Brindaré por eso".

Me reí.

Ay dios mío.

Nunca me reí.

"Suenas como una niña en este momento".

Puse los ojos en blanco y resistí el impulso de apuñalarlo.

"La verdad es que este imperio no era mío. Ayudé a construirlo con Angelo Romano".

Suspiró al recordar a nuestro padre. *Nuestro* Padre. No era el padre biológico de Surge, pero le había dado todo lo que tenía y lo llamó su hijo.

Sus ojos se deslizaron hacia mí y esa familiar sonrisa apareció en sus labios nuevamente. "Tal vez estaba destinado a mantenerlo estable hasta que regresaras con nosotros".

Bebió su champán y miré a la multitud antes de volver a mirarlo a los ojos. "¿Y los soldados aceptarían a una *Donna* como gobernante?" Todavía sonaba demasiado bueno para ser verdad. Antes de que pudiera responder, continué: "No ha habido ninguna *Donna* por aquí desde..." Hice una pausa antes de murmurar: "Nunca. Las mujeres no pueden gobernar en nuestro mundo". Era una triste realidad en nuestra vida.

La esposa *de Pakhan* fue una excepción, pero en general él se encargó de todo.

No hubo una *Donna* que gobernara sola.

"¿Y está bien convertirlos en asesinos pero no al otro?" comentó.

"No creo que los soldados me aceptaran. La mayoría de los hombres no se inclinarán ante una mujer".

Suspiré mientras tomaba un sorbo de mi propio champán.

"¿Dice quién? Me inclino ante ti todas las noches cuando te como el coño.

Me atraganté con la bebida que había estado bebiendo, desconcertada por sus absurdas palabras. Miré a nuestro alrededor y, efectivamente, algunas personas habían escuchado sus crudas palabras.

Tosieron y se rieron entre dientes como si hubiera contado una broma. Por otro lado, mis mejillas ardían más que un tomate. Bien podría haberme apuñalado que decir eso públicamente.

Antes de que pudiera regañarlo, me dedicó una sonrisa triunfante. Todo su rostro se iluminó y mi corazón dio un vuelco. A veces era difícil enfadarse con él cuando era tan... él. Diablos, era difícil simplemente respirar a su alrededor. Consumió todo mi ser. Y aparentemente yo era el gruñón en nuestra relación.

Abrí la boca para hablar, pero sus ojos se deslizaron por mi rostro adornado hasta mis pechos ajustados con el vestido escarlata que llevaba. Descansaba justo debajo de mi estómago y no quería pensar en los pensamientos traviosos que viajaban por su mente.

Mi núcleo se tensó y se humedeció bajo su mirada, así que crucé las piernas con fuerza. Surge me dedicó una sonrisa de complicidad y estuve tentado de arrojarle mi champán a la cara.

Levantó una ceja refinada. "El imperio Romano ya te conoce. Ellos saben quién eres. Eres su princesa y tienes derecho a gobernar. El mío no", declaró. Mi corazón se calentó. "No soy codicioso de poder, porque crecí sin nada, Pequeño Asesino".

Mordí el interior de mi mejilla.

"No confiarían en que yo fuera lo suficientemente fuerte para ellos".

Surge me miró fijamente a los ojos.

"Fuiste lo suficientemente fuerte como para que la Bratva te reclutara. Lo suficientemente fuerte como para que no te vean como una puta común y te conviertan en su asesina. Su única *asesina*. Fuiste lo suficientemente fuerte como para decapitar públicamente a Kirill Volkov".

Golpeó ese nombre como si fuera veneno.

Ya no me gustaba pensar en ese nombre.

Después de todo, ya no significaba nada para mí.

Surge habló de nuevo. "Nunca lo maté la primera vez que le prendí fuego a la cabeza porque deberías haberlo castigado tú. Mataste a tu *marido* y, para muchos, eso es la crueldad en su máxima expresión. Un líder debe ser inteligente, pero también debe ser despiadado, y tú ten esa crueldad dentro de ti. Después de todo, eres el ángel de la muerte. Eres una criatura mucho más peligrosa de lo que la mayoría de los humanos podrían imaginar.

“El siempre ha sido tu presa y no la mía. Mataste a tu entrenador, a tu mentor, al capitán del sindicato que te robó. El asesino de todos los asesinos. No sólo eso, sino que también mataste a dos *vors rusos más* después de eso y me apuñalaste dos veces. *Yo*, un Don gobernante”. Agitó dos dedos delante de él mientras enumeraba mis *logros*. No era algo que pondría en un currículum. Me miró fijamente por un segundo antes de terminar con: “Casi me desangro, pero sobreviví. Gracias a Dios.”

Mi rostro se calentó y traté de disculparme a través de mis ojos nuevamente.

Miró a su alrededor y se acercó a mí. Sus ojos se volvieron más brillantes, más grandes y parecidos a líquidos mientras solo quedaban centímetros entre nuestros rostros. “Todo el mundo ya ha visto tus capacidades. Me aseguré de ello esa noche”.

Sorprendida por su revelación, busqué en sus ojos más respuestas.

Sus ojos brillaron. “¿Por qué crees que traje tantos soldados esa noche? Verte como su jodida reina, disfrutando de las almas de las personas a las que ha matado.

Mi corazón dio un vuelco y mi boca se abrió.

¿Esperar lo?

“¿Tú planeaste todo eso?”

Se encogió de hombros inocentemente, pero sus ojos aún brillaban con picardía.

“Bueno, no sabía que decapitarías a uno de sus líderes, pero no puedo decir que no lo esperaba. Esperaba que lo hicieras. Digámoslo así”, respondió.

Todavía lo miré, mitad fascinada y la otra mitad incrédula.

Extendió la mano y cerró mi boca.

Mis ojos brillaron y me agaché para pellizcarle justo en la cadera.

Duro.

Sus ojos risueños regresaron.

“Eres el heredero del imperio Romano. El único heredero biológico de Angelo Romano. Si algún día tienes hijos, ellos serían los siguientes en gobernar. No importa lo que tengas entre las piernas. Lo que realmente importa es lo que tienes en mente y si tienes lo necesario para gobernar, y lo tienes”. Sus palabras salieron feroces y protectoras, como si creyera en mí cuando yo no sabía si realmente era capaz o no.

Suspiré felizmente antes de agitar mis pestañas hacia él.

"Piensas diferente".

Su labio se arqueó. "Obviamente. No nací en la mafia como cualquier otro cabrón. Valoran la fuerza física. Valoro las habilidades y el linaje".

Fruncí el ceño. "Maldices demasiado."

Él se encogió de hombros. "La pobreza te hará eso".

Me acerqué y le di unas palmaditas en el hombro. No podía creer que le hubiera dado unas palmaditas como si fuera un perro. Esperaba que no se diera cuenta. Afortunadamente, no lo hizo, porque dijo: "Sólo quiero dar un paso atrás mientras quemas el mundo hasta los cimientos y pisoteas sus huesos. Me gusta tu lado villano".

Contuve la risa mientras apartaba los ojos de él y miraba al frente.

Vislumbré a un par de hombres italianos y ellos inclinaron la cabeza hacia mí. Mis ojos se iluminaron cuando murmuré: "¿Sería una buena reina?"

"Sí. Morirían por ti, igual que yo."

Sentí mi garganta atascada, como si estuviera atascada con piedras.

Perdí la voz, como si me hubiera robado las palabras.

Mi corazón tartamudeó y le eché un vistazo.

No me había dicho eso antes.

Bueno, era algo obvio, sabiendo cómo lo apuñalé cada vez.

Sus esmeraldas miraron intensamente las mías y yo desvié la mirada.

Respiré profundamente a través de mi garganta contraída.

"Tú eres mi hogar, Sergio", murmuré en voz baja.

Sergio. Me gustaba decir su nombre.

Miré hacia abajo y junté las manos en mi regazo.

Se inclinó más cerca y me susurró al oído: "Y tú eres mía".

Mi alma aplaudió felizmente.

Ayer era Anastasia Volkova y hoy era Annalisa Romano.

Qué maldito lío.

Una risa histérica quiso salir de mí.

"Estoy seguro de que debes estar confundido sobre qué nombre usar", dijo Surge lentamente, como si estuviera hablando con un niño. Le lancé una sonrisa torcida. Estaba haciendo eso más a menudo ahora. Estaba sonriendo. Yo era feliz. Más feliz que nunca antes.

Recordando su pregunta, parpadeé.

Me observaba a menudo, notando mis reacciones, mis pequeñas inhalaciones y mi nerviosismo con gente nueva. Se dio cuenta de cada maldita cosa sobre mí. El hombre tenía ojos de halcón y yo sólo quería clavarle los bonitos con un tenedor.

Pensé en lo que dijo.

Doña Annalisa.

La Donna de la cuarta familia gobernante de Nueva York.

¿Cómo volvía uno a que me llamaran con un nombre que no me habían dicho en años?

Recordaba ser Annalisa, pero siempre recordaría ser Anastasia.

Doña Anastasia.

Si usara ese nombre, sería una negación para Annalisa.

A quien solía ser, al nombre que mi familia eligió para mí.

Ya no podía conservar el nombre ruso, pero tampoco podía identificarme con mi nombre italiano. Me pusieron en una situación en la que estaba estancado, así que hice lo que haría cualquier persona sensata. Me cambié el nombre.

"Doña Ana".

El nombre salió de mis labios antes de que pudiera detenerlo.

Podría elegir mi identidad.

Ana... Me gustaba que me llamaran Ana.

Podría ser Anastasia y Annalisa.

Una representación de *ambos*.

Me gustaba ser ambas cosas y quería que me aceptaran como ambas versiones de mí mismo.

Los ojos de Surge brillaron y, por alguna razón, quise comérmelos.

"Rima", murmuró como complacido.

Estaba bastante seguro de que estaba secretamente orgulloso de que hubiera elegido ese nombre, porque él también me llamó así. Su mano fría se metió debajo de la mesa y la colocó encima de la mía.

Me disparó hormigueos y rayos de electricidad.

Giré mi mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

La calidez de sus dedos envolvió mi alma y la apretó con fuerza. Levanté la vista y mis ojos se deslizaron por los suyos.

"¿No crees que una Donna podría querer un Don algún día?"

El agarre de Surge se hizo más fuerte en mi mano y sus ojos se abrieron con esperanza. Sabía lo que representaba esa esperanza. No porque le hubiera pedido que fuera Don, sino porque le había pedido que estuviera conmigo para siempre. Siempre estaremos unidos como uno.

Me encogí de hombros inocentemente, burlándome de él ahora. "Quiero decir, no es que una Donna necesite un Don", dije casualmente. "Y no me refiero a un futuro cercano, ¿sino tal vez algún día?"

Esperaba que dijera que sí.

"Revisaré mi agenda y pensaré en ello".

Mi boca se abrió y quise extender la mano y estrangularlo.

Su familiar sonrisa regresó y sus ojos burlones delataron su respuesta.

Sí.

Su alfa complementó el mío.

Su calma quemó mi fuego.

El nunca sería la tormenta de mi vida sino el mar profundo y en calma.

Sus plumas claras a las mías más oscuras.

Mis sombras a las suyas.

Mi alma una vez rota se elevó hacia el cielo.

Elegí crear un nuevo comienzo para mí.

Mi vida acababa de comenzar.

Anastasia.

Annalisa.

Ana.

Ghislaine



Epílogo ampliado: Ghislaine

DOS AÑOS DESPUÉS

Casamiento.

Era una simple palabra de ocho letras.

Nunca supe que podría volver a casarme.

Los tiempos y las estaciones habían pasado, pero todavía no podía creer que un nuevo comienzo fuera posible para mí. No sabía que podía volver a enamorarme después de la muerte de mi primer marido, especialmente de un notorio líder de pandilla.

Nuestra hija Noura, de siete años, se subió a mi regazo, aunque era demasiado grande para que yo la cargara. Aunque todavía me encantaba tenerla en mi regazo. A ella le gustaba sentarse en mi regazo y tocar mi suave vientre. Crecía cada mes.

Cubrí su pequeña mano con la mía y sus hermosos ojos marrones me miraron. Suspiró felizmente contra mí y su pequeño vestido amarillo se arrugó a la altura de sus rodillas. A ella siempre le gustó usarlos. Esperaba que nunca lo superara.

Mi corazón se sentía tan lleno que podría estallar mientras jugaba con el suave flequillo que cubría su frente. Llevaba el pelo recogido en una coleta suelta.

"¡Mami!" Llegó la vocecita de Noura. Observé sus rasgos nuevamente. La luz del sol se derramaba sobre sus mechones castaños claros, acentuando la belleza de mis ojos marrones.

Hice una pausa. "¿Sí, bebé?"

Ella se burló. "¿Por qué todo el mundo sigue llamándome bebé? Ahora voy a la escuela."

Su ceceo había mejorado lentamente a lo largo de los años, pero a veces todavía se le escapaba. Aunque acudía a terapia del habla dos veces por semana para mejorar su habla, su terapeuta mencionó que muchas veces Noura no se esforzaba por mejorar.

Me agaché y pellizqué sus suaves y doradas mejillas. Ella maulló como un pequeño gatito debajo de mí. "Siempre serás un bebé para mí", dije con orgullo.

Ella me sacó su pequeña lengua y la miré.

Noura rápidamente se lo metió en la boca.

"Algunos de los niños se burlan de mí en la escuela".

Fruncí el ceño y esperé a que continuara.

"Dicen que mi ceceo es raro".

Un rayo de electricidad recorrió mi columna. Los latidos de mi corazón tronaron y mi pulso se aceleró. Mis ojos brillaron y estaba a punto de abrir la boca para preguntar quiénes eran estos niños, pero una voz suave se me adelantó.

"¿Quién te está tomando el pelo, *detskoye solnysko*?"

Bebé sol.

Mi corazón dio un vuelco ante el sonido familiar.

Inmediatamente, Noura se bajó de mi regazo y corrió hacia el dueño de esa voz.

"¡Papá!" exclamó su voz alegre antes de envolverse alrededor de la pierna de su padre.

Me quedé sentada, aunque los latidos de mi corazón se aceleraron al escuchar su voz. Todavía me afecta hasta el día de hoy. Apartando los ojos de Noura, miré a su padre.

Un par de ojos oscuros y una sonrisa astuta y siniestra me miraron fijamente. Siempre me dejó sin aliento. Mis labios se separaron cuando lo miré, a pesar de que había visto su hermoso rostro esta misma mañana. Mi esposo, Alexander Nikolaev, me miró como un halcón a través de sus ojos negros mientras levantaba una mano y la pasaba por su recortada e inmaculada barba que cubría sus prominentes pómulos. Su otra mano tatuada agitó la cola de caballo de Noura mientras lo hacía. Me guiñó un ojo en broma antes de agacharse y cargar a Noura como si solo pesara una pluma.

"Ahora dime, ¿quién se atreve a burlarse de mi bebida?" Su voz retumbó, pero pude escuchar el afecto en ella. Noura se rió mientras lo rodeaba con sus brazos. "Un niño en la escuela. Les dije que mi papá les haría daño, pero aun así lo hacen".

Alexander levantó una ceja negra antes de sentarse frente a mí con Noura en su regazo. "Yo puedo encargarme de eso", murmuró con seguridad.

Extendí la mano y le pellizqué el hombro.

Su cuerpo ni siquiera reaccionó cuando sus vidriosos ojos de medianoche se encontraron con los míos. *Estrellas.* Me recordaron las estrellas que abrazaban la noche. Estrellados, oscuros y aterciopelados, como si en ellos hubieran explotado un millón de estrellas. Intenté lanzarle una mirada.

"No hacer daño a los niños".

Su labio se curvó. "Tendré una agradable y encantadora charla con sus padres", dijo lentamente. "La comunicación es siempre la clave, ¿verdad, Noura?" Su voz burlona

regresó cuando se giró para mirar a nuestra hija dorada y soleada.

Intenté no poner los ojos en blanco.

Claramente tenía en mente el asesinato, y allí estaba, enseñándole a Noura habilidades de comunicación. Una risita burbujeó dentro de mí antes de deslizarse por mi boca. Me tapé la boca con la mano y fingí desviar la mirada.

"Ahora ve a jugar", dijo Alexander, rozando con sus suaves labios la frente de Noura. Ella suspiró felizmente antes de bajarse de su regazo y alejarse rebotando. Probablemente para encontrar a Ilya.

Se giró hacia mí y sus ojos nublados me mantuvieron quieto durante unos segundos. Extendiendo una mano hacia abajo, la dejó descansar sobre nuestro bebé en crecimiento.

"En cinco meses, Nikita estará aquí".

Nikita Nikoláiev.

Nuestro hijo.

Mi alma sonrió. "¿Podemos llamarlo Nick para abreviar?"

Los hermosos rasgos de Alexander se arrugaron. "Eso no es ruso. Prefiero a Kita".

Antes de que pudiera decir algo, mi cuerpo se sacudió cuando sentí un empujón en mi estómago. Alexander se congeló y miró su mano que aún cubría mi vientre. Mis ojos se empañaron mientras respiraba. Era la primera vez que nuestro bebé pataleaba. Sollocé y murmuré: "Creo que aprueba a Kita".

Alexander no respondió mientras su mano grande y pálida trazaba círculos alrededor de mi vientre como si anhelara esa patada otra vez. Tuve un hijo de mi matrimonio anterior. Todavía estaba emocionado por el segundo, pero nada podía superar la felicidad de tener el primero.

Fue su primer hijo biológico.

No llegó a ver el proceso con Noura.

Golpeó de manera diferente.

Sus ojos curiosos se dirigieron hacia mí antes de decir: "¿Por qué no vuelve a patear? Dile que patee de nuevo".

Mi risa resonó en el aire. "No puedo ordenarle que patee cuando se lo ordene".

Levantó una ceja refinada. "Le gusta patear a la gente".

Extendí la mano y le pellizqué la mejilla, y Alexander se retorció como un gatito.

Era adorable y quería comérmelo.

"Obviamente, se parece a su notorio padre", bromeé.

El labio de Alexander se torció cuando sus ojos se encontraron con los míos nuevamente. Suspiró por lo bajo antes de recostar la cabeza en el sofá para mirar el techo. "Nuestra familia estará completa pronto". Mi corazón sonrió. Sin girar la cabeza, sus ojos se deslizaron hacia mí y la mirada inquietante en sus ojos hizo que se me cortara la respiración. "Me has convertido en el hombre más afortunado al casarte conmigo, Pajarito".

Pajarito... Sonreí ante el apodo.

"Es casi una pena tener que compartirte con alguien más ahora. Ya te comparto con Noura". Bajó la voz y sus ojos se oscurecieron.

"¿Estás realmente celoso de nuestro bebé?"

Él sonrió. "Tal vez."

"Sabías que Noura y yo éramos un paquete cuando nos casamos".

Sus ojos de medianoche brillaron con picardía. "Sí, estaba consciente. Simplemente no puedo evitar ser un bastardo egoísta cuando se trata de ti. Amo a Noura hasta la muerte y ya amo a nuestro hijo. Sólo algunos días, te quiero solo para mí. *Mío.*" La última palabra retumbó de su boca. "Mío para amar, mío para cuidar. Sólo mía."

Me acerqué y puse mi mano sobre la suya.

"Cuando los niños sean mayores y estén casados, seremos sólo tú y yo", prometí.

Los ojos de Alejandro brillaron. "No dejaré que Noura se aleje de nosotros", juró en voz baja. "No confío en que nadie sea digno de ella". Su voz estaba impregnada de una actitud protectora y posesiva tan profunda que era difícil decir cuál era qué.

Sonreí. "Oh, chico, ya me siento muy mal por su futura pareja".

Alexander giró la cabeza y sus largos dedos se entrelazaron con los míos.

Miró nuestros tatuajes. No tenía el tatuaje de telaraña como los otros soldados. En su mano estaba grabado el tatuaje de una gran viuda negra con tintes rojos. Yo tenía lo mismo en el mío.

Un reflejo el uno del otro.

"Tú eres mi mundo, Ghislaine, y no puedo soportar la idea de perderte a ti o a Noura. Algunos días, me despierto por la mañana y los reviso a ti y a Noura para ver si ambos todavía estáis ahí". Casi sonaba como un niño perdido, y mi

corazón se compadeció de él. "Hemos enterrado el pasado, pero si Noura descubre la verdad algún día... tengo miedo..." Su voz se apagó. Exhaló antes de continuar: "Que ella pueda dejarme algún día como lo hiciste tú".

Quería tomar todos sus recuerdos oscuros y consumirlos. Me arrastré hasta donde él estaba sentado y apoyé mi cabeza contra su hombro.

"Todos seguiremos aquí, lo prometo. Lo prometo, Zander", juré ferozmente en voz baja. "Las tragedias no duran para siempre".

Los ojos de Alexander me miraron mientras sus labios besaban mi nariz.

Me rodeó con su brazo mientras nos sentábamos allí en silencio.

"Tú y Noura sois la razón por la que respiro. Si no los veo a ninguno de ustedes en mi mundo, ¿cómo voy a respirar sin ustedes dos?"

No dudé de sus palabras ni por un segundo.

"Te amo", suspiré.

La respiración de Alejandro se entrecortó. "Como yo lo hice."

Habíamos creado un nuevo comienzo para nosotros mismos.

Reescribimos nuestra historia de amor con un nuevo final.

Él era mi caballero oscuro.

Mi defensor.

Su toque era venenoso.

Y mi cura.

Nine



Epílogo ampliado: nueve

Blue me miró a los ojos.

Esta noche estaba tratando de enseñarle a sonreír más.

Obviamente, estaba haciendo un trabajo terrible porque su rostro permaneció permanentemente estoico. Le arrugué la nariz y miré el cielo negro azulado.

Todos los días lo miraba sin disculparme, esperando que me sonriera un poco más. A veces, su boca llena se torcía. Otras veces, era extraño. De vez en cuando, me saludaba con una amplia sonrisa.

Me dolía el corazón cada vez que lo veía sonreír, pero nunca le diría que sonriera más. Simplemente parecería forzado y no quedaría bien en su rostro. Mi marido, Dimitri Nikolaev, y yo nos tumbamos sobre la hierba bajo las estrellas. Nuestro hijo Ilya estaba en casa con su abuela. Nos habíamos escapado de la mansión para pasar un tiempo a solas.

Por la noche era el único momento en que podía salir.

Mi suegra entendió por qué y yo la apreciaba mucho.

Una noche negra y estrellada nos recibió desde arriba. Suspiré felizmente y mi *Blue* me acercó a él, justo debajo de su brazo ancho y musculoso. La noche se hizo más profunda y se expandió como alas negras. Las sombras de la oscuridad nos cubrieron y nos absorbieron en su oscuridad. Cada estrella en el cielo brillaba como una perla brillante. El viento fresco revoloteaba contra mi piel helada. Me gustó la oscuridad. La mayoría de la gente le tenía miedo, pero se había convertido en mi amigo. Me mantuvo cerca como a un amigo.

Mis ojos buscaron a través de la luz de la luna y se posaron en la hermosa luna. Destacaba en el puro negro de la noche. El viento despeinó mi cabello y me hizo volar algunos mechones por la cara.

Cerré los ojos cuando *Blue* extendió una mano grande y los apartó de mi cara. Se me cortó la respiración cuando sus dedos callosos bajaron por mi nariz y se posaron en mis labios. Su dedo arrastró mi labio inferior hacia abajo y lo dejó caer con un pop. Mi aliento salió en bocanadas en el aire ventoso mientras él flotaba sobre mí como mi capullo personal. Su peso se posó sobre mí y sus labios rozaron los míos, pero volví la cara.

"Sin sonrisa, sin beso".

Pude escuchar un gruñido bajo proveniente de él.

Me escondí en una sonrisa.

Se movió y trató de besarme de nuevo. Me quedé quieta como una estatua y él suspiró porque no le estaba devolviendo el beso. "Devuélveme el beso", exigió con su voz fría y áspera. Me envió escalofríos por la espalda. "Vamos, Goldie, necesito más besos".

Esto vino de un bruto al que nunca antes le había gustado la idea de besarse.

Abrí un ojo y, con una sonrisa, respondí: "Sonríe".

En cambio, su rostro permaneció congelado.

Una arruga llenó sus cejas y me lanzó una mirada de desaprobación. Sólo seguí sonriendo y esperé poder contagiarlo a él también. Lo miré a la cara. Unos cuantos zarcillos del color de la medianoche cayeron sobre su hermoso rostro. Su piel pálida brillaba bajo la luz de la luna mientras yo estaba escondida en las sombras. Cuando miré sus ojos, sus profundos ojos color zafiro me miraban secamente.

Cuanto más seguía sonriendo, más se movía su prominente mandíbula.

"No sé lo que estaba pensando cuando me casé contigo", respondió en su lugar. Su voz se hizo más espesa y áspera con cada palabra, como el viento que sopla a nuestro alrededor.

Mis labios se separaron y luego sonreí.

No pude evitar sonreírle.

Sus ojos se suavizaron mientras me miraba.

Una verdadera *emoción*.

Me encantó cuando me mostró este lado de él.

"Te enamoraste de mí, Blue", respondí fácilmente.

Su labio se torció. ¡Casi sonríe!

"No puedo negar eso ahora". Se inclinó y su gran peso volvió a caer sobre mí. Respiré y mi aliento aterrizó en sus labios. Su garganta se sacudió mientras tragaba espesamente. Miró fijamente mis ojos color avellana antes de inclinarse y rozar su boca contra mí. "Devuélveme el beso", murmuró mientras intentaba mover sus labios con los míos.

Chillé debajo de él. "¿Te importa, bruto? Vinimos aquí para mirar las estrellas".

Su gran mano se levantó y capturó mi mandíbula entre sus manos.

Ahora no podía moverme en absoluto.

Me quedé quieto.

"Vine aquí para observarte", murmuró. "Tú eres mi sol y mis estrellas".

Mi respiración se cortó.

Hice un puchero. "Quería ver las estrellas fugaces".

Sus ojos se oscurecieron, se inclinó y chupó mi labio inferior. Jadeé en su boca y él se apartó.

"Mi boca ya está hinchada por tus besos anteriores", me quejé en voz baja. Blue me miró fijamente y me mordí los labios magullados. "De ahora en adelante tienes prohibido besar", resoplé en voz baja.

Blue arqueó una ceja, apoyó un codo en la hierba y apoyó la cabeza en ella.

"¿De verdad quieres ver las estrellas?"

Asentí ferozmente.

Extendió un dedo y lo rozó contra mi párpado. Cerré los ojos en respuesta y dejé que los siguiera durante unos segundos. Respiré debajo de él, empapándome de la agradable brisa y su cálido toque. "¿El color de tus ojos brilla más que el de cualquier otra estrella y aún así quieres ver las estrellas?" Su voz llegó baja y ronca cerca de mí. "Hay más luz en tus ojos que las propias estrellas".

Mi alma se estremeció y abrí los ojos.

Él me miró fijamente.

"No estoy seguro de por qué a veces anhelas ver el día, cuando el sol poniente está en tus ojos color avellana". Mi corazón se elevó en el cielo nocturno. "Ilya tiene tus ojos. Nuestro hijo lleva consigo una parte de ti".

Tragué.

"Nunca me dijiste cuánto adoras mis ojos".

Blue desvió la mirada ahora que lo había llamado.

Después de un breve momento, su mirada se fijó en la mía como si yo fuera su todo.

Seguimos mirándonos como si nuestros ojos nunca pudieran separarse el uno del otro. Encendió una llama en mí. Se sentía bien en todos los sentidos equivocados, y quería deshacerme ante él.

"La primera vez que te conocí, noté cómo tus ojos se posaban en mí; no tenías miedo en absoluto", continuó.

Nunca antes me había confesado estas cosas.

Blue rara vez hablaba, pero había mejorado en el área de la comunicación a lo largo de los años.

Mis oídos hambrientos ansiaban que su voz continuara. Aunque hacía suficiente frío como para atravesar el hielo, todavía quería oírlo. Fue lo suficientemente exquisito como para devorar todo mi ser.

"Veó mi futuro cada vez que los miro".

Mi mirada se suavizó cuando alcé la mano y presioné mi boca hinchada contra la suya. Gruñó contra mí antes de envolver sus ásperas manos en mi cabello y acercarme a él. Mis ojos se cerraron rápidamente mientras igualaba sus movimientos. Mi boca cortó la suya y él tomó mi labio inferior con su boca antes de mordisquearlo. Grité debajo de él y él continuó besándome como si quisiera consumirme por completo. Podía sentir el golpe de su lengua deslizándose dentro de mi boca.

Me recorrieron escalofríos. Una necesidad carnal surgió de él mientras salpicaba besos en mi boca. Suspiré felizmente y traté de girar la cabeza para recuperar el aliento, pero su mano tiró de mi cabello y me acercó a él nuevamente. No tenía intención de dejarme ir ahora que le había dado una oportunidad.

Dejó un rastro de besos en mis mejillas, mi mandíbula y mis clavículas. Dejé escapar pequeños jadeos cuando dejó besos húmedos y con bigotes en mi suave piel. Su cuerpo se arrastró encima de mí otra vez.

"Se suponía que iba a ser un beso", murmuré contra su boca. Mis palabras salieron apagadas mientras su boca hambrienta las devoraba.

Los labios de Blue estaban ahora en mi clavícula, decidiendo finalmente darle un respiro a mis labios agrietados. Envolví mis brazos alrededor de sus sólidos hombros mientras miraba el cielo negro. Todavía podría mirar las estrellas así.

Suspiros de felicidad me dejaron mientras él continuaba dejando besos y toques de bigote mientras me devastaba. En el interior. En el exterior.

Pasaron largos y pecaminosos momentos y él todavía estaba allí en la oscuridad.

Su magnífica alma conectada a la mía.

El era la sangre dentro de mis venas.

Si los corto, él saldría de ellos.

"*Moyá*". Su voz retumbó contra mi piel como la sedosa caricia del viento.

Mío.

Mi pecho se arqueó contra el suyo.

Mi corazón latía con fuerza y estaba segura de que él podía oírlo.

El frenesí que podía sentir en mi estómago explotó.

Su alma envolvió mi corazón y lo apretó con fuerza.

Pulsaba en cada célula y molécula de mi cuerpo. No podría imaginar vivir sin este hombre. No quería salir de su

vida. Más bien quería ahogarme en medio de su mar azul.

 Mi corazón casi se detuvo y mi cuerpo estaba consciente de cada uno de sus movimientos.

 Mi alma permanecía contenta pero caótica cada vez que él estaba cerca.

 Él era a la vez mi muerte y mi destrucción.

 Él era mi ruina y yo la suya.

 Los latidos del corazón se aceleraron.

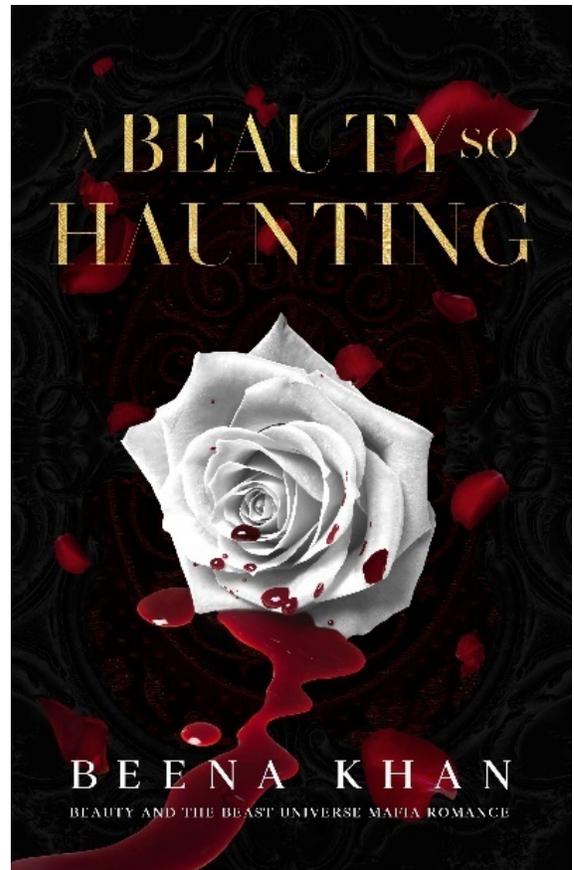
 Las respiraciones se aceleraron.

 Se hicieron promesas silenciosas.

 Nuestras almas se unieron entre sí.

"Tvoy", susurré en la oscuridad.

 Tuyo.



Yo era una belleza trágica con espinas y pétalos rotos.

[Ordene aqui.](#)

Kazimir es un asesino despiadado al que amo desde que éramos niños.

La magia no puede convertirlo en un príncipe, ya que él es sólo mi *guardaespaldas*. Un *guardaespaldas* *no puede* enamorarse de su princesa de la mafia, pero nosotros rompimos todas las reglas. Hizo un juramento, pero mi protector se convirtió en la mayor *amenaza* para mí.

Mi nombre es Galina Ivanova, hija de *Pakhan*, y esta es mi historia.

Disponible en [italiano](#) también.

Epílogo

Espero que hayas disfrutado leyendo esta novela. Si te gustó, no dudes en dejar una reseña en [Goodreads](#), [Amazon](#) y [Bookbub](#), incluso si son solo dos palabras. Me encantaría leer tus pensamientos.

Esta fue la historia de Ana y Surge. Mis últimos libros han estado llenos de romance emocional y angustiante, y necesitaba un descanso como cuando terminé [El rey de las bestias](#). Esta historia es más rápida y se centra en una mujer que encuentra su identidad en un mundo mafioso. A veces, como escritores necesitamos un descanso de nuestra angustia habitual.

La serie *Black Widow* ya está completa y espero que a los lectores les guste la reunión de los personajes anteriores. Es triste decir adiós, pero por el lado positivo, eso significa que pronto comenzará otra serie. Estos personajes volverán a aparecer en libros futuros.

Si este es tu primer libro escrito por mí, echa un vistazo a la serie original *La Bella y la Bestia*, siendo el primer libro [Una belleza tan cruel](#). La serie *Black Widow* es una serie derivada que se centra en Bratva.

Hasta la proxima vez,
Sido una

PROXIMOS LANZAMIENTOS

Un villano terrible

Un romance entre Hades y Perséfone
Con Valerio Vitalli.

Un lanzamiento independiente el 15 de septiembre de
2022.

[Ordene aqui.](#)

[Añadir a Goodreads TBR](#)

GATITO

Un romance mafioso oscuro de Cenicienta
Con Gabriele Vitalli.

Fecha de lanzamiento por confirmar. 2023.

[Añadir a Goodreads TBR](#)

Gracias a mi familia y amigos cercanos por siempre animarme. Gracias a mi equipo detrás de la creación de esta novela : la increíble artista de portadas del libro, la Sra. Betty, los lectores beta, los editores LL Lily, Evelyn y Zainab.

Instagram: [@Beenaxkhan](#)

Gorjeo: [@Beenaxkhan](#)

Facebook [@Beenaxkhan](#)

Buenas lecturas: [@Beena_khan](#)

¿Quieres unirte a mi grupo de lectura?

[Facebook Los Beastlys de Beena](#)



¿Comentarios o sugerencias de nuevos libros?

Envíeme ideas por correo electrónico a

beenaxkhan@gmail.com

¿Quieres ser parte de los próximos lanzamientos, extractos y revelaciones de portadas? Suscríbese a mi

boletín a continuación. No envíe spam ni correos electrónicos 2 o 3 veces al mes.

[Boletín de Beena Khan](#)

Lea el primer capítulo del [Libro n.º 1: Una belleza tan cruel](#) de la serie mafiosa original de *La Bella y la Bestia*

ÉRASE UNA VEZ...

Era el día de San Valentín.

Más bien el día de la muerte.

Vlad hizo un trato en el baile de máscaras.

Era más seguro ya que la cara de todos estaba oculta. Nadie pudo reconocerlo con su máscara negra y plateada. Levantó una mano para pasarla por su espeso cabello negro, pero luego se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba pulido y muy maquillado.

Conteniendo un suspiro, estaba molesto. Odiaba vestirse elegante y estaba ansioso por aflojarse la corbata que parecía una soga alrededor de su cuello. Ya quería quitarse la chaqueta del traje, pero tenía que pasar desapercibido y no destacar en ese momento.

Vlad tomó un sorbo de su whisky, rodeado por dos de sus hombres en el área del bar. La risa era fuerte y las voces charlaban a su alrededor, elevándose por encima de la suave música de fondo. Cada conversación intentaba dominar a la otra, las voces se alzaban para ser escuchadas. Sus oídos se empaparon de la risa a su alrededor. Algunas personas se sentaban en grupos de cinco o más mientras otras bailaban y se balanceaban en la pista de baile como una masa en movimiento por el lugar.

En ese momento, una mujer llamó su atención.

Era joven, tal vez de poco más de veinte años. Algo en ella le hizo mirarla. Era alta, tal vez de cinco pies y siete pulgadas y de complexión esbelta. Llevaba una máscara dorada que ocultaba su rostro. Las plumas doradas acentuaban su sedoso cabello negro que fluía detrás de ella en rizos largos y gruesos.

La belleza llevaba un vestido negro de terciopelo de manga larga que terminaba hasta las rodillas. Sus ojos se estrecharon hacia ella. La parte delantera del vestido tenía una abertura hasta el muslo, dejando al descubierto sus piernas atléticas de bellas formas. En la mano llevaba un pequeño bolso de mano a juego. Su escote se hundió profundamente hasta las costillas. Tenía lentejuelas doradas adornándolas que brillaban bajo las luces plateadas y doradas sobre ellos.

Algo se agitó dentro de él, una bestia cazando a su presa. Ahora, una sensación de adrenalina lo recorrió y sus

músculos se tensaron. Juró que tenía las pupilas dilatadas.

Ni siquiera había visto su rostro todavía. Vlad tragó saliva, mantuvo la mirada fija en ella y la estudió con curiosidad.

La belleza no parecía encajar con la gente asquerosamente rica que la rodeaba. Parecía cautelosa, curiosa y nerviosa como una gacela inocente.

Un hombre estaba con ella, tal vez su cita. Llevaba una máscara y Vlad no pudo reconocerlo. El hombre alto con cabello castaño oscuro peinado se inclinó y le susurró algo al oído. Luego, puso una mano posesiva contra su cintura. La belleza se estremeció, a pesar de que trató de ocultárselo al hombre.

Entonces, el hombre se alejó.

Vlad esperó.

Un latido, dos latidos, tres latidos.

Miró en dirección a Vlad.

Se apoyó en la barra y tomó sorbos en silencio mientras alguien conversaba con él, pero no le prestó atención.

La belleza vestida de negro se quedó quieta, inmóvil. Ella no se acercó a él y él tampoco hizo ningún movimiento hacia ella. Se preguntó quién daría el primer paso. Entonces, pensó, *al diablo con todo*. También podría acercarse.

Su prima, Gabriele, lo sorprendió mirando.

"Que es esa *cosa*?" Gabriele miró la belleza que Vlad estaba mirando y silbó en voz baja.

Divertido, Vlad se giró para mirarlo. "Apartar."

Llevaba su bebida consigo y se deslizaba sin problemas entre la multitud como humo, captando las miradas de muchas mujeres a su alrededor. Un fuerte olor a bebidas de los camareros de los alrededores flotó hacia él. Caminó casualmente hacia la chica, gustándole cómo sus ojos lo evaluaban. Su mirada se desvió de su costoso traje negro antes de posarse nuevamente en su rostro. Miró cautelosamente hacia la derecha, como si temiera que su cita volviera.

Una sonrisa apareció en su rostro.

Hora de jugar.

Tomó una bebida de la bandeja de un camarero. Al menos tenía que traer algo para ofrecerle.

Estaba a un par de metros de ella cuando sus ojos llenos de maquillaje kohl lo miraron de nuevo. Su ligero perfume permaneció en el aire. Fue dulce y no exagerado. Ella le dirigió una mirada penetrante que habría hecho

encogerse a cualquier otra persona, pero no a él. Era como si estuviera tratando de medirlo bajo su máscara.

Ojos color ámbar.

Hola hermosa.

Luego habló.

"¿Tu cita te abandonó?"

Quería burlarse de ella.

Liso. Realmente suave Vlad.

Era directo y le gustaba así. ¿Qué se suponía que tenía que decir él? ¿Hola? En su mundo no había tiempo para conversaciones casuales. No tiene sentido llegar a conocerla. Sabía lo que quería. Esperaba que ella también lo hiciera. Parecía tímida y más reservada ahora que él se había acercado a ella. Dudaba que ella aceptara follar ahora.

Sus labios rosados y carnosos se alzaron en una sonrisa.

Ella es mía.

El lo supo antes que ella.

"Me alegro de que hayas venido. No me gustó en absoluto", respondió la belleza.

Su voz era profunda y ronca. Se sorprendió ya que no había ligereza en esa voz. Pertenece a una mujer mayor, pero parecía muy joven. Había esperado una voz suave y angelical, pero su voz no se parecía en nada a tal. Aunque fue bonito.

Se preguntó cómo sonaría su nombre cuando se enterró dentro de ella.

El estudió el vestido que llevaba. Era bajo, abrazando su forma. Sus ojos se detuvieron en sus curvas antes de volver a mencionarlas.

Ofreció la bebida que sostenía en la otra mano.

"Gracias", dijo antes de tomar la bebida.

Se metió un zarcillo detrás de la oreja con inquietud. ¿Estaba nerviosa o sabía quién era él? Aunque su rostro estaba oculto.

"¿Vienes aquí mucho?" preguntó casualmente.

A él realmente no le importaba. No tenía ningún interés en entablar una conversación, pero quería que ella se relajara. Parecía demasiado fría, demasiado helada. Necesitaba intentarlo con éste.

Eres un imbécil, Vlad.

Bien. No es que le importara. Los pendejos duelen menos.

"No", dijo, y una pequeña risa se le escapó. "Es mi primera vez."

"¿Quién es tu cita?" preguntó.

Charla. Él podría hacer esto. ¿Se suponía que debía preguntarle su nombre? Por lo general, lo hacía sólo después de haber terminado de sacarles el cerebro.

"Emilio Valentino".

Sus cejas se arquearon. Conocía a Emilio. Era un sórdido y visitaba con frecuencia uno de sus burdeles. Uno de sus clientes mejor pagados. También sabía el tipo de mierda enfermiza en la que estaba metido.

Sus ojos se encontraron con los de él nuevamente. Eran como dos enormes estanques de color ámbar. Le gustaba mirarla a los ojos. Había algo en ella que despertó su curiosidad.

Tal vez fue el hecho de que ella estaba aquí, pero no parecía pertenecer a él.

Ella no encajaba.

Algunas mujeres se sentían cómodas y alegres, y otras intentaban abalanzarse sobre él. No se sorprendió, sabía que su ropa era cara y rezumaba riqueza.

Estaba a punto de preguntarle su nombre, pero entonces regresó su cita.

Emilio no reconoció a Vlad con su máscara y lo miró con recelo.

"¿Quién eres?"

Había celos obvios en su voz.

Vlad no respondió.

Los ojos de Emilio pasaron de la niña a él, antes de preguntarle: "¿Lo conoces?"

"No. Ella es toda tuya", dijo Vlad, finalmente, aunque no lo decía en serio.

Los ojos de Emilio se abrieron como platos.

Vlad intentó no darle una sonrisa fría.

"Oh. Don Vlad... lo siento mucho. Pido disculpas. No te reconocí. Por favor, perdóname", tartamudeó Emilio, con las mejillas enrojecidas como un tomate.

Vlad sólo asintió.

La chica de ojos ámbar miraba con una mezcla de confusión y curiosidad. Él sabía que ella quería hacerle preguntas, pero ella permaneció en silencio, tal vez por su cita.

Vlad se alejó.

Podía sentir la mirada de la chica ardiendo en su espalda, pero no se molestó en mirar. No podía ceder y ver su rostro otra vez. Dejando de lado sus pensamientos sobre

ella, se concentró en la tarea que vino a hacer aquí. Ya había suficiente interacción para que no destacara tanto.

A lo largo de la noche, sus ojos se encontraron con la belleza varias veces, pero no se acercó a ella.

Tenía cosas que hacer.

Vlad se fue con sus hombres y se dirigió al coche. Se sentó en el asiento trasero del estacionamiento mientras sus hombres realizaban la transición desde el lado opuesto. Rara vez salía. No era seguro, así que se mantuvo escondido en el coche blindado. Simplemente ordenó y sus hombres obedecieron y se encargaron de sus tratos. Sólo salió cuando fue necesario.

Se oían gritos de fondo de sus hombres.

Su teléfono sonó y él respondió: "¿Hola?".

Era Gabriele.

"Está poniendo excusas sobre por qué es bajo".

Eso es todo lo que dijo. No podían comunicar mensajes por teléfono. Sabía que sus teléfonos siempre podían estar intervenidos.

"Ya lo sabes", respondió Vlad simplemente.

Sabía que Gabriele era inteligente. Conocía el código.

Colgó.

Mátalo. Ese fue el mensaje.

Esa era la regla para la traición.

Observando los alrededores, abrió la ventana un centímetro para poder escuchar la conversación.

"¿Dónde está Vlad? Quiero hablar con él ", escuchó decir al dealer.

"No", dijo Gabriele.

"Leo, trae a Vlad Vitalli", dijo el mismo comerciante.

El sonido de los tacones llamó su atención. Cuando los pasos se acercaron, el ritmo fue vacilante y luego se detuvo.

Él la vio primero antes de que ella pudiera verlo a él.

Ella se paró frente a su ventana, pero no podía verlo. Las ventanillas traseras estaban tintadas y eran negras.

Quedó momentáneamente sorprendido.

Éra la misma chica con la que había estado hablando antes.

La belleza.

Ojos ambar.

Se escuchó un disparo silenciado en el aire.

Luego, suspiró cuando ella gritó.

Tener un testigo siempre fue complicado.

LIBROS ANTERIORES DE MAFIA:
SERIE LA BELLA Y LA BESTIA

[Libro #1: Una belleza tan cruel](#)

Yo era una belleza, una huérfana descarriada hasta que la bestia me tomó como rehén. Dahlia era la persona equivocada en el momento equivocado. Para salvar su vida, hizo un trato con la bestia de la mafia. Él no lo supo al tomarla, selló su propio destino.

[Libro #2: Una bestia tan fría](#)

(Continuación)

Vlad convirtió a Dahlia en su reina. El motivo de su sonrisa. Luego, ella prendió fuego a su mundo. Nadie le quita lo que quiere. Una bestia no es un hombre, y él lo va a demostrar arrastrándola del infierno.

[Libro#3: Un rey de las bestias](#)

(Interconectado independiente)

Una mafia italiana rival prendió fuego a mi mundo al destruir todo lo que amo. La gente a mi alrededor mira hacia otro lado mientras el Rey Loco se deshace de mi inocencia hasta que una mirada se queda fija. Los guardaespaldas están destinados a ser protectores, no amantes.

[Libro #4: Una belleza tan maldita](#)

(Interconectado independiente)

Se suponía que Lada Sokolova, una noble princesa de Bratva, estaba comprometida con mi familia. Soy doce años mayor que ella, así que la rechazo. Ahora se va a casar con un brutal *Vor* que tiene más del *doble* de su edad. Hago lo único que no debería haber hecho, poniendo mi vida en juego. Yo la llevo. Secuestro a una novia con su vestido de novia.

SERIE VIUDA NEGRA

[Libro #1: Un beso de veneno](#)

(Completamente independiente)

He estado en coma durante los últimos tres años después de que un accidente me dejara inconsciente y viuda. Estoy en un sueño tan profundo que no puedo romperlo hasta que siento un roce de suaves labios contra los míos. En mi estado de aturdimiento, me despierto con un par de ojos oscuros y una sonrisa siniestra. Como agente, vuelvo a visitar uno de los casos más traicioneros del hombre más peligroso de la ciudad de Nueva York, Alexander Nikolaev, el *Pakhan* de la Bratva rusa.

[Libro #2: Un candado de muerte](#)

(Completamente independiente)

Me encerraron en un rascacielos de Nueva York con otras ocho chicas. No puedo pertenecer a un solo hombre porque he pertenecido a *todos*. Sin identidad, sin amigos y sin vida fuera de la puerta dorada de esta torre. Un día, la Hermandad Bratva viene a buscarme. Imagínense mi sorpresa cuando Dimitri Nikolaev dice: "Estás siendo liberado".

SERIE LA GUARIDA DEL DIABLO

[Libro #1: El diablo de ojos azules](#)

(Salvi y Ehva)

Soy una chica católica rica y privilegiada que regresó de estudiar derecho en el extranjero. Era una noche de fiesta con mi novio, Adamo, cuando todo se convirtió en un caos en el casino. Él perdió y me apostó. Hace años hice voto de celibato, pero ahora un hombre sádico me tienta con el lado oscuro.

[Libro#2: El ángel caído](#)

(La secuela)

Consideré a Salvi Moretti mi Dios, pero resultó ser el diablo disfrazado. Puede romperme las alas, pero puede que haya olvidado que mis garras siempre saldrán.

[Libro #3: El ladrón nocturno](#)

(Completamente independiente)

Soy una mujer corriendo. Un estafador, estafando para llegar a los ricos. Puse mis ojos en uno de los casinos más populares de Nueva York haciéndome pasar por una princesa real. Todo iba bien hasta que un par de duros ojos azules me pillan con las manos en la masa.

DÚO HADES Y PERSEFONA

[Libro #1: Una hermosa mentirosa](#)

Como estudiante geek becado en la antigua y prestigiosa Academia Saint Eudora, anhelaba la libertad, así que me escapé a la vida nocturna. Fue una sola noche. Dijo: Tengo seis meses antes de que regrese. En mi estado de ebriedad, acepté y él nos declaró *prometidos*. A la mañana siguiente, lo engañé. Imagínense mi sorpresa cuando lo veo en mi academia seis meses después. Ha regresado como un infierno furioso para reclamarme.

CONOCE AL AUTOR



Beena Khan es una narradora que vive en Nueva York, donde da vida a oscuros cuentos de hadas y mitos. Escribe novelas románticas sobre crímenes mafiosos, novelas para adultos y ficción contemporánea vanguardista que te provoca resaca de libro. Sus libros son dolorosos, confusos, peligrosos y crudos. Tiene una maestría en Psicología del Desarrollo y una especialización en estudios árabes. A menudo explora la psique humana. Publicó su primer libro, *El nombre de Red*, cuando tenía 26 años.

Le encanta escuchar a la gente y puede encontrarla en su [sitio web](#), [Twitter](#), [Facebook](#), [BookBub](#) e Instagram [@beenaxkhan](#) para conocer los próximos lanzamientos y más noticias sobre libros.

Beena Khan